



EL ÚLTIMO
CACIQUE

FRANCISCO ALFONSO
BELLVER PAVIA

EL ÚLTIMO
CACIQUE

FRANCISCO ALFONSO
BELLVER PAVIA

Título: *EL ÚLTIMO CACIQUE*
© 2017, Francisco Alfonso Bellver Pavia

De la edición y maquetación: 2017, Romeo Ebooks
Del diseño de la cubierta: 2017, Romeo Ebooks
De la corrección: 2017, Teresa Mas

Primera edición en este formato: septiembre 2017

Este libro electrónico está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

CRÉDITOS

Prólogo

Introducción

PRIMERA PARTE

LA FAMILIA DE JUSTINA

I

II

SEGUNDA PARTE

GASPAR GAMUNDIO

I

II

III

IV

V

TERCERA PARTE

EN BUSCA DE UN NUEVO HORIZONTE

I

II

III

IV

CUARTA PARTE

NIEVES Y RODRIGO

I

II

III

IV

PERSONAJES DE LA OBRA

SOBRE EL AUTOR

Prólogo



Hace años, en mi época de estudiante de primaria, escuchaba unas palabras a los alumnos mayores, que el maestro se encargaba de repetir. Eran "libertad, igualdad y fraternidad".

Pasado el tiempo descubrí que eran las tres simbologías de la República Francesa, aunque sin entender demasiado bien su sentido.

Pronto nuestro país pasó de una dictadura a la democracia, y empecé a entender el significado de aquellas tres palabras, ya que nuestro pueblo trataba de seguir el rumbo marcado por el país vecino hacía dos siglos.

Con el paso de los años me afiancé en el valor de aquellos tres sustantivos que al pronunciar sonaban casi idénticos. Tardé tiempo en profundizar en todo su verdadero significado pues, en realidad, aún hoy en día prevalece y creo que jamás perderá vigencia.

La dictadura y las guerras civiles han quedado atrás, pero es evidente que han sido carne de cañón para distintas versiones de nuestros mayores, de argumento para películas o fuente de inspiración para ensayistas y biógrafos. Sí, yo participo en que no pierden actualidad las injusticias, las atrocidades y el singular modo de vida que sufrieron en sus carnes muchos españoles durante siglos, viéndose hundidos en la miseria y a merced de unos cuantos que eran los que realmente llevaban las riendas de España. Luego, la historia nos va contando lo que las manos censoras permitieron escribir, dependiendo de cada época. Con toda seguridad vamos conociendo hechos que nos sorprenden por su magnitud y además por no haber sido desvelados anteriormente; seguramente por el miedo a la represión de sus autores que, sumisamente, tuvieron que callarlos y se podría afirmar que la mayoría de ellos se fueron a la tumba con sus protagonistas sin llegar a ver la luz.

Estos peculiares y constantes acontecimientos que aún hoy, pasados los años e incluso siglos, no dejan de ser interesantes, son lo que me motivaron a

escribir esta novela.

Un amigo me preguntó a qué público creía yo que iba dirigida, y, en un principio no supe que contestarle; luego, él mismo me insinuó que quizás ensalzaba la figura de la mujer y a ella podía ir dedicado.

Prefiero que seáis vosotros, lectores, quienes juzguéis. Yo escribí esta historia con ahínco y tal y como la siento, pero sin pararme a pensar de si interesaría a un público determinado. Solamente he pretendido volver a recordar una época que solo fue agradable a unos pocos, mientras que el resto debía buscar la "igualdad" en otro ámbito, la "libertad" en sus mentes, y la "fraternidad" solamente entre los de su clase.

Pasé más de un año en tierras de Castilla: León, Valladolid y Medina del Campo, en donde conocí gente muy acicalada, protectora de sus raíces, educada y practicantes de un castellano tan puro que a veces me cohibía al hablar por la afectación de la lengua materna en la que fui educado, el valenciano.

Aquella tierra, y sobre todo Medina del Campo, posee un patrimonio importante, una historia y unas tradiciones que me llamaron la atención. Hago referencia a la noble villa durante la novela y, sin duda, ha sido una de las fuentes de inspiración que luego declinaron hacia Levante, Jérica, Xátiva y Canals, lugares todos ellos aquí narrados y llenos de historia.

En reconocimiento a vuestra incansable labor,
ciega durante tanto tiempo,
pero tan valiosa como la de cualquier magistrado,
sin la cual el mundo hubiera fenecido

¡A ti, mujer!

Introducción



Reposando en su sillón de piel con apoyabrazos de madera noble, don Gaspar Gamundio ojeaba el periódico; uno de los dos ejemplares que llegaba a Madrigal de las Cumbres; el otro era destinado al señor alcalde. El otoño llegaba a su fin y en el horizonte, visto desde la ventana de don Gaspar, se intuían pintorescos nubarrones asimétricos que anunciaban el invierno, tan duro en aquellas tierras de Castilla.

Contiguo a aquella estancia, la lumbre permanecía encendida desde primeras horas de la mañana y su resplandor se filtraba en el despacho de don Gaspar que, relajado y complaciente, fumaba un cigarro puro, dando signos de satisfacción, al parecer, por las noticias que traía el periódico.

A su espalda colgaban lienzos de honrosos antepasados suyos, como recordando hidalguías pasadas que todavía perduraban allí, enriqueciendo más la noble y respetada casa. Su heredero solía solazarse de vez en cuando al fijarse en sus rostros donde, en sus miradas, se podía intuir la orden de que se perpetuase la obra por ellos alcanzada.

Gaspar procuraba no dar motivos de habladurías a la gente, aunque de sobra sabía que el presente era muy diferente a aquellos tiempos y, en consecuencia, solo poseían en común el título nobiliario y las escrituras públicas de las haciendas por aquellos conseguidos. Él era un amante de la vida; sabía disfrutar de los placeres que esta le presentaba, sorteando toda clase de enigmas que conllevaba el ser un terrateniente y delegando, en cuanto podía, en su procurador y hombre de confianza, Segismundo, el cual le tenía informado de cualquier alteración de sus bienes.

Algo le hizo levantarse repentinamente del sillón que ocupaba. Realmente no había escuchado nada; había sido algo intuitivo que le había puesto en alerta, cosa poco habitual en él, pues era un hombre tranquilo poco dado a la exaltación y que sabía meditar bien sus decisiones, como desde

joven le enseñó su ya fallecido padre don Serafín Gamundio.

Se dirigió hacia la ventana desde donde días atrás se veía un espléndido sol, pero antes de fijarse bien en el estado del horizonte oyó dos ligeros toques en la puerta.

—¡Adelante!

El ama de llaves de la casa, doña Herminia, con semblante serio, atuendo negro pero bien vestida, haciendo honor al estatus que aquella casa merecía, se abrió paso en la estancia y se presentó ante el señor. Era una señora de avanzada edad que llevaba sirviendo en el domicilio desde la época de sus padres y que era considerada como un miembro más de la familia; así lo hacían notar cuando la presentaban a visitas y al servicio doméstico.

—Don Gaspar, en la puerta de la calle una señora de mediana edad y un joven, que dice ser su hijo, preguntan por el señor de la casa...

—¿Han dicho mi nombre? —contestó él.

—Sí, la mujer dice ser Anunciada, y el joven, Hugo. Vienen desde Blasconuño de la Sierra, a más de hora y media de viaje...

De repente al señor le cambió el semblante y apagó el cigarro en un ostentoso cenicero que adornaba la mesa.

Se volvió y le dijo al ama:

—¿Pero no le he dicho que no podía recibir visitas?

—Perdone señor, pero han insistido y asegura la mujer que se trata de un asunto sumamente importante.

Don Gaspar meditó un momento; creía acertar de quienes se trataba. El ama de llaves, conocedora de casi todos los asuntos de la casa, supo guardar silencio y esperó a que su señor ordenase.

—Dícales que estoy ocupado. No podré recibirles hasta la tarde.

—Sí señor, enseguida —contestó Herminia, marchando despacio para dar tiempo a que el señor modificase su respuesta.

—¡Dícales que estoy de viaje y que volveré en unos días!

Así lo hizo el ama. Fue hasta la entrada, abrió de nuevo la puerta y dejándola entreabierta comunicó a los visitantes la orden que don Gaspar había anunciado.

Madre e hijo aguardaban tras la puerta fríos, sedientos y maltrechos, a consecuencia de haber pasado días en la intemperie.

—Venimos de lejos y hemos de hablar con don Gaspar Gamundio —dijo la mujer en tono tajante. Soy la madre de Justina y este es mi hijo Hugo. El asunto que nos compete como le he dicho es de suma importancia.

Anunciada quedó un momento pensativa y, descubriendo parte de su frente que llevaba cubierta por un pañuelo negro que solía llevar, sacó una mano del interior de la toca que la cubría y amenazante pero serena, levantó una mano señalando hacia el lugar que ocupaba Herminia mientras que, con la otra, parecía proteger algo en el interior del ropaje, pegándolo a su cuerpo:

—Recuérdeme a su señor que hace tiempo pactamos él y yo algo que puede molestarle —dijo tocando lo que escondía y que debía ser un escrito por la forma y el tamaño que ocupaba.

—No conviene a don Gaspar que difame su nombre. Estoy segura de que regresará pronto de su... “viaje”.

Don Gaspar había seguido en silencio al ama y se había colocado en un lugar que le permitía ver y escuchar la conversación de aquellos, sin ser visto. Se sentía molesto y de sobra sabía lo que deseaba aquella señora, que era la madre de Justina, una joven que había servido en la casa casi dos años, y hacía poco decidió marchar. El ama cerró tras de sí la recia puerta y volvía hacia el interior de la casa cuando él salió a su encuentro y con los aires que le daba su posición, posó su brazo sobre el hombro del ama y le dijo:

—Herminia, recuerde que los hechos que acabamos de presenciar han sido fruto de... un sueño. Aquí no ha venido nadie y a nadie ha visto usted, ni persona alguna ha preguntado por mí. ¡Faltaría más! Ni esta casa, y mucho menos mi persona, puede verse manchada en modo alguno por cualquier peregrino que ose acercarse a la puerta a pedir limosna. Los Gamundio somos amantes de socorrer a los necesitados y bien que lo saben los padres de la orden de San Lorenzo que reciben nuestros menesteres cuando llega el momento apropiado.

—Sí señor, no tenga cuidado —contestó el ama de llaves.

—Y, por su puesto, doña Gumersinda nada sabrá de esto. Somos una familia cristiana, educada en el temor de Dios y nada favorecerá esto a la educación y futuro de nuestros hijos. ¡Recuérdelo! —finalizó amenazante.

Herminia, sumisa, asintió con la cabeza y siguió hacia el interior de la casa; su rostro y sus facciones estaban acostumbrados a escuchar reproches similares de su actual señor, muy diferente a su progenitor al que ella todavía recordaba, comparándole en su interior y notando los contrastes entre ambos. A ella no le hacía falta preguntar, pues los años que llevaba conviviendo con don Gaspar, al que había visto nacer, le hacían conocedora de casi todos los pormenores de su señor.

Una muesca entrecortada en el hoyuelo de su mejilla, mezcla de

sapiencia y de sospecha se reflejaba al mirar a la cara a don Gaspar, cuando aquel la había amenazado.

Volvió este a su despacho, pero antes se dirigió a la chimenea y avivó la lumbre con unos troncos que, al contacto con las brasas, chisporrotearon y ardieron, dando agradable aspecto al comedor.

Pasó al fin a su despacho, cerró la puerta tras de sí, algo más nervioso de lo normal y empezó a buscar entre legajos y libros de su escritorio.

—¡Maldita sea! ¡Habrased visto semejante falta de respeto!

Su humor de repente había cambiado. No encontraba lo que buscaba, pero siguió repasando entre sus documentos.

—Con este libertinaje que azota al mundo, cualquier día vamos a ser todos iguales —pensó para sí—. Los liberales solo pueden conducirnos al abismo, a repartir los bienes que algunos hemos conseguido con sangre, sudor y lágrimas a través de generaciones.

—¡Aquí está! ¡Por fin! —Dijo optimista.

Abrió un sobre del que sacó una especie de carta, en muy buen estado, escrito de su puño y letra, hacía más de dos años.

No tardó en leerlo a la vez que, inquieto, miraba ambos lados de la mesa, como si alguien pudiese estar observando tan preciado papel.

—¡Maldita zorra! —dijo—. No sé cómo pude claudicar en las niñeces que aquí se mencionaban.

Lo dobló y se proponía romperlo en pedazos, pero dudó un momento mirando repetidamente hacia la ventana que tenía enfrente y su boca dibujó una leve sonrisa hipócrita, como si su pensamiento hubiese encontrado algo que le satisfacía.

—¡No se saldrán con la suya! Y volvió a coger el cigarro puro que yacía apagado en el centro de la mesa. Sacó con sorna un papel de fumar y dejando en el cajón del escritorio aquel sobre, se dirigió hacia el salón contiguo, buscó la chimenea y con el fino papelito prendió de nuevo fuego a su cigarro. Volvió a sacar el sobre y releyó su contenido.

“Madrigal de las Cumbres, a 22 de octubre de 1891.

Reunidos

Don Gaspar Gamundio Ramírez de Haro, honorable

señor, con domicilio en Plaza de la Constitución de esta villa, casado con doña Gumersinda Álvarez de Tajuña,

Anunciada Santos Iniesta, vecina de Blasconuño de la Sierra.

Y Justina Quiñones Santos, hija de Anunciada.

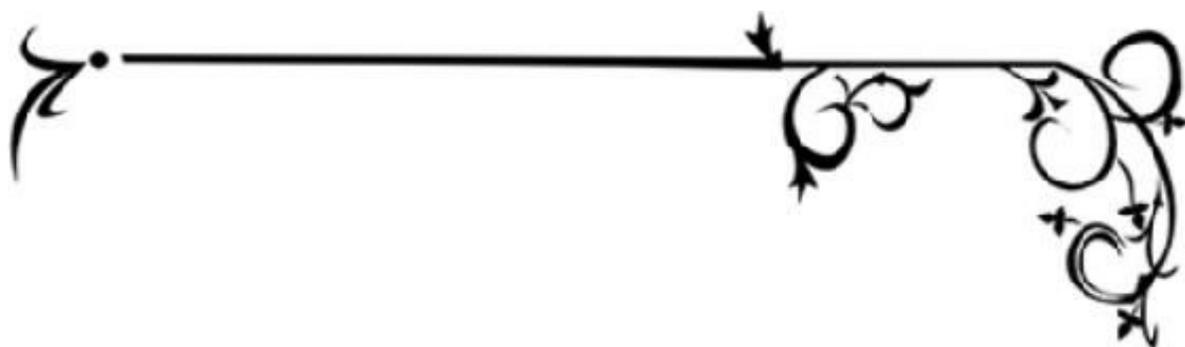
Hacen saber que:

Anunciada Santos, viuda, es la madre de Justina Quiñones Santos, y siendo esta menor de edad, don Gaspar acoge a Justina Quiñones en su hogar, de mutuo acuerdo, para servir los menesteres de la misma, recibiendo ésta como pago, techo y cama en la casa de don Gaspar Gamundio, ser tratada como doméstica y percibiendo como es normal comida y ropa adecuadas a su categoría. En caso de que Justina optase en marchar de la casa, propiciará otra persona en su lugar. Pero acordamos que la honra de Justina Quiñones no debe ser adulterada, caso en el cual, el señor Gaspar Gamundio y familia resarcirán a Justina Quiñones la cantidad monetaria suficiente para sufragar los gastos a que ello diese lugar. Esta cantidad no será inferior a 4000 reales, siendo beneficiaria de ello su madre (Anunciada Santos) si la joven no se hallara en la mayoría de edad.

Firmado: Anunciada Santos, Justina Quiñones y don Gaspar Gamundio Ramírez de Haro.

Testigo: Don Jesús Expósito, párroco de Blasconuño de la Sierra”.





PRIMERA PARTE

LA FAMILIA DE JUSTINA



I



En la alta cordillera pirenaica, cerca de la provincia de Huesca pero pisando terrenos muy valiosos para el pasto del ganado lanar, conducía a los animales un joven arropado con capote de piel, que le permitía cubrir o airear su cuerpo según los contratiempos del clima de la nórdica región; vestía botas de media caña, ya en desuso, pero que gran papel debían de dar a su dueño al atravesar constantemente peñascos y barrancos, riachuelos y veredas, senderos y matorrales para que el ganado a su cargo pastara lo suficiente para permitir el traslado de una región a otra durante las dos etapas del año en que se obligaba a realizar las trashumancia.

Era próximo el final del otoño y seguía haciendo camino dirigiéndose a zonas menos frías del sur, en donde el lluvioso otoño hacía presagiar buenos pastos en el lugar de origen. Allí pasaría todo el invierno y de nuevo, en primavera, subiría aquellos montes que tan gratamente les acogía en la época de estío, cuando en Sotillos de Carracena la sequía hacía escasear el pasto. Cada año buscaba zonas que los habitantes rurales se iban intercambiando, siempre esperando llegar donde menos competidores tuviera.

Aquel día venía desde Ribaforada, en el reino de Navarra. Allí solía tener alojamiento en los días desapacibles tanto él como los animales. Bastaba uno de tantos corrales que los campesinos poseían en las proximidades del pueblo.

El joven se llamaba Ignacio y practicaba toda clase de artimañas malabares durante el tiempo inconmensurable que pasaba al cuidado del rebaño. Siempre se acompañaba de sus dos perros ovejeros que, constantemente al acecho, avisaban a Ignacio si algún extraño animal de acercaba, a la vez que guiaba, según las instrucciones de su dueño, un rebaño que en ocasiones superaba los trescientos animales.

Otros años, había decidido nuestro joven desplazarse en dirección

noreste y conocía a la perfección los pueblos de Arén, Antillón y Foradada de Toscar.

Ignacio no había acudido de niño a la escuela, como ocurría con la mayoría de sus coetáneos. El país, durante la segunda mitad del siglo XIX, había sido nefasto para la población en general. Las guerras se sucedían y siempre afectaban a los más humildes, sufriendo en sus carnes sus consecuencias, tales como las enfermedades, la pobreza y la muerte, ya por fanatismo o por intransigencia. Todos se veían afectados de un modo u otro.

Ignacio había visto morir a su padre siendo él niño, a consecuencia de una terrible herida que lo alejó del frente, dejándolo postrado en la humilde cama de su casa. Su pierna izquierda había sufrido la estampida de la explosión que los Carlistas asestaron en Luchana. La herida pronto afectó a la mitad de su cuerpo y, faltos de medicamentos que pudiesen por lo menos calmarle, desesperaron a Julián que falleció al poco tiempo, dejando viuda y dos hijos de corta edad en la miseria. Ignacio no olvidaba aquellos acontecimientos y sentía un odio inmenso cuando al conversar en distintos pueblos oía conversaciones, ya fuesen a favor como en contra de aquel insidioso Carlos.

Antes de su muerte, el rey Fernando VII, sin un heredero varón que le sucediera, firmó una serie de decretos, modificándolos y derogándolos a su antojo con el único fin de dar esa prerrogativa a su hija Isabel y no a su hermano Carlos. A la muerte del que fuera un nefasto rey para España, la heredera al trono contaba con tan solo tres años de edad y fue su madre, la reina viuda María Cristina quien asumió la regencia, desde 1833 hasta 1840. El hermano del hipócrita rey difunto no aceptó quedarse sin el trono y las revueltas producidas por sus seguidores provocaron la primera de las sucesivas Guerras Carlistas.

A pesar de los primeros fracasos del carlismo por su desorganización inicial, pronto recuperaron un verdadero ejército. En 1833, Tomás Zumalacárregui fue nombrado Jefe de las fuerzas Carlistas en Navarra y Vascongadas, conquistando estos territorios. En el Maestrazgo, los oficiales Cabrera y Carnicer arrinconaron a los indisciplinados en las comarcas montañosas de Cataluña.

Al tiempo, los defensores de Isabel, dirigidos por los liberales Espoz y Mina, tras las victorias carlistas de Artazu, Guernica y Larrainzar, se vieron obligados a abandonar Navarra, excepto su capital, Pamplona.

Zumalacárregui moría poco después, siendo sustituido por González

Moreno, inexperto militar que no supo ganarse a su ejército, repercutiendo este malestar incluso entre sus militares.

La madre de Ignacio, aunque adherida a su tiempo y a las circunstancias, le relataba siempre cuanto sabía, culpando de sus desgracias a aquella prole que luchaba porque sí.

El general liberal Fernández de Córdoba, en el sitio de Bilbao, derrotó a los carlistas en Mendigorria, lugar en el que a punto estuvo de ser preso el mismo Carlos.

—¡En qué mala hora no acabaron con él! —Recordaba la madre de Ignacio.

Pero la duda seguía a pesar de los fracasos de ambos bandos; el carlista Miguel Gómez intentó un alzamiento en Asturias, Galicia y Extremadura, dando como resultado la victoria de Luchana, al mando de Espartero.

Pero la mayor batalla se libró en la expedición que encabezó don Carlos partiendo de Navarra, cruzando Aragón, dirigiéndose a Cataluña y Valencia, dando como fin el refugio en el Maestrazgo, donde era feudo conquistado y dominado.

Siguió el desastre por Guadalajara, Cuenca y pensó Espartero en ofrecer convenio a su oponente Maroto, que aceptó. Este fue llamado el Convenio de Vergara, que don Carlos no aceptó huyendo a Francia.

Después de estos hechos pasaron varios años de relativa calma hasta que hechos relevantes en el gobierno alertaron nuevamente a los defensores Carlistas.

En 1846, Isabel II se casaba con su primo Francisco de Asís y esto desencadenó nuevos enfrentamientos. Sería la segunda Guerra Carlista.

Esta sí que la conoció Ignacio, pues en Cataluña fueron los primeros en intervenir. Allí se la llamó como “*dels matiners*” (madrugadores), a causa tanto del malestar campesino contra la política centralizadora de los gobiernos moderados como de la animadversión general del pueblo ante las forzosas amenazas.

En el cercano Ros d'Eroles, en 1847, Benito Tristán y Bartolomé Porredón combatieron eficazmente contra Gutiérrez de la Concha y Pavía creyendo pacificado el terreno. Pero la llegada de Cabrera al mando reavivó la Guerra fusilando a numerosos considerados traidores. Nuevamente la retirada ante el fracaso del bando Carlista desembocó en que sus cabecillas Cabrera y Tristany en 1849 y el resto de súbditos, derrotados cruzasen de nuevo la frontera francesa dándose por finalizada la contienda.

Aquellos nombres de generales y de poblaciones le eran muy conocidos a Ignacio que últimamente solo deseaba huir de aquellas guerrillas que no conducían al mínimo logro humano y acrecentaba la pobreza de la gente. Tenía en su interior un ánimo atroz en vengar algún día la muerte prematura de su padre, de la que culpaba a aquella gentuza de uniforme, como solía decir.

Le animaba la idea de ir acopiando informaciones de cuanto en su alrededor ocurría y tenía muy clara la idea en lo referente a los causantes del malestar reinante así como la desdichada situación a la que tuvo que hacer frente su familia, lo cual no podía olvidar.

Ignacio era un muchacho agradable, gentil y honesto. Sabía comportarse ante las diferentes situaciones que se le presentaban, lo mismo se rodeaba de campesinos como él, que se presentaba ante ricos y acaudalados terratenientes del lugar, que falta le hacían para poder vender su producto, o bien para negociar con ellos alguna remesa de ganado que a ambas partes les convenía. Todos le tenían aprecio, pues nadie de los que le trataban eran causantes de ninguno de sus destinos

Había aprendido a leer mediocrementemente, no a escribir, pues su hábito lograba que su lectura fuera fluida y lograba encontrar tiempo para observar los escasos periódicos que con tanto retraso llegaban a aquellos parajes donde él transitaba. Estaba al corriente de noticias sugerentes para él, como los comentarios que algunos periódicos liberales incluían, en los que se aseguraba que la abolición de los señoríos era una evidencia y de esa manera cambiaría la propiedad de la tierra. Las desamortizaciones en el siglo XIX eran una realidad. Se malvendían propiedades de la Iglesia, dueña durante siglos y sin acceso de los pobres. Las Órdenes Religiosas también se veían obligadas a deshacerse de sus bienes, con lo que los pequeños burgueses podían acceder a dichas propiedades por muy poco dinero.

Era el resultado de aquellas contiendas habidas entre los mismos patriotas, enfrentados por la ignorancia y las apetencias que habían disputado a la muerte y sucesión de aquel Fernando VII, que tan poco bien trajo durante su reinado ni tras él, por parte de algunos fanáticos empeñados en la defensa de intereses que con seguridad defendían a los burgueses y a los destinos de la Iglesia, quienes creían peligrar sus intereses cuando el proletariado exigía alguna subida de jornal o alguna que otra reivindicación de sus derechos.

El señor de la población, al no poder controlar y explotar directamente sus posesiones, llegaba a acuerdos con determinadas personas de las que, a

cambio del dominio útil, recibían una cantidad fija. Estas personas son llamadas “*enfiteutas*” y a sus vez arrendaban parte de estas propiedades a terceros, percibiendo unas rentas, con lo cual obtenían el dominio útil de la tierra de modo gratuito. Al mismo tiempo por un salario mísero la mayoría de la población trabajaba para ellos con entrega absoluta, casi servilista.

La madre de Ignacio, llegado el momento de quedar viuda con dos hijos de corta edad, tuvo que dejar de lado sus ideales y sus rencores para sacar a la familia adelante. Tuvo algunos pretendientes motivados por el físico atractivo de la mujer que junto al carácter jovial que presentaba Elvira, que así se llamaba, se acercaban a pedirle matrimonio. Ella no olvidaba a su marido Julián, padre de sus dos criaturas, pero pasado el periodo de luto aceptó desposar con un vecino de Peñalcázar, hombre de buenas costumbres, trabajador, con una casa propia y arrendador de tierras en este último municipio. Sebastián había enviudado y no tenía descendencia. Pasó Elvira al domicilio de aquel en compañía de su pequeña Josefina, al tiempo que Ignacio, ya iniciado en la crianza del ganado, prefería no abandonar el domicilio paterno en las épocas invernales que las solía pasar allí. Tenía una estrecha relación con su madre y su hermana, así como la de su padrastro que siempre se mostraba atento y formal con él. En Blasconuño de la Sierra tenía parientes de la línea paterna a los que solía visitar y le aconsejaban en las tareas rurales en las que coincidían. Juntos acudían habitualmente a tratar con los procuradores de las fincas y de los corrales donde criaban diferentes ganados. Abundaban las vacas y los terneros, así como la cría caballar, tan difundida en la época, pero él prefirió una inversión mediocre cuando compró sus primeras ovejas.

Empezó a coger ánimo cuando el primer año, tras las amenazas de guerrillas de los alrededores que dificultaban su normal cuidado, veía que el ganado crecía y podía recoger su primer beneficio, ya fuera por la lana, que era un bienpreciado, como por la venta de animales para carne, por ejemplo corderos, que las casas bien solían solicitar con frecuencia. Él veía que, si la rapiña no le acosaba, llegados unos meses vendería las crías y de nuevo tendría cuartos para sobrevivir, seguir pastando y reproduciendo con las ovejas originarias.

Para ello era indispensable proveerse de buenos guardianes. Solían acompañarle varios perros que constantemente adiestraba poniéndoles a prueba para poder estar tranquilo, sobre todo por las noches, cuando era imprescindible someterse a cielo raso; o cuando por las desavenencias del

tiempo emergían tormentas que los animales barruntaban y por temor querían escapar. Era entonces cuando los guardianes, alentados por las órdenes del dueño y lograban mantener al ganado reunido.

Aprendió pronto a atender los constantes partos de los animales. Había que estar alerta, pues en ello estaba su futuro. Muchas veces esos pequeños llegaban en pleno día mientras pastaban en el campo. Cogía cariño a aquellos recién nacidos y los llevaba en brazos hasta el final del día. Le sorprendía como, entre la multitud de ejemplares, madres y crías nunca se separaban ni confundían entre el resto; su instinto hacía que jamás se equivocaran.

Ignacio se familiarizó con los silbidos y los monosílabos que sus parientes le enseñaron para conducir al ganado. Durante los periodos de trashumancia siempre lograba ventas, llevando de vuelta esos ingresos que tanto codiciaba, destinados siempre a pagar contribuciones atrasadas y ofreciendo a su madre el resto.

Tenía casi 20 años cuando en uno de sus desplazamientos entabló amistad con ganaderos de Avellaneda, con los que compartía largas noches de invierno, o pasando temporadas por esa agradecida tierra. Allí conocería a la que sería su mujer.

El joven Ignacio aprendió como aquellas gentes se guarecían del frío y de la nieve, a la par que se ocupaban en tareas apropiadas. Los campesinos aprovechaban para remendar herramientas o alojamientos, tanto del hogar como de las cuadras. Algunos, provistos de arcilla y agua, se dedicaban a la alfarería e Ignacio se deleitaba conversando con ellos horas y horas, a la vez que estos hacían girar la maquinaria con un pie mientras sus manos se encargaban de dar forma a cuantos utensilios precisaran. Ellos ofrecían darle algún objeto al que Ignacio rehusaba, ya que no se lo permitía su caminar dificultoso por los campos de pastos.

—Debieras proveerte de una mula para aliviarte de los pesados días de deambulación, —le decía el alfarero.

—Le entiendo, gracias por el consejo, pero soy joven y no me molesta el caminar por el monte —contestaba él.

Solía frecuentar a los herreros que, con la fragua y el yunque, forjaban las herraduras para las caballerías. Los había que poseían su pequeño taller donde transformaban la lana y otras pieles comunes en tejidos para los habitantes. La ropa era un bien muy preciado junto con la comida y en eso se basaba la economía de la zona. Algunos vecinos tenían junto a sus casas un pequeño huerto destinado al cultivo de cereales, legumbres y hortalizas para

consumo propio. Otros poseían mejores extensiones dedicadas al cultivo del trigo, centeno o cebada. En otras tierras, de enormes extensiones y con terreno más propicio, acudían braceros de los pueblos vecinos a cumplir sus peonadas, que eran el sustento de aquellas gentes. Algunos conducían los arados rehaciendo el barbecho o preparando la tierra para la siembra. Otros se ocupaban de limpiar de malezas las cosechas establecidas, para mejorar la producción.

Cuando se acercaba la primavera, por los altiplanos, Ignacio se deleitaba viendo las largas hileras de viñas hasta donde alcanzaba su vista. Destacaba la silueta del hortelano cuando, desde lejos, se adivinaba su quehacer: *desbrotar*, alinear plantas o labrar el agradecido suelo rojizo que quedaba bajo el verde resplandor de los brotes de la viña.

Luego, de regreso, durante los pastos de finales del estío, podía contemplar cómo se procedía a la vendimia, como lo fue en La Edredilla, cerca de La Rioja, viendo cuadrillas de jornaleros, emparejados a los lados de las largas hileras de viñedo, despegando la preciada uva negra y depositándola en cestos que los mayores se encargaban de apilar en las carretas, que luego acopiarían en sus bodegas.

Bien aprendido tenían que había que guardar las distancias cuando el ganado podía divisar aquellas haciendas en donde, sin duda, el verde de sus hojas podía animar al ganado e incitarles a comer de sus vistosos pámpanos. Ahí estaban los perros ovejeros alerta, recorriendo con ladridos el perímetro hasta donde tenían permitido pastar.

En Avellaneda había una taberna hostel que Ignacio solía frecuentar y allí conoció a una joven de su edad, que había quedado huérfana a consecuencia de las revueltas Carlistas. Pronto entablaron conversación y su amistad revelaba circunstancias similares en sus dos familias. La joven se llamaba Agnés Brull, y procedía de un caserío lindante en la provincia aragonesa de Huesca, pedánea de Aren: Las Senderas de Soliva.

De allí había huido con otros vecinos y quiso el destino creer segura su estancia allí, en Avellaneda, donde el dueño de la taberna, José, hombre panzudo, rezagado y bonachón tuvo a bien acoger a aquella agraciada moza.

La tabernera le tomó cariño, pues no tenían hijos y, por su edad, necesitaba ayuda en sus tareas. Allí vivía más de tres años la joven Agnés atendiendo, como si de dueña se tratara, el establecimiento. No faltaban los borrachines que piropeaban a la joven, pero allí estaba la atenta mirada de los dueños, siempre alerta, que no dudaban en poner a cada cual en su lugar.

Agnés era morena, con unos rasgos pronunciados en su rostro, de cejas dibujadas que propiciaban que su mirada fuese dulce y cortés cuando lo requería, o huraña y con genio cuando debía anteponerse a algún parroquiano.

Sus mejillas rosas hacían que su sonrisa asomara con timidez a primera vista, y su boca de labios sensuales sabía responder a las órdenes de sus bienhacedores.

Ignacio supo provocar aquella armonía de la joven uniendo sus ojos castaños al perfil simétrico de su sonrisa, que solo algunos afortunados lograban y que, unido al tenue resplandor del marfil que mostraba su entrecortada sonrisa, ofrecían una sensualidad al joven hasta ahora desconocida.

Sí, a pesar de las desventuras de su vida, Agnés se encontraba muy a gusto con Ignacio y los cortos espacios que escapaban a las miradas de sus protectores eran suficientes para atenuar la llama que entre ellos emergía.

—¿Ha habido algún pesado esta tarde? —Le preguntaba la tabernera, la que sinceramente trataba como familia.

—No, señora Carmen. La gente parece que se va apaciguando a medida que lo hacen las noticias del periódico.

—¿Ha venido hoy Ignacio, el pastor?

—Hace dos días que no lo veo —dejó caer Agnés, que palideció al oír el nombre de su amado en boca de su señora, temerosa de la opinión de esta.

Giró Carmen hacia donde se encontraba Agnés y tomándola del brazo quedó mirándola fijamente:

—Pero, ¡qué ingenua eres! —le dijo. Has cambiado de aspecto cuando he dicho su nombre.

La joven calló un momento intentando ocuparse. La señora no dejaba de mirarla de reojo, sabedora de que algo tramaba.

Pasaba el invierno de 1865 y eran varias las noches en que se hospedaba Ignacio en la taberna de Agnés. Ella procuraba, a sabiendas de los dueños, de proveer la mejor cama y los más suculentos guisos a su amado, el cual parecía haber cambiado incluso en la manera de vestir. Los conocidos vecinos que cosían ropajes le proporcionaron vestimenta nueva acorde con las nuevas exigencias del joven.

—Así evitaré el “perfume” inconfundible que solemos tener los ganaderos —pensaba para sí.

Guardaba en su petate la ropa de diario para salir al campo. De regreso,

intentaba bañarse como podía en su modesta habitación y se afeitaba semanalmente para ofrecer su mejor aspecto. Agnés también hacía lo propio.

Hubo un año en que Ignacio retrasó su partida y finalmente quedaron prometidos los dos jóvenes. De regreso, dejó los animales en su guarida y se dirigió hasta Peñalcázar donde visitó a su madre y familia para anunciarles la noticia.

—Madre, he conocido a una joven de la que estoy enamorado y ella lo está de mí. He venido a participarle la noticia —le dijo a la vez que la abrazaba.

Elvira abrazó a su hijo y las lágrimas asomaron a sus mejillas.

—¡Josefina, Josefina! Ven, está aquí tu hermano.

Entró su hermana a la que también abrazó y saludo a Sebastián, segundo marido de su madre, al que pusieron al día de la noticia.

—¡Enhorabuena! —Dijo este. Es una buena noticia. Estaremos encantados de conocerla. Y... ya sabes que aquí tienes tu casa. Somos tu familia.

Prepararon las mujeres una suculenta cena y con alegría fueron contándose las vivencias de los últimos meses.

—¿Y piensas seguir con el rebaño? —dijo Sebastián.

—No lo sé. Desplazarme como ahora no es la mejor solución para nuestro futuro.

—Puedes trabajar conmigo en la finca.

—Gracias, pero me he acostumbrado a esta vida y no sé cómo sobrevivir...

—Eres joven y, a pesar que estamos en tiempos difíciles, has sabido salir adelante con tus propios medios.

—Olvidaba darte esto —Ignacio con la emoción, había olvidado ofrecer a su madre el dinero como de costumbre. Echó mano al bolsillo pero Elvira lo frenó mostrando satisfacción en sus ojos.

—No, Ignacio. Guárdate ese dinero. Eres un hijo ejemplar y no podría aceptarlo ahora que sé que te puede hacer falta. Sé con seguridad que harás provecho de él; ha llegado el momento de tu mayoría de edad y tu vida empieza ahora. Gracias hijo —dijo ahogando un sollozo.

Salió animado el joven de casa de su madre y regresó a Blasconuño a lomos de una mulilla que sus tíos le habían proporcionado. Parecía que todo su semblante hubiese cambiado. Su incipiente barba rojiza complementaba con el cabello rubio oscuro que últimamente había dejado crecer. Su

vestimenta había hecho que su fisionomía ofreciese un aspecto maduro, a la vez que las circunstancias iban puliendo su cutis aparentando el de un joven algo mayor. Había aprendido a tratar con la gente y su cultura, que lejos de desprenderse, iba acopiando información que de sobra sabía que llegaría el momento de sacarle provecho. No olvidaba los malos tragos ocurridos, pero había aprendido que él era joven y nada ganaría en sumarse al odio de algunos fanáticos y luchar por algo que no podía alcanzar. Creyó conveniente sacar el jugo a la vida, sabiendo bien quién era y de donde venía, pero mirando siempre adelante aprovechando los placeres que la vida ofrecía. Se sentía feliz al saberse querido por la joven a la que amaba y ese era ahora su motor de vida. Habló con los parientes de su padre, copropietarios de la casa de Blasconuño de la Sierra y animaron al joven. El tío, al enterarse del paradero de la amada del sobrino recordó que en un lugar cercano a aquel, había un conocido tratante de ganado, del que llegó a ser íntimo en un alistamiento militar, hacía años. Por suerte ambos salieron ilesos y su amistad creció.

—Se me ocurre que te puedo recomendar a Justino Ríos, que es un conocido amigo, tratante, que no dudo en que te ayudará si algo necesitas de su parte.

—Siempre es aconsejable relacionarse con conocidos —dijo Ignacio.

El tío dio las señas de su amigo y cuando tuvo ocasión localizo a Justino, que vivía en Sotillos de Carracena, pueblo dedicado a la labranza y famoso por la casta de los equinos que allí nacían y eran vendidos a distintos lugares del país.

Nuestro joven dio a conocer su dedicación y procedencia así como que estaba prometido con una joven de ascendencia catalana que vivía en Avellaneda.

—Reconozco tu valía, y creo que estas acertado en tu tarea. Solo quiero que conozcas otro tipo de ganadería que es la que aquí abunda. Cada cual tiene su maña. Con la cría caballar la inversión es de menos número de cabezas y con mayores costes e ingresos. Si la suerte acompaña y los animales no enferman, se pueden encastar toda clase de razas para las demandas de diferentes destinos.

Aquellas fueron las palabras del principio de una larga amistad. La experiencia de Justino encontraba la aptitud del joven Ignacio.

Salieron ambos y en vista del interés de Ignacio, subieron en una carreta que les acercó a unas leguas donde había una finca destinada a la cría

caballar.

Ignacio miraba la extensión de la finca sin alcanzar a ver los límites y, casi sin darse cuenta, se encontraron a las puertas de las principales cuadras adyacentes a una casa señorial con escudo de armas en el centro de su portal.

Saludaron a los que parecían encargados del mantenimiento y pasaron a través del barro y restos de excrementos hasta los departamentos en que se encontraban los más preciados animales.

El joven miraba sin cesar los corrales al aire libre donde caballos de raza miraban a los transeúntes sin apenas moverse. Aquellos animales parecía que entendían a los visitantes por el modo en que les miraban.

—Aquella yegua ha parido esta noche —le indicó señalando hacia donde miraba el joven. Era una preciosa yegua castaña, con larga crin que miraba a sus dueños como si de persona se tratase.

—Aquí están los sementales y algunas yeguas que están a punto de celo. Ignacio tomaba buena nota de todo.

Abrió una cancela y apareció un hermoso caballo tordo que dejaba ver su brío, a sabiendas que la yegua esperaba ser montada. El trapío del animal emanaba por sus cuatro costados.

—Este es de raza portuguesa pura. Solo lo empleamos para cubrir, pues no encontramos ejemplares como él.

—Aquí tienen comida segura —pensó para sí Ignacio.

—Es diferente el modo de alimentar a cada especie. Aquí no practicamos la trashumancia —sonrió con buena fe Justino.

Pasaron luego a través del embarrado suelo hasta otro cercado, cuyo suelo estaba cubierto de verde hierba, en donde se alojaban más de un centenar de mulas y burros de diferentes tamaños, según se había procedido en su cruce, pues variaba si el rocín cubría a una burra, el hijo contraía diferentes cualidades, siendo mulos todos los descendientes. También los había descendientes de burro y yegua. Había burros plateros, mulos romos y otros de menor relevancia.

—Los mulos son apreciados en zonas rurales tanto para transporte como para trabajo de campo. Son muy duros, sumisos en la comida y duraderos como ellos solos. Sí, un mulo cuidado podía pasar de padres a hijos sin problemas.

—Siempre tenemos animales procedentes de contienda, que han sido maltratados en el ejército y se cambian por otros. Verdaderamente se comercia mucho con ellos.

Así era, se cambiaba habitualmente de animal cuando su dueño le advertía cualquier defecto. Siempre había otro comprador que, ignorando aquello, compraba. De esta manera los tratantes de animales tenían trabajo asegurado.

Volvieron de nuevo al pueblo y Justino e Ignacio siguieron cambiando impresiones.

—¿Habría trabajo para mí en este lugar? —Preguntó el joven.

—Para alguien con ímpetu como tú, no dudo que sí —dijo aquel que se había apercebido del carácter apuesto de su recomendado. Como buen tratante que era, no tardaba en conocer a su interlocutor, así como las intenciones y procedencia, deduciendo pronto la clase de animal que aquel necesitaba.

—Cuando necesites algo de mi parte ya sabes dónde me encuentras. Suelo desplazarme en las compras hacia Pamplona y Torrelavega, pero enseguida te darán noticias mías.

—Gracias don Justino. Nos volveremos a ver —dijo Ignacio.

Y este siguió en dirección a Avellaneda sin esperar a que finalizase aquel invierno. Agnés lo esperaba.

II



Desde que salió de Sotillos de Caracena, Ignacio empezó a gestar en su mente nuevos propósitos de futuro que quería empezar cuanto antes.

Al llegar a Avellaneda, ató el roncal del mulo que le acompañaba a la anilla de la casa; era habitual ver estos anclajes en las fachadas y se destinaban para la sujeción de los equinos mientras los jinetes hacían sus labores.

Entró en la taberna en busca de Agnés y notó algo en los parroquianos que parecían mirarle diferente, a pesar de ser conocido. Le sirvió don José, el dueño, que le tendió la mano al verle, pero su mirada delataba incertidumbre. Además, Agnés no estaba presente y esto le alertó de que algo podía sucederle a su amada.

—Buenos días Ignacio.

—¿Cómo se encuentran? ¿Y Agnés? —preguntó.

—Agnés está en la habitación. Mi esposa se encuentra indispuesta y ella la atiende —dijo con melancolía.

El joven entró en la trastienda y se dirigió al interior.

—¡Agnés! —llamó.

—¿Sí? —contestó en tono armonioso y con esa voz femenina que tanto le agradaba a él.

Salieron al encuentro ambos jóvenes fuera de la vista de Carmen y se abrazaron y besaron como si una eternidad los hubiese separado.

Saciados de caricias y deseo siguieron mirándose fijamente a los ojos. Agnés estaba esperando este momento desde el mismo día que partió su amado. Soñaba por las noches con que llegara y no faltaron ocasiones en las que despertaba en pleno éxtasis, no alcanzando a saber si aquel gozo, aquella satisfacción, aquel amor hasta entonces desconocido, era verdad o ficción. Su cuerpo experimentaba sensaciones desconocidas para ella en el tránsito del

subconsciente a la realidad. Luego, despierta lo recordaba y sabía que era un sueño pero de un deseo hecho realidad y supo que Ignacio era el amor de su vida. Él la había llenado de deseo, la había conducido al camino del amor. Le había hecho perder el pudor, ese pudor innato que ella y la mayoría de las jóvenes tenían asumido. Habían dado rienda suelta a su deseo y ambos habían descubierto la felicidad. Juntos habían olvidado las penas que los unieron al principio y los pocos momentos que pasaron juntos, sirvieron para llenar el vacío que ambos tenían. No habían llegado al final de su locura y de su deseo, pero en lo vivido habían descubierto sensaciones que nadie les había explicado. Cómplices, guardaron el secreto de aquellas delicias que sus cuerpos les proporcionaban llegando a quererse más y más. Fue una experiencia imposible de olvidar y ahora, al volverse a estrechar en abrazos, revivían con más calma su amor a sabiendas que les quedaba mucho por descubrir.

Las manos de Ignacio apartaron el largo cabello moreno que ocultaba la belleza que él recordaba cada día; después, con una mano intentó secar las lágrimas que asomaban a las mejillas de su amada y con la otra le acariciaba la espalda intentando acercarla y se extrañó al obtener algo de resistencia.

En ese momento Agnés acercó el dedo índice a los labios de su amado, como inquiriéndole silencio y se decidió a hablar:

—¡Ignacio, amor mío!

—Agnés, estoy aquí. ¿Me quieres?

—Como nada en el mundo, cariño.

—Doña Carmen... —dijo ella, pero volvieron a fundirse en deseo y lujuria, sabiendo el joven que el tabernero estaba ocupado y no les molestaría en lo que creía iba a ocurrir.

—He soñado contigo. ¡Eres mi vida! Te quiero.

Se apartaron del centro de la estancia y quedaron en el rincón que ocultaba la puerta.

Se oyó de pronto un ruido extraño cerca de donde ellos estaban que hizo que, por un momento, abandonaran el estado de emoción en que se encontraban.

—Es doña Carmen —dijo ella.

—Pero....

—Hace unos días que siente fuertes dolores de cabeza y está en cama.

Efectivamente, la dueña del local se había levantado hacía días presa de una fuerte migraña que no había desaparecido, llegando en momentos a

perder la consciencia. Había acudido el doctor que la trató del fuerte dolor, pero su estado no mejoraba. Agnés no podía menos que prestarle toda la ayuda necesaria.

—Don José no parece el mismo. Se ha tomado la enfermedad de su mujer con gran disgusto. Solo sale de su boca que se siente desgraciado, que no tiene a nadie en el mundo...

—Es verdad, no tienen hijos —dijo el joven sin saber cómo reaccionar.

—Me ha suplicado que no les abandone. Ahora veo el aprecio que me tienen y el que yo les tengo. Se han portado muy bien conmigo desde que llegué. El daño que la guerra me hizo dejándome sola en el mundo es un trauma que nunca podré olvidar. Sufrí hambre, miedo, dolor... Gracias a ellos me repuse y, ante su cariño y confianza, decidí quedarme. Quieren pagarme, pero yo no podría aceptar su dinero. Es más grande la hospitalidad y la estima que recibo de su parte que el mayor de los sueldos. ¿Qué hubiese sido de mí sin su ayuda?

Ignacio volvió a acariciar su rostro apartando el cabello negro que airoso volvía a cubrir parte del rostro de su amada.

—Pero ahora me tienes a mí, que no puedo estar lejos de ti, mi vida. ¿Sabes? He hablado con mi madre de nosotros y se muestra muy feliz de saberme querido. Desea conocerte.

Cuando la taberna quedó vacía, el bueno de don José entró a la habitación donde ellos estaban, de camino a la de su mujer.

—La señora está descansando. He administrado el calmante que el doctor le recetó.

La muchacha por respeto se volvió a la cocina y retiró algunos restos de las mesas.

Los dos hombres quedaron hablando familiarmente e Ignacio quedó enterado de la conveniencia de que Agnés continuase en el local.

Cuando pudo quedarse a solas con su amada, aprovechó para contarle sus sentimientos hacia ella. Le dijo que pasados unos días tenía que regresar a Blasconuño de la Sierra, pues creía estar abusando de la confianza que le ofrecían los parientes con su rebaño. Le contó su estancia en Sotillos junto a don Justino manifestándole la conveniencia de poder dedicarse con él al negocio de los caballos.

—Y con tu rebaño, ¿qué piensas hacer? —Dijo la joven.

—No lo sé, pero no me sería difícil vender a buen precio y con lo recibido hacer frente y, desde luego, nos podemos establecer juntos.

Cuando pasó la primavera, una mayoría de las ovejas llevaban tras de sí uno o dos corderos y creyó oportuno ofrecer a Justino aceptar el trabajo con él, tras haber recogido los beneficios de las casi trescientas cabezas de ganado que poseía.

Antes de acabar el año Ignacio se había trasladado cerca del domicilio de su amada y se dedicaba a acompañar al tratante, así como a enseñarse los pormenores del cuidado de la cría caballar.

Carmen, al llegar el verano hizo una leve mejoría que animó a todos, pero de repente volvieron los achaques y su estado empeoró. Cierta fin de semana llegó Ignacio a la taberna y sus puertas estaban cerradas. Abrió por la puerta trasera y se encontró con lo que temía; doña Carmen había fallecido.

Pasado un tiempo, José propuso a los dos jóvenes que se instalaran a vivir con él, pues solo le quedaba unos sobrinos lejanos de los que poco o nada sabía.

Aceptaron, y en pocas semanas Agnés e Ignacio se casaron en Peñalcázar, parroquia en donde vivían la madre de Ignacio, Elvira, su hermana Josefina y su padrastro Sebastián.

Tras pasar unos días en su casa volvieron de nuevo a Avellaneda y quedaron instalados en la taberna de don José, que parecía mayor tras enviudar. Este apreciaba a Agnés y la trataba con gran respeto.

Ignacio había adquirido un mulo joven y una carreta que le proporcionaba mayor seguridad y agilidad para desplazarse al vecino Sotillos de Caracena. En poco tiempo el joven acompañaba a don Justino quien, creyéndolo oportuno, le dejaba actuar en varios tratos de manera que podía tenerle de hombre de confianza. De esta manera contactó con toda clase de gentes que compraban y vendían ganado.

Don Justino se mostraba satisfecho de tener a su lado un joven que atendía bien a los mayores, sabía regatear cuando la ocasión lo merecía y hacerse valer ante los maleantes que también solían dejarse los duros en caballos mediocres.

—Pronto tendremos un medio de transporte que nos permitirá trasladarnos con seguridad y a la vez traerá riqueza de unas zonas a otras —le decía Justino a Ignacio.

Él escuchaba pero algunas cosas aun no las comprendía.

—Pronto llegará el ferrocarril —le dijo— y podremos tener confianza en que no perecerán animales en el camino.

Ignacio sabía de la revolución que supondría tener ferrocarril cerca y

que, poco a poco, acercaría las comarcas de España.

—Por una vez los mandatarios han tenido sentido común y están haciendo el bien a la gente, contesto Ignacio.

Continuaba informándose el joven de cuantas noticias tenía a su alcance y además iba cobrando agilidad mental para las cuentas. Era curioso ver como un joven que no sabía escribir, leía y entendía tan bien los periódicos y nadie podía engañarle a la hora de contar cabezas, pecios de coste, precios de venta, gastos, etc.

No tuvo más remedio que aprender a tomar nota de cantidades y fechas, que debía anotar constantemente para justificarse ante su jefe, don Justino. Antaño no tenía que enseñar ni dar cuentas a nadie por ser solo, pero ahora veía la conveniencia de anotar gastos e ingresos. Todo ello se traducía en una mejora de su autoestima al saberse válido. Su afán de superación obtenía sus frutos.

Al poco tiempo de casados, Agnés anunció a su marido que estaba embarazada. Ambos se sentían los seres más agraciados del mundo. Al fin ella tendría un hijo de su sangre y supliría con creces la pérdida de sus progenitores. Pero la dicha se vio truncada cuando las noticias que llegaban de la capital eran nefastas.

Tras la revolución de 1868 y la elección de Amadeo de Saboya como rey de España, volvió a resurgir el odio entre los partidarios del Carlismo, siendo nuevamente las provincias del norte las más afectadas. Tras algunos acuerdos que pretendían instaurar la paz y tras las crecientes dificultades de Amadeo I de lograrlo, las olas anarquistas desembocaron en la proclamación de la I República que, además de los problemas propios tuvo muchas dificultades añadidas derivadas de la guerra independentista cubana así como de las insurrecciones catalanistas.

Esto logró dar auge al carlismo y ganarse la adhesión de muchos sectores monárquicos. Grandes fueron entonces las conquistas territoriales imponiéndose al proletariado, desde Oñate hasta Bilbao, pero fracasaron al intentar invadir el Noreste peninsular y coincidieron estas derrotas con la restauración borbónica en la persona de Alfonso XII. Entonces los carlistas se retiraron de los principales asentamientos: Olot y La Seu d'Urgell. Pero en las cercanías de Avellaneda y de Sotillos de Caracena se acumulaban las mayores fuerzas de resistencia acampadas en el Valle de Baztan.

Nuevas amenazas se acercaron y de nuevo el pánico y el desasosiego proliferaban por el lugar. La gente huía y se escondía en los peores sitios,

impensables para el enemigo. Ellos estaban convencidos de que se estaban matando unos a otros sin motivo que lo justificase y sin que nadie fuera capaz de evitarlo.

Cuando llegó el momento, a mediados de febrero, Agnés dio a luz a una niña hermosa a la que llamaron Carmelita.

Tras haber infundido temor, finalmente el joven y apuesto Alfonso XII, supo ganarse a los militares y ordenando el avance general, rápidamente las fuerzas carlistas fueron expulsadas de España. El pretendiente y “contendiente” Carlos II, atravesó la frontera francesa definitivamente, al tiempo que Alfonso XII, su pariente, entraba en Pamplona donde tuvo apoyo mayoritario. Desgraciadamente, tampoco duraron demasiado el reinado y la vida del monarca. Famosas serían sus pretensiones amorosas que pronto se vieron truncadas, acabando prematuramente su estancia en este mundo, quizás por estos motivos.

A pesar de todas las revueltas, Ignacio se involucraba en la creciente demanda de caballerías tanto por parte del proletario, de los señores nobles acaudalados, como del mismo ejército que, dislocado en tantos sectores, perdía numerosos ejemplares casi a diario.

Venían compradores de Aragón, Cataluña y de todos los rincones de Castilla. Eran frecuentes los tratos en los que debían desplazarse durante varios días a pueblos de valorados mercados. Así conoció la noble villa de Medina del Campo, donde le extrañó que el día de mercado por excelencia fuera el domingo. En cambio, los comerciantes y el pueblo en general aprovechaban el jueves para descansar. Con los tratantes de aquella villa tuvo conocimiento Ignacio de que Medina del Campo fue el lugar donde se consolidó y tomó forma definitiva la famosa “*letra de cambio*”, debido al volumen de negocio que en la villa se practicaba.

Desde lejos, divisó Ignacio en un cercano montículo, el castillo de la Mota, señorial y majestuoso, como dando a entender su glorioso pasado.

Allí solían acudir en busca de ganado lanar y, sin esperarlo, los agricultores del lugar demandaban cerdos de crianza y también animales de labor. La ciudad estaba bien comunicada y contaban con el ferrocarril que, de su estación, derivaba a varias comarcas: unía Madrid con el norte, Salamanca con La Rioja o Aragón.

Ignacio siempre tomaba buena nota de las costumbres e historias que la gente le iba contando allá por donde trataba. En la porticada plaza había una taberna, famosa por acudir a ella la mayoría de visitantes de la noble villa.

Allí alternó con personajes conocidos del pueblo. Uno de ellos, un procurador de la finca a la que había acudido durante la mañana, le indicaba la existencia de aquellos edificios singulares.

—Allí, —señalaba aquel con el dedo índice, saliendo al exterior— allí en aquella esquina y en aquel edificio desvencijado murió nuestra querida Reina Isabel la Católica.

Al oír aquella nomenclatura, Ignacio cesó su atención al hombre, cuando acudían a la cabeza los desastres que los recientes monarcas producían en el norte. En el corazón de Castilla no llegó la insurrección que tanto daño causaba a centenares de kilómetros. Pero el procurador, interesado en cerrar el trato seguía informándole.

—Cerca de Medina, en dirección Salamanca, se encuentra un hermoso pueblecito, amurallado en su totalidad, cuna de religiosas y nobles, allí en aquel convento nació Isabel la Católica. Se trataba de Madrigal de las Altas Torres.

Ignacio no acudió a la escuela pero de sobra sabía que los Reyes Católicos habían avalado a Cristóbal Colón en su viaje al descubrir América.

—Gracias a Colón llegaron a nuestras manos muchos productos de gran valor que aquí eran desconocidos —decía aquel. Pero también tengo que participarle que aquella influencia al poseer tierras lejanas, contagió a los más nobles a seguir dominando a las gentes, a sus tierras y hasta sus costumbres. Habíamos dejado olvidada la Inquisición, pero nuevamente se nos impuso, y es que las grandezas, las conquistas, las batallas y el dominio solo son locuaces en engrandar más y más al poderoso, imponiendo su voluntad, creando leyes a su antojo con el único motivo que el de acumular posesiones y privilegios. Y ¿para qué? —repitió aquel hombrecillo que sin querer estaba trasladando sus ideales al tratante— si al final todos somos humanos. Es terrible cuando recuerdo las salvajadas que ocurren en las haciendas de los señores y en los feudos de Castilla —dijo al fin—, cuando las gentes cuentan los abusos de los señoritos con quien les place.

—¿Aquí ocurre? —preguntó Ignacio y aquel asintió.

—Yo siento vergüenza al conocer las tramas que, por muy escondidas que se tengan, salen a relucir. Es corriente ultrajar a las pobres jóvenes que tienen bajo sus dominios, deshonestarlas a su antojo y desterrarlas como si de animales se tratase.

—No hay derecho, contestaba Ignacio.

—Y aun los padres, temiendo peligrar su sustento, han de obedecerles...

y así se crea una lastra que no cesa. Y a viceversa, no está lejos el tiempo en que al tener que marchar el señor, dejaba a su esposa o prometida con el cinturón de castidad puesto, como si de un reo se tratara, de manera que aseguraban a sus mujeres para que no fornicasen con otro; en cambio ellos deseaban despiadadamente ausentarse para gozar con la que les apeteciera.

—Yo también he sufrido consecuencias de la guerra —dijo Ignacio.

Pero aquel tan eufórico estaba sabiéndose escuchado, que seguía en su exposición.

—¿Has oído hablar del derecho de “pernada”? —Y sin esperar a que su interlocutor tomara la palabra siguió—. Simplemente por ser rico, hacendado y poderoso, tienen derecho a yacer con las jóvenes de su dominio. ¡De esa manera no se les escapa ninguna! —dijo con una sonrisa que delataba amargura y desacuerdo—. Todas las jóvenes tienen asumido que el primer varón que ha de satisfacer sus deseos carnales con ellas es el señor. Así se instauró y así se puede continuar mientras no nos alcemos en masa, no contra las causas reales, sino contra la injusticia y en defensa de los valores morales que no deben ser ultrajados a su antojo.

Allí los defensores conservadores y liberales no perdían su tiempo...

Ignacio pensaba en su hija, en sus parientes, en su esposa y no podía hacerse cargo de que todavía existiesen aquellas tradiciones que todos conocían y nadie defendía.

—Yo me considero medinense, con orgullo, pero no comparto que se tolere semejantes injusticias. De esta manera, el pobre cada vez será más pobre y sumiso, sin ningún augurio de evolución, mientras los defensores del feudalismo seguirán abusando sin que exista limite en sus caprichos. ¡Cómo si no les sobrara con sus dominios y sus rentas! Solo luchan por apoyar la monarquía a sabiendas y esperando que a su término se les asigne algún título y nuevas posesiones.

—Ese creo que es el motor que engrana las batallas y conquistas; ese es el único amor que sienten para obligar al proletario a luchar —dijo por fin Ignacio— y son capaces de atravesar mares y océanos sin cesar, desafiando el tiempo y a cualquier enemigo con la esperanza de lograr más dominios que les engrandezcan y les hagan ser recibidos con honores, aun poniendo en peligro la vida.

—Sí señor, el mundo no es justo, pero tiempo vendrá en que el país despierte y, sin muertes, puedan dejar de ser humillantes las diferencias entre los de arriba y los de abajo.

—Estoy de acuerdo, pero tengo que advertirle una cosa, —dijo Ignacio que creyó oportuno alegar— tardarán nuestros ojos en ver realidad estos sueños. ¿Sabe por qué? —El procurador en silencio esperaba— Esta cultura, este razonamiento, estos derechos, no serán alcanzados mientras la población sea analfabeta. Aquí, —y se dirigió él esta vez hacia el centro de la plaza en la que se encontraban— aquí, señaló con el dedo índice al tiempo que su voz tomaba cierto ímpetu al saberse escuchado— se gestó y vio la luz un hecho importante para los negocios: la “*letra de cambio*”. Aquí se pensó en la conveniencia de un instrumento para que los mercaderes pudiesen comprar, avalados por un documento sin precisar monedas de oro para pagar en el acto. Ese es el primer paso —dijo Ignacio—. Ese hecho me dice que la gente es inteligente cuando se ve con necesidad y de esa manera hay que empezar. Ese tipo de instrumento es el que puede hacer cambiar los modales y las costumbres de algunos. Razonando, hablando, compartiendo, escuchando, cediendo y enseñando, es la manera de que, poco a poco, los jóvenes educados, al llegar al uso de la razón sepan agruparse, unirse; esa es la única forma de entenderse las personas.

—Tiene usted parte de razón, dijo el medinense.

—Claro que la tengo. Hace falta educación. Esa es la base de lo que estamos hablando. A los jóvenes hay que enseñarles a pensar y no a imponerles por norma las absurdas tradiciones de nuestros antepasados. Hay que enseñarles, pero ellos, sin influencias ni experiencia, deducirán pronto cuales deben de prevalecer y cuales han de extinguirse. A ellos, sin duda, si se les prestara la suficiente libertad para poder elegir y se les enseñara a pensar, seguro que hallarían soluciones, pero existen demasiados dogmas que prevalecen a nuestro pensamiento y se aceptan por que sí, dándolo por válido siempre. Las personas poseemos la razón y la conciencia, que es lo que nos diferencia de los animales. A la velocidad que vamos, la mayoría pronto tendrían el mismo derecho que algunas bestias —dijo con gesto amargo.

—Ha habido algunos liberales que han defendido la educación pero pronto otros se han encargado de apartarlos.

—Así es. Deberíamos concienciarnos de que el lugar de los niños es la escuela. En los libros y en la enseñanza está el futuro del país. Yo apenas he ido a la escuela, —dijo Ignacio— pero tengo la suerte de haber aprendido, aunque tarde, a leer y, con el tiempo, a hacer cuentas; ahora me doy cuenta de que el analfabetismo solo interesa a los poderosos. A ellos, cuanto menos gente sepa leer tanto mejor. Así les es más fácil imponernos su voluntad y, el

resto, está mejor sin conocer si quiera los mínimos derechos que tiene a su alcance.

—La Iglesia siempre ha ejercido un poder a favor de los nobles y monarcas, pero yo no he comprendido el por qué. Si nos remitimos al origen del catolicismo vemos que no se nos indica en modo alguno menciones a la riqueza, al poder, al absolutismo, a la esclavitud, sino más bien todo lo contrario, allí se predica con el ejemplo y admiración de pobreza, lealtad, honradez, igualdad, desechando a la nobleza, a los monarcas y se alude a un mundo en el que abunda el hacer el bien al prójimo. Por un lado está el temor a que cometer delitos será castigado y por otro asumimos que, hacer el bien, aunque es más costoso, prevalece siempre y es algo por lo que merece la pena luchar. Al final, hacer el bien es lo que nos deja en paz con nuestra conciencia. Ejercer el mal no cuesta demasiado esfuerzo, pero nuestra conciencia no lo acepta. Esta gran verdad no precisa de jerarquías: el individuo es su propio juez.

—Sí, pero, hoy en día, es verdad que las personas que intentan hacer el bien acaban humilladas y las vejaciones recibidas sirven de enseñanza a otros de que no es posible continuar.

Volvieron la vista a la izquierda de los soportales que rodeaban la plaza desde que se construyera siglos atrás, donde un reloj presidía el campanario de la Iglesia Colegiata de San Antolín y vieron que se habían entretenido demasiado; sin apenas darse cuenta llegaron a la puerta de aquel hostel en el que Ignacio debía pernoctar. Los dos tertulianos se despidieron hasta el día siguiente en que el procurador consultaría con su señor el trato que ambos tenían amañado.

Pasado un tiempo el antiguo pastor llegó a ser socio de Justino, pues tanta era la dedicación que aquel vio en él que no dudó en proponerle parte de sus negocios.

Después de tres años Carmelita era, junto a Agnés, el motivo de su vida y trataba de pasar cuanto tiempo podía jugando con su hijita. De nuevo su esposa quedó encinta y la noticia le colmó de felicidad. Serían nuevamente padres a finales de 1883.

A su segunda hija la llamaron Berta y llegó al mundo una fría noche de noviembre, adelantándose un mes a su fecha prevista de nacimiento en Navidad. El motivo del parto prematuro fue que Agnés contagió su fiebre e indisposición a la criatura. La pequeña llegaba al mundo al mismo tiempo que su madre lo abandonaba. Sí, Agnés, su amada esposa, moría durante el

parto y dejaba huérfana a la pequeña Berta, a Carmelita, y desconsolado al pobre Ignacio, que pasó varios días sin saber qué decisión tomar.

La noticia llegó hasta Peñalcázar y su madre, Elvira, y su hermana Josefina se apresuraron en llegar hasta Avellaneda conscientes de la desgracia que sufría Ignacio. Gracias a su ofrecimiento de ayuda él pudo continuar con su trabajo, que suponía su única fuente de ingresos para sacar adelante a sus dos criaturas

Elvira no tardó en encontrar una nodriza que se encargara de alimentar a la pequeña Berta. La hermana de Ignacio quedaría al cargo de la taberna. El cantinero se mostraba conforme con la decisión de Ignacio, pues no dudaba Josefina en atraer a los parroquianos al igual que lo hacía Agnés. Nunca tuvieron discusión alguna la familia de Ignacio con don José, pues veía peligrar su futuro si estos hubieran decidido marchar, quedando él solo y sumido como estaba aún en su pena.

Justino comprendió a su socio lamentando mucho la muerte de su mujer. Él mismo también vivía apenado, pero por el caso contrario, tenía esposa, pero no lograban tener descendencia.

Ignacio solía pasar algunas noches lejos de Avellaneda, siempre ocupado en sus menesteres, con la tranquilidad que le daba el confiar sus hijas a su madre y hermana.

La familia de don Justino había sido desde siempre devota y creyente y participaba en la mayoría de congregaciones y fundaciones que se gestaban en la parroquia de Sotillos de Caracena, donde vivían.

Comentaba la buena señora con sus amistades el desafortunado percance sufrido por el socio de su marido, mostrando su malestar e intuyendo la conveniencia de que aquel encontrase una joven de su agrado con la que unirse.

—Es un joven que no aparenta el talento ni la bondad de su conciencia —comentaba con sus contertulianas.

Muchas eran las situaciones similares en aquel siglo XIX plagado de miseria, hambruna y muertes que reinaban por doquier.

Cierto día Eloína, la mujer de Justino, que disfrutaba cambiando impresiones y enterándose de todo lo que acontecía en el pueblo, contó a su marido que había llegado al pueblo una familia desde Venturiel (Navarra). Se trataba de una mujer viuda con dos hijos. Había perdido el marido durante la retirada de las tropas y llevaba consigo un niño de escasa edad. Las acompañaba un muchacho que recientemente había sido acogido en casa del

herrero. La familia estaba necesitada y allí encontró el cobijo que necesitaba.

—Comentaré el caso a Ignacio pero, la verdad, anda desconcertado desde que murió Agnés. Era una buena chica y su pérdida será difícil de olvidar. Me consta que se querían mucho y ambos habían sufrido demasiado durante su juventud.

—Es decisión que él debe tomar, pues no está de sobra ayudar al prójimo como lo mandan las escrituras —dijo la mujer.

Justino no prestaba demasiada atención a las últimas palabras de su esposa, ya que era hombre de mundo y creía más en las personas y en sus hechos que no en habladurías y predicaciones.

No obstante, cierto día que Ignacio parecía de mejor talante, se propició la ocasión y le habló del tema. Casi desesperado y emocionado escuchó a su socio y meditó antes de articular palabra alguna.

—Yo sé que no encontraré a una mujer como Agnés. Siento rabia más por ella que por mí. Estaba sola en el mundo; había perdido a su familia y ahora que había recuperado lo perdido con frutos de nuestra sangre, se ha ido. Pero —continuó el joven— por el bien de nuestras hijas debo encontrar una mujer que nos quiera y que nos acepte tal y conforme somos.

—Así es —repensó Justino— que os quiera, y no solo a ti y a tus intereses, sino a tu situación.

En esto quedaron, cuando el antiguo pastor ensillaba su caballo y parecía que su pensamiento y sus palabras se las dirigiese al rocín, que pareciera mirarle y comprenderle, tal era el aprecio que tenía a aquel animal.

Pronto decidió conocer a la mujer que la esposa de su socio había sugerido. Había tanteado la idea de una vecina del tabernero que a medias se le había declarado, pero la rechazó al no sentir nada por ella y presagiar que esta buscaba una buena posición si se unía con él.

Con el pretexto de una celebración eclesiástica, Elvira invitó a Ignacio a la fiesta y allí coincidió con Anunciada, la joven de la que hablaron.

Anunciada Santos Iniesta era una mujer todavía hermosa que superaba algunos años a su pretendiente pero que su soltura de carácter disimulaban bien, apareciendo ante la mirada de muchos una mujer educada, sencilla, resignada, como la mayoría en su situación. Era de estatura más bien alta, de cabellos largos, morena, y solo dejaba entrever una leve sonrisa cuando tomaba confianza con su interlocutor.

Ignacio se dejó llevar pues no esperaba encontrar en mujer alguna, todo lo que su amada le había ofrecido. Pero quiso el destino que se diesen a

conocer los dos viudos y poco a poco, cada cual contó su situación, llegando incluso a olvidar aquellos tapujos que tenían puestos cada uno al conocer a otra persona casi por conveniencia. Anunciada hacia olvidar a Ignacio el pasado reciente; él, por su trabajo, se creía con experiencia al haber tratado con diferentes categorías de personajes y ella poseía enorme talento y se mostraba cariñosa y atenta en su presencia. Pero prefirió guardarse de relatar la verdad del origen del verdadero padre de Hugo, su hijo, y optó por relatarle otra historia.

Poco a poco le contó a Ignacio su matrimonio anterior. Su marido había sido uno de los herederos de un lejano pariente que había marchado a América y en donde al parecer había hecho fortuna. Al fallecer aquel, recibió la noticia de que parte de su herencia le pertenecía, y esa fue la causa que le llevó a cambiar de vida. Al verse con dinero creyó ser rico y desvalijó todo cuanto heredó y más; se acostumbró a no trabajar, a la bebida y a cuantos vicios se prestaron a su alcance.

—Los últimos años fueron un calvario. Se ensañaba conmigo cuando, ebrio, venía a casa y cualquier excusa le bastaba para humillarme sintiéndose más hombre, obligándome a tener relaciones sexuales, cuando yo empezaba a detestarlo. Así se enorgullecía, creyéndose poderoso cuando en realidad ya no teníamos un real. Mi madre me ayudaba cuanto podía, pero me pedía paciencia y resignación, pues ella fue la que me incitó a casarme con él.

Ignacio la escuchaba con atención.

—Yo le quería, aunque no veía la manera de terminar con aquella farsa. Intenté evitarle en lo que podía porque presagiaba que su estado no podía traernos nada bueno. Después de humillarme, me tomaba en sus brazos y saciaba sus deseos de cualquier manera. Gritaba satisfecho cuando me sometía a sus locuras; seguramente no lograría hacerlas con nadie que no fuera yo. Unas viejas me proporcionaron una pócima para que aquella barbaridad, aquel desahogo de placer y deseo no germinase dentro de mí. Tuve algunos abortos frutos de los abusos a los que me sometía. Un día decidí hablarle y decirle que lo abandonaba. Entonces reaccionó y pasó una temporada volviendo a ser el hombre que yo conocí, coincidiendo con el final del derroche de cuanto teníamos. Entonces decidí quedarme embarazada con la idea de que con un hijo las cosas podían mejorar. Pero me equivoqué. A los pocos meses mi marido fue reclutado en una revuelta y antes de nacer mi hijo, su padre perecía en una guerrilla. No lloré su pérdida. Pudo más la ilusión que tenía por mi hijo que la tristeza cuando pensaba en los años que

pasé al antojo de sus deseos y sus caprichos, sintiéndome sola.

—Es un tabú que se resiste entre las personas y que nos resignamos a aceptar —Ignacio se sentía cerca de las mujeres en ese sentido—. Es impensable que la mujer no tolere los antojos del marido, y eso conlleva a que, lejos de remediarlo, la mujer tenga que continuar siendo la sierva del marido que así piensa.

Anunciada le escuchaba hablar y sentía no poco alivio en sus palabras, las que jamás había oído tan a favor suyo. Volvieron a encontrarse de nuevo pasados unos días, contándose nuevos hechos mutuamente. Ella sabía que si se casaba con Ignacio adoptaría además dos niñas, así como él tenía claro desde el principio que su unión conllevaría aceptar a Hugo, el pequeño hijo de Anunciada. Convinieron ambos que se casarían pasado el luto por Agnés y pasarían a vivir en Blasconuño de la Sierra, en donde el futuro marido poseía su parte en la vivienda de la familia de su padre. Alejado quedaba don José el tabernero, aunque Ignacio nunca le olvidaría.

Con el dinero ahorrado decidió pagar la parte de la vivienda a aquellos parientes que, contentos de que volviese a ocuparla y rehiciese su vida, acordaron a un precio por debajo de su valor. Él, además, creía que alejándose de Avellaneda lograría apartar los recuerdos de la madre de sus hijas.

Allí quedó en soledad don José, al que solo alegraban los pocos parroquianos que se atrevían a consolarle.

El joven tratante esperaba solamente que la mujer que había elegido se ocupara de sus hijas y atendiese debidamente el hogar, pero se equivocó. Anunciada era una mujer con don de gentes y supo ganarse la confianza de los parientes y amigos de Ignacio sin ningún problema. Además, en la intimidad era todavía más afable y complaciente. Cuando hacían el amor era capaz de proporcionar el éxtasis a su marido, mostrándole experiencias que para él eran desconocidas. Era una hembra en el sentido íntegro de la palabra. Era incansable e hizo recobrar ilusiones a su compañero que servían para hacer olvidar las penas acumuladas.

Se decía a sí mismo que era una mujer de mundo y no se equivocaba. Anunciada contó a su amado que, en sus años mozos, había ejercido la prostitución obligada por su padre, que fue el culpable de que tomase por marido al padre de su hijo. Esta época lejos de hundirla la hizo más fuerte y nada tenía que ver la experiencia que le tocó vivir siendo adolescente, con el amor que compartía con Ignacio.

Este parecía satisfecho con su nuevo estado y tomó cariño por Hugo, el hijo de Anunciada. Esta, por su parte, se comportaba de igual modo ante Berta y Carmelita, hijas de su marido.

Pasaron los años y de aquel nuevo amor nació Justina. A partir de entonces empezaron a surgir altibajos en el matrimonio agravados por las largas ausencias de Ignacio debido a sus ocupaciones.

Justino envejecía y delegaba casi todo en su socio, guardándose la parte que consideraba más asequible.

Así llegó el joven pastor con el tiempo a ser un prestigioso tratante conocido en gran parte del Centro y Este de España, no faltando las referencias en Andalucía para animales de pura raza, requeridos por los dueños de los cortijos de aquellas latitudes.

Se codeaba con nobles de rancio abolengo poseedores de inmensas posesiones y de innumerables títulos que, lejos de mermar, aumentaban debido a los concertados enlaces matrimoniales entre nuevos herederos de terratenientes.

Consideró Ignacio que, a pesar de sus ideas contradictorias con el mundo de la nobleza, se centraría en su trabajo y asentaría en las conversaciones con aquellos que asiduamente se veía obligado a mantener, aunque no compartiera sus puntos de vista.

Iba conociendo las inconmensurables haciendas de la familia de Alba, encontrando tanto en Castilla, Andalucía o Extremadura soberbios palacetes y extensas llanuras de cultivos de toda índole. Consideraba inabordable aquel nivel de vida y sabía que eran fuente de riqueza para su negocio, a pesar de que no soportaba el trato que advertía que recibían los jornaleros de esas tierras que, por doquier, hablaron con él.

Llamó su atención la facilidad con que trataban los apoderados de la casa de Urquijo, así como la manera de someter al populacho en tierras de Cádiz la casa de Domeq, que tantos animales de pura raza le compraban y revendían cada año. A él incluso le interesaban las cabezas de las que aquellos se desprendían por considerarlos defectuosos, por el simple hecho de que el mayoral comentara cualquier rareza del animal, a sabiendas del dinero invertido por el señor.

Entretanto, llegaba de nuevo a su casa y era recibido por Anunciada con afecto y por los abrazos de sus hijos. Pero no tardó en observar que la pequeña Justina era tratada con menosprecio cuando él no estaba presente.

Comentó el matrimonio con prudencia el tema, sabiendo Anunciada

salir por la tangente y dejando convencido a su marido de las niñerías de cuatro hijos que sacaban de quicio al más prudente. Luego hacía que Ignacio, al que realmente llegó a amar, olvidara aquellas memeces satisfaciéndole como ella sabía. El trauma pasado hacía que, con toda la juventud que aún poseía, se desahogase con toda la furia y complaciese al varón, a sabiendas de que era la mejor arma que tenía para tenerlo a su merced, eliminando toda duda que, como mujer, podía tener sobre los posibles engaños de su marido con otras mujeres en sus estancias lejos del hogar. Ella ofrecía todo su amor y todo su cuerpo solo a él, olvidando la prudencia que guardaba con lo ajeno y entregándole a su marido toda su hermosura y su beldad, de la que ella era sabedora y, como tal, era compensada por él, ya que solo yacía con ella. Era hombre de una sola mujer.

Las dos niñas mayores, Carmelita y Berta armonizaban muy unidas siempre, mientras que Hugo, al ser varón ocupaba ya en el hogar ciertas distinciones sin que nadie se llegara a apercebir, mientras que la pequeña Justina, por ser la menor, todavía recibía atenciones propias de la niñez. Justina siempre vestía ropa de sus hermanas, que ya eran unas jovencitas, y no era por no tener haberes para conseguir prendas nuevas sino que era por aprovechar lo que aún tenía un buen uso, mientras que Hugo siempre tenía prendas que estrenar, con la excusa de que siendo el único varón nada de sus hermanas le servía. Incluso su padrastro contribuía a proporcionarle ropajes que sus clientes le daban, o bien, que simplemente adquiría en los diferentes lugares que visitaba, influenciado por Anunciada que tan bien sabía manejar los deseos de su marido.

Cierta vez, Hugo se encontraba jugando cerca de una noria que servía para el riego de los campos lindantes al pueblo. Los pequeños solían acudir allí a presenciar el espectáculo que presentaba ver a un caballo girando alrededor de un eje central que, con sus engranajes, movía una noria provista de cubos giratorios que, con el movimiento, subían el agua de un pozo contiguo y los volteaban al llegar estos a la cima para luego, bajar nuevamente.

El agua caía sobre un ribazo que, adecuadamente, era conducida hasta los cercanos campos donde los labradores sembraban hortalizas.

Hugo, con otros chicos de su edad se acercó demasiado a aquel pozo abierto en donde se sumergían los cubos de aquella noria, mientras algunos se entretenían mirando al caballo en su monótono movimiento. Hugo tiraba piedras a los cubos llenos de agua que subían hacia el nacimiento de aquella

acequia. Una de aquellas piedras tuvo la mala fortuna de caer en el engranaje y provocó que, por un momento, el animal quedase retenido por el atasco que la piedra producía; eso provocó que el animal forzase el palitroque que lo sujetaba al eje. El caballo se desbocó y continuó tirando instintivamente hasta que el engranaje rompió su atadura. El animal, asustado, se revolvió intentando salir del círculo de la noria y al hacerlo tropezó con el pequeño Hugo que, del golpe recibido, resbaló y cayó, sin poder evitarlo, en el fondo del pozo.

Los demás niños huyeron a sus casas mientras Hugo continuaba sumergido en el agua. Los agricultores, que esperaban el agua, observaron que llegaba mermada al tiempo que vieron salir al caballo de un modo extraño. Corrieron alarmados hacia el pozo y allí, en el fondo, vieron al niño que intentaba cogerse a las paredes sin lograrlo. El pozo tenía unos cinco metros de profundidad y sin grandes apuros lograron ponerlo a salvo, ayudados de una cadena con su carrucha que prendía del alto de una pilastra y que siempre tenían allí para utilizar en caso de emergencia.

Anunciada vio llegar a su casa a dos hombres con su hijo en brazos y se enteró de lo ocurrido. A partir de ese momento, Hugo fue considerado como un salvado y su madre, que lo lloró infinitamente, incrementó excesivamente las atenciones hacia su hijo predilecto. Ejercía sobre él una sobreprotección que producía que, a la vez que se formaba como un hombrecito, dependiese para todo de su madre.

Esto provocó que las dos hermanas mayores despertaran de su letargo y se uniesen cada vez más entre sí en vista de que estaban quedando relegadas a un segundo plano.

Pasaron los años y el tratante de caballos quedó al frente del negocio con sede en Sotillos de Caracena. Constantemente recibía remesas de animales del sur, que eranpreciados en el norte e incluso pasando las fronteras de los Pirineos; no era difícil acopiar una yeguada de doscientos caballos de todas clases, como tampoco lo era el vaciar los establos ante un buen comprador.

Empezaron a haber impagos; algunas veces tardaba meses en cobrar, otras, se resarcía con nuevas ventas y, otras, debía marchar en busca de sus deudores. En una ocasión, dirigiéndose hacia la Alcarria, sufrió una emboscada antes de llegar a Almonacid del Marquesado, en donde fue abatido por unos desconocidos embozados que, después de robarle cuánto dinero lleva encima, lo apalearon dejándole inconsciente. Cuando despertó vio que su caballo había desaparecido. Estaba solo y apenas podía moverse.

Había perdido la noción del tiempo, pero antes de anochecer vio que se acercaba por el camino una carreta. Como pudo le gritó y le hizo señas y aquel fue en su ayuda. Era un granjero que volvía a su casa cargado de comida para el consumo.

El granjero prestó desinteresadamente ayuda a Ignacio y le alojó en su casa varios días, hasta que el herido recobró la memoria, pudo contar lo sucedido y dar sus señas. No obstante, el granjero comentó el hecho en el pueblo y la noticia de su paradero fue a oídos de los que le habían atacado creyéndolo muerto. Con toda probabilidad, eran enviados por algún deudor de Ignacio que prefería saldar la deuda con sangre.

Cuando se disponía a abandonar el caserío en donde se había recuperado, el agricultor, enterado de que se trataba de un hombre de bien y que acostumbraba al trato de animales, no dudó en proporcionarle un mulo recio que de sobra le permitiría volver a casa.

Partió el tratante y de nuevo fue observado por sus enemigos que aguardaban la salida sigilosamente. Esta vez no dieron el alto, se limitaron a seguirle y cuando lo estimaron oportuno dispararon varios tiros de escopeta, seguros como estaban de no ser oídos. Ignacio falleció en el acto y la noticia llegó a su mujer antes de lo que nadie se esperaba.

Las autoridades investigaron al granjero durante varios días creyéndole culpable de su muerte, pero no tenían ninguna prueba y finalmente fue puesto en libertad.

Anunciada quedó desolada ante la noticia a la que no daba crédito.

—¿Cómo es posible que le ocurra semejante atrocidad a un hombre de bien? —decía sin cesar—. Mi marido no ha hecho perjuicio a nadie. ¡Estoy segura!

Elvira, Josefina y Sebastián acudieron a despedir a su hijo y hermano, pero pasados unos días marcharon de nuevo hacia Peñalcázar. Elvira era anciana y este duro golpe no tardó en pasarle factura. Moría a los pocos meses. Su hija Josefina ya vivía casada con un interventor del juzgado en la capital. Nada se supo de ella.

La fortaleza de Anunciada hizo que se repusiera pronto de la pérdida de su marido. Las hijas mayores sabían de la conveniencia de emprender nueva vida por su cuenta y no tardaron en tener pretendientes; en poco tiempo desposaron las dos hermanas. Hugo continuaba siendo el predilecto de su madre y no padecía dificultad alguna.

La jovencita Justina, ya una adolescente, a la que su padre apreciaba

mucho por ser fruto de su nuevo amor, cuando ya lo creía perdido, quedaba ahora a cargo de todas las tareas del hogar, casi como un castigo.

No faltaron ocasiones en que los crecientes enfados de su madre los desahogara con ella.

—¡Eres una inútil, Justina! Nunca aprenderás a ser una señorita —le decía.

La niña humillada y resignada callaba ante los insultos de su madre a la que le tenía gran respeto.

—Pero madre, ¿por qué me habla así? Siempre tengo yo la culpa de cuanto sucede. No alcanzo a más.

La pobre niña hacía tiempo que no acudía a la escuela. Sus tías y primas la apoyaban y ella descargaba alguna vez todos los ultrajes que su madre siempre le repetía. Una prima mayor que ella, sobrina de su padre, se encargó de enseñarle, a escondidas, cuanto pudo de lectura y escritura. Siempre que podía, Justina acudía a su refugio, ya que era el único lugar donde se sentía querida.

Su hermano Hugo había sido educado con predilección y sabía que no podía acudir a él, pues este se encontraba presente cuando su madre le reprochaba y jamás salió de su boca palabra alguna que la defendiera.

Los domingos, después de cumplir con las órdenes de su madre, acudía con la mejor ropa que tenía, en busca de sus parientes donde se quedaba a comer. Solía ir a la iglesia acompañada de su prima, la cual estaba educada como a ella le hubiese gustado. La prima sentía compasión por ella y no dudaba en presentarle amigas de su edad, con las que acordaba para acudir a algunas rogativas y rosarios durante la semana.

Allí conoció a una señora mayor que había vestido los hábitos e hizo gran amistad con ella. La señora notó pronto la predisposición que Justina tenía hacia la lectura y la cultura en general. Recordaba entonces palabras que su padre solía decirle:

—Justina, recuerda que es muy importante saber y estar informado de cuanto sucede a nuestro alrededor. Solamente así podrás opinar y saber cuánto te conviene. Y para ello, el primer paso es la escuela, leer y escribir. ¡Recuérdalo Justina! Leer, escribir, aprender. Y no te preocupes por si las chicas de tu edad no son aplicadas, dejando estos menesteres para los chicos. Eso es absurdo. Somos iguales hombres y mujeres. El mundo está repleto de gente de todas las clases y siempre prevalecerás si conoces cuanto tienes a tu alcance. Aprenderás a enjuiciar por ti misma, sin esperar a que lo hagan por

ti. En el mundo se cometen muchas injusticias —continuaba recordando—. El dinero está en unas cuantas manos y, en cambio, la mayoría dependen de ellos por el simple hecho de que les ofrecen unas monedas a cambio de trabajo. Es necesario, pero no es obligación. De esta manera cada vez seremos más los que nos resignemos al yugo de los ricos; debemos conocer nuestros derechos y hacerlos prevalecer cuando haya ocasión. A la mayoría de personas se nos ha impuesto, desde la cuna, la sumisión y la resignación. Ante este panorama y de esta manera jamás habrá evolución. Mientras unos pocos gozan de los placeres de la vida, la mayoría se sumerge en el lado que a aquellos les repugna. Es muy importante respetar a las personas, pero lo es más estar en paz consigo mismo. Y esa paz se consigue con sentido común: aprendiendo a pensar, a razonar y a expresar ideas que cada uno llevamos dentro. Desde siempre ha habido distintas maneras de deliberar y no por ello es ignorante el que no sabe; bastante desgracia la suya si nadie se ha ocupado de él.

Finalmente, recordaba Justina muchas de las conversaciones que su padre y ella tenían. Ignacio sabía que su hija era aplicada e inteligente y siempre le aconsejaba de aquel modo, porque sabía que la niña entendía a la perfección cuanto le decía.

Por eso, ahora, sin su padre, se veía descolocada. No veía prosperar lo que su padre le enseñó. Se hundió más al escuchar de la boca de su madre, cierto día de enfado, la mala hora en que la había concebido. Entonces comprendió el desprecio que desde siempre le había mostrado.

Su tía paterna estaba enterada de esto y hacia lo posible porque su sobrina siguiese los pasos de su padre, aunque fuese mujer.

Aquella mujer que le dejaba libritos para que se entretuviese se interesó por Justina, a sabiendas de que su madre sería contraria a que la niña aprendiese demasiado. Le gustaba escuchar a aquella buena señora que dejó los hábitos para dedicarse a cuidar de su hermana mayor, enferma y con hijos que, desgraciadamente, había fallecido. En el pueblo se dedicaba a asistir a enfermos, a prestar ayuda a quien se la requería y, últimamente, el viejo párroco le había proporcionado una aula cerca de la parroquia, donde acudían las personas analfabetas a enseñarse a leer; otras personas que no podían acudir a la escuela, por la tarde y días de fiesta, recibían la educación a su nivel que, pacientemente, sabía la señora compaginar con anécdotas y hechos que hacían que las clases fuesen eficientes y amenas.

Mandaba a cada cual deberes sencillos para que se habituaran y se

involucraran en el aprendizaje. No dudaba en quedar a solas con personas de mayor nivel y enseñarles hasta donde podía, averiguando en periódicos y desvencijados libros que aún guardaba de su juventud.

Pero Justina sabía que su obligación era como mínimo no cesar en todas las tareas de la casa que exigiesen mayor esfuerzo, viendo como a Hugo no se le encontraba ocupación alguna, siendo como era mayor que ella. Ambos se llevaban bien, el problema era su madre que ahora inclinaba la balanza hacia la parte del hijo.

Sor Teresa, que así se llamaba la benefactora ex monja, se fue enterando de los problemas que acaecían en el seno de la casa de Justina, y ello motivó que creciera el interés por la joven. Pensaba que era una adolescente inteligente y su conciencia no toleraba que se le prohibiese el aprendizaje. Congeniaban muy bien y no eran raras las ocasiones en que, al terminar las clases, quedaban a solas intercambiando pensamientos. Estos quedaban guardados en secreto y Justina, de vez en cuando, contaba algunos de los malos tratos recibidos, así como los desagradables acontecimientos vividos por su padre.

La niña se iba convirtiendo en una adolescente hermosa, de ojos claros que se convertían en aliados de cuantos amigos intimaban con ella, pero rehuían su mirada cuando se sentía intimidada por desconocidos o por quienes ella creía enemigos.

Era una muchacha alta, morena, de tez blanca, con unos largos cabellos que la hacían ya una jovencita atractiva y que su madre obligaba a recogerlos si salía de casa, además de imponerle que se cubriera con su oscuro pañuelo, creyendo que era lo adecuado. Ella lo tenía asumido y siempre vestía con falda negra y larga en demasía, como antaño lo había hecho su madre.

Desde que tenía uso de razón y escuchó por boca de su madre que fue concebida en contra de su voluntad, no perdonó a su progenitora aquellas palabras, y entendió que solamente su padre la había deseado, dando pruebas de su amor durante su existencia.

Esto le hacía recordar más a su padre, al que admiró y preguntaba, en cuanto podía, a su abuela Elvira y sus tías para saber más de él. Ella recordaba siempre sus consejos y hacía hincapié en la conveniencia de aprender, de leer y enseñar al prójimo a seguir ese camino. Así empezó a buscar libros y novelas que algunos intelectuales guardaban en los armarios por haber pertenecido a sus antepasados. En la misa de los domingos

encontró un filón; allí acudían personas que poco a poco fue conociendo y algunas de ellas gustosamente le prestaban libros de todas clases. Pero los planes de su madre se estaban gestando hacía tiempo, desde la muerte de su esposo, el padre de la joven.

Justina acudía con asiduidad al cementerio y, en la fosa en donde estaba enterrado su padre, colocaba un ramillete de flores silvestres que recogía en el corto trayecto desde su casa. A pesar de haberle perdido, nunca olvidaba sus sabios consejos, así como el entrañable cariño que le profesaba; habían sido cómplices y ahora le echaba de menos.



*El Señor es mi luz y mi salvación, ¿de quién temeré?
El señor es la fortaleza de mi vida, ¿de quién he de atemorizarme?*



SEGUNDA PARTE

GASPAR GAMUNDIO



I



En la segunda mitad del siglo XIX, en un enclave riojano de montaña situado entre dos valles, apenas visibles desde la carretera de acceso que daba paso a un camino de herradura, se encontraba el pueblecito de Corcuetos, perteneciente al distrito de La Edredilla. Allí vino al mundo Anunciada Santos Iniesta, hija de jornaleros de unas tierras dedicadas al cultivo de la vid. En aquellas latitudes ese tipo de labranza estaba en auge y los propietarios de los cultivos sabían conseguir preciados vinos que luego fueron famosos en todo el país. La gente atribuía este logro al clima especial de la zona, con veranos suaves y con inviernos fríos, pero la verdad es que lo que lograba los exquisitos caldos era la constancia en las labores, tanto en el campo como después en la bodega. Allí, las extensiones de los cultivos eran muy limitadas, lo que pudo motivar a las gentes a hacer valorar sus cosechas cambiando de variedades, cultivando y vendimiando de manera diferente y luego, tras la cosecha logrando que su vino obtuviese calidades exquisitas.

La familia de Anunciada se dedicaba a aquellas labores, llegando su padre, Blas Santos a ocupar el puesto de capataz en diversas tareas de la finca de don Venceslao Gamundio, señor de aquellas tierras. Él vivía en una casa señorial en Madrigal de las Cumbres, a una jornada de distancia y solía acudir varias veces al año a visitar sus tierras.

Blas, el padre de Anunciada tuvo dos hijos varones, pero las revueltas carlistas constantes, sobre todo en el Norte de la península, provocaron que falleciera su hijo mayor, Narciso, en Noharre, tras una persecución que duró días y donde fallecieron otros vecinos. Su segundo hijo, Jesús, moriría años después víctima de las enfermedades que conllevaron la guerra y el hambre. Estuvo preso cerca de Loyola en donde el aislamiento y los malos tratos acabaron pronto con su vida.

Los padres, Blas y Segismunda, sufrieron mucho su pérdida y centraron

todo su cariño en la joven Anunciada, mucho más joven que ellos, única hija ya del matrimonio. Debido a las frecuentes guerrillas y no queriendo otra cosa que protegerla, hablaron con don Venceslao Gamundio y acordaron que la joven marchase con su señor lejos de La Rioja, a su casa, en donde podía trabajar en el servicio y donde, sin duda, permanecería fuera de peligro en tierras de Castilla.

Y así fue. Los padres, aunque apenados, prefirieron saberla lejos que tener que penar de nuevo; ya hacían ellos más que suficiente al continuar en Corcuetos al cargo del caserío y de la finca de su protector.

Anunciada era muy joven cuando llegó a casa de don Venceslao Gamundio y, tanto él como su esposa, Fortunata, la acogieron gustosamente. La joven poseía un carácter abierto y se hacía de querer por su desenvoltura y su cordialidad. Allí se refinaron sus modales y, con el cambio de vestimenta, parecía ser una más de la familia.

El matrimonio Gamundio tenía un solo hijo, Gaspar. Éste permanecía en la capital parte del año debido a que sus padres se empeñaron en que estudiara derecho. La mayor parte de la nobleza de la época se veía abocada a desempeñar ciertas carreras a consecuencia de su posición. La más común era la carrera militar, a la que don Venceslao se negó. Cuando él era joven, su padre, que era del rango militar, quiso que siguiera sus pasos pero no lo consiguió. Él estudió en un seminario pero abandonó con el pretexto de la mala época que se presentaba y por la necesidad que tenía de estar con su familia cuando quedaba sola al irse su padre a filas cada vez que era requerido.

Era costumbre de las gentes de rancio abolengo el estudiar, sobre todo abogacía, para poder optar a algún cargo, si no del gobierno, al menos del distrito, o bien internarse en el seminario y seguir los destinos de la Iglesia, que tanto poder ejercía sobre el pueblo y que tanto influía en destinos de políticos, en la monarquía y en el pueblo en general. El sacerdocio era elegido cuando había varios varones a quienes dar opción.

Entre los jóvenes universitarios de las ciudades se creó una corriente de estudios hacia profesiones más acertadas, como médico. El país estaba enfermo, la mortalidad infantil era altísima y la esperanza media de vida apenas llegaba a los 60 años. Ello creó la conveniencia de seguir la carrera de medicina que, por cierto, daría pronto ilustres genios como lo fue don Santiago Ramón y Cajal. Todas estas profesiones estaban destinadas a los varones pues, desgraciadamente, las mujeres quedaban todavía y por mucho

tiempo, relegadas a las tareas domésticas y a encontrar un marido a la altura de las posibilidades. También tenían a su alcance y como último recurso, internarse en conventos de clausura. La existencia de los conventos estaba ligada a la Iglesia; una iglesia en la que su fundador solo deseaba prodigar el bien y amor al prójimo, aun a cambio de recibir difíciles y costosos sacrificios. Sus pilares se basaban en la humildad, la pobreza y el amor, valores que con el tiempo dieron paso a otros, enmascarando con dialéctica su verdadero propósito.

El noble de aquella comarca, poseedor de numerosas propiedades, algunas de ellas heredadas y otras adquiridas como recompensa por la ayuda prestada a la monarquía en épocas de combates, tenía por entonces cincuenta años. Era una persona que no osaba abusar de su poder; se le consideraba moderado y solía escuchar a los necesitados que acudían en su busca. En cada visita a sus posesiones, tenía por costumbre tratar a los trabajadores y sus familias para conocerlos mejor. Le preparaban una mesa en la esquina del patio de la casa y por allí pasaban los humildes trabajadores; él les preguntaba sobre la familia y trabajo y muchas veces se le veía emocionado ante los sufrimientos que le contaban. Los procuradores que lo acompañaban se alertaban cuando lo veían levantarse de la mesa, y cogía cariñosamente del hombro a algún pasiego que le había conmovido; él, a escondidas de los picaros procuradores, deslizaba en un bolsillo de la ajada chaqueta algunas monedas que, sin duda, aliviarían su pobreza.

Don Venceslao tenía buen corazón. No parecía de estirpe noble aunque poseyera escudo de armas en el dintel de su palacete.

—Pero, don Venceslao... —le decía uno.

—¿Le piden a usted algo? —contestaba él.

—A veces suelen intimidarme.

No le dejó terminar

—Y usted que hace, ¿les escucha? ¡No!

Y el procurador bajaba su rostro asintiendo.

—No puedo tolerar que las personas que viven en mis haciendas y trabajan para mí malvivan de esa manera. Otra cosa sería si no se ocuparan, y para eso está usted al cargo, para hacerme saber los problemas de mis posesiones, además de informarme de los resultados anuales.

—No merecen tanta atención, don Venceslao.

—Eso es a mí a quien corresponde juzgarlo. Usted ocúpese de su trabajo.

Quería ser más duro el encargado que el propio dueño. Así había sido, generación tras generación. En cambio, su hijo Gaspar, de 22 años era muy diferente. Cuando pasaba el verano y algunas cortas estancias en invierno en casa de Madrigal de las Cumbres, su padre insistía en que lo acompañara en las visitas. Sus modales y el talante que mostraba eran bien diferentes a los de su progenitor.

Gaspar era joven y engreído. Llevaba años repitiendo cursos enteros en la capital, pero su padre apenas le reprendía y eso le servía para prodigarse en fiestas y locales nocturnos que solo eran visitados por gente acaudalada. Allí aprendía cosas que en el pueblo natal no podía. Allí se relacionaba con prostitutas que hacían realidad los deseos que su joven cuerpo deseaba. Lejos de casa conseguía sin esfuerzo los placeres que allí le estaban vetados a su condición. Su madre se desvivía en agasajos cada vez que volvía su hijo Gaspar a casa y le consentía todo.

Su padre conocía, solo a medias, la vida de su hijo en la capital y la otra mitad se la imaginaba sin temor a equivocarse. Pero su carácter tolerante le había hecho transigir con la mayoría de problemas en los que se metía.

Cierto día llegó el carruaje con el correo y de él se apeó el joven Gaspar. Su madre, Fortunata, le esperaba acompañada por una joven. Él se extrañó porque no era nadie que él conociera. Fortunata cubrió de besos a su adorado hijo, mientras escuchaba arrobada cuanto él le iba contando durante el trayecto que les separaba de su casa. Cuando el joven cesó su conversación, su madre le presentó a Anunciada.

—Esta joven es Anunciada Santos Iniesta; es hija de nuestro procurador en Corcuetos en la Rioja.

—Mucho gusto —Gaspar se quitó presuroso el sombrero que llevaba y le tendió la mano con galantería. Anunciada, algo tímida ante la presencia de aquel joven arrogante a quien consideraba su señor, correspondió con una leve sonrisa bajando la mirada.

—Me acompaña cuando preciso su ayuda y se está enseñando en la cocina y en las tareas domésticas —dijo Fortunata.

Llegaron a su domicilio en el centro de Madrigal siguiendo el empedrado de la calle que acababa en la plaza. El coche de caballos que les había conducido entró por la puerta destinada a tal uso y se detuvo en el patio interior. Se bajaron del carruaje y el chofer lo condujo presto hacia los establos de la casa.

La planta baja era espaciosa, cuadrada en el patio donde una fila de

recias pilastras lo rodeaban y sostenían los pórticos en que descansaban las rústicas vigas que sobresalían de la primera planta, como dejando entrever el lujoso primer piso en donde la familia tenía sus aposentos. Frente a la entrada principal, una monumental escalera invitaba al visitante a conocer el interior de aquel palacete. Tenía los peldaños de madera de roble y el rodapié de azulejos de colores, pero, lo que más impresionaba, era el pasamano, de una sola pieza de piedra labrada a mano y que, al llegar al primer descansillo, se dividía en dos al igual que la escalera, hasta llegar al primer piso donde estaban tanto las dependencias de la familia como las de los sirvientes.

Anunciada fue instalada desde el principio en una habitación en la parte opuesta a donde habitaban los señores. Había que cruzar un largo pasillo hasta llegar a las habitaciones de la servidumbre. Junto a la suya se encontraba la del ama de llaves Herminia.

Solían recibir a menudo la visita del procurador de sus bienes. La mujer de este había enfermado y creyeron oportuno que se instalara en la casa con su familia. A los pocos años esta mujer murió, dejándolo viudo y con un hijo, algunos años mayor que Gaspar.

Llevaban una vida apacible alejados de los constantes disturbios acaecidos desde la muerte de Fernando VII e intensificándose cada vez que la regente M^a Cristina y su hija Isabel, futura reina, daban a conocer algunas de sus decisiones en el trono.

Don Blas y doña Segismunda poco a poco fueron distanciándose de su hija Anunciada, confiados en la seguridad que ofrecía el estar acogida por su señor. Pronto empezó a interesarse el joven de la casa por la procedencia de aquella joven hermosa que habían acogido sus padres. Ese fue el motivo por el que acompañó a su padre durante la siguiente vendimia riojana, hasta La Edredilla. Allí mostró interés por la elaboración de los vinos. Le parecía estar viendo uno de los pintorescos cuadros de una de las aulas de cuando estaba en la universidad, hacia años. Venía a su memoria las escenas representadas en los lienzos de los mozos pisando la uva, así como los vendimiadores recogiendo el preciado fruto bajo el tórrido sol.

Los mejores racimos azabaches colgaban de sus cepas y contrastaban con el verde ocre que iban tomando las hojas, cansadas de soportar las altas temperaturas del verano y el incipiente otoño que se avecinaba tras el paso de unas tormentas, que a punto estuvieron de perjudicar la cosecha. La combinación de colores del rojizo suelo, el indefinido pardo de los troncos de las cepas y el entremezclado verde ocre de los sarmientos era cautivadora y

con el fondo azul turquesa del cielo iluminado por un sol acariciador, formaban unas vistas impresionantes.

A Gaspar le asombraba ver aquella organización de personas que, provistas de cestas y pequeñas hoces y vestidas adecuadamente para protegerse del sol, estaban dispuestas a empezar los trabajos desde que amanecía hasta el ocaso; se repartían las hileras de viñas y agachados cortaban los racimos hasta llenar las cestas que otros se encargaban de transportar a las carretas que acarrearían la uva hasta la propia bodega.

Allí una vez acopiada y con medios primitivos, se pisaba el fruto entre varias personas hasta conseguir el preciado mosto. A partir de entonces empezaba la cuidadosa y particular elaboración que, en algunos casos, duraba años, según permitiera la calidad de la cosecha, pasando por diferentes barricas de roble, el tiempo estimado por el entendido enólogo.

El joven Gaspar miraba con asombro a aquellas personas trabajando con ahínco a pleno sol, conedores de que los dueños les visitaban. Sintió un momento de empatía y echó mano al sombrero que llevaba puesto que, a diferencia del de los trabajadores, era negro y, por un momento, lo mantuvo en sus manos. Subidos en su carreta recorrieron con Blas todas las viñas, escuchando cuanto aquel les detallaba.

Aquel año, el frío tardío mermó bastante la producción y llegó a temerse su pérdida total por la helada que se había presentado a finales de abril. No habían cesado ahí las inclemencias; ese verano, parte de la finca se vio azotada por un granizo repentino que hizo menguar aún más la producción. Pero luego, las temperaturas moderadas y constantes, la ausencia de lluvia y humedades hicieron que se augurara una cosecha de calidad. Los entendidos del lugar creyeron conveniente iniciar la jornada pasada la media noche, aprovechando al máximo las cualidades de la uva por ser las horas del día de menor temperatura. Pero estaban finalizando la vendimia y habían decidido aprovechar algunas horas de pleno sol.

Don Venceslao creyó ver interés en su hijo durante aquel corto viaje que ambos hicieron a la Rioja, aunque realmente, el joven había querido ir por saber de los padres de la joven que, desde hacía meses, vivía en su casa de Madrigal.

El día antes de la partida reunieron al personal y, como de costumbre, los señores conversaron con sus jornaleros más asiduos. Doña Segismunda, madre de Anunciada, se presentó atenta y cortés ante los señores haciendo una leve reverencia.

—Buenos días don Venceslao.

—Hola Segismunda. Te presento a mi hijo Gaspar.

La señora quedó mirando al joven con el rostro todavía incierto.

—¿Qué tal Anunciada por las tierras de Castilla? —preguntó la mujer—.

—No tiene de qué preocuparse. Está muy bien atendida y pronto será una joven envidiable —dijo el señor con una leve sonrisa.

—Tiene usted una hija muy hermosa —dijo por fin Gaspar que había permanecido en silencio.

—Confío en ustedes. Aquí solo le aguardarían desgracias y consecuencias de una guerra que nunca termina.

—La próxima vez haremos lo posible para que Anunciada y mi mujer nos acompañen —dijo don Venceslao.

Pero esta ocasión nunca se presentó.

El verano siguiente, Gaspar volvió a casa algunos días antes de lo que era habitual, con el pretexto de que los exámenes ese curso se adelantaron, pero la verdad era que pensaba en la joven que había en la casa de sus padres.

Contrariamente a lo que acostumbraba en la ciudad, donde solía visitar burdeles y alternar con mujeres, casi siempre mayores que él, cuando hablaba con Anunciada sentía algo diferente a lo que hasta entonces conocía. Él era un joven apuesto que, junto a sus amigos, intimidaban a muchas jóvenes, pero, cuando se trataba de Anunciada, involuntariamente, sus impulsos se frenaban y le conducían a actuar de modo diferente. Hasta entonces, aquellas jóvenes eran para él tan solo un instrumento de diversión y desde que conoció a Anunciada, hasta él mismo se extrañaba de su comportamiento. Se dejaba llevar aun reconociendo que no era normal y, además, pasaba las noches pensando en ella; algo que no le había ocurrido jamás.

Sí, su carácter había cambiado y empezaba a reconocer que sentía algo diferente. Estaba enamorado.

Anunciada se mostraba siempre distante y sumisa, pero no podía evitar su carácter jovial, alegre y conversador, que poco a poco mostró a Gaspar. En poco tiempo había pasado de ser una adolescente a una jovencita rebotante de belleza. Sus ojos grandes transmitían sinceridad y honradez y en su cuerpo, por más que los ropajes pretendiesen esconder su belleza, Gaspar adivinaba unos senos proporcionados, tersos y voluptuosos y una cintura que aprisionaba su vestido con elegancia; tenía un cuerpo que él estaba deseoso de conocer. Pero tanta era la dulzura que las palabras de la joven producían en Gaspar, que este no pensaba seguir adelante con su pensamiento

deshonesto, al que tan acostumbrado estaba.

El curso siguiente, aún pendientes varias asignaturas que no era capaz de aprobar ni con el apoyo del título de la familia, Gaspar anunció a su padre que deseaba dejar los estudios y seguir su camino acompañándole en sus quehaceres.

—Hijo mío, si esa es tu voluntad, serás bienvenido. Solo te tengo a ti y para ti quiero lo mejor.

La intención de don Venceslao era que su hijo le sucediese cuando llegase el momento. Confiaba que, con los estudios alcanzados, lograría mejorar el patrimonio que tenían, pues sabía de leyes y se presentaría ante el rey si fuera preciso.

Don Venceslao y doña Fortunata pensaban que solo faltaba que Gaspar encontrara a una mujer de su condición, que aportara una buena dote a su matrimonio. Tenían la esperanza de todo llegaría a en su momento

Pero ese pensamiento no estaba en la cabeza de Gaspar; él y Anunciada vivían su amor a escondidas y que, por prohibido, crecía más y más. Solamente Herminia, el ama de llaves, les había sorprendido en cierta ocasión besándose en un rincón del jardín que había tras la casa. Supo guardarse de revelar aquel secreto porque, aunque algo mayor que Gaspar, seguía siendo joven y esa historia de amor la enternecía. Además, don Venceslao le infundía demasiado respeto.

Los padres estaban orgullosos del cambio que su hijo había experimentado, pero permanecían alejados de la realidad. Gaspar conocía el carácter benefactor de su padre, pero sabía de sobra sus intenciones y no se equivocaba al pensar en su reacción si se enteraba de aquella relación con Anunciada, a pesar de que ésta era considerada como de la familia.

—Anunciada y tú debéis comportaros como hermanos —dijo en una ocasión la ingenua de Fortunata a su hijo en presencia de la joven.

Ambos tenían asumida la negativa de sus padres ante aquel amor.

Durante el verano, las noches propiciaban a continuar la velada hasta tarde. Fortunata solía invitar a parientes lejanos de buena posición que, acompañados de algunas jóvenes casaderas, llegaban hasta Madrigal de las Cumbres. Anunciada, después de presentada y cuando doña Fortunata lo estimaba oportuno, se retiraba a su habitación, para que los jóvenes tertulianos quedasen a solas.

Pero Gaspar, aunque se mostraba atento y displicente con aquellas amistades, quería a Anunciada y alguna vez se excusaba, retirándose cuando

más interesada estaba su madre en el manejo de los invitados.

Gaspar aprovechaba, cuando estaba seguro de que sus padres dormían, para salir de la habitación y, cruzando aquellas estancias que le separaban de su amada, se presentaba en la habitación de Anunciada.

Varios habían sido los intentos fallidos ya que ella dormía en la habitación contigua a la de Herminia y se sentía observada. En las primeras visitas, el joven solo llegó a besarla con la puerta entreabierta para que cualquier ruido les advirtiera. Pero acabaron por permanecer en aquella habitación dando rienda suelta a su amor. Anunciada le quería, pero pensaba que no actuaba debidamente porque, siendo como era su amado el señorito y ella una simple doméstica, nunca sería aceptada.

—Te quiero con locura —le decía él al oído en la oscuridad de la noche. Ella correspondía, pero una vez le dijo:

—Gaspar, no podemos seguir.

—¿Pero qué dices? Eres todo mi amor, eres mi vida; he dejado todo por estar aquí contigo.

—Si ya lo sé, yo también te quiero muchísimo, pero los dos sabemos que nuestro destino es separarnos —dijo ella separándose de su cuerpo para que aquel entendiese la realidad—. Cualquiera día seremos descubiertos y yo seré despedida, cargando con toda la culpa. Tú en cambio quedarás libre.

Él no la dejaba continuar.

—No digas eso. Yo te quiero y seguiré contigo.

—Pero tú deberás casarte con una mujer de tu rango.

—Yo siempre te querré. Vivamos el presente.

Anunciada recibía algunas palabras indirectas de parte de Herminia que denotaban que sabía de su amor, pero continuaba siendo su cómplice.

Gaspar seguía los pasos de su padre alternando con gentes de distintas provincias por las que se desplazaban. Y, entretanto, las luchas carlistas seguían brotando por distintas partes del Norte de la península. En una de las reyertas, los defensores del absolutismo se retiraron cerca de Corcuetos y, días después, fueron abatidos por sorpresa por los liberales. Allí don Blas fue apresado y encarcelado, sufriendo vejaciones hasta que lo fusilaron junto a otros trabajadores.

Segismunda y otras mujeres huyeron y permanecieron escondidas en el monte durante varios días. Padecieron toda clase de penalidades y vejaciones en su camino buscando un lugar seguro. Por si fuera poco, fueron sorprendidas por una nevada cerca de Ágreda, entradas en la provincia de

Soria. Desesperadas, las mujeres creyeron morir. En la aldea de Cubillos encontraron casas abandonadas en donde se guarnecieron del frío y de la nieve. Una madrugada, algún vecino, alertó al enemigo de la presencia de riojanos en la aldea y fueron sorprendidas y conducidas por senderos intransitables por la nieve hasta el acuartelamiento más próximo.

Allí falleció Segismunda; la miseria, la enfermedad y la tristeza fueron suficientes para acabar con ella.

Los absolutistas necesitaban apoyo y llegó la noticia hasta la hacienda de don Venceslao; su apoyo era necesario en la contienda. No podía negarse.

Ordenaron a sus más allegados servidores que les acompañaran y se aprovisionaron de cuantos alimentos pudieron conseguir, utilizando la mayoría de carretas y animales de sus cuadras. Se dirigieron hacia la provincia de Zaragoza, donde Gaspar conoció a fondo las luchas entre hermanos; presenció duelos por disputadas pretensiones que su entendimiento no lograba asimilar.

Perdieron muchos hombres en poco tiempo y, finalmente consiguieron llegar la cercana Lleida, donde pudieron ponerse a salvo en la cumbre que destaca en el centro de la capital leridana: en el “Turó”. En aquel lugar se sentían protegidos y vigilaban el alrededor.

Allí acamparon una temporada en aparente calma, temiendo que se acercara el final de sus días.

Pasaron dos años sirviendo a los destinos del país, que parecía haberse vuelto loco ante aquellos sucesos que a nada conducirían, según algunos.

De regreso a casa, don Venceslao se sentía enfermo, requiriendo más cuidados conforme iba acercándose el invierno.

Anunciada esperaba con ansias las noticias que llegaban hasta la casa y creyó perdido para siempre a su amado. Las dos mujeres que quedaron en el Madrigal parecían estar más unidas ante la adversidad de los hechos.

Cuando, por fin, llegaron los señores a la casa de la Plaza Mayor, los dos enamorados se guardaron sus deseos y esperaron a estar solos. Anunciada les saludó y llorando regresó a su habitación. Herminia que sabía de su emoción la consoló.

—No te preocupes, ya está aquí de nuevo.

Desataron su deseo la noche de su llegada. Anunciada estaba tan contenta y tan emocionada que no pudo reprimir su pasión. Aquella noche la pasaron juntos y con las luces del alba despertó ella de un sobresalto advirtiendo a Gaspar que debía de irse.

Ahora, Anunciada estaba sola en el mundo. Sus padres habían muerto y rondaba por su cabeza la angustia y la certeza de que su amor, el único que había tenido y que quería, pronto acabaría. Procuraba evitar esos pensamientos y se centraba en vivir el día a día.

Parecía que la situación política se estaba estabilizando y, a pesar de las incontables pérdidas materiales, los señores se resignaron y esperaban el final de aquella revuelta, confiando en que triunfase finalmente la establecida Isabel y que su ayuda fuese recompensada, como siempre lo había sido.

Los padres de Gaspar empezaron a sospechar de la relación entre su hijo y Anunciada. Era evidente y ahora comprendía la señora por qué ella había preguntado tanto por él durante su ausencia. Si durante la partida de los varones las dos mujeres permanecieron unidas, a su regreso, se invirtieron los términos. Los dos amantes comentaban la situación, pero Gaspar advirtió que su amada parecía distante. Él creyó que aquella tristeza se debía a la pérdida de su familia pero, finalmente, Anunciada optó por contar a su amado la verdad.

—Estoy embarazada —le dijo.

Gaspar quedó por un momento con semblante serio, pero en seguida reaccionó y la besó con ternura.

—Te quiero —le dijo y la abrazó con un amor infinito—. Te quiero más que a nada en este mundo.

—Debo irme antes de que el escándalo se sepa —dijo ella.

—No, no; eso no, dijo él. Es mi hijo —dijo saliendo de la habitación.

Esa noche no pudo dormir. Dudaba entre marchar con su amada, contárselo a sus padres, dejar que se marchara... no podía pensar. Su cabeza estaba a punto de estallar. Había cometido un error volviendo a Madrigal. Aquí la había conocido y aquí empezó a cambiar su vida. Ahora podría ser abogado y con su influencia podía formar parte del gobierno del distrito o, quién sabe, poder ser elegido algún día senador en el gobierno de Madrid. Pero ahora era tarde. Habían pasado más de tres años y estaba introducido en la marcha y en las cuentas de la hacienda de la familia.

Lo diría a sus padres. Contaría la verdad y luego les amenazaría con casarse, pero no..., no podía ser...

—Mi padre morirá, está enfermo. Mi madre confía en mi futuro; me desheredarían y... ¡Qué más da! —Llegó a decir— Yo la quiero y no puedo dejarla marchar. Tampoco me dejarán casarme con ella. No tengo salida.

Fue a la habitación y buscó en la biblioteca. Sabía que allí había armas.

Sabía con seguridad que su padre guardaba allí una pistola, y desde que era joven le había enseñado a manejarla. Buscaba y rebuscaba y no la encontraba.

Todavía era de noche. Encendió la luz de un fanal, ausente como estaba del peligro que corría. Pero no le importaba. Estaba fuera de sí y su pensamiento no encontraba solución. Solo su cuerpo, sus manos y sus pies se movían ajenos a la realidad de su cerebro.

Creyó oír pasos y apagó de un soplo el candil que llevaba en la mano para iluminarse. No era nadie. Estaba sudoroso a pesar del frío reinante. Temía perderla, temía perder a los suyos. Se sentía culpable de su situación. Pensó que nadie, absolutamente nadie, había intervenido en su desdicha. Anunciada había sido acogida en su casa gustosamente para protegerla del peligro, pero eso no le daba derecho a romper su vida. Es verdad que hubiese muerto si se hubiese quedado con los suyos. Su padre actuó debidamente. Solo él era el que dejó todo y a escondidas la había hecho infeliz. Ahora no tenía a nadie y marcharía, si no lo había hecho ya.

Se asomó a la puerta creyendo de nuevo escuchar pasos, incluso voces. Pero no había nadie. Era fruto de su pensamiento. De repente se le presentó la imagen de su madre, siempre tan benevolente y pensaba que quería lo mejor para él, no le cabía ninguna duda. Solo él se sentía culpable, eligiera el camino que fuera, no había solución.

De pronto un momento de lucidez le hizo recordar el lugar que su padre guardaba aquella pistola. Él era pacífico. No amaba la violencia. De joven vivió a su capricho los placeres de la ciudad. Tenía carta blanca a sus deseos. Tenía todo a su alcance, mujeres, dinero: buena vida. Ahora hasta él mismo reconocía el cambio que había experimentado. Solo sentía deseo por su Anunciada. Las demás estaban olvidadas.

Encendió el farol con el chisquero de bolsillo que siempre le acompañaba y se dirigió nervioso, temblando, sudado hasta el cajón con llave que guardaba el arma. Abrió y la notó en su mano antes que en sus ojos. Comprobó que no estaba cargada y se dirigió hasta donde sabía que quedaba munición guardada. Colocó dos balas en el cargador y la cerró.

—Con ellas tengo bastante —pensó.

Se dirigió a la amplia ventana que daba al jardín y apartó las cortinas. No veía nada, parecía que el tenue resplandor anunciaba el alba. Aún no eran las cuatro. Notó el gatillo en su dedo índice y tan nervioso estaba, que un leve gesto hizo que inesperadamente la pistola disparase un tiro en dirección al

suelo.

Sonó un estruendo en la soledad de la casa y de repente se encendió la luz en la habitación más cercana. Anunciada, alarmada, se había asomado al pasillo mirando hacia donde parecía que había oído aquel disparo. Al volver su mirada al lado opuesto se encontró con Herminia que también había despertado asustada. Esta se acercó a la joven que no acertaba a articular palabra. En silencio le tendió la mano a la cintura notando lo nerviosa que se encontraba y optó por llevársela a su habitación. Allí la creía a salvo.

—Aguarda aquí —le dijo.

—Pero, ¿qué ha sido? —dijo Anunciada.

—No lo sé. Juraría que es un disparo. Iré a ver, es muy raro. Desde que vinieron de la contienda, el señor se muestra diferente.

Pero no se le ocurría que el autor del disparo fuera Gaspar. Este había salido de la estancia del accidente sin saber por qué. No era dueño de su voluntad, solamente deseaba desaparecer. Se sentía tan culpable del destino de su amada que no era capaz de razonar y hacer frente a la situación.

Desde siempre estaba acostumbrado a que otros tomaran las decisiones, limitándose a proceder según el momento. Pero ahora, contagiado de las atrocidades vividas aquellos años de guerra, se le había ocurrido actuar con violencia.

Al llegar a la planta baja fue a las cuadras a buscar su caballo, pero fue sorprendido por Segismundo que, cuando escuchó aquel disparo, se levantó de inmediato para ver qué había ocurrido y, a medio vestir, corrió de la casa hacia la figura negra creyendo que sería algún malhechor que huía.

Le alcanzó y grande fue su sorpresa al ver a Gaspar que cojeaba del pie derecho. No entendía nada. Esfuerzo le costó hacerle desistir de su empeño de alcanzar su caballo para ensillarlo y marchar.

—¡Don Gaspar! —Dijo aquel— ¡Está herido! ¿Qué le ha sucedido?

Al no recibir respuesta se apresuró el procurador en dejar aparte el respeto que le infundía y se decidió a sujetarlo del brazo y hablar con él. Le miró a los ojos y vio su gesto descompuesto. El pelo que siempre había permanecido impecablemente peinado, aparecía ahora cubriéndole parte del rostro en donde ocultaba su mirada.

—Un accidente, respondió finalmente.

Segismundo vio en su cintura un bulto que no distinguía y quiso saber que era.

—¡Es una pistola! ¿Es que está usted loco?

—Debo marcharme. Soy el culpable de la desdicha. No merezco permanecer aquí. Mis padres no tolerarán que...

En aquel momento vieron aparecer a Herminia con los señores de la casa a medio vestir. No tenía opción, era demasiado tarde. Sus padres se sorprendieron al verle herido de una pierna y solo se centraron en atenderle y ordenar que buscasen a un médico.

Gaspar esperaba en su cama a que el doctor le curase la herida. Herminia le había lavado con agua caliente la parte afectada y vieron un desgarró cerca del tobillo que, por la pérdida de sangre, había hecho que se desvaneciera. Cuando volvió en sí, vio al médico hurgando en su pierna y causándole gran dolor. La herida no presentaba restos de metal y, discretamente, el doctor tuvo que preguntar al herido el motivo de la herida.

Segismundo había revelado a su padre la presencia de una pistola en el cinto de su hijo que, al desmayarse, pudieron quitarle y guardarla. Don Venceslao se encargó de ella y advirtió a su hombre de confianza la conveniencia de guardar secreto hasta que los hechos se esclarecieran.

—Ha sido manipulando un arma. Limpiándola se olvidó alguien de sustraer una bala de su interior —dijo don Venceslao.

Mientras atendían al enfermo, Anunciada se enteró por Herminia de lo sucedido. Entendió que todo había sido por el efecto que produjo al joven la noticia revelada.

Cuando el dolor acabó, Gaspar contó la verdad sobre lo ocurrido. Se veía encerrado e incapaz de poder huir. Ahora, más calmado contó con pelos y señales el principio de sus amores con la joven Anunciada. Su madre estaba a punto de explotar de ira, pero don Venceslao la calmó en espera de enterarse de toda la verdad.

—Nuestro amor es grande y Anunciada querría haber marchado —les dijo para amortiguar la noticia final.

—Nunca esperaba esto de ti, hijo mío —dijo su madre.

—Dejé los estudios para estar cerca de ella.

—Pero tienes a tu alcance mujeres que esperan ansiosas...

—Sí, madre, pero Anunciada es mi vida; la quiero con locura.

—Entonces... —habló el padre— toda nuestra ilusión y nuestro empeño por respetar tu futuro, por conseguir una mujer de tu posición que te dé hijos que sigan engrandeciendo nuestro apellido....

Gaspar entendía a su padre y por eso estuvo a punto de cometer una locura. El enfado de sus padres llegaba al máximo.

—Solo hay una solución. Ordene a Anunciada que abandone esta casa —le dijo a Segismundo.

Pero Anunciada se había adelantado a aquella decisión y hacía rato que se había marchado. Recogió sus pocas pertenencias y en un hato las envolvió para luego salir de la casa por la puerta del jardín; lo hizo antes del amanecer, logrando no ser vista por los vecinos.

Aquella noche había sido fría. Amaneció pero el tibio sol del invierno dio paso a una espesa niebla que impedía ver a pocos metros.

Anunciada se fue de prisa, sin saber muy bien a dónde dirigirse. Su instinto la llevaba al norte. Caminó casi a ciegas, con el frío metido en los huesos, durante todo el día hasta que sus fuerzas no pudieron más.

Se refugió en una casa de postas que encontró alejándose de Madrigal de las Cumbres. Algunos vecinos de la aldea de Valladares le indicaron aquel lugar y sin duda nuestra joven pudo descansar aquella noche. Allí se despertó a media mañana del día siguiente.

Se levantó asustada pero recompuso su situación y, con más aplomo, pensó en el futuro. Estaba embarazada y no le convenía huir sin más. Sabía que no la buscarían, es más, creía que tarde o temprano la habrían abandonado.

Dejó de pensar en ello y se dio cuenta del hambre que tenía. Planteó su situación en aquella casa de postas, donde frecuentemente iban y venían pasajeros. No tenía dinero con que pagar y se ofreció voluntaria a prestar servicio hasta que se marchase.

Tras una temporada corta, decidió irse en uno de los carruajes que pasaban en dirección a Aragón, donde vivió de niña. No tardó Anunciada en encontrar un marido que la quería y, casados, permanecieron muy unidos, olvidando el desagradable pasado y volviendo a ser la mujer conmovedora y atractiva que era.

Ignacio fue ese marido que llegó a quererla como ella nunca creyó. En el seno de la familia creció Hugo, hijo de Gaspar y Anunciada, junto a las dos pequeñas que tenía Ignacio: Carmelita y Berta. Posteriormente fruto del matrimonio vino al mundo Justina.

II



Siempre tuvo presente Justina a su progenitor y lo recordaba cómo había sido: generoso, trabajador, inteligente; amante de la familia. Rememoraba cuando él le contaba sus vivencias de juventud, sin padre, como ella ahora; buscándose la vida; trasladándose de un lugar a otro; sin haber aprendido de pequeño a leer, pero que la vida le enseñó, instruyéndose más y más por el empeño que ponía, sobre todo, cuando las experiencias vividas le mostraban las injusticias que se cometían entre personas. Él no toleraba el abuso de los propietarios a sus servidores. Había hablado de la misma forma a señores y vasallos, y tenía un punto de vista que se guardaba muy bien de expresar públicamente para poder sobrevivir. Él sabía estar bien con todos, pero compartía los ideales clandestinos de que el proletariado debía reclamar como derechos propios. Había visto morir de miseria y hambre a campesinos sin que se les prestara un mínimo de atención. Eso no era justo, pero la sociedad no ponía remedio.

Veía con sus propios ojos que solo podían aprender cultura general los pocos señoritos de los pueblos, y sabía también la conveniencia de estos de que los humildes continuasen resignados en aquella posición; que el populacho aprendiera no les traería nada bueno a ellos. A esto no le encontraba justificación y temía por sus hijos, pues podían verse en aquella situación.

Sus dos hijas mayores habían permanecido muy unidas desde la muerte de Agnés, su madre, y desde niñas supieron independizarse y antes de los veinte años se habían desposado con jóvenes de buena posición. Justina hacía tiempo que no tenía contacto con ellas. Ella todavía era una niña cuando estas habían hecho su vida. Berta vivía con su marido en Aranés, donde aquel trabajaba en el juzgado, y Carmelita vivía con un escribiente del Registro cerca de Aragón.

Sintiéndose despojada de afecto desde que su padre murió, Justina encontró motivación acudiendo a la iglesia y alternando con gente que comentaba las vivencias del día a día, que conversaba y opinaba de las rencillas entre el poder de la monarquía y sus pretendientes y, poco a poco, se contagiaba de aquellos hechos que ella conocía de boca de su padre. Llegó a pensar que la muerte de su padre podría haber sido motivada por los descalabros que, durante décadas, se produjeron sobre todo en el norte del país.

Así se enteró de la llegada del periódico a su pueblo Blasconuño de la Sierra y buscaba en su contenido las noticias que aquellos legajos traían. Aprendió que, según quien escribía la noticia, la contaba fielmente o tergiversaba su contenido. Este particular lo comentó con sor Teresa, una de las veces que quedaban conversando al finalizar las clases impartidas.

La ingenua Justina tenía que esconder cuanto de cultura llegaba a sus manos para no ser descubierta por Anunciada, su madre. Esta había sido víctima de demasiados desengaños durante su vida. Rondaba los cuarenta y cinco años y mantenía una anatomía proporcionada a pesar de su edad. Aunque su pelo moreno no dejaba entrever ninguna cana, su rostro, en cambio, aunque aún parecía joven, empezaba a mostrar las huellas del paso del tiempo. Se sabía atractiva pero hacía caso omiso a los pretendientes que se atrevían a cortejarla. Al huir de casa de los Gamundio se desengañó de la vida. Había conocido al primer amor de su vida siendo joven. Vivió unos años enamorada a sabiendas de la imposibilidad de su futuro. Aquello marcó su vida. Creyó morir de pena, pero la vida que llevaba en su interior, en sus entrañas, fue motivo suficiente para seguir adelante. Este fue su nuevo motor, el que le recordaba que la vida no podía acabar allí, sino que empezaba a partir de ese momento y de modo totalmente diferente.

Ignacio se cruzó repentinamente en su camino y ambos convergieron en el mismo punto. Los dos necesitaban compañía, ambos habían perdido la familia y tenían hijos hambrientos del conyugue perdido. Anunciada perdió su pudor cuando se entregó a su marido. Se dijo a si misma que había que vivir el presente y los tabús que le impusieron no habían sido positivos.

Ignacio y Anunciada se amaron mutuamente y, aunque ninguno olvidó a sus primeros amores, fueron completamente felices.

Cuando nació Justina, Ignacio vio colmado su amor; esa niña era el fruto de esa nueva pasión. Pero en su interior, Anunciada no había deseado el fruto de aquel amor, pues creyó que con los hijos de ambos ya tenían cubiertos los

deseos de descendencia. En ese momento, entendía el amor solo entre Ignacio y ella, y en manera alguna quería engendrar, pero viendo tanta felicidad en su marido prefirió guardar su pensamiento y no contradecir el de Ignacio.

Pero al fallecer este, sacó a la luz cuanto permanecía oculto en su conciencia. Ella sintió mucho la pérdida de su marido; le amaba y, al perderle, la inundaron de nuevo pensamientos nefastos y todos sus males encontraron excusa en Justina. Con ella estallaba su ira sin consideración, debido a la depresión en que se iba sumiendo. Era su hija, pero su instinto se volcó hacia Hugo, hijo de Gaspar, que, de nuevo, volvía a su pensamiento. Quizás el motivo de desvivirse por su hijo fuese que observara en él rasgos de su padre, que sin duda, eran evidentes. Hugo era un joven alto y bien parecido, poseedor de cualidades físicas idénticas a las de su padre. Nació con el pelo claro y, con los años, fue tomando la misma tonalidad rojiza que poseía Gaspar y que ella recordaba en su barba, que, aunque estuviese de moda entonces, notaba que le hacía parecer mayor.

Sin poder remediarlo, sentía predilección por su hijo varón desviviéndose en agasajos hacia su persona, encontrando bondades en él donde no existían y acusando sin razón a su hermana Justina, teniendo ambos asumida la posición relevante de Hugo y el rechazo hacia la joven. Ambos se llevaban bien a pesar de conocerse privilegiado.

Jamás había hablado Anunciada a su hijo de su verdadero padre. No lo veía conveniente y, ciertamente, hasta ella quería olvidar aquella desventura vivida de joven, enviada con buen propósito por parte de sus padres a la residencia del patrón, y bajo la protección de los señores. A pesar de la distancia, sabía que Gaspar continuaba viviendo en la misma casa de donde ella partió para siempre y, a veces, no podía evitar encontrarse pensando en posibilidades de futuro para su amado hijo.

Tenía este casi veinte años y no se le encontraba ocupación adecuada. Su madre, quizás debido a la sobreprotección que ejercía sobre él, olvidaba que Hugo debía procurarse un futuro, pero pasaba el tiempo y demoraba la intención. En cambio sí que empeñaba su tiempo en procurar que a Justina no le quedaran apenas horas libres, a pesar de ser más joven.

Cierto día se presentó en Blasconuño de la Sierra una persona que, con cierta discreción preguntaba por el paradero de Anunciada Santos Iniesta. No tardó aquel hombre en presentarse en el domicilio de esta. Había venido en ferrocarril desde Madrigal de las Cumbres. El hombre era de mediana edad; vestía traje apropiado, sombrero y calzaba botines, que le denotaban cierto

distanciamiento entre los vecinos que le habían atendido.

Cuando Justina abrió la puerta, vio al personaje que preguntaba por su madre. El elegante señor se había descubierto y tenía en su mano el sombrero en espera a ser atendido por Anunciada. Cuando esta se presentó, el caballero hizo una leve reverencia.

—Buenos días. ¿Es usted Anunciada Santos?

—Sí. ¿Qué desea?

—Me trae aquí un asunto que entiendo debe ser atendido con cierta discreción. Me llamo José Fernández y soy el hijo de don Segismundo, el procurador de la casa de don Gaspar Gamundio.

Anunciada al escuchar el nombre del que consideraba culpable de su desdicha no pudo evitar sonrojarse. No esperaba la visita, y no reconoció al joven, hijo del procurador, que ella había conocido.

—¡Justina! Encárgate de las habitaciones del primer piso —le dijo a su hija para que permaneciese alejada de cuanto aquel pudiese contar.

Pensó por un momento, dubitativa, sobre si atender a aquel forastero o no. Mantenía una mano apoyada en el cerrojo que había accionado para proteger la entrada. Rápidamente, su mente intuyó que quizás podía ser una ocasión que se le presentaba. Aprovecharía y conocería el motivo de que, pasados los años, se la recordase.

El hombre no parecía tener prisa y entendía que la mujer había sido sorprendida después de muchos años.

—Pase usted.

Cerró la puerta y le ofreció asiento en una pequeña estancia que estaba junto a la entrada. Abrió la ventana que permanecía casi siempre cerrada evitando que entrase demasiada luz, y la estancia recobró un aspecto apto para conversar.

—Don Gaspar Gamundio me envía a trasladarle a usted el recuerdo de su olvidada amistad.

—Este desdichado... —pensó ella permaneciendo callada.

—Según me ha dicho el señor, usted pasó algunos años al servicio de la casa en Madrigal y, después de estos años, desea ofreceros cuanto a su alcance tenga.

De sobra sabían ambos que se refería a la partida de ella, embarazada y en adversas condiciones.

—¿Cómo está don Gaspar, su señor?

—Perfectamente. Vive en el mismo domicilio, ocupándose de cuanto

heredó de su padre.

—¿Y don Venceslao?

—Murió hace muchos años; su salud apenas le permitió conocer a la esposa de su hijo.

—Doña Fortunata... —empezó ella.

—Falleció hace dos años. Gozó de buena salud hasta sus últimos días.

Anunciada recordaba la relación que, durante mucho tiempo, mantuvo con aquella señora y que por el amor con su hijo se llegaron a enemistar. Permanecía seria ante las noticias que José le proporcionaba.

—No sé qué decirle, hace muchos años que marché de casa de los Gamundio —dijo finalmente—. Yo también tengo hijos —y su mirada se dirigió al suelo.

—Don Gaspar me ha entregado esta carta para usted, Anunciada.

Y sacó del interior de su americana un sobre cerrado que le presentó. Aquella lo cogió sin mostrar demasiado interés. En esos momentos no le movía ningún afecto, pero sí intuía que aquella antigua amistad le podía beneficiar. Su carácter se había agriado y así se mostraba sin pretenderlo. Creyó conveniente coger el sobre y mostrar una falsa amabilidad con aquel hombre y, en vista de que aquel permanecía a la espera, lo abrió.

Madrigal de las Cumbres, 9 de Abril de 1891

Hola Anunciada, soy Gaspar.

Han pasado muchos años y ambos hemos hecho nuestras vidas y no ha sido tarea fácil para mí. Me siento en deuda contigo y me gustaría prestarte la atención que mereces como antigua sirvienta que fuiste en nuestra casa.

Mi mujer y mi hijo esperamos tu visita cuando lo estimes oportuno. Vayan por delante los mejores deseos para los tuyos de mi parte.

Gaspar Gamundio

Sin duda, su antiguo protector estaba al corriente del estado de Anunciada y quizás ahora veía el momento adecuado para dar el paso que durante años llevaba en mente. Tuvo una primera intención de dirigirse hasta la puerta de la habitación en que se encontraban, pero su carácter había cambiado; años atrás ni siquiera hubiese prestado atención a aquel hombrecillo que había acudido a visitarla. En un instante recapacitó tomando conciencia de la realidad y su semblante cambió. En su interior creyó ver gestarse una idea o quizás una oportunidad que no debía desaprovechar.

Este insensato —pensaba— se acuerda de mí y ahora intenta corregir su falta. Pero sabiendo cómo vivimos, con algunas arrugas en la frente, nuestro pasado está atrás. Yo me encuentro viuda y todavía tengo dos hijos a mi cargo y, verdaderamente, no me vendría mal una ayuda. ¿Qué querrá ofrecerme? ¿Hasta dónde será capaz de llegar? —se dijo a sí misma— Pero, ¡no! Es imposible que siga con sus locuras de juventud. Además tiene esposa.

Finalmente dio Anunciada media vuelta y resueltamente dijo a su interlocutor:

—Dígale a don Gaspar que tendrá noticias mías en breve.

El hombre escuchaba entendiendo la sorpresa que su visita le había producido y esperó con calma a que aquella señora meditase y esclareciese su pensamiento. Una vez le había escuchado, era normal que no desestimara su propuesta.

—La línea de ferrocarril deja ahora las ciudades y los pueblos más próximos —arguyó dando tiempo y confianza a la señora.

—Tiene usted razón. Dígale a su señor que en unos días podemos vernos en el hostel de Torre de Arcas, cercano a Madrigal.

—Como mande la señora, dijo con una breve inclinación de cabeza, escondiendo una leve sonrisa en la comisura de sus labios —pero el hombre esperaba a que concretase algo más y no se equivocó.

—El primero de mayo sería una fecha adecuada. No tenemos caballos y, por tanto, veo difícil enviarle aviso.

—De acuerdo. Comunicaré a don Gaspar que el primero del mes entrante acuda a su encuentro en Torre de Arcas.

III



Hacía casi veinticinco años que ocurrieron los hechos relatados, en que la vida de Anunciada y la de Gaspar cambiaron de rumbo. De ella sabemos sus acontecimientos más relevantes, diferentes a los de Gaspar.

Este se había derrumbado ante la situación que él mismo había creado. Los padres sintieron alivio al ver que la sirvienta que les había desengañado tuvo el valor de marcharse. Además tenían de nuevo a su hijo a su merced. Estaba herido y el tiempo de convalecencia sirvió para que olvidaran las secuelas producidas y que, de haber acabado de otra forma, sin duda habría sido una mancha en su honor. Acordaron que este tema no debía salir a la conversación; quedaría en el olvido y empezaría una nueva vida, sin bajar la guardia, claro está, ante las posibles rapaces que podían acudir en busca de caza preciada como creían que lo era Gaspar.

Este sufría en su interior pues había amado con locura a la hermosa joven y, cada vez que escuchaba los reproches que solían hacerle intentando que la olvidase, se justificaba diciendo que ellos la habían traído. Aunque intentaba olvidar, recordaba que estaba embarazada y él creía firmemente a su amada y sabía que no era capaz de engañarle. En la soledad de las noches no podía dejar de pensar que le había nacido un hijo fruto del amor, pero, la realidad de que él era el pilar de su familia, no le dejaba más opción que intentar olvidar para evitar males mayores.

El tiempo pasó y consiguió nuevas expectativas que eran prioritarias y que llenaban su quehacer diario. Se refugió pensando en su juventud pasada en la universidad, de la que recordaba sus inicios en el amor y los amigos que con él coincidían.

Decidió visitar a los más allegados reviviendo aquel pasado. Marchaba durante días a la capital donde recordaba su casa. Debía hacerse un hombre fuerte y duro, como recordaba que había sido antes de enamorarse y como lo

fue durante los años de guerra pasados lejos del hogar. No tardó demasiado en encontrar a la mujer que elegiría por esposa.

Sus padres continuaban presentándole amistades de alcurnia con el fin de ayudar a su hijo en la decisión de encontrar a una mujer adecuada. Estarían pendientes de todo para que no se volviera a repetir el infortunio ocurrido con Anunciada, a la que se daba por muerta, aunque, don Venceslao, en secreto, solía enviar emisarios que le proporcionaban noticias del paradero de la joven y que, sabiéndola alejada, le tranquilizaba ver a su hijo a salvo.

Por todo lo alto fue celebrada la pedida de mano de Gaspar a su prometida Gumersinda Álvarez. A los pocos meses se casaron y el matrimonio se estableció en el domicilio de la Plaza Mayor, en el palacete remodelado para la ocasión.

Gumersinda era hija del Marqués de Zarza de Tajo, cuyo título ostentaría su hermano mayor cuando su titular falleciera. Procedían de Torre de Henares, en la lejana provincia de Toledo, en donde sus antepasados poseyeron escudo de armas y su hacienda había comprendido una extensa llanura vigilada por un castillo que, en la actualidad, presentaba ruinas; con las nuevas tendencias modernistas, los nobles no se interesaban por la restauración de sus fortificaciones.

Las constantes revueltas y huelgas de los trabajadores habían producido algunos resultados y las clases altas se veían obligadas a ceder, obligados por los sucesivos gobiernos que avalaban los derechos del pueblo.

Poco a poco la nobleza se iba transformando y las nuevas generaciones ocupaban altos cargos, como por ejemplo, procuradores de distritos elegidos por el pueblo, formando órdenes que pertenecían al ejército, como lo era la orden de caballería de Villarroya, que, teniendo como Gran Maestre y administrador al Rey, contaba con su consejo y tribunal compuesto de decano-presidente, consejeros, secretario y fiscal. Estos eran puestos eméritos y sus titulares, la mayoría de los caballeros, entre los que se encontraba el padre de Gumersinda, junto a rancios marqueses, condes, barones y canónigos iban tomando el hábito y posesión según la orden a que pertenecían. Otras órdenes demás de la de Villarroya eran las de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa.

La mayoría de los ordenados vivían en la Corte (Madrid), aunque la familia Álvarez creyó conveniente permanecer en Torre de Henares. Gaspar y Gumersinda se casaron y a los pocos meses falleció don Venceslao. Su esposa hubo de hacerse fuerte y permanecer más unida si cabe a sus hijos.

La lucha carlista, de pésimas consecuencias para los Gamundio parecía finalizada y el matrimonio disfrutaba por fin de una estabilidad que hacía que, nuevamente, fuesen rentables las fértiles tierras que poseían en la Rioja y en Castilla. Volvía a circular el dinero e, incluso, era asequible agrandar la superficie cultivada, según el criterio de los encargados que trasladaban sus opiniones al procurador general.

Gaspar fue madurando y solo siguió, de los pasos de su padre, los que creyó convenientes. A medida que mejoraban las cosechas, él enfriaba la relación con los encargados y las familias de labriegos que llevaban décadas siendo sus trabajadores. No le importaba en absoluto la vida privada de ninguno. Recordaba que el trato cordial que tuvo su padre con los trabajadores fue el causante de que aquella riojana entrase en su casa, revolucionando su vida. Atajó de golpe esas relaciones y cuando visitaba sus posesiones solo se entrevistaba con su procurador y el encargado, quien le proporcionaba toda la información referente a sus dominios.

Prefirió centrarse en papeles y números, que habían sido su fuerte, que al trato personal, que acababa siempre con limosnas y dinero que salía de su bolsillo y acababa en el de sus súbditos. Así lo había visto en su progenitor. Él prefería acumular bienes que creía necesarios y de su propiedad con todos los derechos. Su esposa era una joven culta y educada que había sido preparada para convertirse en esposa y madre de la clase alta. Su carácter era familiar y atendía a la perfección el hogar de su marido, considerándolo propio. Tenía afición a la lectura y acudía con frecuencia a la iglesia, en donde había logrado hacer muchas amistades desde que vivía en Madrigal de las Cumbres.

Al año de casados nació Raimundo, su primer hijo y, cuatro años después, Patricia, la pequeña de la casa. La abuela Segismunda veía así cumplidos los deseos que, desde siempre, había albergado con su marido.

—¡Qué feliz serías Venceslao! —pensaba muchas veces.

En la casa se respiraba armonía y la abuela ayudaba e instruía a su nuera en algunas costumbres que la joven desconocía.

Don Gaspar acusaba una leve cojera que había sido consecuencia del disparo de aquella noche de invierno que él quería olvidar, pero ello no impidió que se aficionase a la caza. Había adquirido destreza en el uso de armas durante la defensa de la nobleza y, con la llegada de la paz, creyó conveniente la práctica de la caza, lo que le hacía alejarse durante días y reunirse con amigos para disfrutar de la tranquilidad del monte y, a veces,

disfrutar de algunas juegos que le hacían revivir la juventud de antaño.

Gaspar volvía a casa aparentando cansancio y su mujer le compadecía y aconsejaba que distanciase aquellas cacerías que nada bueno podían traer. Él callaba sumiso, pero en su pensamiento planeaba tener otra ocasión para desahogarse bebiendo y alternando con muchachas jóvenes, que los amigos solían proporcionarse.

Así era feliz. Tenía una esposa que le quería y le había dado dos hijos que eran su ilusión. No tenía queja de lo que el destino le había deparado.

Doña Gumersinda no estaba enterada de los sucesos turbulentos acaecidos en aquel hogar cuando ella no conocía a su marido. Gaspar le contó cierta vez tan solo la benevolencia de su padre y la caridad que le ofrecieron a una tal Anunciada que permaneció en su casa durante años, siendo considerada como de la familia. Le dijo que marchó para casarse y no habían vuelto a saber de ella.

Los hijos del matrimonio, Raimundo y Patricia habían sido educados por una institutriz que, al principio, acudía a diario al domicilio y que, luego, creyeron conveniente que viviera en la casa. La maestra era mayor y, además, sus hijos crecían y necesitaban más su ayuda. Cuando Raimundo tuvo edad, fue matriculado en un colegio privado al que acudía a diario en el reciente ferrocarril que se había inaugurado. Gaspar pensó que de esa manera, vería a su hijo a diario y procuraría que no se desviara de sus estudios.

El matrimonio era considerado en la vecindad como ejemplo a seguir, siendo respetados por las autoridades de turno e, incluso, llegando a pedir su consejo cuando había que proceder en una decisión relevante en el municipio. Logró Gaspar que nada malo se supiese de su persona ni de su pasado, y sabiendo las heridas cicatrizadas, decidió hablar del tema con Segismundo, su viejo procurador.

Esta decisión fue tomada tras la muerte de su anciana madre; en vida de la cual jamás se hubiese atrevido a mencionar semejante tema. Ahora creía llegado el momento de saber a ciencia cierta el destino de Anunciada y el de su hijo. Al tiempo entendía que podía remover las aguas ahora calmadas, pero recordó la sensatez y el carácter de su primer amor y sintió seguridad de que nada rencoroso desearía aquella. En su interior, pese a haber disfrutado de una ostentosa vida, se sentía en deuda con Anunciada y quería saber si su hijo subsistió.

—Tendrá 23 años —se decía.

Sabía que había sido varón pero poco más sabía de él. Podía necesitarle

y, si era su padre, ¿por qué no le tenía que ayudar ahora que sus progenitores ya no podrían impedirlo? Solo tenía que convencer a Gumersinda. Ella era buena y había sabido inculcar, en las contadas ocasiones en que el matrimonio habló del tema, cierta lástima en la persona de Anunciada. Logró con astucia que su mujer deseara conocerla, pero él pretextaba siempre, logrando que creciera su interés.

La joven Patricia falleció víctima de una extraña enfermedad, y su pérdida acrecentó en el matrimonio el deseo de reunirse con Anunciada. Tenía que ir con cuidado para no echar al traste su matrimonio. Pero, finalmente, habló con el procurador que, aunque distante, era conocedor de casi todo.

—Mis padres han fallecido, —empezó Gaspar— y la persona de más estima y confianza que tengo, a parte de mi familia, es usted. No dudo que sabrá aconsejarme ya que su veteranía es lo que admiro y lo que ha hecho que aborde este tema con usted.

—¿De qué se trata? —dijo tajante Segismundo.

—Sin duda, recordará a la antigua sirvienta que mis padres acogieron en esta casa hace muchos años.

—Sí, Anunciada —dijo aquel mirándole fijamente a los ojos.

—Mi conciencia y mi razón, con el paso de los años acusa la falta de información sobre la persona que teníamos como de la familia.

—Y la que yo le iba informando después de su marcha a su padre y supongo que...

—Si lo sé, me consta. Pero voy a encargarle que busque a Anunciada y le comunique que es mi deseo entrevistarme con ella.

—Pero y la señora...

—Está al corriente, Segismundo. Bueno, cree que no sabemos nada de ella desde que marchó y además estaría encantada de conocerla.

—¿Ha meditado usted bien, señor, sobre su decisión? Anunciada tuvo un hijo —el procurador no dudaba responder con claridad cuando su señor pisaba terrenos que consideraba delicados.

—Sí, lo recuerdo, pero deseo contactar con ella, a ser posible. Averigüe su paradero y espero sus noticias antes de proceder.



Con el paso de los años, don Gaspar se había hecho muy conservador y las energías emergentes en su juventud se traducían ahora en meditaciones sobre su familia, haberes y en el disfrute de la vida. Se consideraba un hombre realizado y conocedor de la vida. Había tenido malas rachas pero había logrado salir bien parado de ellas y consideraba meritoria su posición. Recordaba a su padre, al que no supo imitar después de faltar, pero ahora era tarde y nada se reprochaba. Tenía invertido gran parte de su fortuna en acciones de empresas de la capital de provincia, recibiendo buenos intereses a cambio. Había ampliado algunas fincas y había dedicado parte de ellas a la cría de ganado, siendo satisfactorios los resultados.

—Pero no se puede abandonar a los encargados la custodia total — pensaba.

A los pocos días, don Segismundo le comunicó que tenía noticias. Su amistad con las autoridades del clero le habían servido para averiguar el paradero de la persona que él necesitaba.

Reunidos en la mesa del despacho dejó que su hombre de confianza hablase. Encendió su cigarro puro y relajado esperó cuantas noticias le iba contando.

—Anunciada vive en Blasconuño de la Sierra. Es viuda y actualmente vive con su hijo Hugo y con su hija Justina. Su situación no es muy favorable y, por supuesto, nada al respecto sabe ella de esto.

—Segismundo, la señora y yo acabamos de pactar una visita que, en breve, nos hará Anunciada con sus hijos. Mi esposa está deseosa de conocerles y no seré yo quien irrumpa en sus deseos. Próximamente —siguió — recibiremos correo anunciándonos el día de su visita la cual esperamos gustosos. Nuestros hijos podrán conocerse y Anunciada podrá pasear por lo que en su día fue su... “casa”.

Parecía que el procurador esperase a que su señor asimilase la noticia y apareciesen en su rostro huellas de sentimientos de recuerdo de su juventud. Él conoció de sobra los amores con aquella muchacha de la que durante años jamás nombraron en aquella casa. Pero se equivocaba. Don Gaspar tenía bien meditadas sus decisiones y también tenía preparadas algunas respuestas. Al ver que Segismundo había hablado en persona con Anunciada y que, además, había concretado una fecha para su encuentro, se mostró más jovial. Pero debía actuar debidamente; tenía un hijo y una mujer, además de una

distinguida posición social que proteger

Don Gaspar se levantó de su silla y dándose tiempo para meditar la contestación en presencia de su procurador, se dirigió con su leve cojera hacia la fastuosa ventana que enmarcaba unas maravillosas vistas. Luego al permanecer en movimiento, aquella deformidad iba desapareciendo.

—De acuerdo. El primero de mayo prepararás el carruaje y nos dirigiremos a Torre de Arcas —dijo al fin—. Por cierto, ¿fue suya la decisión de acudir allí?

—De Anunciada. Ella me lo sugirió y creí adecuado por la cercanía de Madrigal. Sin duda ella hará el mayor desplazamiento.

Aun así a Gaspar le extrañó que en un primer contacto aquella mujer acudiera a verle. Segismundo se había valido de la ayuda de algunos clérigos que agilizaron la localización de Anunciada. La creían todavía habitando en la antigua taberna de Avellaneda con don José y Carmen, quienes sabían de la residencia de la primera mujer de Ignacio, su marido. Con estos datos pronto averiguaron su residencia actual.

El párroco de Madrigal, don Juan Navarro, era un hombre de mediana edad que había pasado por varias vicarias de la zona, llevando en esta más de diez años. Este presbítero comulgaba con la reciente aparición de la encíclica del Papa León XIII, llamada “*Rerum Novarum*” que, sin duda, aplicó a su manera y como pudo en sus feligresías. Siempre tuvo claro que defendería a los marginados sociales y que lucharía contra la baja o escasa cultura de la gente, intentando fomentar la formación de los jóvenes para atajar la esclavitud que persistía aun a las puertas del siglo XX. Era hombre activo que, además de cumplir con los deberes del sacerdocio, le movía un lema: “*si lees dirigirás y si no sabes leer serás dirigido*”.

El clérigo, en su estancia en Madrigal de las Cumbres, logró fundar su colegio de enseñanza con religiosas Terciarias Capuchinas. Se las ingenió para instaurarlo con la financiación de los grandes señores de la zona, a los que supo motivar con la ayuda y complicidad de las señoras poderosas que acudían a la parroquia. Les supo hacer llegar el mensaje de su iniciativa con la ayuda del confesionario en el que, sagradamente, era enterado de algunas de las desdichas y vaivenes que habían sucedido en el municipio. Solo allí, entendía él, era donde las personas se abrían y expresaban cuanto de malo creían tener. El sacerdote, haciendo uso del secreto de confesión, convencía a muchas personas de que la gran incultura que imperaba era la causa de muchas de las tropelías sucedidas. Por aquel método convencía a los

feligreses de la conveniencia de que la juventud sería la que los conduciría al futuro y había que formarles para que, llegada la hora, sus decisiones fuesen meditadas y justas.

Aquella escuela abrió sus puertas y, aunque fuese impartida por religiosas, se cuidaban de que estas fuesen tolerantes y, poco a poco, pasaría a ser una institución que igualaría en conocimientos a ricos y pobres. Cuando contó con el apoyo suficiente, llegó a publicar hojas parroquiales que más tarde se convirtieron en un periódico local, en una época en la que eran pocos los que sabían leer, pero los jóvenes hacían conocer su contenido en sus casas.

Don Juan Navarro buscaba un acercamiento de la Iglesia a las necesidades del mundo moderno, preconizaba por salarios justos y por el derecho a organizarse en sindicatos, preferiblemente católicos. Estos, con el tiempo, lograban suavizar los abusos por parte de los más poderosos, intentando conciliar ambos intereses, pero siempre con el ejemplo de Cristo.

Ejemplarizaba con su labor recogiendo cuanto sobraba a los poderosos, ofrecido por sus esposas, y lo ofrecía a los más humildes. Pero aun así, el malestar persistía latente en algunos acaudalados que se mostraban reacios. Creían que ahora que reinaba la paz, no convenía demasiado ayudar al proletariado. Algunos consideraban lo heredado de sus abuelos como mérito propio y, en su interior, no veían con buenos ojos aquella labor eclesiástica que don Juan había llevado a cabo en aquellos años. Pero su unión con la Iglesia era tal que no tenían más remedio que asumir la situación y participar activamente en ella.

De esta manera, cuando Segismundo se puso en contacto con el presbítero y le encargó la intención de don Gaspar, el sacerdote indagó con el consentimiento del obispado y se ocupó personalmente de contactar con el vicario de Blasconuño de la Sierra, el cual, enterado de la situación de Anunciada y conocedor del carácter afín de Justina, contó cuanto supo al de Madrigal, añadiéndole además que anduviese con precaución con el manejo de aquellos datos con don Gaspar, pues no creía oportuno que, pasados tantos años, deseara de pronto conocer a la madre y, menos aún, a la hija.

Esto último se lo guardó como secreto y se limitó a advertir don Juan que no creía que se tratase de obra de caridad alguna el facilitar las señas al señor de Madrigal. Tampoco le parecía bien porque, siendo como era doña Gumersinda una de las mejores feligresas de la parroquia, no podía defraudarla, aun sabiendo que esta era conocedora de las intenciones de su

marido en el empeño de conocer a su antigua criada.

Don Gaspar había colaborado cediendo terrenos y caudales para la edificación de aquel colegio, que creyó sería la fábrica que se encargaría de formar a las futuras madres que, luego, educarían a sus hijos empleando aquel dogma. Por lo tanto, la veteranía de don Segismundo y la astucia de don Juan coincidieron sintiéndose cómplices y conviniendo que tal vez ambos podrían evitar ciertos presagios del señor. Había que esperar.

Segismundo envió a su hijo José a entrevistarse con Anunciada con el resultado que sabemos, trasladando el escrito de puño y letra de Gaspar para no dar lugar a dudas.

Llegado el día, Anunciada con sus hijos Hugo y Justina acudieron a Torre de Arcas. Con la llegada del ferrocarril el desplazamiento no fue lo fastidioso que hubiese sido antaño. Don Gaspar y Segismundo llegaron cuando Anunciada ya llevaba esperando varias horas. La reunión fue fría y tensa en un principio y llegó el momento en que la antigua pareja de enamorados quiso quedar a solas con Hugo. Ella había pensado que el motivo principal sería conocerle.

—Así que tú eres Hugo.

—Sí, señor —contestó aquel.

—Tengo un hijo, Raimundo, que es casi de tu edad.

Anunciada dejó que tomasen aprecio padre e hijo, pero al momento se levantó y, como siempre, displicente, los dejó para que hablasen a su antojo.

Gaspar sorprendió a Anunciada cuando, en presencia de Hugo, les comunicó que el mejor servicio que les podía ofrecer era que Justina fuese a vivir con ellos, dada la acusada precariedad que Anunciada le había dicho que vivía, durante la conversación, con el objeto de reblandecer la conciencia de aquel noble. Estaba asombrada, pero también ella había aprendido a contenerse y meditar las contestaciones antes de pronunciarlas.

—La vida nos ha tratado con reproches —dijo ella mientras Gaspar permanecía en silencio—. No fue caridad el haber permanecido en tu casa casi tres años.

—¿Crees tú? —dijo pícaramente Gaspar.

—¡Cínico! Eres el mismo. Sí, así lo creo. En tu casa siempre apoyáis a los desheredados. ¡Siempre!

Gaspar callaba y Anunciada, en vista de que en nada se iba a tratar en cuanto a su hijo Hugo, sacó a la luz un segundo plan que guardaba, conocedora del modo de pensar de aquella rancia casa.

—No es mala tu oferta —dijo ella de pronto, viendo ahora una salida para su hija a la que miraba fijamente como hacía años que no lo hacía. Para sus adentros pensaba que Gaspar la creía una presa fácil.

La nombrada contuvo la respiración para no echar al traste lo que aquel le proponía, convenciéndose del cambiado carácter que había adquirido desde que marchó de aquella mansión.

Segismundo que calculaba el tiempo y las palabras de su señor, se acercó hacia donde ellos permanecían y oyó:

—Segismundo, la señora y yo acabamos de pactar una visita que en breve nos hará Anunciada con sus hijos. Mi esposa está ansiosa por conocerles y no seré yo quien irrumpa en sus deseos.

Próximamente,—siguió—recibiremos correo anunciándonos el día de su visita, que esperaremos gustosos. Nuestros hijos podrán conocerse y Anunciada podrá pasear por la que en su día fue su casa.

—Una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos —dijo.

—Estoy de acuerdo —afirmó él.

Marcharon de nuevo a sus respectivas moradas y al cabo de poco tiempo una carta llegaba anunciando la fecha en que Anunciada les visitaría. Dona Gumersinda esperaba con ansia aquel día. El matrimonio estaba convencido de que Justina, la joven hija de Anunciada, aceptaría quedarse en la casa en compensación por lo que no recibió su madre.

La casa ofrecía un aspecto inmejorable y Raimundo esperaba con ilusión conocer a la sirvienta de sus abuelos y a sus hijos.

Cuando llegaron, las dos mujeres congeniaron muy bien, encargándose Anunciada de omitir algo que delatase hechos que todos deseaban olvidar.

Justina, avisada por su madre, se mostraba afectuosa con la familia y no trató de evadir la pretensión acordada de quedarse como doncella. Tenía diecinueve años y, en secreto, había sido enterada por el capellán de Blasconuño, de que Hugo, su hermano, probablemente era hijo de don Gaspar, y de ahí tanto agasajo; pero no llegaba a entender por qué había sido ella la elegida en lugar de su hermano.

En su pensamiento trataba de convencerse de que quizás en aquella casa, nueva para ella y lejos de la presencia de su madre, la que siempre la distanció, podría encontrar amistades o gente que la apreciase y a quien contar lo que en su interior tenía y que en su casa le era muy difícil llevar a cabo.

—La señora de la casa parece muy educada y los modos que usa son

cordiales —pensó.

Quedó finalmente decidido por todos que Justina quedaría allí, pero su madre, habiendo sufrido tantos desengaños en su vida, había sellado el pacto con un escrito en que defendía el honor de la joven y, en todo caso, no quedaría a merced del destino. El contenido de este pacto se desveló en el prólogo de esta historia.

Periódicamente Anunciada visitaba la casa de Gaspar asegurándose de que todo iba conforme lo acordado.

—Ahora quedamos solos tú y yo, Hugo —le decía a su vástago cuando quedaron a solas.

Era el momento de encontrar una esposa para su hijo, pero este no mostraba interés alguno. Se sentía a gusto junto a su madre y como debía aportar dinero a su necesitada casa, no tenía otra alternativa que aceptar las peonadas de bracero que la mayoría de la población realizaba.

Justina, dada a conocer en la parroquia por doña Gumersinda, participaba gratamente en cuantas novenas y rosarios acudía su señora pero, enterada de la escuela que había creado don Juan, no dudó en acudir, siempre bajo su aprobación.

Allí podía aprender más. Sus educadores se volcaron en ella notando que destacaba del resto de jóvenes de su edad. Notaron la afición por la lectura y enterado de ello don Juan, conversaba con ella y pudo facilitarle lecturas apropiadas a sus principios, dentro del dogma cristiano.

Pronto barajaron los educadores en ofrecerle sitio en el que pudiese ayudar enseñando a personas casi analfabetas, a lo que sin dudar, aceptó. Logró que doña Gumersinda consintiera, al ver que su protegida era reconocida como alumna ejemplar. Pero la señora fue más allá y llegó a hablar con su marido de la conveniencia de que ingresase en un convento de clausura, sin duda, propuesto por alguna religiosa de su agrado. Pero don Gaspar le quitó de la cabeza a su mujer aquella idea, apuntando que no era decisión suya el apartarla del mundo, no siendo hija suya.

—Nosotros no debemos influir en el destino de la muchacha. Ya cumplimos sobradamente con el clero con nuestras aportaciones, que no son pocas —le decía.

La señora otorgaba ante las palabras de su marido.

Justina entabló confianza con el autor del progreso en la localidad, don Juan Navarro, y este veía en ella el objetivo que él ansiaba desde siempre. Ambos deseaban aquella igualdad entre los derechos de las personas y tenían

como base la religión, que era el arma para poder cumplir el propósito.

Justina empezó a mostrar una hermosura radiante. Era una joven de estatura mediana que había heredado de su madre el don de gentes y la empatía, que la hacían ser una elegante jovencita que no dudaba en ayudar al necesitado, así como a acudir ante autoridades si la ocasión lo requería. Sabía presentar instancias, enterarse de cuanto acaecía en el vecindario. Discretamente, ayudaba a sus conocidos a entender las noticias que sucedían en el país, pero notaba cierta indiferencia en aquella pobre gente, acostumbrada a no opinar ni participar en nada, sobre todo las jóvenes de su edad. A ellas les hacía comprender que por ser mujer no debían de conformarse en encontrar marido y vivir a su servicio. La mujer necesita al hombre lo mismo que el hombre a la mujer. Les costaba entender estas palabras a sus recientes amigas pero, basándose en relatos bíblicos, aquellas lograban interesarse.

En cambio, cuando estas conversaciones las tenía con Raimundo, no podía excederse. Él ya estaba educado a imponer su voluntad a la que eligiese por esposa; se sentía con la obligación de no casar con cualquiera, pues llegaría el día de dar el sí a la que mejor dote aportase al casamiento, siendo aquella, hija como sería de familia noble.

Pero la categoría y saber estar de Justina no quebraban la decisión del joven, que se sabía superior. El carácter abierto y agradable de Justina, unido a físico que ofrecía formas voluptuosas a los ojos de los varones de la localidad, no tardaron en producir efecto y varios eran los pretendientes que se acercaban a ella e incluso, a oídos de don Gaspar. Este llegó a sentir celos de la joven, cautivado por la belleza que su protegida poseía.

Revivía pensamientos que recordaban el amor que él y su madre habían vivido hacía muchos años. Sentía pudor al pensar que se sentía atraído por la joven hija de su amada e intentaba alejar de su mente lo que su cuerpo se negaba.

Se dedicó de lleno a la marcha de sus negocios y, retirado en su despacho, olvidaba aquellos pensamientos que sabía inadecuados a su categoría y posición. Pero llegaban comentarios de distinguidos personajes que insinuaban la conveniencia de noviazgos de Justina con hijos y conocidos, y de nuevo sentía la tentación, al tener tan cerca a la ingenua Justina que, cariñosamente, se ocupaba de cuanto su esposa le encargaba. Había que tener cuidado en su apariencia y dar ejemplo ante su mujer y, sobre todo, ante su hijo, a los que consideraba por encima de todo.

Pasaba el tiempo y cierto día, sin proponérselo, se había retrasado al llegar a casa de un viaje a sus posesiones. Su mujer y sus hijos ya dormían y creyó que también lo hacían el servicio doméstico, el procurador y su hijo.

Preparó él mismo algo de comida antes de retirarse, y descuidadamente pasó a una habitación donde no pudo evitar dirigir su mirada hacia el interior. Era la habitación de Justina y en la penumbra pudo distinguir el cuerpo de la joven que se desnudaba y dejaba con mimo en un cercano perchero sus prendas más íntimas; luego caminaba despacio preparando agua caliente para bañarse. Don Gaspar quedó parado en la puerta sin poderlo evitar. El saber que todos dormían y que nadie le aguardaba, le tranquilizaba. Contempló su silueta semidesnuda conteniendo el aliento; sus muslos moldeados le parecieron exquisitos; la tersura de su piel, que adivinaba desde la lejanía, hacía que las yemas de sus dedos ardieran por el deseo de rozarla. Justina produjo en él una atracción tan irresistible que no recordaba haber sentido algo así jamás. Se sorprendió al extrañarse de cómo podía dormir en su casa semejante belleza sin que él se hubiera dado cuenta. No se pudo resistir a aquella tentación y permaneció oculto mirándola.

El quinqué que, a media luz, estaba situado en la parte opuesta de la habitación, dejaba ver la silueta de aquel hermoso cuerpo que, en algún gesto, le había recordado al de su madre. La vio soltarse el pelo y ondearlo con sensualidad para, de nuevo, recogerlo levantando los brazos a la vez que, sensualmente, su cuerpo giraba favoreciendo que Gaspar viese el contorno de sus moldeados y erectos pechos.

Sintiéndose oculta de toda mirada, Justina hacía toda clase de movimientos que servían de relajación a su cuerpo tras el agotador día que había pasado. La joven no sabía que había dejado entreabierta la puerta e ingenuamente era la provocadora del ardiente deseo de aquel hombre.

Cogió el jabón y empezó a frotar su cuerpo empezando por el cuello; después siguió bajando por sus pechos redondos y tersos hasta llegar a su cintura donde se recreó, alimentando aún más el deseo de don Gaspar. Salió un momento de aquella bañera para coger un paño del lavabo que usaría para limpiar sus zonas más íntimas. En ese momento y con el olvido de que llevaba en sus manos un paquete, el varón, preso de la lascivia que aquella contemplación le producía, perdió el contacto con la realidad y lo dejó caer involuntariamente. El leve ruido que produjo fue suficiente para alertar a Justina que dirigió rápidamente su mirada hacia la puerta, notando que había alguien tras ella pero sin llegar a verlo por la escasa luz que había.

Don Gaspar notó una punzada en el pecho al saberse descubierto y temeroso de que Herminia despertase y se acercara al lugar, se decidió a entrar, cerrando despacio la puerta tras él. No era su intención el forzar o violar a la joven, de manera que, moviendo su dedo índice hacia la boca indicándole silencio, se acercó hasta donde ella estaba. Justina cubrió su desnudez con el paño que llevaba en las manos y se esforzó por contenerse y no gritar ante la inesperada situación. Su señor se acercaba con precaución para que la muchacha no se viera amenazada, pero al llegar a su altura se sintió preso del deseo. Aquellas manos blancas y puras no lograban que aquel paño cubriera sus voluptuosos pechos en su totalidad. La joven, por más que lo intentaba, no lograba articular palabra; sus dotes de conversación habían desaparecido por la indiscreta puerta que había traído a su señor. El rastro de jabón que resbalaba por la piel de Justina no hizo más que enardecerlo más aún y la visión de su pubis cubierto de espuma fue el desencadenante para que, sin darse cuenta, acercase su mano a la intimidad de la joven, que, paralizada, tardó en reaccionar.

—¡Señor! —dijo al fin.

—Eres muy hermosa, Justina.

—¡No! No se acerque.

—Yo no deseo nada malo para ti.

En ese momento reaccionó y se alejó de aquella bañera intentando llegar hasta un rincón de su habitación. Cuando don Gaspar vio su cuerpo moverse no pudo resistir la tentación de probar aquella delicia que el destino le ofrecía. La tomó en sus brazos y empezó a besarle el cuello mientras ella ofrecía resistencia sin atreverse a gritar por miedo al escándalo. Él estaba fuera de sí. No era dueño de sus actos. Ni siquiera recordaba que tenía a su merced a una muchacha que podría ser su hija. Habría sido feliz ejerciendo su derecho de “pernada”, si no fuera porque estaba abolido por ser algo indigno e injusto. Le habría bastado con acudir a cualquier casa de citas de renombre para satisfacer sus más bajos instintos sin ser descubierto. Pero todavía era poseedor del vicio de desear lo ajeno, lo prohibido, lo que sabía que le perjudicaría si era descubierto; él ahora volvía a desear aquella manzana del paraíso creyendo que era Eva la que le ofrecía su fruto prohibido y sin reconocer de era Adán quien se aprovechaba de su poder.

Lanzado como ya lo estaba, sujetó a la joven en sus brazos, la dejó caer en su lecho encargándose solo de que Justina no gritase.

—No te preocupes. Nada malo te sucederá —le decía.

La joven se revolvía a pesar de que su opresor la tenía presa. Agitado por la emoción dio rienda suelta a todo lo que en su cabeza había imaginado cuando la espiaba a través de la puerta del pasillo. Se desnudó con rapidez. La muchacha no podía creer lo que estaba pasando, llegando incluso a sentirse culpable de aquella situación. La excitación del varón le producía náuseas pero nada podía hacer. No fue difícil someterla a su voluntad y su mano en la boca de la joven amortiguó un gemido de dolor al forzarla en su interior. Pero ansioso como estaba, que ella se resistiera solo sirvió para aumentar su pasión.

Al acabar, don Gaspar se retiró del cuerpo de Justina, satisfecho al haber saciado su deseo. Ella se levantó asustada y se acurrucó llorando. El señor no sintió miramiento alguno al ver a la joven que, tirando de la ropa de cama, intentaba taparse y esconder su llanto. Él se recompuso y salió de la habitación, acalorado y sin miedo a ser descubierto.

IV



Los días siguientes fueron de lo más normal en la casa Gamundio. El señor de la casa se comportaba con Justina del mismo modo que lo había hecho siempre, y ella, una vez visto que nadie insinuaba saber nada de lo ocurrido aquella noche en su habitación, siguió con sus quehaceres diarios, como si nada hubiese ocurrido.

Don Gaspar la rehuía y Justina aprendió a ser precavida. Nadie hasta entonces la había hecho suya y mucho menos de aquella manera en que su señor la violó. Dudaba de si había actuado correctamente y se lamentaba de no haber gritado. Y la verdad es que nunca habría creído que aquel hombre pudiera atreverse a actuar de aquella manera.

Justina pensó que, siendo joven como lo era, podría haberle gustado al otro joven de la casa, de edad parecida a la suya y estaba segura de que habría sido tajante con él y habría guardado las distancias como correspondía. Pero jamás habría esperado que su padre se hubiese atrevido a atacarla. Ella se había asegurado de que todos dormían para dedicarse a su aseo y maldita era la hora en que apareció don Gaspar.

Al cabo de poco tiempo se dio cuenta de que Raimundo se comportaba de forma amable con ella, pero no sospechó nada más. Un día escuchó desde la cocina una conversación que el matrimonio tenía, en las que pronunciaban el nombre de su hijo y entre sonrisas y bromas oyó que la nombraban a ella. No pudo atar aquellas palabras que nada virulento parecían tener por la manera en que eran pronunciadas.

Cierto día Herminia la abordó, sin duda manejada por el matrimonio y le preguntó si sentía algún tipo de atracción por el señorito Raimundo. Ella se extrañó y le dijo que le infundía gran respeto y que como joven agradable que era solían tratar algunos temas de sociedad que salían a conversación. Pero poco después Raimundo y Justina charlaban en el comedor, relajados por la

ausencia de los padres.

Entonces el joven, sin pretensión que no fuese de amistad, comentó a Justina que sus padres interpretaban sus amigables conversaciones como algo más. Justina dejó hablar a Raimundo y su pensamiento descubrió que don Gaspar, estaba tratando de involucrar a su hijo en una posible relación con ella.

—¿Cómo puede ser tan falso ese hombre que se atreve a poner en jaque a su propio hijo para esconder la verdad ante su familia? —pensaba enfurecida.

A los pocos días se presentó Anunciada en la casa de la Plaza Mayor con el expreso motivo de saber de su hija. Fue muy bien recibida, pero Herminia le había avisado de que “el señor no se encontraba en la casa”, y tampoco se la invitó a comer.

Al hablar con su hija, Anunciada se dio cuenta de que la joven no quería estar en esa casa y le dijo que quería marcharse, aunque no se atrevió a contar lo sucedido en su habitación. Anunciada que era astuta y mujer de mundo, intuyó que posiblemente el joven de la casa intentaría pasarse con su hija. Desde luego, no pensó que el señor fuera el verdadero protagonista de aquel malestar por considerarlo cambiado y mayor para intentar aquellas proezas.

—No te preocupes Justina que me reuniré con los señores de la casa y aclararemos el asunto.

—¡No! —dijo ella.

—Pero, ¿por qué?

—No lo creo necesario. Simplemente añoro las amistades de Blasconuño. ¿Preguntan por mí? —dijo intentando desviar la conversación, conocedora del carácter fuerte y enérgico de su madre. Aún ahora le causaba demasiado respeto.

—Pues claro, chiquilla —le decía cariñosamente—. Y son conocedoras de tu preciado destino. Están felices por ti.

Esto era invención propia, pues nadie en Blasconuño sabía ciertamente el paradero de Justina, ni siquiera sus parientes, a los que ella había contado parte de la verdad por temor a los reproches de su madre si se enteraba.

Pasadas unas semanas, Justina empezó a sentirse mal y el despertar iba acompañado de náuseas y mareos. Había contado y su menstruación llevaba demasiado retraso. Podría estar embarazada, pensaba.

A partir de entonces inició una lucha interior para aclarar su situación en caso de confirmarse todo. Su cordialidad con Raimundo crecía, curiosamente,

ahora que su padre la había propiciado. Ella se sentía librepensadora y nada la engrandecía más y la hacía sentirse mejor que abriéndose a las personas de su agrado, que compartían la verdad como algo indispensable en sus relaciones. Ella odiaba a las personas hipócritas que se mostraban diferentes según con quien trataban. Ella había sido educada para amar la sinceridad, la justicia y el bien. Esas eran sus principales premisas. A partir de ahí aparecían de nuevo aquellos consejos de su padre para no quedar inerte en un mundo tan injusto como aquel, en que convenía a unos pocos que la mayoría no supiese leer, escribir ni opinar. Sentía odio al pensar lo injusta que llegaba a ser la jerarquía en el momento de tratar a ricos y pobres.

No se sentía a gusto al haber aceptado permanecer en aquella casa del potentado del pueblo pero, aun así, pensó en positivo y tal vez descubriría nuevas metas. No olvidaba que allí había conocido aquella escuela a donde tanto le gustaba acudir y en donde le tenían gran respeto. En cambio el seno de la noble casa era harina de otro costal.

El tener la conciencia tranquila le producía sensación de bienestar, a pesar de lo delicado de su situación. No cambiaba por nada del mundo lo que había aprendido y daba un valor extraordinario a sentirse capaz de ayudar enseñando a los desfavorecidos del lugar. Se daba cuenta de que en su villa estaba su madre pero no le ofrecía el cariño y el amor que ella deseaba. La falta de su padre, aunque superada, no había sido complementada por nadie; solo sus consejos se mantuvieron en pie y don Juan, el párroco la entendía a la perfección. Ella no se consideraba religiosa, a pesar de acudir a obras culturales que aquel sacerdote promovió, para extender el poder que el catolicismo iba imponiendo. Compartía con el pensar de que aquel hombre, que a pesar de vestir sotana, se preocupaba por la desigualdad y la injusticia. Le agradaba que el clérigo le contara sobre la encíclica de León XIII, que tanto practicaba, pero el verdadero motivo de todo era su afán por aprender y enseñar a los ignorantes. Esto la llenaba de satisfacción. No obstante, inmersa como estaba en aquella delicada situación que la angustiaba tanto, pensó que tenía a su alcance una persona que la escucharía sin miedo a ser descubierta y esto la alentó.

Acudió como era habitual a colaborar en la escuela y esperó a poder hablar con don Juan para pedirle confesión. Este se mostró sorprendido ya que conocía la conducta de la joven y sabía que acudía muy poco a aquel tipo de sacramento. Justina esperaba que la citase en el confesionario de la parroquia, pero se equivocó. Evidenciando que aquella repentina sugerencia

no admitía demora, la invitó al finalizar la tarde a confesar allí mismo.

La joven contó directamente y sin tapujos lo ocurrido hacía unos meses en la noche que su señor la observaba en su habitación relatándole el final. Ella suponía que podía estar en cinta. El sacerdote no tenía que preguntar, pues el monólogo no daba lugar a ello y quedó enterado de la intimidad de aquella casa, de la que ya era conocedor y que se guardó de relatar a la joven.

El presbítero la escuchaba con la vista dirigida lejos de la mirada de la joven, a la vez que iba gestando la sugerencia que ella esperaba de su parte, más que la absolución de pecado alguno cometido por ella. A su vez, ella opinaba que no era objeto de perdón ya que nada maléfico había cometido; pero, conocedora de la injusticia que se cebaría con ella, deseaba expulsar su pena, contar la verdad de los hechos y, la confianza en la educación que le prestaba don Juan, habían hecho posible que se decidiese en acogerse a secreto de confesión.

—Ya sabes que comulgo con muchos de tus ideales y sé de sobra la bondad que inspiras en quien te conoce. Eres una mujer que, antes de esperar de la vida algo, te interesas en ofrecerte a los demás, en quien requiere tu ayuda y eso es un enorme valor que posees y que nadie podrá arrebatarte. Piensa en esto: por muy mal que nos trate la vida jamás nos arrebatarán nuestras ideas. Tu futuro podrá ser incierto, pero tengo la certeza de que no lograrán humillarte lo suficiente para que tus virtudes desaparezcan. Como sabes, nada puedo prometerte tratándose de la nobleza que la Iglesia, tan sectaria, protege. Yo solo pertenezco a ella y muchas son las maneras de enfocar el mensaje de Cristo, el que por cierto, nada de poderes ni posesiones predicaba, sino el amor al prójimo, con resignación, humildad y pobreza. Lo demás ha sido invención de poderes posteriores que no cesan de luchar por los bienes materiales, matando sin tregua a personas como si de objetos se tratase, con tal de conseguir su objetivo: riqueza y poder. Varias ramas del catolicismo llegaron incluso a combatir en campos de batalla poseyendo ejército propio: los Templarios. ¡Qué vergüenza! Pero ha sido cierto y la historia lo evidencia. Tu caso no es aislado. La Iglesia, o mejor dicho su jerarquía, ha abusado en algunas épocas de su poder, conseguido en parte por la ignorancia del pueblo. Recordemos que ha habido papas que han tenido esposa, cuando sus leyes lo prohibían a su séquito. Pero eso no es todo, han reconocido a sus hijos y para culminarlo, han llegado a saciar sus seniles deseos fornicando con sus propias hijas, cuidándose de reservarles algún privilegiado destino a sus vástagos.

El sacerdote no podía evitar que afloraran gestos de rabia en su rostro y en sus manos que no podía reprimir al recordar tales infamias, pero era consciente de que, aprovechando justamente el secreto de confesión, podía hablar abiertamente. Si ellos no podían revelar lo escuchado en confesión, justo era que en el mismo ejercicio pudiese él revelar hechos que por el mismo sacramento quedarían en idéntico secretismo.

—No te sientas ultrajada. Recuerda que no eres un caso aislado, por desgracia, y nadie te arrebatará tus principios. Ten fe en que siempre encontraremos el camino de salvación, que quizás no sean las oraciones, sino el escuchar a nuestra conciencia y tratar de que nuestra obra quede presente en los que nos sigan y, con probabilidad, surgirá su efecto algún día.

Ahora la joven escuchaba al presbítero que, sin preámbulos de besamanos ni casullas ornamentarías, trataba de aliviar a la joven.

—Temo represalias de parte de los señores de la casa cuando llegue el momento de enterarse —dijo ella.

—De ello no podrás huir, pero sí podrás hacer caso a lo que tu intuición te dicte, que confío será acertada. Ten como justificación que nada reprochable has cometido. Allá cada cual con su conciencia. No rebajes tu orgullo cuando tengas el convencimiento de que estás libre de pecado. Espero que la doctrina en donde he sido educado guarde a cada cual el destino que se merece en la vida eterna, ya que en la presente son demasiados los elementos que perturban sus días. Nada lograríamos en enemistarnos con ellos y ofrecerles resistencia: son demasiadas las armas que los aliados poseen y demasiado escasas las que nosotros poseemos.

—Entonces... —sugirió ella.

—Haz valer tu pensamiento. Él te indicará el camino a seguir. Pero, tomes la decisión que tomes, que sea firme y no decaigas. Eres joven, sin embargo tengo el convencimiento de que saldrás fuerte de la situación y ello hará que no ceses en tu empeño. No dudes en acudir a esta casa y ten la certeza de que este servidor de Dios te ayudará en cuanto esté en su mano.

—No sería de extrañar que inculpase al ingenuo de su hijo Raimundo, con el cual me une una cordial amistad.

—Tampoco a mí me extrañaría, pero que no te atrape ese pensamiento en el que nada te implica. Allá él con su conciencia. Y recuerda que, sea cual sea tu decisión, aquí siempre tendrás tu sitio, aunque por ahora me temo que debe quedar vacante; don Gaspar nos haría la vida imposible y prefiero que todo quede en su sitio y continúe aportando a esta casa, aunque sea a

instancias de la ingenua de doña Gumersinda.

—Sacrificaré mi persona antes que cometa alguna locura que acabe con esta escuela por la que tanto ha luchado usted.

Tras la larga conversación, don Juan ofreció la mano a la joven imaginando una posible despedida, a lo que Justina intentó besar con gesto de cristiana, pero el sacerdote la evitó limitándose a un fuerte apretón de manos en señal de confidencialidad.

A los pocos días, debido a que su estado ya era casi evidente, decidió marchar en secreto, pero su consciencia no le dejaba hacerlo sin antes hablar con su amigo Raimundo. Se limitó la joven a revelar su estado con la mayor sinceridad posible, evitando mencionar el nombre de su padre. Así se iría tranquila y advirtió a aquel que resolviera con su padre si le señalaba como culpable de algo que desconocía. El joven, educado en ambiente adecuado evitó insistir en la procedencia del autor, pero entendió que Justina tenía motivos suficientes para no delatar a nadie, y como tal actuaba.

Raimundo pensaba y repensaba en ello, recelaba que la joven pudiese haber cometido su falta en aquella escuela de religiosos a donde acudía, pero, ¿por qué decidía marcharse? No veía clara la respuesta y, conociéndola como la conocía, volvía a pensar en que el progenitor de ese bebé debía ser cercano a la casa. Pensó en don Segismundo y en su hijo, José Fernández, y a este último apuntó como culpable. Sabía que no trataban demasiado aquellos con Justina y, además, notaba cierto distanciamiento entre José y ella. No lo entendía.

Sólo Raimundo sabía la intención de la marcha de Justina. La joven, a los pocos días, huyó de madrugada y fue en busca del primer tren correo que circulaba por la cercana estación de ferrocarril de Torre de Arcas. Llevaba en secreto recomendación de algunas parroquias que le proporcionó don Juan Navarro.

V



Los primeros días de diciembre de aquel 1893 fueron muy duros para Justina. Su partida había causado cierto revuelo en la casa de don Gaspar y, sobre todo, su esposa fue la que mayor preocupación tenía.

Ahora le tocaba justificar la partida de la joven ante su familia, pero nadie osaba mencionar palabra sobre el asunto. El matrimonio reunió al personal doméstico y preguntó uno por uno si conocían el motivo de la desaparición de la joven. Herminia, por ser la mayor y tenida en cuenta fue la primera en hablar:

—Solamente puedo afirmar que Justina llevaba unos días con dolores en la cabeza, nada más se.

—¿Y cómo es posible que sin previo aviso nos abandone? —dijo Gaspar. No tendrá queja de nuestro comportamiento, ha sido tratada como una más.

—¿Piensas quedarte de brazos cruzados? —dijo Gumersinda.

Entonces Raimundo habló:

—Yo le tengo estima. Para mi es una amiga, una buena amiga, y me preocupa su salud. Estoy convencido de que su marcha viene precedida por un buen motivo.

Herminia miraba fijamente los ojos del señorito, conoedora más que nadie del motivo que invitó a marchar a la madre de esta, Anunciada. Pero dudaba de que esta vez el motivo volviera a ser el mismo. Conociendo sobradamente a Gaspar desde que nació, ya nada de él le extrañaba. Le asaltaba la duda al pensar que no le cuadraba por qué su señor había tenido tanta prisa en traer a Justina a su casa y en cambio ahora no se alarmaba demasiado ante su desaparición. Después puso en su mente al hijo, con edad similar a la de la joven, pero conocía a Raimundo y no le creía capaz de atrocidad alguna. Estaba educado de diferente manera. De pronto, el joven

habló:

—Si nadie se molesta, yo mismo me encargaré de salir en su busca.

Gumersinda, alterada al oírle tan decidido le dijo:

—¡No! Ya sé de tu aprecio a la joven, pero estamos en invierno y no sé qué sería de ti por ese mundo.

—Nadie sabe el rumbo que ha tomado. Puede estar a cientos de millas

—dijo don Gaspar. Yo me encargaré de seguir los pasos de Justina. Es una buena chica y es lo menos que podemos hacer por ella.

Así quedó la conversación, aunque el matrimonio contrariaba posiciones. La buena de doña Gumersinda, con su cautela, comentaba a diario con su marido en espera de noticias, pero nada nuevo se sabía. Una noche, en la intimidad, pensó desviar el tema en su persona y en voz baja comentó el matrimonio la posibilidad de que Justina estuviese embarazada y de ahí su decisión.

—No la creo capaz —dijo él, intentando mostrarse severo pero sintiendo en su interior una punzada traidora, al recordar aquellas condiciones que Anunciada escribió en sendos legajos.

—¿Tú crees que Raimundo habrá sido capaz? —decía Gumersinda.

—No sé qué pensar —le contestó el marido, creyendo liberarse de momento de un enorme peso.

Ahora había logrado que su esposa pusiese los ojos en su hijo en vez de en él. Tanto era el respeto que le tenía.

Sin duda, la noticia de que Justina no estaba en Madrigal de las Cumbres llegó hasta Anunciada, en una carta con matasellos de lugar lejano y desconocido, y la buena señora no demoró un momento. Su hija le había avisado de su estado sin revelarle quien era el padre y también le aconsejaba que no la buscase. Ella se veía autosuficiente para continuar adelante.

A los pocos días se presentaron en la casa de don Gaspar, Anunciada y su hijo Hugo, y ya conocemos el recibimiento que aquel le proporcionó, referido en capítulos anteriores. Pero ella volvía a insistir; con seguridad había perdido a su hija pero no estaba dispuesta a perdonarle, ni tampoco a que aquel señorito volviera a humillarla saliéndose con la suya.

—¡Me las pagarás! —dijo en voz alta cada vez que Herminia le abría las puertas de la noble casa, sin la intención de dejarla pasar.

—¡Canalla! ¡Desgraciado! ¡Maldita la hora en que te conocí!

La vieja Herminia trasladaba a su señor todas aquellas amenazas y blasfemias que la antigua sirvienta le dedicaba. Gaspar meditaba a solas en su

despacho, pues él y solo él sabía toda la verdad y no estaba dispuesto a ser humillado por unos mendigos, sin tener probado nada contra él.

El plan era perseguir a Justina y evitar que se hiciese público nada que lo perjudicara. Se puso en contacto en varios distritos mediante sus procuradores y no tardó en remover cielo y tierra hasta lograr noticias de la joven. La nobleza y el clero se unieron y consiguieron aportar el paradero de la joven.

Había partido en dirección sur y, de momento, se encontraba cobijada en Sarrión, cerca de Teruel. Hasta allí marchó Gaspar excusando su presencia en Madrigal para asuntos importantes. Sarrión quedaba apartado de la más lejana de sus fincas, pero no dudó en hacer el viaje restante montado a caballo, acompañado de uno de sus fieles servidores.

Justina, tras muchos días de viaje, sola, aterida de frío y caminando sin cesar, había llegado a una casa de postas y allí recibió cobijo ante una repentina nevada que la había sorprendido varios kilómetros antes.

Allí permaneció más de una semana, creyéndose a salvo de cualquier imprevisto. Ella se sentía en paz consigo misma, y a esto le daba un valor supremo. Creía que obraba bien. Estaba acostumbrada a ser consecuente con sus decisiones y había aprendido a reflexionar y a meditar cada vez que tomaba una decisión importante.

Sentía en su interior algo que le daba nuevas fuerzas para continuar adelante. Había informado a su madre de lo sucedido y lo creía suficiente, dada la poca afinidad que madre e hija tenían. A ella no le importaba demasiado el dinero. Estaba acostumbrada a pasar estrecheces y nada peor creía. Su empatía la hacía ser una persona apreciada y querida cuando se relacionaba con las personas.

Nadie sabía todavía de su estado, pero don Gaspar se adelantó al tiempo y se presentó de incognito en la travesía de Teruel a Guadalajara. La joven escuchó desde su habitación la voz conocida de don Gaspar y se asustó al creer que iba en su busca. No se equivocaba. Su reacción fue esquivar su presencia y ágil salió por una puerta lateral de la casa, pero el ayudante del señor alertó a su patrón y fueron en su busca. La nieve cubría por completo la superficie hasta perderse de vista. La joven, por instinto, quiso huir pero fue perseguida a caballo por don Gaspar que rápidamente la alcanzó. Este ordenó a su siervo que quedase atrás. Al llegar a la altura de la joven, alargó desde lo más alto del caballo su pie y la derribó. ¡Tenía tan aborrecida a aquella clase media que nada la sorprendía!

Del empuje Justina tropezó cayendo encima del blanco manto de nieve.

—¿Por qué huyes?

La joven trataba de tapar su mirada con la mano, mientras con la otra estaba apoyada aún en el suelo.

—Usted sabe de sobra porque me marché de su casa.

—Pero...

—Sí. He marchado antes de ser tratada como una cualquiera, antes de que mi deshonra ensucie su noble casa. ¡Déjeme en paz!

Entonces don Gaspar descendió del caballo y se acercó a la joven que estaba aturdida.

—Pero, ¿puedes decir la verdad?

—Estoy embarazada, pero no debe usted preocuparse. Mi hijo será solo mío. ¿Entiende? ¡Mio!

Claro que entendía. De sobra sabía él sus motivos. Pero no le interesaba en absoluto escuchar su conciencia. Aquella joven que tenía enfrente tendría un hijo suyo. Un hijo fruto de una ilusión senil, que incluso creía perdonada sin acudir a confesar. Pero él estaba acostumbrado a pensar solo en su posición y a no hacer caso absoluto a su razón. Así estaba educado y así actuaba. Lo importante para él era su estatus, su legado, sus derechos. Pero ya empezaba a hurgar en su conciencia algo que de vez en cuando le hacía recapacitar.

Iba bien vestido; sus botas aislaban lo suficiente su cuerpo de aquella escarcha que había helado la fina capa de nieve caída durante el día anterior; sus pantalones impedían cualquier filtración del penetrante frío de aquella tierra lejana; un elegante chaquetón de pura piel aislaba aquel cuerpo que nada parecía temer de humano alguno; y rematado por una ajustada gorra forrada y orejeras que combinaban perfectamente con unos guantes de piel. Pero a pesar de sentirse superior ante aquella joven, no quedaba convencido de dejarla marchar sin más.

La mirada que Justina le clavó en sus ojos le había penetrado más que el frío ambiental. Esa mirada lo había dejado absorto por un momento y la ira que tenía acumulada mientras salía en su busca, ahora había cesado.

Se volvió para comprobar que su acompañante quedaba a distancia suficiente. Luchaba su pensamiento entre dos alternativas. Ahora tenía a la joven delante, a su merced. Podía hacer con ella lo que se le antojara y nadie se enteraría. Y podía dejarla marchar como era la voluntad de ella.

Por un momento pensó en la conveniencia de hacer desaparecer a

Justina y asunto solucionado. Pero también acudía a su mente la amenaza de Anunciada, su madre que, sin duda, probaría su incumplimiento y no dudaría en vengarse. Aquella tendría suficiente valentía para complicarle la vida. Le sobraban motivos para desagraviar, no solo la deshonra cometida en su casa con Justina, sino culparle de la suya propia y que había llevado escondida tantos años. Él la había querido. Habían sido amantes, no novios, por la prohibición de sus padres. Sabía que tenía un hijo, en cambio, ¿por qué había elegido a la hermana menor de este, si es que de alguna manera quería compensar su deuda?

Su mente rememoró su juventud, cuando de verdad estaba enamorado de la madre de la joven. Este recuerdo le hizo palidecer por un momento, pero su instinto le volvía a la realidad, con aquella joven ante la que no pudo contenerse. Habían pasado los años y, en su endurecido carácter, prevalecía la prepotencia y su posición social.

En su interior reconocía que le gustaba demasiado hacer uso del antiguo derecho de “pernada” sin poderlo evitar. Estaba abolido en la realidad, pero era un placer que superaba a su voluntad. Sentía remordimientos. El haber tenido relaciones con Anunciada siendo ambos solteros no lo abrumaba tanto como el haber violado a la hija de aquella. ¡Cínico, cínico! Se decía. Soy un cobarde. De nuevo movía su cabeza a un lado y a otro como presintiendo que alguien escuchaba su pensamiento.

Su caballo se había dirigido hacia una cercana encina en busca de guarida, como adivinando que su presencia estorbaba a su dueño.

—Hasta el animal tiene mejores sentimientos que yo —se decía.

Justina todavía en el suelo, en posición humillada, había notado en don Gaspar cierta indecisión mezclada con furia y odio hacia su propia persona. Se incorporó poco a poco y entonces vio a lo lejos al jinete que había acompañado a su perseguidor.

—Podría acabar ahora mismo con todo esto —dijo a la joven.

Ella, asustada pero firme de convencimiento, tenía la suficiente valentía para contestar sin reparos a aquel tipo que tenía delante. Sus principios continuaban intactos.

—¿Es que no le basta con haberme violado en su propia casa y haber logrado que nadie se entere por mí de lo ocurrido?

El noble ahora no encontraba palabras. Tampoco esperaba la contestación altanera de la joven. Era probablemente la primera vez que alguien truncaba su idea.

—Sabes que puedo mandar detenerte.

—Sí, lo sé. Es usted capaz de todo. Los tratos que usted hace no son fiables. Es usted un necio, un falso, un adúltero sin conciencia... —le decía ella.

Gaspar no podía tolerar aquellos insultos. Se dirigió hacia la joven y la tomó por los hombros.

—Te propongo que pactemos que tu embarazo sea del hijo de mi procurador.

Justina no lo dejó terminar:

—No se preocupe por el padre de mi hijo. Será solo mío. Sin padre, ¡entiende! Jamás saldrán de mi boca tales mentiras.

—¡No! Eso no. Tu madre no me dejará en paz y debo acabar con este mal sueño.

—A usted solo le preocupa el dinero. ¡Páguele cuanto le pida y acallará su boca y las de los demás! ¿Qué le preocupa? Con dinero puede solucionarlo todo. Pero hay cosas que el dinero no logra reparar. Su conciencia jamás callará, si es que tiene conciencia. En cambio, la mía rebosa de satisfacción. Ajuste cuentas con Anunciada, mi madre, que ella y usted son los culpables de esta situación tan injusta.

En ese momento volvía a debatir su interior pugnando su remordimiento y su poder. Gaspar se revolvió un momento y con paso indeciso se dirigió hacia el árbol donde estaba su caballo. Allí apoyó su rostro contra la montura en señal de vergüenza ante la rectitud y la claridad de ideas que le había mostrado aquella inocente joven. En cambio él solo había dicho ofensas a la joven. Sin darse cuenta, asomaron lágrimas a sus ojos, ante la impotencia que sentía. ¡No puedo acabar con ella! ¡No, No! ¡Dios mío! ¿Por qué has llevado mi cuerpo ante esta situación? —Pensaba este en silencio.

Justina lo observaba distante y creyó oportuno desaparecer, huir de nuevo. Así perdería de vista para siempre a aquel mujeriego que la perseguía. Además, tampoco le placía ir en busca de su madre. Esta siempre le había dejado a un lado elogiando sin cesar a su hermano Hugo. ¿Por qué sería? ¿Qué mal había hecho ella? Solo encontraba bienestar y armonía cuando alternaba con sus amistades que tanto bien le habían hecho, dejando que siguiese con el aprendizaje, primero a través de la parroquia y, luego, en la escuela a la que acudía con tanto entusiasmo. Aquella vida sí que le placía. Allí no contemplaba injusticias. Allí había aprendido a pensar, a decidir y a que no decidiesen por ella. En cambio, cuando su madre la acompañó a casa

de aquellos señores, causa de su desdicha, ella humildemente cedió sin rechistar. Le había podido más el respeto y el miedo a su madre que hacer prevalecer los valores adquiridos en sus lecturas, en las conversaciones de aquella gente de bien y recordando los sabios consejos de su padre. Allí — pensaba ahora— no eran movidos puramente por intereses como se movían en casa de don Gaspar, sino que imperaba el sentido común, que es el sexto de los sentidos. Es el sentido que pone en marcha la inteligencia de las personas y equilibra el pensamiento con la conducta de cada uno.

Cuando el noble volvió en sí, se dio media vuelta para dirigirse a la joven, pero grande fue la sorpresa al ver que ya no estaba allí. Las huellas habían quedado marcadas en la nieve que cubría el suelo. Quedó mirando fijamente la dirección de aquellas y creyó ver a lo lejos una silueta que se perdía de vista entre encimas y pinos. Desistió. Montó su caballo y se dirigió en sentido contrario donde permanecía su fiel acompañante.

—¡No has visto nada! ¿De acuerdo? —le dijo amenazante.

El acompañante de confianza asintió bajando la cabeza y ocupándose como siempre de la voluntad de don Gaspar.

Al volver de nuevo a su hogar, el señor quiso zanjar aquel tema y para ello reunió primero a su familia y dejó claro que de nada habían de preocuparse por Justina.

—Sin duda, no le convenía permanecer más tiempo en la casa y su educación libertina la ha hecho recapacitar y buscar una nueva vida, acorde con la modernidad actual; desde luego, más conforme con sus principios que con los de esta casa. Así me lo ha rebelado una vez que me he entrevistado con ella. Nada en absoluto tiene en contra nuestra. Y si lo tuviera, allá ella. Por tanto queda resuelto todo lo referente a Justina. Además, si se acerca su madre, Anunciada, tienen orden de mandar a detenerla por allanamiento de morada. Esta casa no puede mezclarse con este populismo en que nos quieren meter.

Todos acataron la orden del señor y con gran silencio fue escuchado por los sirvientes sin atreverse a abrir la boca. Solamente la anciana Herminia, de vez en cuando, murmuraba con el viejo procurador en secreto, pero el tiempo acabó por dejar en el olvido la historia de Justina y Anunciada.





TERCERA PARTE

EN BUSCA DE UN NUEVO HORIZONTE



I



En el apartado lugar de Aragón, cerca ya de la provincia de Castellón, en plena sierra de Gúdar, se encuentra un tranquilo pueblecito que, por su encanto y recogimiento merece especial atención en este relato. Nos referimos a Alcalá de la Selva.

Allí, habituadas sus gentes al clima y a la escasez provocada por sus terrenos extremadamente montañosos, vivían apenas cuarenta familias, hermanadas ante las adversidades pues todas tenían semejante ocupación.

Durante la época estival, los labriegos se dedicaban a recoger el grano que la bondadosa primavera les había regalado. Aquel un año, el invierno había cubierto constantemente las tierras de nieve y, al llegar la primavera, se invirtió el ciclo haciendo que los días templados fueran propicios para germinar y crecer las simientes que los abnegados agricultores habían corrido a sembrar tan pronto el tiempo lo permitió.

El único lugar de recogimiento para los cansados labriegos era una taberna situada en la entrada del pueblo. Allí solían acudir los madrugadores labradores para tomar un café caliente y después, según el clima, dedicarse a una u otra labor. Cuando volvían de las faenas del campo, no era raro encontrar a los vecinos contando y reviviendo los avatares que sufría el país, así como las anécdotas cotidianas acaecidas durante las jornadas.

Aquel parecía un año esperanzador. A aquellas tierras acudían para trabajar labradores de otras pedanías cercanas, como lo eran los vecinos de Sacañet y de la Puebla de Bellestar, entre otros.

Manuel Arteaga era un joven vecino de Alcalá de la Selva, de casi veinticinco años que, una vez fallecido su padre, quedó encargado de cultivar los campos que de él heredó. Era un joven trabajador y simpatizaba con los parroquianos de aquella taberna. En ella gustaban de reunirse los jóvenes encargados de trabajos rudos y pesados para evadirse un poco de la agotadora

jornada. La taberna también acogía a los mayores que, en los días de crudo invierno, alargaba sus tertulias matutinas al calor de la lumbre, y por las tardes, se convertía en apacible lugar de ocio para cuantos quisieran participar en los diversos juegos de mesa, haciendo soportable aquellas tardes grises de invierno en la pura sierra de clima continental extremo.

Los jóvenes, aunque solo los domingos, solían acordar desplazarse a las vecinas localidades de Mora de Rubielos, Rubielos de Mora y Jérica; lugares que ofrecían al visitante nuevas alternativas para hacer olvidar los monótonos días de trabajo encerrados en las cuadras con los animales de crianza, o adecentando la estancia de los animales de labor, donde, cuando no había que herrar algún caballo, había que preparar los arados para estar disponibles en los cercanos días de verano y aprovechar al máximo las horas de sol.

Además, siendo propio de la edad, Manuel y sus amigos conocían a otras cuadrillas de jóvenes de ambos sexos. La mayoría de los muchachos de Alcalá de la Selva esperaban ansiosos aquellas veladas nocturnas para alternar con gente nueva y con chicas jóvenes, a las que consideraban diferentes a las conocidas del pueblo; el trato diario hacía que no se fijasen demasiado unos con otros. El marchar tan solo unos kilómetros, bastaba para sentirse diferentes. Los nuevos ambientes les hacía sentirse foráneos y un tanto desconocidos y eso les empujaba a establecer amistades sin el pudor que sentían con las jóvenes de su edad en Alcalá. También las jóvenes actuaban de forma distinta con ellos, si bien lo hacían siempre acompañadas por alguna mujer mayor, soltera casi siempre, que era la encargada de controlar a la cuadrilla de veinteañeras que de sobra sabían que no les faltarían pretendientes.

De entre todas estas, vivía en Jérica una muchacha llamada Vicenta, que hacía poco había llegado procedente del norte peninsular y que se había integrado muy bien entre las jóvenes.

En las casas espaciosas solía celebrarse un baile. Para ello, se retiraban los enseres y muebles de la estancia mayor de la casa y, con la ayuda de algún acordeonista o de algún vecino aficionado a tocar un instrumento musical, daban paso a una velada de música. Al baile acudían parejas que presumían de bailar todo tipo de ritmos. Los más jóvenes asistían en busca de poder entablar una amistad que les permitiese bailar apretados, si la moza lo permitía, y, a poder ser, intimar ambos a escondidas de aquella mujer que todos sabían que los seguía con la mirada. Pero ante el deseo de los jóvenes no había mirada que estorbara. Ya escogerían ellos el momento, a escondidas

y aprovechando una fingida conversación de algún cómplice que desviaba aquella injusta persecución, para dar rienda suelta a sus sentimientos, aunque fuese por escaso tiempo.

En uno de esos bailes conoció Manuel Arteaga a Vicenta Palacios. Los dos jóvenes se sintieron atraídos desde el primer momento, aunque las circunstancias no permitían intimar mucho, sí fue suficiente para que se conocieran.

Vicenta contó a Manuel que había pasado su juventud lejos, en tierras de Castilla. Ahora las circunstancias la habían traído hasta tierras de Aragón. Manuel, a su vez, le contó su modo de vida en Alcalá de la Selva.

Al son de la melodía del acordeón, los dos jóvenes se sintieron atraídos y solo Manuel hizo intento de besar a la joven, que, aunque lo deseaba también, se resistió y casi llegó a propinar un bofetón a aquel joven que se había mostrado tan insistente. Las jóvenes de la época, aun sintiendo gran atracción hacia sus acompañantes, tenían asumido que debían ofrecer resistencia e incluso, mostrarse agraviadas cuando el joven daba el primer paso mostrando su cariño. Vivían en una contención constante porque la sociedad no cedía en su imposición de un código de decoro. No cumplir las normas hacía que a una chica la tacharan de cualquiera y así pensaba también el varón si, a la primera de cambio, se le entregaba la muchacha. Manuel y Vicenta fueron pacientes y el tiempo se encargó de poner a cada uno en su sitio.

Había otro personaje que, aun sin ser visto, se enteraba de cuanto ocurría en aquellas casas en donde se celebraban los bailes, siendo incluso competencia suya dejar o no que se celebrasen aquellas fiestas. Este era el sacerdote o capellán del pueblo. Aquel podía ejercer su jerarquía hasta límites insospechados.

Sabía de primera mano lo que en esas fiestas acontecía; las mujeres acompañantes eran sus confidentes. Además, durante el sacramento de la confesión, acababa por enterarse de todo lo que necesitaba saber. Era tan grande la influencia de la Iglesia en la mayoría de casas del vecindario, que no le resultaba difícil entresacar de las feligresas todo lo que se le antojaba sobre los jóvenes, o mejor dicho, las jóvenes de su parroquia.

Presbíteros los había de diferentes caracteres y edades, pero eran los más jóvenes los que insistían, a través de las rendijas del confesionario, mirando sin ser vistos, sobre alguna joven a la que había perdido el rastro y le interesaba recuperar. Las más afines a los clérigos eran las mujeres mayores,

que contaban al sacerdote, sin tapujos, lo que ellas creían que eran sus pecados y además, no tenían problema alguno en satisfacer la curiosidad del religioso acerca de sus conocidas veinteañeras. Las buenas mujeres no dudaban en contar cuanto sabían, creyendo que ello formaba parte importante en su salvación.

El sacerdote lograba que las jóvenes no se distanciasen mucho de la iglesia y que fueran al confesionario a menudo. Con su poder de convicción conseguía sonsacarles información íntima, sus instintos carnales y lo que hacían con los jóvenes cuando se veían a solas. El cura llegaba a perturbarse cuando, escondido tras las rejillas del confesionario, veía a alguna joven bien parecida arrodillada y sumisa mientras, afligida, le narraba si había sido besada o manoseada por algún joven. Él observaba la belleza de la muchacha y, a pesar de su excitación, el bondadoso cura, conseguía la suficiente templanza para, en aquel momento, hacer reflexionar a la joven del grave pecado que había cometido, y que solo Dios podía perdonarla, pero a cambio de que le contara absolutamente todo y se arrepintiera de corazón.

Así era como el párroco quedaba enterado hasta de los más mínimos detalles de la relación de la joven con su novio. Algunas veces el párroco tenía que apresurarse en imponer la penitencia a la muchacha, cerrar la ventanilla que le había permitido observar la desbocada hermosura que se le presentaba ante sus ojos, para, en cuanto la joven se dirigiera a rezar ante el altar, salir corriendo unos minutos para ocuparse de la necesidad que la voluptuosidad y de la joven y su confesión le había provocado. Al fin y al cabo, él también era un hombre y tenía necesidades corporales que no podía reprimir.

De este modo la Iglesia continuaba ejerciendo un poder oculto que, a veces, podía ser muy provechoso y otras, simplemente servía para imponer normas y enterarse de cuanto las jóvenes hacían en sus actos “deshonestos”.

Por suerte, todos los presbíteros no actuaban del mismo modo. Pero era evidente que una parte de ellos se regocijaba ante tales informaciones, mientras que otra, los oficiantes de mayor edad, se dedicaban a informarse de los bienes y herencias de cuantas feligresas se ofrecían a contarles confidencialmente y, siempre, con el denominador común de la seguridad del secreto de confesión.

De esta manera, Mosén Felipe Costa Guanter fue enterado de la ascendencia de la feligresa Vicenta Palacios. Él y solo él sabía la verdad de su pasado, pero aun así, le quedaban unas dudas que el buen sacerdote no

acababa de comprender. Sin embargo se sentía satisfecho al ver que Vicenta, a pesar de un oscuro pasado, lejos, muy lejos de Mora de Rubielos, participaba con interés en muchas de las liturgias que se llevaban a cabo en la parroquia.

Desde la vecina Jérica, le llegó información de sus colegas, que decía que Vicenta había sido objeto de búsqueda por parte de un señor de alta cuna, venido a menos, que mostraba demasiado interés por la joven. El párroco de Jérica, don Enrique Ibáñez, se mostró molesto cuando vio aquella insistencia por parte de un descendiente de la casa de Gamundio, de Madrigal.

En otro tiempo, quizás el clérigo le habría prestado atención en demasía pero, por suerte para ellos, las noticias volaban y el párroco sabía de buena tinta que aquel noble solo podía traerle problemas. Conocía que antaño había servido a la noble causa del Rey, pero en la actualidad, las informaciones que le llegaban eran del todo negativas. No quería ofrecer demasiada atención a las injurias que aquel forastero profirió y tampoco quería contestar a las preguntas que aquel arrogante le quería hacer. Se limitó a darle largas, aconsejándole educadamente que podía ofrecer mejor información, pensando en que él mismo quería saber algo más sobre el pasado de la joven Vicenta. Se daba cuenta de que era una joven distinta a la mayoría y esto le producía compasión. Pensó que necesitaría protección y así procedió. Sabía que el mejor método era el confesionario, sabiendo que tal y como era la joven, cumpliría gustosa estos preceptos que ordenaba la iglesia.

El padre Enrique Ibáñez había observado en Vicenta gran interés por la cultura y por la historia. Notó que era una muchacha diferente a la mayoría de las que concurrían a la parroquia. Siempre que se acordaban actos eclesiásticos extraordinarios, como lo eran las charlas católicas en las que se abordaban todo tipo de conversaciones, la joven Vicenta era una de las que se ofrecía voluntaria a colaborar en su organización. No dudaba en anotar cuantas sugerencias advertían los asistentes. Esto sorprendía y agradaba al párroco, que advirtió que Vicenta tenía experiencia en aquellas reuniones y además disfrutaba y se le veía complacida de poder ayudar a la parroquia en aquellos menesteres.

Sin embargo, don Enrique sabía que allí, en público, no podía averiguar lo que él pretendía sobre el pasado de la muchacha. Pensó que la perseverancia, la paciencia y la prudencia eran dogmas que solían dar buenos resultados y decidió esperar mejor momento. Veía complacido como la joven destacaba entre los demás y se mostraba sumisa ante su autoridad.

Únicamente se explayaba cuando él le cedía su turno, tomando la palabra con una facilidad que conducía a que los asistentes, boquiabiertos, cruzasen sus miradas advirtiéndole que aquella vecina aportaba savia nueva a la parroquia, que tanta falta le hacía. Poco a poco, la parroquia que solamente solía ser frecuentada por señoras de edad avanzada, empezó a ser concurrida también por varones y mujeres de todas las edades. Y eso lo logró Vicenta. Con su labia y con neutralidad religiosa, tratando temas humanos o sociales, supo atraer al público masculino, reacio desde siempre a tomar asiento en un banco de iglesia.

Don Enrique Ibáñez llevaba casi veinte años en aquella parroquia de Mora de Rubielos y no recordaba tal afluencia de feligreses en actos de aquella índole. Esto se supo evidentemente en las parroquias cercanas de Alcalá de la Selva, Rubielos de Mora, Sacañet y Jérica, en donde a nadie dejó la noticia indiferente.

Tanto fue así que los oficiantes fueron reunidos en el obispado de Segorbe, en donde se le dio importancia al suceso y donde el sacerdote don Enrique fue elogiado.

—Os invito a que imitéis el esfuerzo que don Enrique Ibáñez ha hecho para lograr atraer a la totalidad de feligreses a la parroquia. No olvidéis nunca que ese es el único camino cristiano y de salvación —dijo el señor obispo al resto de oficiantes.

En ese encuentro, don Enrique tuvo una cita privada con el obispo, que le encargó que averiguase todo lo que pudiera referirse a la feligresa Vicenta Palacios.

El sacerdote, ya de por sí interesado, tomó buena nota de la sugerencia de su superior y poco a poco fue alternando con la joven. Buscaba en su mente pretextos para reunirse a menudo con ella y, conociendo la claridad de ideas de la joven cuando hablaba de ello, le propuso algo:

—Tengo pensado que podríamos preparar unas jornadas dedicadas a conocer nuestra geografía e historia.

—No es mala idea. Nuestros pueblos están ligados a pesar de pertenecer a religiones diferentes —contestó Vicenta confiada.

Pocos días después, hubo una conferencia impartida por el párroco en la Casa del Pueblo. Al acabar, el público fue saliendo y fueron quedando solo las autoridades y las voluntarias que habían colaborado en prepararlo. Don Enrique pensó que era un buen momento para hablar con ella y la acompañó a la salida junto con las otras compañeras, que se quedaron a oír la

conversación.

—Perdona la curiosidad Vicenta, pero teniendo en cuenta los tiempos que corren, se nota que has estudiado. ¿No es cierto?

La joven no esperaba aquella pregunta, pero no se extrañó y contestó con la mayor naturalidad del mundo.

—Hace ya unos años, acudía con frecuencia a la escuela que se fundó en mi pueblo, que, por cierto, fue obra de un clérigo, con el cual simpaticé. Allí solía ir casi a diario si mis obligaciones me lo permitían...

—Hablas como si fueses una mujer mayor, pero... eres muy joven —dijo don Enrique.

—Sí, así es. Quizás he vivido demasiado deprisa —quedó un momento sonrojada y recordando algo que deseaba olvidar.

Además, mi padre me enseñó desde pequeña que, para poder ser algo en la vida, era necesario leer y aprender. El aprendizaje es necesario. El analfabetismo reinante es el culpable de la mayoría de las injusticias que vivimos a diario. “*Siempre serás lo que sepas*” era el lema que me enseñó mi padre.

—Pero...

—Sí. Mi padre murió hace muchos años, siendo yo muy niña, pero lo suficiente mayor para recordar sus consejos. Fue un gran hombre. Luchó siempre por ayudar a los desvalidos. Empezó siendo un humilde pastor, luego se estableció como tratante de ganado y cuando mejor parecía que le iban las cosas, alguien le apartó. Murió asesinado.

—Lo siento de veras —dijo el párroco ante la inesperada noticia.

—No se preocupe. Él me enseñó a ir siempre con la verdad por delante y con la cabeza bien alta; para ello, lo fundamental no era solo trabajar, sino aprender. Aprender de la vida y aprender de los libros.

Seguían hablando mientras caminaban; de vez en cuando paraban para escuchar, interesados lo que Vicenta les contaba.

—Al quedar huérfana de padre, en casa pasábamos estrecheces. Mis hermanas mayores hicieron pronto su vida y marcharon del hogar. Allí quedamos mi madre, mi hermano y yo. Pronto mi madre decidió que prestase mis servicios como doméstica en una casa bien.

—¿Y su hermano? —preguntó el sacerdote.

—Es el preferido de mi madre, siempre lo fue. Cosas de familia. Pero eso no fue obstáculo para que mi familia paterna me ayudase a participar en las únicas oportunidades que se me ofrecían para aprender. Así empecé a leer

con curiosidad y luego, devoraba libros, siempre de la biblioteca de la parroquia. De esta manera llegué a convencerme de la importancia de la cultura en las personas y por eso, siempre que puedo, busco la manera de enseñar a quien lo desee. Mi mayor ilusión en la vida sería acabar con el analfabetismo, culpable de la mayoría de las desigualdades entre las personas y de las injusticias que comete la gente que tiene el poder, que cree que todo lo que le rodea les pertenece, incluidas también las personas. ¡A eso no hay derecho don Enrique!

El sacerdote escuchaba atónito a aquella joven y empezaba a comprender aquella inquietud que tenía por participar en aquellas jornadas y en otros menesteres.

—Yo, en este momento me siento satisfecha al haber colaborado en que unos cuantos vecinos se hayan animado y hayan puesto interés en el tema tratado. Esta satisfacción, don Enrique, para mí vale más que los diez reales que podría haber recibido a cambio de una jornada de trabajo de sol a sol.

Las dos amigas y compañeras la escuchaban un tanto perplejas, a pesar de que ya conocían el carácter de Vicenta.

—¡Si pudiésemos lograr enseñar a la gente a que piense y decida por sí misma, sin acatar las normas y dogmas impuestas desde niños que hacen que nadie reflexione si hace lo correcto o no! ¿Usted se imagina una sociedad justa, sin imposiciones de clases sociales que dejan al individuo marcado para siempre? Así es como está planificada la sociedad; con jerarquías que se heredan de padres a hijos; con luchas por el poder, lapidando, si es necesario, hasta lograr el objetivo. ¿Merecen esas pobres personas morir o malvivir por causas que ni ellos mismos conocen? ¡No! Es injusto y esta manera de vivir precisa de que solo sean unos pocos los que sepan de letra, y que el resto permanezcan ignorantes, evitándoles los medios para que nada aprendan porque es desfavorecería y truncaría las expectativas de aquellos. Esa no es precisamente la doctrina que predicaba Jesucristo, ¿verdad? Por eso existe tanta desigualdad en España. Yo no ambiciono ningún poder, ni propiedad alguna, si no es conseguida con mis propios méritos. Yo sueño con que, poco a poco, el pueblo despierte y, pacíficamente, en vez de tomar las armas tome el lápiz y el papel; luego pueda entender las escasas enciclopedias y su arma principal sea el entendimiento, la razón, el diálogo y, con este armamento, sea capaz de crear paz en vez de guerra; que el intelecto sea capaz de crear amor y no rencillas y vejaciones.

El sacerdote la escuchaba e iba formándose ideas entorno a lo que

aquella joven le iba relatando.

—Pero Vicenta, ten en cuenta que el mundo no se puede cambiar de hoy para mañana. Siempre han existido los pobres y los ricos, las clases sociales.

—Por supuesto, ni yo pretendo que se inviertan los papeles, pero es injusta la atrocidad cometida por los que además de ser los propietarios de las tierras, también se creen los dueños del servicio y la voluntad de los pobres desgraciados que viven en sus posesiones.

¿Cree usted que es justo o lógico que todavía en España, a las puertas del siglo XX, se nombren derechos feudales, como hace siglos?

Don Enrique no sabía que contestar. La joven entendía que era una persona mayor, educada a la antigua usanza y no pretendía abusar de su comprensión. Le estaba suficientemente agradecida porque contaba con ella y de alguna manera, el cura dedicaba parte de su tiempo a instruir a su feligresía, con lo cual, a ella le bastaba. Don Enrique solo pretendía saber de su preparación, que consideraba avanzada, dadas las circunstancias nada favorables que ya conocía de la joven y que ella había ratificado.

Antes de despedirse, cambiaron de conversación haciendo alusión a la próxima reunión que dedicarían a hablar de la historia de la zona.

II



Vicenta y Manuel se habían conocido hacía poco tiempo. El joven vivía acomodado en Alcalá de la Selva dedicado a la agricultura y, siendo como era hijo único, era el encargado del duro trabajo de los campos de sus padres. Poseían ganado que pastaba habitualmente en los alrededores de la vivienda, situada a las afueras del pueblo en dirección sur, que era la parte que quedaba protegida del frío invierno y del cruel viento del norte que, durante seis meses, azotaba aquellas latitudes.

Cuando la nieve impedía la salida de los animales en busca de los verdes pastos, el espacioso corral albergaba sobradamente a todo el rebaño. Durante el verano, solían llenar de paja el cobertizo hasta el máximo como provisión para los larguísimos inviernos que deparaba aquel clima.

Poseían Manuel y su familia, dos mulas tordas recias, que eran las encargadas de remover aquellos barbechos blanqueados por las nieves del anticipado invierno. Solían sembrar centeno, avena, trigo y cebada. Si la primavera era benigna y llovía lo suficiente, llegado el verano los labriegos se afanaban en segar, trillar y ensacar el cereal y los pueblos gozaban de una actividad creciente durante el estío.

Solían reunirse los productores de cereal en la cercana Jérica, lugar que, entonces, era cabeza de partido y a donde solían acudir la mayoría de los compradores. Sin duda, la comunicación entre Valencia y Teruel tenía allí un punto de inflexión que hacía propicio al viandante hacer alto en la jornada y descansar en algunas de sus posadas u hostales.

En el verano Jérica era un hervidero de gente. Allí acudían los días de mercado numerosos tratantes y la mayoría salía beneficiado. Hasta allí llegó Justina cuando marchó de Sarrión después de su encuentro con don Gaspar Gamundio. Estaba decidida y creyó que su perseguidor por fin la dejaría en paz. Y no se equivocó.

Al llegar a Jérica solo ella sabía de su estado, pues el cansancio y la delgadez de su persona era tal que solo inspiraba lastima y compasión. Pero supo ser valiente y no cesó en su empeño. Había caminado un día entero en pleno invierno. Sus pies estaban tumefactos; solo su juventud pudo resistir aquel trayecto.

Al anochecer de aquel día, cuando ni si quiera sabía qué población encontraría al cruzar aquellas montañas, vio que se aproximaba a ella, en la misma dirección, una carreta tirada por dos mulillas. Ella, tan absorta estaba, que no fue capaz de volver la vista atrás ni saber de qué se trataba. Seguía caminando, hambrienta, fría y desolada por los recientes acontecimientos. Lo que más le penaba era el no haberse despedido de sus protectores durante la semana que permaneció en la casa de postas cerca de Sarrión. No olvidaba el cobijo que recibió de aquella casa y, sin duda, les daría explicación del motivo de su marcha en cuanto pudiese.

Apenas llevaba dinero, pero no le importaba. Creía mucho más fuerte su ideal y su lucha por la vida que aquellas monedas acuñadas con la efigie del monarca de turno; ni si quiera le interesaba su verdadero valor. Pero lo sabía necesario e imprescindible para subsistir. Tan acostumbrada estaba a no poseer monedas que ahora que las necesitaba, apenas se había apercebido.

Cuando oscureció sintió muy cerca aquel vehículo que se iba acercando tras de sí y, tanto era el miedo y las amenazas recibidas, que instintivamente se desvió repentinamente del abrupto camino que ahora presentaba varios centímetros de nieve cuajada, por miedo a ser reconocida.

Probablemente el carretero se habría limitado a saludarla y a invitarla a subir hasta Jérica, pero en vista de aquella escena, el hombre frenó el carro y fue en busca de la joven que había corrido a pocos metros del camino y que se escondió creyéndose a salvo.

Ramón, que así se llamaba el hombre, se acercó hasta la joven que apenas pudo distinguir en la oscuridad.

—¡No me toque, no me toque! —dijo Justina antes de perder la conciencia.

—Yo no le voy a hacer daño señorita, no se preocupe.

Ramón llegó hasta ella y vio que era una joven y que se había desvanecido. El buen hombre no dudó en cogerla en brazos y, preocupado, la colocó lo mejor que pudo en su carreta.

—No se preocupe señorita, todo irá bien.

Pero la joven apenas respondía con leves movimientos de labios que no

lograban articular palabra. Sus sienes ofrecían un anormal color rojizo debido al frío. Ramón le puso la mano en la frente, le tomó el pulso e intentó reanimarla pero Justina no reaccionaba. Vio que su ropa permanecía fría y casi congelada; al fijarse en los pies, los botines tenían tal cantidad de barro y humedad que no quiso perder el tiempo y prefirió llegar lo antes posible al pueblo para auxiliarla.

—¡Dios mío, qué desgracia! ¡Pobre joven! Espero llegar a tiempo. Está empapada; su aspecto demacrado no me gusta. Si hay Dios, ¡sálvela! ¡Sálvela, por favor! —se decía.

Ramón venía de Viver de descargar varios sacos de almendras y volvía a casa con los fardos vacíos y unos cueros de vino y aceite que le servirían para ganarse unas monedas cuando lo vendiese poco a poco en Jérica. Aquella carga de cuero y sacos de cáñamo servían de apoyo a la joven Justina, que no volvía en sí.

Al llegar al pueblo, Ramón fue directamente a casa del boticario. Allí, este se encargó de acomodar a la joven en una cama limpia y de cambiarla de ropa. Sin duda, el calor que desprendía el fuego de la chimenea reviviría a un muerto.

—Tiene muy mal aspecto —dijo Remigio, el boticario.

Con agua caliente ordenó a su esposa que lavara a Justina que seguía inconsciente mientras Ramón les contaba las circunstancias de lo ocurrido de su encuentro con la joven.

—Si necesita cualquier cosa... —dijo Ramón al marchar.

—No te preocupes Ramón; si hay cielo, con seguridad tu tendrás un lugar en él.

Ramón era un hombre soltero que rondaba los sesenta años. Vivía solo y su dedicación era el transporte de productos entre diferentes pueblos de la comarca. Era considerado un buen hombre, incapaz de hacer mal a una hormiga.

Remigio quedó preocupado al ver las piernas y los pies de aquella joven.

—Tienen muy mal aspecto —le dijo a Pilar, su esposa. Voy a intentar reblandecer esos pies. Esta muchacha lleva muchas horas en contacto con la nieve y la escarcha.

El boticario, con cautela aplicó unos emplastos domésticos que solían hacer efecto. Poco a poco, la joven fue volviendo en sí, pero al momento quedó dormida. A media noche, Remigio escuchó a Justina que deliraba.

—¡No, no, márchese! —decía ella.

Él se limitaba a escuchar y esperar a que volviera en sí.

—Nunca, nunca, ¿me oye? ¡Nunca! —volvía a articular.

—Esta chica está, además de cansada, muerta de miedo —pensaba Remigio.

Al amanecer, Pilar fue a la cama de la joven y notó que su aspecto había mejorado sensiblemente. Permanecía dormida pero aun así le habló.

—Pobrecita, ¿tienes hambre?

Y notó que, por un momento, la joven abrió los ojos y la miró fijamente.

—¡Remigio, ven! La joven ha despertado.

Prepararon leche con miel, muy caliente, y con una cuchara intentaron que la joven tomase el alimento. Al notar entrar el calor en su cuerpo reaccionó y movió un brazo hacia su estómago, recreándose con su mano allí.

—¿Le duele el estómago? —dijo ingenuamente Pilar.

Remigio observaba su tez.

—Debes comer —le dijo.

La joven, con la otra mano tomó la del boticario para darle las gracias. Este notó cierta esperanza en la recuperación de la joven. Recompusieron la cama elevando el cuerpo para poder alimentarla. Poco a poco la joven tomaba alimento.

A lo largo del día Justina empezó a quejarse de los pies que eran los únicos miembros inertes.

—No te preocupes, te pondrás bien —le decía don Remigio.

Pero este estaba preocupado por aquel entumecimiento que presentaban los pies de la joven. Los colocó en alto durante unas horas y logró un efecto inmediato. Al poco rato, después de tomar alimento y una pócima que él mismo había preparado, Justina dejó de quejarse y, poco a poco, fue moviendo aquellos pies que tan larga y penosa caminata habían hecho. La joven no cesaba de dar las gracias y de preguntar dónde estaba y quiénes eran ellos.

Poco a poco fue aclarando sus ideas y fue consciente de que, gracias a un humilde carretero, estaba a salvo ya que, poco después de aquel encuentro, había vuelto a nevar y ahora el suelo acumulaba más de medio metro de nieve.

—No sé cómo podré pagaros —decía de vez en cuando.

Pero Remigio era una persona que se desvivía en su profesión y estaba satisfecho de haber salvado la vida a aquella joven.

—Me llamo Vicenta. Vicenta Palacios —dijo al fin Justina, creyendo

oportuno esconder su verdadero nombre. Allí nadie la conocía y así sería llamada mientras permaneciese en aquel lugar, evitando dar pistas a su infame perseguidor.

Pilar y Remigio eran un matrimonio de edad madura. Habían tenido una niña que murió a los dos años y varios abortos que hicieron desistir al matrimonio de buscar familia. De esto hacía muchos años. Pilar pensaba para ella —nuestra hija tendría ahora la edad de Vicenta.

Aquella joven hacía revivir al matrimonio escenas imaginadas que nunca llegaron a producirse. Pilar llegó a tenerle compasión y la cuidaba durante la convalecencia como si de una hija se tratase.

—Remigio, el señor nos ha devuelto a la hija que perdimos —le decía a su marido.

Este, resignado callaba, entendiendo sobradamente los sentimientos de su mujer.

Vicenta contó gran parte de su pasado a aquel matrimonio, exceptuando la última etapa ocurrida en casa de don Gaspar Gamundio Ramírez de Haro. Llegaría el tiempo que se sabría la verdad, pero ahora le preocupaba tener un hogar y pensar en los acontecimientos que no tardaría en mostrar su persona. Estaba embarazada de tres meses y todavía no daba muestras de su estado.

—Estoy a tiempo de decidir. De momento estas personas me están encubriendo, pero mi conciencia me impide ocultarles la verdad, siendo como son, tan generosos conmigo —pensaba en silencio.

Todavía no podía levantarse de la cama debido a las úlceras que presentaban sus dolidos pies, pero su protector le había dado esperanzas en su recuperación. Solo unos pocos íntimos conocían la presencia de la joven en casa del boticario.

Cuando habían pasado unos pocos días, Vicenta pudo abandonar el lecho, y lo hizo con los pies vendados y notando un gran alivio al poder hacer de nuevo vida normal.

—Por favor, Pilar, dígame en que pueblo nos encontramos. Me siento como una extraña y yo soy una persona que me gusta informarme. Siempre me gustó leer.

—Me alegro de ello Vicenta. Estamos en Jérica. Nuestro acento y costumbres son similares al de los pueblos del cercano Aragón, aunque este pertenece ya a Castellón y, por tanto, al reino de Valencia; pero que conste que poseemos un pasado con mucha historia.

—Pues entonces ha encontrado usted a una alumna. Me encanta conocer

el pasado de nuestro país, porque el presente... —quedó un momento callada, pero desechó esos pensamientos y se alegró al saber que Pilar era una persona culta y predispuesta a contar sobre el pasado. Se notaba que de joven había aprendido.

—No te extrañe, pequeña, —le llamó cariñosamente—. De niña estudié internada en el Real Monasterio de los Jesuitas en Caudiel —y señaló con el índice en dirección oeste mostrando su ubicación—. Yo nací en el vecino Caudiel y mis padres y mi devoción a punto estuvieron de lograr que me convirtiese en monja de clausura. Pero nada tengo que reprocharles. Yo amaba el estudio y allí lo encontré; sin embargo, con el paso del tiempo, al convertirme en una mujer, el destino me presentó cierto día a Remigio y él hizo que olvidase aquellos claustros y conociera el amor. Ese amor lo preferí al del convento. Comunicué a mi superiora mi deseo de volver al mundo y ningún obstáculo puso al respecto. No estoy arrepentida de haber estudiado en aquel lugar. Allí me formé moral y culturalmente y me enseñé casi todo lo que actualmente guardo aquí —y se tocaba con el dedo índice la cabeza. He tenido tiempo para todo en esta vida y me siento realizada de poder ayudar a mi marido en su profesión. En el pueblo tuvimos un doctor pero los desbarajustes de las guerras se lo llevaron y nadie más ha venido a sustituirle.

—Me alegra escucharla —dijo la joven—. Yo opino igual que usted. La Iglesia me ha servido para instruirme y también tuve la suerte de coincidir con clérigos que tuvieron debilidad por los más humildes y no dudaron en prestarles cuanta atención necesitaron para que saliesen de aquella incultura. Hubo uno que creó la escuela para que nadie quedara excluido de aquella enseñanza, teniendo la edad que fuera. Allí todos éramos iguales y quien más sabía se encargaba de que los más ignorantes despertaran de aquel letargo en que habían vivido generación tras generación.

Pilar se dirigió hacia un armario de pared y buscando entre libros al final sacó un tomo que le mostró a la joven.

—En él se habla de la historia de Jérica. Y leyó:

“Las primeras referencias al núcleo actual de Jérica datan desde la dominación musulmana, siendo incluida en la Taifa de Valencia después de la desaparición del Conflicto de Córdoba (1027). Pocos años después fue conquistada por el Cid, y de ello puede dar constancia el ostentoso campanario, cuya torre data de entonces, además de unas cuantas paredes amuralladas en la parte más antigua de lo que queda aún de aquel castillo.

Años después, hacia 1235 fue conquistada por tropas cristianas al

mando de Guillem de Montgriu, catalán gerundense, aunque no logró expulsar a toda la población musulmana.

No tardaron muchos años para que se produjese el otorgamiento de Carta Puebla (1249) para poblar los lugares de Jérica y Caudiel (añadió Pilar queriendo anteponer a su pueblo natal). El despoblamiento era evidente y el famoso rey Jaime I, el Conquistador, ya dueño de muchas villas cercanas, donó a Jérica y sus alrededores en 1255 a doña Teresa Gil de Vidaure y, dos años más tarde la Villa de Alcublas, en la provincia de Valencia”.

Vicenta escuchaba con atención aquellos relatos. La mujer continuaba:

—“El 29 de Noviembre del mismo año, el rey Jaime I otorgó en Calatayud (Zaragoza) el privilegio para que el camino Real que baja de Aragón a Valencia pasase por Jérica, abandonando así una antigua vía que estaba muy alejada de la población.

Los reales privilegios se sucedían y el Rey concedió otro en 1261 en el que se amplió el término del Castillo y Villa de Jérica.

Siendo mayor, en 1272, Jaime I hizo donación en testamento a su hijo Jaime II del Castillo y Villa de Jérica. Este subió al trono en 1284 y dos años después, el rey Alfonso confirmó el privilegio de franqueza de la Villa. De nuevo pasó el privilegio de padre a hijo y siendo señor de la Villa Jaime III de Jérica y por provisión del rey Alfonso IV de Aragón se ordenó la fortificación de la villa por medio de la muralla, puesto que ya existía anteriormente.

Años después —se saltaba la buena señora algunos párrafos para no cansar a la joven— en 1369 murió Juan Alfonso de Jérica, ultimo señor de la villa y con él se extinguió la casa de Jérica al no tener descendencia. Fue devuelta entonces a Pedro IV el ceremonioso como bien real. El Rey decidió en 1372 hacer condado y dar investidura de él al infante don Martín, un feudo y bajo pacto de volver a la Corona al casar este con María de Luna, señora de Segorbe”.

La joven la interrumpió por un momento:

—Y, ¿qué le parece a usted que los dominios fuesen pasando de señor en señor, según sus voluntades, sin contar con la opinión de las pobres gentes que allí habitaban?

—Eran épocas feudales, lejanas... —dijo la mujer.

—De acuerdo, pero así ha perpetuado casi hasta nuestros días. No era justo. Apenas menciona la historia hechos u opiniones de gente del pueblo.

Supongo que algo tendrían que decir. Pero siga, la historia está escrita y no la podemos negar.

Doña Pilar vio que tenía enfrente una joven con personalidad. No era una muchacha cualquiera. Sabía lo que decía.

—“En 1417, siendo rey Alfonso V, la donó en señorío a su hermano, el infante don Juan. Y este, a los pocos años lo vendió de manera ilegal a Francisco Zarzuela. Estos fueron años de gran descontento para la población que estaba soportando un gobierno tirano por parte de una familia que nada tenía que ver con ellos.

Así continuaron las cosas hasta que en 1479 las conversaciones de los jericanos con el rey Fernando el Católico dieron sus frutos y la villa fue de nuevo incorporada a la Corona”

—Esto ya está mejor. Aquí la historia hace mención a la voluntad del pueblo —dijo Pilar, enterada de la manera de pensar de su protegida.

—Claro —dijo ella.

—“Con el tiempo fue heredado por su nieto Carlos I, el cual lo donó al Duque de Calabria y este tras su muerte lo donó a los Monjes del Real Monasterio de San Miguel de los Reyes de Valencia. Esto provocó un litigio entre los gobernadores de la villa, y el entonces emperador Carlos I, al que se le solicitó nueva incorporación al dominio real. Así, durante el gobierno de Felipe I en 1564, Jérica ya era plenamente de dominio real, y al año siguiente abandonó el Fuero de Aragón mediante el cual habían sido pobladas y adoptó el de Valencia, ostentando desde entonces escudo propio”.

—Y no habiendo perdido tampoco el habla y el acento maño que perdura en nuestros días —añadió la locutora.

La joven ahora permanecía escuchando la opinión de Pilar, que le regalaba desinteresadamente toda aquella información. Aquella seguía leyendo:

—“Terminada la Guerra de Sucesión, el rey Felipe V, para premiar los servicios del duque de Berwick, vencedor en Almansa, creó el ducado de Liria y Jérica y se lo concedió. El primer duque Jacobo Fitz Stuart, era hijo de Jacobo II, rey de Inglaterra, quien le había nombrado duque de Berwick y virrey de Irlanda. Fue mariscal de Francia y capitán general de España durante la Guerra de Sucesión. El tercer duque de Liria y Jérica llamado como su abuelo, casó con M^o Teresa de Silva y Palafox Álvarez de Toledo, duquesa de Alba. A partir de ese momento, el título de duque pasa a manos

de la Casa de Alba”.

—Cuando puedas pasear te acompañaré y observarás el lugar elegido para la construcción del pueblo. Estamos enclavados en un cerro a una legua larga del poniente de Navajas en una posición alta y destemplada.

—Ya, comprendo. Ello proporciona los vientos tan gélidos que he tenido que soportar antes de llegar al pueblo. Las cuestas son interminables y todo ello favorece la aparición de nieves —dijo la joven.

—*“En lo alto del Cerro se eleva un castillo (respetable en otros tiempos por su posición estratégica). El río Palancia pasa profundo dejando a la población a su izquierda. En el pueblo habitamos casi 900 familias y la mayoría sobreviven de cultivos de regadío (cerezos, manzanos) y de secano (trigo, moreras, olivos)”.*

El terreno es algo desigual, como habrás observado —la joven mostró una leve sonrisa al oírla— *pero los pacientes labriegos aprovechan tanto una parte como la otra de la vega del río, de mayor riqueza, formando de esta manera unas propiedades que a nadie más que a ellos les pertenecen.*

Tenemos dos grandes plazas, la mayor llamada del Olmo, que alberga el mercado semanal y la feria anual, encontrándose en uno de sus recónditos lados una fuente de mármol negro labrado con columnas de blanco; y la otra de la Iglesia. Existen otras tres plazoletas llamadas del Loreto, Tiendas y Carnicerías.

En el centro de la calle del Arrabal tenemos una escuela nocturna de adultos. En la misma calle hay un hospital para el asilo de pobres y enfermos.

—Esto es interesante. ¿Acude mucha gente a la escuela nocturna?

—Desde luego; niños, mayores, gente de todo tipo, financiado por las arcas municipales. Además, a pocos metros existe otra con idénticos fines para mujeres.

—Claro —pensó Justina.

—Hay varias iglesias, pero yo tengo especial devoción a la de Santa Águeda. Allí nos casamos Remigio y yo. Es la mayor y cuenta con numerosas reliquias. Existen dos conventos de clausura, el de los Agustinos Descalzos, bajo la invocación de Nuestra Señora del Socorro, y otro que pertenece a la Orden de los Capuchinos. Tenemos además cuatro ermitas: la ermita del Loreto, la del Santísimo Cristo de la Sangre, la de San Roque y la de Santa Lucía. Pero es una lástima que, durante las últimas guerras, que tanto daño hicieron en estas tierras, se destruyese el castillo y sus murallas,

que sirvieron de refugio y defensa de carlistas y que, tras su conquista, derribaron los liberales.

—Esperemos que con el tiempo alguien emprenda la labor de recuperación de monumentos —dijo Vicenta.

—La verdad es que la Torre de la iglesia es tan alta que es visible desde leguas, impedida a veces su vista por los cercanos montes que nos rodean.

Pilar cerró por fin el libro y Vicenta atesoró en su mente cuanto ella le relató.

III



A las pocas jornadas, las úlceras de los pies de Justina habían desaparecido y caminaba sin problema alguno.

—Ha llegado la hora de contar la verdad —se decía a menudo la joven—.

No podía ocultarlo por más tiempo, porque en cualquier momento le preguntarían por su lugar de origen y el motivo de aquella larga caminata en plena nevada, cuando nadie osaba salir de sus casas. Pero cada vez que se decidía a hablar, algo lo impedía y lo deponía para otro momento.

Las dos mujeres congeniaban y pronto conoció nuestra joven todos los sitios mencionados en aquel grueso tomo en el que Pilar había leído.

Quiso integrarse Vicenta en aquel lugar, creyéndose segura allí y, de nuevo, visitó la escuela de adultos regentada por varios vecinos. En la de mujeres fue muy bien recibida, pero se extrañaba que existiese todavía aquella separación por sexos. Continuaba siendo un tema tabú y prefirió quedarse con su opinión.

Visitó también la de hombres y acudía igualmente donde podía ser útil a sus educadores y educandos. Allí fue donde conoció a Manuel Arteaga, que se desplazaba desde su pueblo natal y permanecía allí varias temporadas al año, en casa de unos parientes. Manuel y Vicenta congeniaron muy bien gracias al interés que tenía el joven y a la delicadeza con que ella impartía su educación.

Ella aún tenía presente aquella especie de amor mezclado con amistad que había surgido entre ella y Manuel y no quería volver a atravesar una etapa que volviese a destrozar su vida. Además estaba embarazada y nadie lo sabía.

La relación entre ambos crecía y les gustaba quedarse a solas después de las clases habituales. Ella había meditado muy bien y no quería unirse a un

hombre engañándolo y haciéndolo participe de una paternidad que nada le incumbía. No quería seguir los pasos de su madre, Anunciada. Sentía odio y malestar al recordar que aquella amaba más al hijo bastardo que al legítimo, que solo era ella. No llegaba a comprenderlo y mucho menos le podría perdonar nunca que se hubiera desprendido de ella y la hubiera dejado en las mismas manos por las que ella había pasado. Y lo que más le dolió fue el enterarse de que fuera capaz de hacer firmar a aquel “señorito” un contrato para cobrar dinero en el más que probable caso de que ella fuese violada. ¡No podía perdonarlo! La culpa de todo era de su madre. Solo ella y don Gaspar eran los culpables de su desdicha. Nada quería saber ni de su madre ni de aquel poderoso de Castilla.

Un día, estando a solas las dos mujeres, por fin Vicenta contó toda la verdad a Pilar en secreto. Prefería hacerlo así a ir a confesar faltas al confesionario, aunque no la culparan de nada, para evitar que corriese la voz de parroquia en parroquia, aunque en secreto y pudiera llegar a oídos de su madre o del señor al que repudiaba.

—Pobrecita hija mía, cuanto has padecido —la consolaba Pilar.

—Yo no soy persona amante de lamentaciones, prefiero solución pero no la encuentro. Hay un joven interesado por mí, pero nada sabe de mi estado.

—¿Tú le quieres?

—Sí, pero el tiempo lo dirá. Somos jóvenes.

La mujer no tardó en informarse de la familia y parientes de Manuel Arteaga.

—¿Crees que no te querrá si le cuentas toda la verdad?

—No lo sé, Pilar, no lo sé. Yo quiero a mi hijo.

—Te comprendo. Eres joven y te sentirás ligada a él para siempre y, si te unes a un hombre...

Vicenta no pudo evitar las lágrimas. Pilar tenía razón. No sabía qué hacer, ¿tener a su hijo a escondidas? ¿Contar la verdad?

—Manuel es hijo único y debe establecerse en Alcalá de la Selva. Tiene allí su vida, sus padres, su vivienda y yo solo soy una desgraciada.

—No hables así. ¡Tú vales mucho! Voy aconsejarte y luego decides, ¿de acuerdo? Puedes tener a tu hijo. Te podemos asistir nosotros y si te parece podemos buscar una buena familia en donde nada le faltará.

Vicenta lloraba.

—Si lo deseas, podrás visitarle cuando quieras.

—Deje que lo medite. Esto es un sentimiento, una vida, y mis ideales se oponen a cualquier locura.

—Entonces no tengas prisa. Entretanto, te cuidaremos y haremos según tu voluntad. ¿Te parece?

Ella asentía levemente sollozando.



Durante este periodo Vicenta fue enterada de las conferencias que se preparaban en el vecino Mora de Rubielos y hasta allí iba para prestar su ayuda e intentar evadirse de sus pensamientos. Fue recomendada por unos amigos de don Remigio y doña Pilar, devotos habituales en aquella feligresía, en donde pronto hizo grandes amistades, incluidas la de don Enrique Ibáñez, su párroco, hombre maduro y experto en tratar a sus creyentes. La llegada de la joven trajo aires nuevos que hicieron que se llenase el edificio de gran parte del pueblo que quería ver algo más que rezos de rosarios y novenas.

De esta manera, informada como estaba de la historia que le contó Pilar sobre el pasado de Jérica, continuó la joven absorbiendo más lectura y mayores detalles que supieron a gloria cuando le fue posible exponerlos en aquellas conferencias que le había sugerido el bueno de don Enrique. Pasaba el tiempo y a pesar de que nuestra joven procuraba inmiscuirse en aquel tipo de tareas que le hiciesen olvidar su estado, era cierto que su cuerpo empezaba a mostrar señales de su situación.

Vicenta había aumentado de peso, lo que todos atribuían al cambio de vida sedentario en casa del señor boticario; incluso ella estaba convencida de que así era, pero necesitaba mucha sujeción en su vientre para que nadie sospechase la realidad.

—Así no puedo seguir —se decía. Voy a provocar daños a mi hijo si le sigo presionando.

La gran confianza que le ofreció desde el principio el matrimonio de Jérica allanó el camino a que tomase una firme decisión.

Quedó la joven impresionada cuando contempló de cerca la iglesia principal de Santa Águeda. Un sacristán le enseñó la iglesia colegiata, explicándole la dependencia que le debían las cuatro ermitas del municipio y, en especial, la de Santa Lucía. Esta fue visitada por la joven y vio que estaba regentada por algunas devotas voluntarias que permanecían allí durante años.

Dentro de su jurisdicción poseían algunos pedios de tierra junto a dicha ermita, separada considerablemente del pueblo. Allí tenían sus aposentos y, antaño, había sido dedicado a la conversión en monjas de clausura, pero la falta de fe, le habían comentado ellas, había dado lugar a su actual estado.

Entonces la joven tuvo una fugaz idea: proponerles su ayuda a aquellas personas y contribuir cuanto pudiese a la restauración del interior de aquellas estancias, que pedían a gritos mucha mano de obra. Meditó su idea y la comentó a sus protectores, añadiendo que pretendía pasar allí unos meses, en los que daría a luz a su hijo.

Así lo hizo. A los pocos días la joven concretó, primero con el canónigo de Santa Águeda y, luego, con las responsables del antiguo convento de Santa Lucía y quedó instalada en aquel recinto, cerrado al público y al mundo, pues todo su perímetro estaba amurallado por una pared de piedra suficientemente alta para esconder lo que allí dentro ocurría.

Vicenta recibía visitas de doña Pilar que se desvivía por la joven y la enteraba de lo que en el pueblo sucedía. Un día recibió la visita de don Enrique Ibáñez que, tras los saludos previos, indicó a la joven que le siguiese.

Concedor de la ermita, don Enrique y Vicenta quedaron solos en una espaciosa habitación. La joven no esperaba la visita y se mostraba con cautela.

—¿Qué ocurre don Enrique?

—Hace unos días he tenido conocimiento desde Madrigal de las Cumbres, mediante alto secreto, que una tal Anunciada Santos Iniesta, tiene gran interés en encontrar a una joven que, por las señas referidas, perfectamente puedas ser tú. Ignoro el interés de dicha señora por conocer explícitamente el estado de su hija Justina. Parece ser que el móvil de la búsqueda es solamente lucrativo. Con gran secreto —y entonces bajó el tono de su voz y se acercó más a la joven— ya que si se difamase sería motivo suficiente para mi expulsión--, parece ser que tal señora pretende justificar el estado de buena esperanza de su hija, pues de ser ciertas sus premisas, la señora sería perceptora de una cantidad importante de parte de un noble de aquella tierra.

—No siga don Enrique —dijo ella resueltamente. Anunciada es mi madre. Yo soy Justina —el sacerdote hizo la señal de la cruz sobre su cara y su semblante palideció—. Soy su hija y estoy embarazada.

—Pero...

—Sí, don Enrique. La hija de Anunciada soy yo. Estoy embarazada de

casi seis meses. El causante de mi deshonra es un noble del lugar que usted menciona. Mi verdadero nombre es Justina Quiñones Santos. Estuve, obligada por mi madre, sirviendo en casa de ese tal noble, que quiero olvidar. Fui tratada muy bien por todos menos por el señor de la casa, que no pudo resistir la tentación y se lanzó sobre mí una noche que nadie le esperaba. Yo no podía gritar, pues de nada me hubiese valido y el cínico me violó y gozó mi cuerpo como si jamás hubiese tenido hembra alguna en sus brazos. ¡Canalla! Se aprovechó de mí, de mi ingenuidad, y lo peor es que trató de culpar a los jóvenes de aquella casa tan señorial, incluido su hijo, al que por cierto, le tengo gran estima. La historia es larga. La familia, cuyos nombres odio y no deseo repetir, ya se vio culpable del embarazo de mi madre en la juventud de don...

—¿Gaspar? —dijo el cura.

—Sí, de don Gaspar.

—Entonces tú eres hija...

—No. Yo soy hija de Ignacio Quiñones Esteve, el segundo marido de mi madre. Es la persona que más me ha querido en este mundo.

El hijo bastardo de mi madre es...

—Hugo —dijo don Enrique, que parecía enterado de todo, pero esperaba la confesión de la muchacha.

—Pero el bribón la reclamó pasados años, cuando mi madre había enviudado de nuevo. Todos esperábamos que reconociese a Hugo como su hijo, o sea mi hermano. Pero no. En vez de eso, el muy cínico, sugirió que fuese yo quien quedara a vivir con ellos.

—Y aceptasteis.

—Sí, aceptamos. La vida en nuestra casa era precaria. Yo creí que en aquel lugar encontraría una vía fácil para seguir aprendiendo. Y así fue. Todo marchaba bien. Hasta que me manchó con su sangre azul —dijo la joven con odio—. Me persiguió cuando marché de su casa.

—Pero, si te fuiste por tu propia voluntad —dijo don Enrique.

—No le guiaba su conciencia ni su corazón.

—¿Entonces?

—El motivo era un legajo que mi madre le hizo firmar ante el párroco de Blasconuño de la Sierra, en el que el señor se vería obligado a resarcir cantidad importante, no recuerdo cuanto, si mi honra salía manchada durante mi estancia en su morada.

—Ya, comprendo.

—La usurera de mi madre, castigada demasiado por la vida, sin duda ha amenazado a su antiguo infractor para que pague por sus hechos y, además, sea difamado por el contorno. Pero ella necesita saber si quedé embarazada y él intenta hacerme desaparecer, o a mi o a la criatura.

El humilde sacerdote la abrazó cuando vio que las lágrimas caían por sus mejillas.

—No te preocupes Vicenta, por mi parte nadie sabrá de lo que acabamos de hablar.

—¿Puedo confiar en su palabra? —dijo ella.

—Nunca he hablado más en serio. Recuerda que tengo a mi alcance el secreto de confesión. Y ¿Qué piensas hacer Vicenta?

—He venido aquí para que nadie de aquella maldita gente me encuentre. Usted conoce mi carácter y prefiero mi honor a todo el dinero de aquel usurero.

Don Enrique esperaba más.

—Si me permites...

—Claro —dijo ella.

—Te aconsejo que des a luz a tu bebé. Aquí nadie te molestará. Lo más oportuno sería dejarlo al cuidado de las monjas clarisas, o bien darlo en adopción, para lo cual confía en mi desinteresada ayuda. Sé que es un paso difícil, pero a cambio podrás empezar una nueva vida.

Justina se puso a llorar. No podía. No quería abandonar a su hijo, pero pensaba que el poder le perseguiría a ella y a su bebe y quizás lo que el sacerdote decía era lo más adecuado.

—Medítalo. Con el pretexto de la ampliación del aula para la escuela te visitaré y te prestaré toda la ayuda que necesites.

Marchó el sacerdote sin que nadie le preguntara nada, como era norma en aquel lugar.

A sus compañeros de Castilla, que deseaban encontrar con tanto ahínco a Justina, nada contó sobre su paradero.

Pasó muy deprisa el tiempo y, con la llegada del esperado verano, cierto día empezó a sentirse mal nuestra joven. Tenía meditado el desenlace de aquel embarazo de sangre azul que no había deseado. Por fin se hizo firme y su decisión la ayudó a llegar al fin del embarazo. Quería desvincularse de una vez de aquellos caciques de Castilla. No quería ser la madre de un hijo de aquella estirpe. Para llegar a esta decisión tuvo que resistir y convencer su instinto de madre. Ella deseaba lo mejor para su hijo y haría lo imposible para

que este llegara sano al mundo. La criatura nada debía saber de su pasado; sería así un ser libre. Confiaba en aquel clérigo que amaba la cultura más que los sermones eclesiásticos. Él le había prometido que podía buscarle una buena familia y que, sin duda, sería beneficiaria de la alegría que su bebe les aportaría.

Al final del verano Justina dio a luz a una preciosa niña. La hermana Sor Ángeles sería la encargada de su cuidado. Pero la madre necesitaba acariciar a su recién nacida.

—Déjenme a solas con mi hija por favor —les dijo.

La madre quería amamantar, al menos por una vez, a la hija de sus entrañas. Necesitaba conocer aquella sensación. Se había hecho de noche y la joven madre meció en sus brazos a su hijita. Supo lo que era ser madre. Tenía a la pequeña apretadita contra su pecho cuando, con su manita, cogió la cadenita de oro que llevaba su madre en el cuello, recuerdo de la familia de su padre desde niña. Vicenta se quedó mirando fijamente el candil que iluminaba la estancia y tuvo una idea. Besó a su hija y tras dejarla sobre el lecho fue hacia la llama diciendo:

—¡Perdóname! ¡Perdóname, cariño!

Desabrochó la cadena de su cuello y acercó la medallita a la llama del candil. Cuando estuvo caliente se vio obligada a dejarla caer, pero cogiéndola de nuevo por un extremo con la tela de su vestido, la volvió a acercar a la llama hasta que la creyó lo bastante caliente. Se dirigió hacia su hija que, inquieta, se removía en el improvisado lecho. Colocó en el centro de su pecho aquel metal redondo de oro y bastó un momento para que la pequeña quedase marcada para siempre. Entonces empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Siempre podré reconocerte! ¡Perdóname! ¡Adiós! —dijo.

Llamó enseguida a Sor Ángeles que, al escuchar el llanto de la pequeña, iba en su búsqueda. La madre envolvió el cuerpecito de su hija y la besó sin cesar hasta que la religiosa se la cogió. Cayó de rodillas sollozando y a lo largo del pasillo, vio como desaparecía su hija, para siempre.

IV



A los pocos días, una vez recuperada Vicenta del parto, volvió a la casa del boticario. De nuevo hacía vida normal acudiendo a la escuela de adultos de Jérica y entablando conversación con jóvenes de su edad. Ahora empezaría el noviazgo con Manuel, que había pasado el verano muy atareado con la siega y el trillado del cereal.

Las fiestas de Mora de Rubielos, cercanas al otoño, sirvieron a los dos jóvenes para formalizar la relación. Por fin se creía una mujer libre. Nada tenía que ocultar. Pero su conciencia obligó a contar, aunque a medias, la verdad de lo ocurrido.

Manuel supo que Vicenta había sido violada y ese fue el motivo de marchar a Sarrión y refugiarse en casa del boticario de Jérica. Manuel aceptó su pasado y ello sirvió para que la amase más. Vicenta era una joven morena, que presumía de su largo cabello que solía recogerse en la mayoría de ocasiones y que gozaba ahora de mostrar a su novio. Este rebosaba de felicidad al saberse querido por una buena moza a la que la vida había tratado tan mal. Él sería ahora el encargado de hacerla feliz.

Manuel era un joven trabajador y honesto. Vestía blusa como la mayoría de labriegos, faja negra morellana y boina, como era costumbre en la época. Bajo ella, un abundante cabello enmarcaba su rostro dorado por el sol, a excepción de la franja de piel blanquecina que, en la frente, quedaba protegida bajo la tela.

Él era alto y recio, Vicenta era de estatura normal y bien parecida. Cuando sonreía se le hacían unos hoyuelos en sus mejillas que mejoraban aún más su belleza. Aunque, lo que engrandecía a la joven no era su belleza, sino su interior. Era una muchacha fuera de lo común; sabía estar; afrontaba las situaciones por difíciles que fuesen y estos dones entusiasmaban a Manuel, que veía en Vicenta una mujer diferente a todas las conocidas.

Vicenta enseñó mucho a su novio Manuel. Supo hacer crecer en él el interés por los libros y la afición a enterarse de lo que decía el periódico que semanalmente llegaba al pueblo. Antes de un año se celebró la boda que ofició gustoso don Enrique Ibáñez en la parroquia de Jérica. El matrimonio quedó establecido en Alcalá de la Selva, en la casa materna. Al año de casados el matrimonio tuvo una niña a la que llamaron Libertad. Esa era la ilusión de Vicenta y también la de su marido. Para regularizar definitivamente su identidad, don Enrique, previamente al casamiento bautizó legalmente a Vicenta, imponiéndole los nuevos apellidos: Martínez Gómez.

El presbítero, haciendo uso de su potestad en los archivos certificó la autenticidad de aquellos, alegando la pérdida en los registros civiles y eclesiásticos de su nacimiento, por causas justificadas en una de las frecuentes fechorías en las revueltas, en las que incendiaron los archivos de donde procedía. Era una nueva persona.

Manuel tuvo ocasión de ingresar en el oficio de guarda forestal, para lo que le solicitaban algunos requisitos. No lo dudó y fue incorporado en la brigada forestal perteneciente a Mora de Rubielos.

La pequeña Libertad crecía y era educada por su madre que disfrutaba de enseñarle todos los valores que siempre había soñado para el pueblo. Empezó por indicarle el motivo de su extraño nombre. La pequeña tuvo conciencia desde el primer momento del significado de aquel vocablo. Además otros muchos fueron adquiridos por la pequeña como: igualdad, amor, justicia, respeto, comprensión, bondad...

La niña, al llegar a los diez años tenía gran claridad de ideas. Asistía puntualmente a la escuela municipal, muy precaria de condiciones, a la que solía acudir muchas veces como maestra la propia Vicenta, a la que todos guardaban respeto y simpatía. La niña vivía con el cariño de sus padres y el de sus abuelos paternos que, orgullosos, veían crecer a su nieta, la única que conocerían.



Al fin Vicenta había encontrado la paz que desde hacía tantos años ansiaba. Ahora era feliz. Tenía un esposo que la quería y una hija que era su vivo retrato. Estaba orgullosa de haber podido transmitir las ideologías que ella siempre tuvo.

Su afán de aprender no cesaba nunca. Cierta día se le ocurrió la idea de apuntar cuanto le sucedía y cuantas anécdotas recordaba desde niña. Creó un diario que guardaba como un tesoro. Solo ella tenía acceso a él, pero aun así, había ido con mucha cautela al revelar allí el oscuro pasado de aquel embarazo que la marcó en su juventud.

Su asiduidad con la escritura manifestó que no se le daba nada mal escribir poesías, según su ánimo se lo permitía. De esta manera dejó algunas guardadas en aquel diario que tan afanosamente cuidaba. Una de ellas decía así:

*Se escucha una rosa lejana
que canta y grita en la escarcha matutina.
A lo imposible, nada calle,
ante la injusticia que borra el camino
las ilusiones de aquellos que algún día te vieron reír,
con sus miserias quieren convencer,
cubriendo la tristeza bajo capas de carmín.
Callando ante lo imposible, y el rojo es más rojo
y mi corazón se emancipa de batallas erguidas,
en ideas contravenidas,
por mí no deseadas en estadios donde el alma tenía paz.
La llenaban de ternura,
cuando lloro y nadie me mira.
Como mujer, mi soledad que son las lágrimas,
recorren la cara oculta de ese corazón
que hoy ya no vive fantasías al sol.
¿Escuchas a la rosa cantar?
¿Ves la luz de las estrellas?
En este amanecer que no es propio a la memoria
y esta demora de alba que el ciclo de dos colores difumina,
como tu alma y la mía en el sereno ambiente
que tu mirada y tu aroma ponen nombre.*

Ella estaba evocando todo lo que su interior quería contar y que, solo los que pudiesen ser capaces de coger el hilo de aquellas poesías, podrían de alguna manera adivinar. Había encontrado una forma más de dejar en el papel

sentimientos que de otra forma no podrían quedar patentes. Solo ella sabía el significado de cada línea. Era consciente de que las rimas de sus poesías no estaban perfeccionadas pero eran íntimas y ni la métrica ni los sonetos le importaban demasiado.



Cumplió Libertad quince años y ya era toda una mujercita. Sus padres se desvivían por ella. Los dos abuelos habían fallecido durante estos años y Manuel continuaba en su puesto de guarda, habiendo sido cambiado de zona durante algunas temporadas donde las brigadas oficiales le creían de más ayuda.

Se planteó qué hacer con los campos heredados de sus progenitores. Tuvo ocasión y poco a poco fue vendiendo algunos de los terrenos a los vecinos que les interesaron. Pero aun así, poseía una hacienda considerable que, obligadamente, tenía que dar en aparcería por culpa de su trabajo, que le apartaba demasiadas temporadas de sus tierras sin poder siquiera visitarlas.

Tenía una hija y pensó que debía conservar su patrimonio por si pudiera servir de ayuda en caso de necesidad, ya que la economía familiar no era muy boyante, aunque el matrimonio sabía administrar muy bien sus ingresos.

Un día, una inesperada voz de alarma se presentó en casa de Manuel y Vicenta advirtiéndole de un accidente sufrido por Manuel. Acompañó ella al mensajero de la nefasta noticia al hospital de Jérica, pero no llegó a tiempo de despedirse de su marido. Manuel había muerto.

—Ha recibido dos impactos de escopeta en la espalda —le dijo uno de los médicos. No hemos podido hacer nada para salvarle.

Parece ser que alguien seguía sus pasos desde tiempo atrás, y finalmente acabó por matarle, sin que nadie supiera a ciencia cierta el porqué.

La gente comentaba en las tabernas aquel desgraciado suceso. Algunos aseguraban que el autor debía ser un descalabrado que quería hacer desaparecer al marido de Vicenta, para no tener impedimento y poder cortejarla. Pero nada se había probado. De hecho, se tardó demasiado en averiguar al autor de dicho asesinato.

Al fin de muchas pesquisas, la Guardia Civil encontró al asesino por saberle poseedor de un arma con idénticas características a las de las balas encontradas en el cuerpo de Manuel. Se trataba de un individuo que fue

compañero de Manuel. Fue despedido debido a algunas negligencias cometidas durante años en acto de servicio. El asesino era soltero y se le conocieron aficiones fraudulentas que fueron la causa de su destitución. También había sido denunciado por abusos sexuales a jóvenes inexpertas que sorprendía cuando transitaban a solas por el campo. Todos aquellos delitos habían ido en aumento y llegó a enfermar sin que nadie se apercibiese. Lo detuvieron y confesó ante la Guardia Civil toda la verdad: tenía celos injustificados hacia Manuel por tener una hermosa mujer y una hija adolescente. Reconoció que le enloquecía pensar que, algún día, sería dueño de la voluntad de la mujer y la hija de su antiguo compañero. En su trastorno deseaba acabar con Manuel y poder violar a las dos mujeres al quedar solas en casa.

Ese fue su error. Algunos vecinos notaron su presencia a extrañas horas de la noche y uno de ellos siguió una noche sus pasos; este alertó a la Guardia Civil y, efectivamente, el asesino continuaba observando la vivienda, al acecho de las dos mujeres, hasta que fue preguntado y detenido.

Pasó años en la cárcel y, una madrugada, amaneció colgado de una ventana alta que había en su calabozo. Y aun así tuvo la desfachatez de escribir unas palabras que quedaron legibles en el suelo de su celda: *“Algún día serás mía”*.

Aquel hombre murió loco y obsesionado. Probablemente, el único bien que su estado le permitió fue el confesar toda la verdad ante la autoridad al ser detenido como sospechoso. Vicenta no fue enterada de estos detalles para no añadir más leña a su dolor.

Madre e hija querían borrar aquellos recuerdos de su marido y padre; pensaron que podría ser adecuado marchar por una temporada lejos de allí. Pero el mundo estaba en guerra. Era 1914 y, aunque España permaneciera alejada de la contienda, las principales carreteras estaban sometidas a vigilancia y Vicenta no quería que su hija viviese el drama que ella había vivido hacía más de veinte años, caminando y huyendo sin rumbo hacia lo desconocido.

Durante aquellos días recibieron noticias de un pariente de Manuel que vivía en Francia. Se llamaba Luís y sentía gran afecto por su primo Manuel. Había sido enterado por carta de su fatal desenlace y continuó escribiéndose con su mujer y su hija. Luís estaba al día de la precaria situación de las dos mujeres y se prestó a ayudarles. Él estaba establecido en Cacerville, en el distrito sureste francés, cerca de la ciudad de Aviñón.

Luís Gadea Campos descendía de Alcalá de la Selva, al igual que Manuel, su primo. La madre de Luís y la de este, eran primas hermanas, pero era más el nexo de amistad y convivencia que les unía que la sangre común que corría por sus venas.

Luís, desde su infancia en el pueblo, siempre demostró gran afinidad con la familia y, en concreto, con Manuel, a pesar de ser algunos años mayor que él. Habían jugado juntos de pequeños y, en su juventud, corrían de pueblo en pueblo buscando los días de fiesta, acudiendo a las casas conocidas donde se organizaban bailes y donde lograban estrechar con cuidado la cintura de alguna moza que mostraba algo de libertad, quizás debido a alguna copita de más que sin darse cuenta había tomado.

Todo esto lo recordaba Luís cuando se enteró del final de su primo. Sintió odio y deseo de venganza por aquella locura. Pero la impotencia que se apoderó de aquellos pensamientos, unido a la distancia que les separaba le hizo razonar y fue cuando optó por ofrecer a su prima política y a su hija, cobijo lejos de su casa.

Luís, al igual que Manuel, fue un muchacho alto, corpulento y de trato muy cordial. Para él no existían las horas cuando se encontraba a gusto con algún amigo o familiar. Con el tiempo se convirtió en un hombre recio y formal; peinaba canas que disimulaban las amplias entradas en la frente, que el paso de los años iba acentuando. Pero continuaba siendo un hombre de gran corazón, y mantenía comunicación con la familia.

Tenía una hermana mayor casada con un vecino de Alcalá, que se encargó de cuidar de sus padres hasta que murieron. Cuando esto ocurrió, creyó oportuno abrirse camino lejos de su tierra. De inmediato, Luís comunicó a su hermana, Lucrecia, su intención. Deseaba ver si era verdad lo que contaban los periódicos y algunos conocidos que vivían exiliados y trabajando en el país vecino. En España se vivía aparentemente bien, pero él tenía las ideas claras y conocía de sobra los entresijos de los políticos. Desde la subida de Alfonso XIII al trono, presentía que no iba a mejorar mucho la situación; buena prueba de ello fue el atentado sufrido por el monarca y su recién estrenada esposa el día de su boda. Por suerte no hubo que lamentar víctimas, pero este y otros hechos hacían pensar a Luís que el país no vivía con estabilidad.

—La próxima vez no fallarán —le decía Luís a su cuñado.

Este permanecía callado y escuchando lo que su pariente le contaba.

—Pero Luís —decía Lucrecia—, ¿tú has pensado lo que supone

abandonarlo todo? Allí no conoces, irás a ciegas...

—Sí, pero no será por mucho tiempo —alegaba él—. Soy joven y no me considero inútil. Otros fueron antes que yo e incluso emigraron a la fuerza y allí son reconocidas sus ideas. Iré en su busca y de algo me servirá.

Lucrecia conocía el carácter firme que tenía su hermano y pensó que si él quería marchar, siempre sería mejor en ese momento, que era joven y no tenía compromisos. Pocas eran las propiedades que tenía el joven. Se limitaba a hacer uso de la caballería de la casa, así como de sus aparejos. Las pocas fincas que poseía la familia, todavía sin escriturar, las cultivaría sin problemas su cuñado. Lo mismo podría hacer con las aparcerías y arriendos que desde tiempo inmemorial cultivaban sus padres. Se veía libre para realizar su aventura y no tardó en ponerse manos a la obra.

Luís apenas sabía escribir, pero leía con fluidez y le gustaba estar enterado de las noticias, tanto nacionales como mundiales.

Todos los vecinos de Alcalá de la Selva conocían la noticia de que su vecino se marchaba a Francia en busca de trabajo. Sus familiares lloraron de emoción su marcha. Eran mayores y presagiaban que no lo volverían a ver. Así fue.

Luís y Manuel se abrazaron como hermanos y sus ojos humedecidos apenas podían dejarles pronunciar palabras.

—Que tengas suerte Luís.

—No te preocupes, yo sé que aquí tengo casa. Adiós.

Francia, en los primeros años del siglo XX disfrutaba de algunos adelantos que por el progreso y la evolución, eclosionaron antes que en España.

Nuestro joven llevaba anotadas algunas direcciones de familias españolas exiliadas en aquel país. La radio clandestina existente en ambos países servía de nexo para familias enteras separadas por causas políticas. Estos aparatos jugaron un papel muy importante y se escuchaban casi furtivamente a altas horas de la noche en uno y otro país.

Tras varios días de sufrido viaje en las locomotoras que arrastraban numerosos vagones por las quebradas vías españolas, llegaron a la frontera francesa en Portbou. Allí, el ancho de la vía era diferente y también el modelo de ferrocarril y se reducía mucho el insufrible y ruidoso repiqueteo del convoy; casi producía placer cuando se detenía en la estación.

Caía la tarde cuando el tren, después de pasar Sorgues, dejando atrás Aviñón, se detuvo en Courthézón, cerca de Orange. Allí se apeó Luís vestido

con la mejor ropa que tenía: chaqueta de pana, botas de media caña, intuyendo que probablemente el tiempo las requería, camisa blanca de algodón, pantalones casi nuevos, aunque con dos remiendos en el trasero, y gorra oscura; y fue en busca de alojamiento. No tardó en encontrar un discreto hostel, que, por su situación, creyó adecuado.

Como pudo se comunicó con la regenta, una mujer mayor que, a diferencia de las señoras en España, vestía ropa de color. Decidió quedarse unos días, pactando una módica cantidad de francos por alojamiento y comida. Debía cambiar las pocas pesetas que llevaba por la moneda de ese país.

A los pocos días encontró trabajo y pronto conoció a unos cuantos compatriotas que solían reunirse cada cierto tiempo en un local de la periferia de Orange. Con la ayuda de estos y el entusiasmo que rebosaba, no tardó muchos días en ser admitido en una fábrica de la zona.

Muy pronto conoció a la que sería su futura esposa Elisa, hija de españoles, que vivía en el país vecino desde hacía varios años. Elisa Montagud vivía con sus padres y sus hermanos Ángel y Rafaela. Estos solían regresar a España cada dos o tres años para no perder sus raíces y seguir siendo conocidos en su pueblo natal, Montaverner, situado en la Vall d'Albaida en el interior de Valencia.

Luís y Elisa contrajeron matrimonio al año siguiente de conocerse. Ella tenía allí a su familia y él no tenía a nadie más que a ella, con quien volcó todo su amor y cariño. En pocos años Luís subió de categoría en la fábrica donde empezó a trabajar. El patrón confiaba en él para algunas decisiones y él, como tal, sabía responder. Estaba en un país casi desconocido y le interesaba ante todo respetar su puesto de trabajo.

El matrimonio tuvo dos hijos en pocos años, nacimientos que su hermana Lucrecia celebraba con una alegría inmensa. Cuando aumentó la familia, Luís y Elisa, se trasladaron a Cacerville y habitaron casa propia. Allí crecieron sus hijos y se educaron como cualquier joven francés, pero en casa continuaban hablando castellano y, de vez en cuando, también en valenciano, lengua natal de Elisa y su familia, que nunca olvidaron.

Manuel y Vicenta conocían a la familia de Luís por las pocas veces que estos regresaban a Alcalá de la Selva y ambos recordaban sus años mozos entre risas y suspiros. Cada cual iba enterando a su amigo de las novedades de cada año. El correo mantenía aquella amistad y reavivaba aquel afecto que las familias se tenían.

Cuando llegó a Cacerville la triste noticia del final del amigo Manuel, Luís no sabía cómo ayudar a aquella familia, madre e hija. Tenía claro que necesitaban abandonar por un tiempo aquel lugar que necesariamente les producía tristeza, recuerdos y pesar, evidenciándose esto en sus cartas.

Finalmente Vicenta y Libertad estimaron oportuno aprovechar aquella oportunidad que el destino, a través de Luís, les ofrecía.

El proceso de la muerte de Manuel por otro ex funcionario, dentro del mismo cuerpo, fue largo y pernicioso; el paso de los meses solo producía rencores al ser requerida la viuda para poner al día su evolución. Sin embargo, ella detestaba aquellas visitas que solo tenían el objetivo de indemnizar a la viuda, pero retrasando en demasía aquel caso.

Cierto día, Vicenta anunció al escribiente la intención de tener que ausentarse del lugar por una temporada.

—Lo comunicaré a mi superior —le dijo este.

—Pero dígame también que se acuerde de mí solo cuando tenga todos los cabos atados.

—Entonces...

—Entonces están ustedes excediendo demasiado este caso y quizás olvidan que cada vez que soy citada aquí, supone para mí un trauma. Cuando este todo resuelto, no duden en avisarme. ¡No faltaré! Adiós.

Vicenta estaba harta de tanta burocracia, que solo perseguía el intentar evadirse de cualquier compensación, que tanta falta hacía ahora a la viuda.

Salió de aquel local satisfecha por haber vuelto a ser quien era: aquella persona leal a sí misma y sus ideas. No podía resistir más sin decir a aquella gente lo que pensaba de aquello. Cuando volvió a hablar del futuro con su hija, sacó la última carta que había escrito Luís desde Cacerville y leyó en voz alta uno de los párrafos allí escritos.

“Sabéis que vuestro primo no os olvida y estaría contento de que vinieseis a estar con nosotros una temporada o el tiempo que queráis. ¡Ya sabéis que el tiempo y la distancia lo cura todo!

Madre e hija se preguntaban qué sería de ellas en un país en donde solo se entenderían con aquella familia y pocos más.

—Mamá, no olvides que también el tío Luís se marchó sin saber una palabra de francés...

En 1914 había empezado la guerra en algunos países de Europa sin que nadie supiera cuál sería su fin. Asimismo, tampoco nadie sabía a ciencia cierta si España se vería involucrada en ella finalmente.

Vicenta recordaba su juventud, a pesar de estar cercana a los cuarenta. Recordaba también lo que Anunciada, su verdadera madre le había contado sobre las injusticias de aquella época cuando aquella era una niña. Por otra parte, su padre la enseñó a ser valiente, a afrontar sin miedo la realidad y a no flexionar ante nadie; porque nadie era más que nadie por el mero hecho de haber nacido en una cuna rica o en un sencillo canastillo con colcha de paja o plumas. Y así lo creía ella también, pero las circunstancias no fueron justas con ella. Quizás sus padres al nombrarla Justina quisieron que solo la mención de aquella palabra invocara igualdad, justicia...

En cambio ahora se tenía que llamar Vicenta para ser otra persona, y esto en el fondo ella lo llevaba mal; no era de acuerdo con sus ideas. Creía que estaba mintiendo, cuando en realidad solo se estaba protegiendo de una terrible injusticia. A menudo se preguntaba si era conveniente seguir escondiendo su verdadero nombre y su origen a su hija Libertad.

Libertad tenía una hermana, de la cual no se llegó ni a saber el nombre para hacer aquel proceso menos difícil de sobrellevar y empezar de nuevo. Pero, nuevamente, la desgracia había llegado. Ahora había muerto su marido. Cuando parecía que por fin su vida tomaba un nuevo rumbo, ¡zás! Ahora viuda. Volvió a refugiarse en la lectura. Tenía tiempo de volver a acudir con más asiduidad a la escuela, a los horarios en donde solían asistir los mayores, en edad de trabajar, que no habían ido a la escuela.

Iba con su hija Libertad a aquellas horas de enseñanza para los pobres trabajadores que tenían ilusión por aprender. De esta manera, lograba alejar los pensamientos que la atrapaban durante el día y, a la vez, involucraba a Libertad en aquella tarea de ayudar al necesitado, en este caso, insuficientes de cultura.

—Recordad —decía a los alumnos más aventajados— que cada vez que abris un libro es como si abrieseis las alas hacia el mundo.

Ella nunca quiso cobrar cantidad alguna, pero, esta vez, el padre Damián, supervisor de aquella escuela, obligó a Vicenta a coger dinero, al tener conocimiento de su mermada economía desde el fallecimiento de Manuel. Esta lo aceptaba abrumada por la necesidad.

Durante la infancia de la pequeña Libertad, le fue contada a medias las preguntas que la niña hacía a sus padres sobre sus orígenes, siendo como era muy despierta y algo avanzada a su edad. Pero ahora que toda la responsabilidad de la joven recaía sobre su madre, esta sentía una lucha interior que debatía sobre la conveniencia de contar toda la verdad a su hija.

A nadie más tenía. Hacía mucho tiempo que no había tenido noticias de su madre, Anunciada, y también de Hugo, su hermano, puesto que las dos hermanas mayores poco a poco se distanciaron tanto de ella que mutuamente se consideraban olvidadas.

El párroco de aquella vecindad le comunicó en gran secreto que Anunciada estaba muy enferma y en sus últimas horas hizo llamar al viejo de don Gaspar para intentar compadecerle de aquella situación, y este le juró por lo más sagrado que encontraría un puesto de trabajo para su hijo Hugo, y no tardó demasiado en ser contratado en una estación de ferrocarril en calidad de guardagujas. Al poco tiempo, Anunciada Santos Iniesta moría, siendo enterrada junto a su esposo, Ignacio.

Creyó Vicenta que con aquellas últimas noticias, pasadas secretamente de vicaria al obispado y de este al párroco, había borrado su funesto pasado. Sabía con certeza que el precursor de sus desdichas, don Gaspar y su esposa habían fallecido.

Esta noticia fue un gran alivio para Justina. Ahora todo el mundo la conocía por Vicenta Martínez Gómez pero eso la iba corroyendo poco a poco. Aquello no iba con su forma de pensar y bien sabía Dios que el cambio de nombre fue más que justificado en su momento. Sin embargo tenía a su lado a su hija que ya era toda una mujer y si empezaba, tenía que contárselo todo. Le angustiaba que su descendiente se enfadase con ella al saber la verdad, aunque confiaba en saber aprovechar el momento adecuado y que aquella mujercita comprendiese todo algún día.



Las revueltas y los disturbios en el país desde que empezó el siglo XX parecían haber terminado, pero todavía surgían brotes de violencia entre señores y campesinos. Además la filoxera hacía estragos en gran parte de las viñas del país y algunos ricos quedaron en la miseria al finiquitar sus ingresos y tener que volver a invertir durante años, viendo seriamente mermada su economía.

Este fue el caso de Raimundo Gamundio. La economía se resintió mucho debido a los altos gastos y los menguados ingresos. Raimundo no dio señales de vida durante casi veinticinco años. Prefirió el anonimato. No era asiduo del confesonario pero supo advertir a los oficiantes que nada quería

saber ni que se supiera de su persona. Y así se hizo.

Raimundo en este tiempo se había casado y había tenido un hijo, al que llamó Rodrigo. Recientemente la esposa de Raimundo había enfermado de cólera y había fallecido quedando aquella familia destrozada y casi en la miseria, con Raimundo hundido en una profunda depresión nerviosa sin poder hacer frente a la situación que tenía de frente.

Tenía pensado Justina que, durante el largo viaje que haría con su hija a casa del pariente Luís, sería el momento de contar a Libertad todo lo que no sabía. Allí en tierra de nadie sería el momento. Pero, poco antes de marchar, le fue al oído, por boca de don Damián, que un señor de mediana edad deseaba verla. Ella, ingenua pensó que serían de nuevo los procuradores encargados del proceso de la muerte de Manuel.

—¡Otra vez! Estos señores me persiguen como la peste...

—Me temo Vicenta, que no se trata de eso.

—Entonces, ¿quién puede ser? —pensó ella. El director de la escuela y la parroquia le indicó que le siguiese, con un leve gesto.

—Vicenta, sabes que evito entrometerme en los asuntos privados. Pero dado mi puesto, a veces es inevitable. Ayer vino a verme un señor, enviado por un compañero de seminario que, casualmente, oficia desde hace poco en la parroquia de...

Y el sacerdote quedó pensativo, como pensando que se dilatava demasiado en detalles poco importantes. Con la mano derecha se echó atrás la negra boina que cubría su cabeza e intuitivamente se rascó la frente.

—Muy discretamente y sin ánimo de molestar lo más mínimo se presentó un tal... —quedó pensando temiendo equivocarse— Raimundo Gamundio.

Justina cambió de semblante. Su eterna simpatía se volvió de golpe en intriga; le escuchaba absorta sin saber que decir. Don Damián esperaba alguna réplica y decidió seguir en vista de que su compañera no hizo acto alguno de huir ni de cortar la conversación.

—Este señor viene desde la lejana Castilla, tras varios días de viaje. Su intención era saber de usted y nada le daría en el mundo más satisfacción que entrevistarse contigo. Dice ser un antiguo amigo de la juventud. Es lo único que me dijo. Pero —continuó el presbítero— tardé en averiguar que eras tú la persona a quien buscaba, ya que no te conoce como Vicenta. Creo recordar —y quedó de nuevo pensando y volviendo a su sitio la boina que había quedado descolocada—, que te conocía como Justina, o como... Juliana, no

recuerdo con exactitud. Pero al darme nuevas señas sobre que eras viuda de un vecino y que llegaste cuando ya cumplías los veinte... deduje que sí serías tú.

Vicenta continuaba callada, escuchando al sacerdote. De repente acudían a su mente recuerdos que creía olvidados. Revivía por segundos que si era ciertamente Raimundo, el hijo de su antiguo señor, nada tenía en contra de él. Habían sido antiguos confidentes y buenos amigos y, sin duda, recordaba también la atracción que sentían mutuamente.

—No sé si debo recibir a un extraño en mis circunstancias —dijo para intentar salir del paso y orientar sus ideas.

—Por si te sirve de aliento, el señor me dijo que no tenía prisa si el objetivo era entrevistarse contigo. De todas formas estás en tu derecho de decidir.

—¡No! Espere. No me gusta despreciar, al igual que tampoco ser despreciada y humillada. Va contra mis ideales.

—Por lo que a mí respecta, ten claro que por mi boca nadie ajeno sabrá de esta conversación. Y si me permites, aparenta ser hombre de bien, educado y sencillo. Respetará tu decisión.

Salieron del apartado y vacío salón de actos y marcharon hacia la salida.

—¿Y dónde se hospeda? Si puede saberse.

—En una pensión creo que me dijo. Mañana vendrá nuevamente a verme en espera de alguna respuesta.

Sacó valor y firmeza como en sus mejores tiempos y al igual de agradable que se mostraba con sus alumnos, se mostró educada y fuerte para contestarle.

—Dígale que mañana por la tarde a primera hora y antes de que empiecen a llegar los alumnos le esperaré en este lugar. Pero deseo que venga usted con él y sea usted quien abra la escuela. Sin duda esto ayudará a romper el hielo y, al tiempo, será testigo, aunque espero que no haya altibajos. Le ruego se entretenga cerca, aunque a distancia prudencial de nosotros, por si preciso de su ayuda — dijo sonriendo, como hacía tiempo que no lo hacía.

El sacerdote estaba intrigado pero era un hombre justo y no deseaba saber más de la cuenta. Bastante tenía con las feligresas que se abrumaban junto a la celosía dos veces por semana para contarle casi siempre lo mismo. Este caso lo tenía intrigado por el sencillo procedimiento que era diferente al rutinario. Solo haría de mediador. No le importaba el contenido.

—Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra —solía decir en

alguna de sus tertulias.

Al marcharse, Vicenta iba entretejiendo en su mente la conveniencia de contar o no aquella noticia a Libertad.

—¿Y si fuese todavía su padre? —pensó asustada.

Pero no lo creía, lo descartaba. Y en último caso huiría como otras veces. Pero si ha venido con buenas maneras y es de mediana edad no es el cínico de don Gaspar.

Su hija recibió la noticia como si de un familiar se tratase. Cuando vuelva de hablar con Raimundo será el momento de empezar con la verdad. Pero esperaré a ver que desea, —pensaba para sí.

Ella lo conocía y sabía que su manera de ser distaba mucho de la de su padre. Él se preocupó al saber del embarazo pero, ¿sabía que era de su padre? ¿Querría saber del final de la criatura? Pero, ¿para qué? Esto solo dañaría su honor y dignidad. A aquel viejo solo le importaba el dinero que mi madre le requería. Y ella también está en el otro mundo. Mañana lo descubriré; si intenta sobrepasarse no dudaré en llamar a don Damián.

Atraída por la curiosidad y un poco temerosa por aquella inesperada y más que olvidada visita, acudió Vicenta al día siguiente a la escuela, con algo de retraso intencionado para dar tiempo a que el clérigo acompañado por el visitante, dejasen con tiempo una puerta abierta.

Al entrar en el despacho principal, ocupado pocas veces por ella, vio a trasluz del cristal la silueta de dos personas mantenían una conversación. Vicenta prefirió advertir de su presencia antes de entrar.

—¡Don Damián!

—Sí, pasa Vicenta, estamos en el despacho.

Entró con aire liberal sin titubeos y como si de lo más normal del mundo se tratara. Se quitó la chaqueta y fue directamente a colocarla en el perchero, mirando de reojo a su visitante, tratando a la vez de mostrar un aire de dominación del lugar y como quien nada teme.

Raimundo se encontraba en el lado opuesto de la mesa del escritorio, sentado como si temiese ensuciar el sillón que su acompañante hacía un momento le había ofrecido. Los dos hombres se levantaron al mismo tiempo y el de la toga fue el primero en hablar.

—Doña Vicenta, le presento a don Raimundo Gamundio. Es el señor del que le hablé ayer.

—Muchas gracias don Damián.

Justina cedió la mano que previamente le había alargado aquel. Sí, sin

duda era él, pero estaba terriblemente cambiado. Ella lo conoció muy joven, alto pero con la tez rojiza, acorde con el pelo que era más bien tirando a rubio oscuro.

Ahora llevaba barba, empezaba a cubrirse el rostro de canas y su cabeza la cubría un sombrero que rápidamente se quitó dejando ver una cabellera oscura que mostraba muchas entrecanas, que seguían a la barba hasta ambos lados de la cara. Vestía de negro. Parecía otra persona diferente al joven que conoció. Ambos se mostraron retraídos mientras duró el corto saludo en presencia del clérigo que se excusó para retirarse.

—Encantada de saludarle —dijo al fin ella.

—¡Justina! Por fin —y quedaron ambos sin saber que decirse—. ¿Pero es que no me recuerdas?

—Han pasado muchos años —dijo ella de nuevo no teniendo claras las intenciones de Raimundo.

Pero conforme él iba hablando recorría como un temblor, algo inexplicable, desde los pies hasta la cabeza de Justina. Notó una sensación que, sin poderlo evitar, le hizo recordar en unos segundos los momentos cruciales vividos bajo el techo de su interlocutor. Recordaba enseguida todo el agasajo que conllevó la llegada de ella, casi una niña a aquella casa, a la que entró con ilusión y en cambio huyó con desesperación.

—No sé a qué has venido, ni tampoco como has logrado encontrarme —le dijo muy seriamente.

—Necesitaba encontrarte. No vengo a pedirte nada, sino perdón. Discúlpame por el daño y el sufrimiento que te alejó de mi casa. Pero ahora...

No le dejó continuar.

—No deseo recordar tiempos pasados, tengo un pasado reciente en el que me reconforto cada vez que quiero echar la vista hacia atrás. Además, ya sabes que soy una persona que no me gusta anclarme en el pasado.

—Sí, lo sé sobradamente.

—Doy aquella época por olvidada, como supongo que la tendrás tú.

—Justina, desde que te fuiste eché de menos tu presencia. Sabes que nos llevábamos bien y que mi persona nada tuvo nunca contra ti; más bien lo contrario. Siempre recordé nuestras conversaciones sobre la sociedad y, recuerdo muy bien, tu actitud para con todos y también cómo necesitabas colaborar con los desfavorecidos ofreciéndoles tu ayuda. Esto nunca lo he olvidado. Nunca.

Entre tanto Justina estaba muy indecisa sobre como terminar aquella entrevista que podía entreabrir su llaga.

—Sí, todos tenemos nuestras inquietudes. Depende de algunas circunstancias como la edad, la familia, los sentimientos...

—No he venido a reprocharte nada. Puedes estar tranquila.

Estas palabras la alentaron, a la vez que permitieron que Raimundo siguiese hablando. Intuitivamente permanecían ambos de pie, sin apenas moverse desde que se saludaron. Ella se sentó en el sillón del director y con un gesto leve de su mano indicó lo mismo a su invitado.

—Imagino que tu vida sería dura los primeros años.

Ella parecía relajada al verse sentada en sitio privilegiado y tener de frente a un “noble” que por primera vez parecía que pedía clemencia, en vez de dictar órdenes como antaño. Ahora las posturas están invertidas —pensó.

—Mis padres murieron hace tiempo.

Ella esbozó una mueca de sonrisa al oír esas palabras.

—De mi vida puedo decirte que me casé y tengo un hijo —dijo esto con la voz entrecortada dejando asomar unas lágrimas que impedían seguir hablando como deseaba—. Pero mi mujer murió hace casi un año.

Raimundo esperaba que Justina reaccionase mínimamente al escuchar todas las desdichas. Pero no era así. Sin duda había sido tanto el daño que su cuerpo había soportado, que ahora se encontraba provisto de un caparazón incapaz de romperse ante cualquier ruego. Tampoco esperaba menos él, sabiendo el horror que sentía la mujer al oír hablar de aquella casa. Pero él siempre le fue afín y de haber durado más su estancia en su casa, se le habría declarado. Él la había amado, pero la respetaba tanto que ni si quiera estando bajo su protección se atrevió nunca a proponérselo. Esperaba que el tiempo lograra que fuese más evidente lo que ambos sentían mutuamente antes de dar el paso. Pero la lujuria desmedida de su padre descolocó a los dos jóvenes, imponiendo como siempre su voluntad aquel mujeriego senil y cínico, único amo de aquella hacienda.

Justina dudaba en si le convenía contar sobre su estado a Raimundo, pero intuía que él ya era conocedor y siguió hablando.

—Raimundo, lamento decirte que yo también soy viuda.

Él hizo gesto de sorpresa como si nada supiera.

—Sí, me casé con el gran amor de mi vida, Manuel, y fuimos muy felices. Era una gran persona. Comprendía mis virtudes y mis defectos, que es una cualidad envidiable en el ser humano, a la que nunca antes había

estado acostumbrada. Pero el destino hizo que quedase en el camino. Tuvimos una hija, Libertad que, según dicen, tiene semejanza conmigo. Pero yo creo que a quien más se parece es a mi padre, Ignacio.

Ella esperaba con temor que de un momento a otro saliera a la luz el tema de su anterior embarazo. Ella disimulaba bien el efecto que por un momento sintió todo su ser al oírle hablar, olvidando todo su alrededor. Por un instante llegó a percibir aquella sensualidad que sentía cuando, de jovencitos, se contaban sus vivencias, sus secretos y sus inquietudes, ofreciéndoles a ambos un enorme placer.

—Si he entendido bien, has venido a buscarme ahora que estás solo y sin ataduras que te lo prohíban —y quedó mirándole fijamente a los ojos.

Este se inclinó en su silla y quiso tocar con su mano la de Justina, pero ella la retiró ligeramente. Era viuda, tenía una hija y muchos recuerdos nefastos que, sin querer, ensuciaban el honor del hombre que tenía delante. Pero bien era cierto que él nada debía.

—He venido porque necesitaba verte y saber qué había sido de ti. Es verdad que han pasado años pero a mí me queda todavía un profundo sentimiento hacia tu persona —lo dijo con el rostro ruborizado, a pesar de ser un hombre habituado a semejantes circunstancias.

Ella esperaba de aquella conversación un triste desenlace y estaba un tanto desorientada por lo que allí estaba aconteciendo. Ahora se habían invertido los papeles y eso no le desagradaba. El señorito rebajándose en tono apaciguador, ella escuchándole, sintiéndose dueña de dar por finalizada la conversación con solo llamar con la campanilla que estaba encima de la mesa. Y, además, declarándose amigo suyo o algo más. Sabía que don Damián estaría al acecho por si surgía algún imprevisto.

—Disculpa un momento —dijo ella.

Salió del despacho dejando que Raimundo se convenciese de que ahora no tenía enfrente a aquella Justina; no era la misma que siempre permanecía humillada cuando la había conocido.

Con aire de autoridad salió y levantando un poco la voz dijo:

—¡Don Damián! Pueden empezar las clases cuando lleguen los alumnos. Quizás demore un poco mi presencia, pero no se preocupen, permaneceré un momento más en el despacho.

Dijo esto al sacerdote, que esperaba con ansia saber que pasaría allí, con un leve guiño de ojo y una ligera sonrisa en el hoyito de su mejilla que aquel captó como gratificante.

—Tómese el tiempo que quiera doña Vicenta —respondió.

Volvió ella al despacho y cerró la puerta.

—Como ves, me llamo Vicenta Martínez, y prefiero que no me preguntes el por qué. Aquí soy una señora distinguida como otras tantas, a diferencia de que soy conocida como una educadora... o mejor dicho, como una persona que disfruta de ayudar a los necesitados y enseñar a los desvalidos. Ese es mi trabajo aquí. Es gratificante y me encanta; me siento realizada y, además, soy una persona libre. Sí, libre, desde hace muchos años, justos los mismos que me llamo Vicenta. Justina era una pobre e ingenua chica, humillada y con un pasado que ya te he dicho que me conviene olvidar.

—Ya conozco tu afición por la cultura, siempre te gustó, pero me moría de ganas por verte y saber que seguías viva.

Me marchó contento y satisfecho de haberte encontrado. Mi conciencia ahora descansa tranquila. Pero no quiero irme sin decirte que aquella llama que se encendió entre nosotros, hace muchos años, ha sido tapiada, mojada o quizás olvidada, pero sigue en mi tan viva como entonces.

Entre ambos, la enorme mesa apenas había logrado que Raimundo tocara de nuevo su mano, ansiada durante muchos años.

—Justina ¿tú has olvidado nuestra amistad? Yo te quería...

Ella bajó la vista y prefirió no contestar.

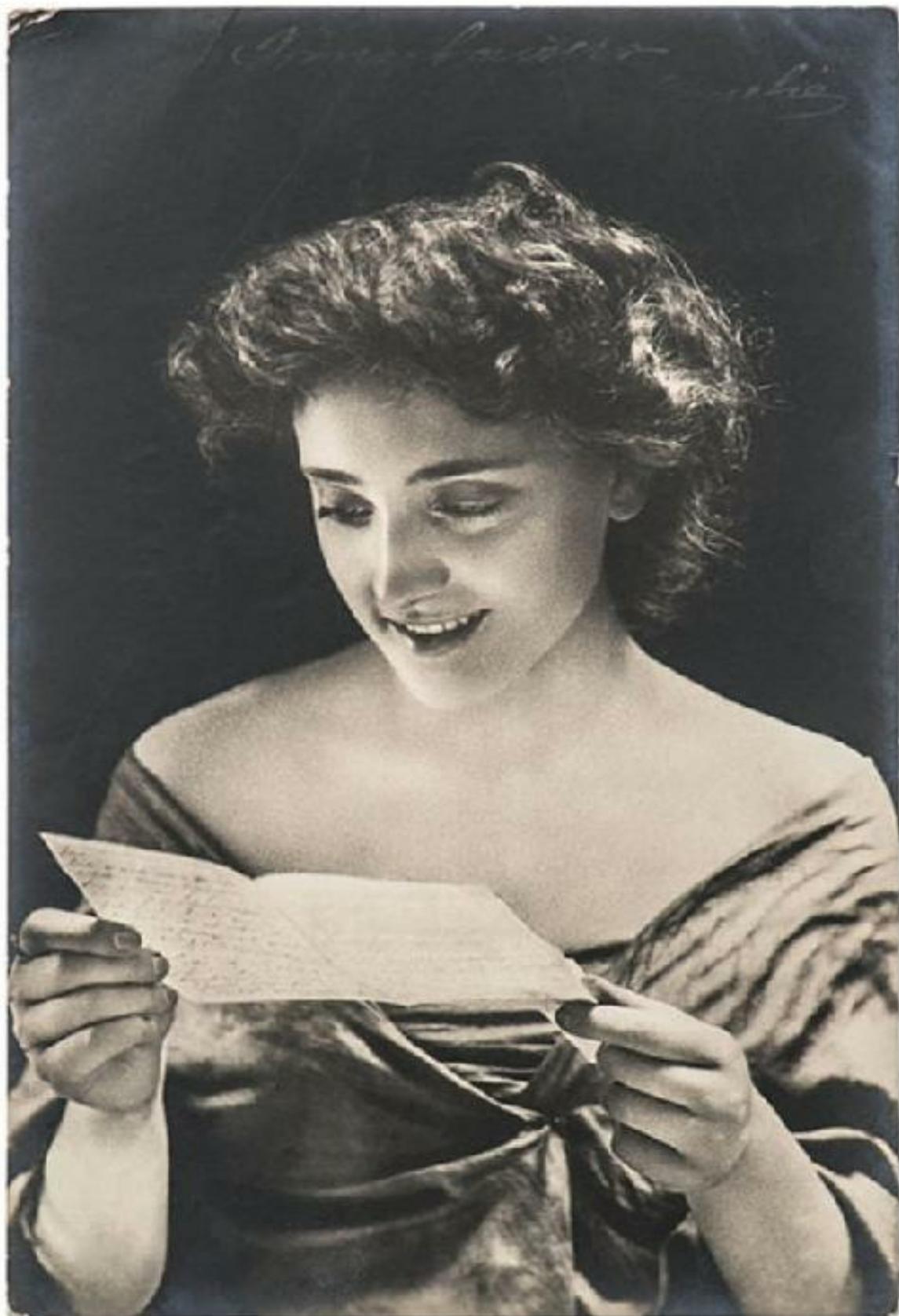
—Sé que es demasiado —continuó— para una simple visita, y no quiero abrumarte, pero recuerda que yo soy Raimundo y, por nada del mundo, mezcles a nadie con mi persona. Yo soy de otra pasta. Y ahora he decidido verte. He venido porque siento todavía algo por ti, no sé, compasión, amistad, sentimentalismo, alegría, deseo... lo que sea, pero siento algo por ti. Te he llevado en mi interior todo este tiempo y prueba de ello es que aquí me tienes.

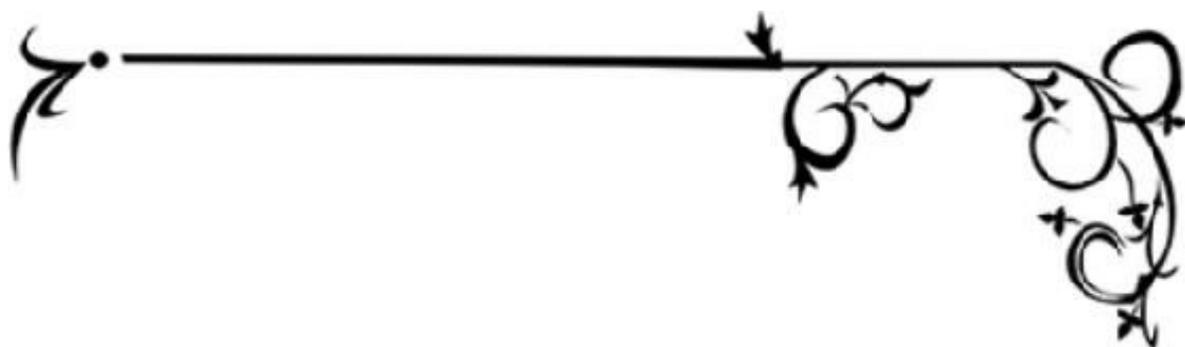
Ella oía sin atreverse a menospreciarle como hubiesen hecho con ella. Tomó Raimundo el sombrero de la percha dirigiéndose a la salida.

—No te molesto más.

Y con paso decidido salió con el semblante compungido.

—¡Espera! —dijo ella.





CUARTA PARTE

NIEVES Y RODRIGO



I



El país padecía las consecuencias de aquella Guerra Mundial que había irrumpido en 1914 y, llegado 1917, nadie sabía a ciencia cierta el final de aquel apocalipsis que dejaba miseria, desolación y dolor en países vecinos, como Francia y Alemania.

En las latitudes orientales de la península, debido al clima y fertilidad de sus tierras, se advertían menos aquellas consecuencias que referimos. El populacho agradecía al Borbón de turno, Alfonso XIII, que España permaneciera alejada de la contienda mundial, y solo algunos intelectuales republicanos, como Vicente Blasco Ibáñez, informaban con sus escritos de la verdad; una verdad vivida en sus carnes en las trincheras de Francia. Gracias a los intelectuales que la gente solía leer en sus escritos novelescos, existía información que difería de la prensa del estado. En cambio, cuando las autoridades se apercebieron de tales manifiestos, fueron inmediatamente prohibidos y puestos en busca y captura a sus autores. Este intelectual fue encarcelado en varias ocasiones por rebelde, y con la fuerza de su juventud, nunca dudaba en batirse en duelo ante un conflicto importante sin temor a arriesgar su vida; ante todo anteponía sus ideales, teniendo la suerte de salir ileso de los percances.

La vida del ilustre escritor costumbrista valenciano está llena de acontecimientos importantes, pero destaca su declarada convicción republicana aunque, curiosamente, coincidiera con su majestad en algunas casas de alterne. Sus novelas reflejan la vida en distintos ambientes de su Valencia natal y su reconocimiento universal llegó tras la publicación de su novela “Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis”, ambientada en aquella guerra.

En el poblado de La Torreta, aldea cerca de Canals, que había sido cuna de dos papas de la Iglesia Católica durante el siglo XV: Calixto III y su sobrino Alejandro VI, vivía en la época que se refiere, un matrimonio de edad

avanzada con una hija que rondaba los veinte años. Estos, desde jóvenes habían regentado una tienda de ultramarinos situada en el centro de la población. El establecimiento pertenecía a un tío-abuelo del marido, que decidió legar el inmueble a un sobrino que, aunque no tuvieron mucho contacto, era el único que tenía descendencia y que podría dar continuación al negocio, dejando fuera del mismo al matrimonio que lo había atendido durante tantos años.

Jacinto Colomer y María Valls regentaron durante muchos años la citada tienda de ultramarinos y grande fue su sorpresa y disgusto, por lo inesperado, e indigna la exposición de aquel testamento que un abogado les abrió en presencia de algunos familiares del difunto dueño de aquel y otros inmuebles. El señor Ribesalbes, soltero, que había muerto nonagenario, había sido atendido durante sus últimos años por el matrimonio de Jacinto y María, y jamás se habrían imaginado aquel destino final de sus bienes. Finalmente aceptaron la última voluntad del abuelo y recibieron con resignación, una casita en las afueras del pueblo del vecino Canals, en la carretera que lo unía con Novelé.

Con todo el respeto y guardando la compostura, aceptaron su destino y acordaron fecha para desalojar la tienda que, con gran interés, esperaba Rafael Revert y su familia, heredero del inmueble, sintiéndose dueños ya del local.

Rafael había vivido casi toda la vida en Ollería. Allí se había casado con Sonia Marivent. Decían las malas lenguas que ambos tenían en su pasado sucesos que esconder, pero que congeniaban bien y nada había que reprocharles en la actualidad, exceptuando el haber hecho valer su segundo apellido, idéntico al de su benefactor, y su mano izquierda que supo conseguir, al final de la vida del viejo Ribesalbes, su mejor inmueble y parte de efectivo.

Jacinto, esposo de María, hombre honrado como el que más, se tuvo que conformar con una cuarta parte de tierra que poseía Ribesalbes entre los lugares de Montesa y Canals. Las otras tres cuartas partes fueron destinadas a otros tantos sobrinos, de parte de su difunta esposa, de los cuales vivían sus descendientes, todos ellos domiciliados en Valencia.

La gente comentaba como había sido posible que, en sus propias narices, hubiese cambiado el testamento un hombre que no podía tener queja alguna del matrimonio Colomer Valls, quienes tampoco esperaban aquella decisión. Pero lejos de enfrentamientos y envidias, rehuyeron del caso y antes de tres

meses quedó la tienda en poder del primo Rafael, sin duda, autor del cambio de pensar definitivo del viejo.

María y Jacinto no tenían otra familia directa. Ambos eran hijos únicos y contando con más de cuarenta años no tenían descendencia. Con el dinero heredado y sus ahorros, acondicionaron la casa de la calle Arrabal, en La Torreta, y Jacinto pronto se empleó en el mercado municipal de Canals. Entretanto, convinieron que María quedaría cuidando de la casa que, durante años había permanecido cerrada. Ella era devota y solía acudir a misa los domingos y entre semana, cuando le era posible, acudía a primera hora.

Cierto día, encargando una celebración por las ánimas de los parientes difuntos, don Pedro, el cura párroco la citó aparte. Sabía el sacerdote que, desde hacía años, habían perdido la esperanza de concebir un hijo, pues el confesonario es propicio para esta y otras conversaciones. María ese día llegó a casa con un aire diferente. Su rostro parecía otro, pero nadie se lo advirtió. Esperó con ansias la llegada de Jacinto para contarle que había surgido la esperanza de conseguir un bebé, lo que con tanta ilusión y calladamente esperaban.

—Don Pedro, con gran secreto, tiene en sus manos el conseguirmos un niño, Jacinto. ¿Te lo imaginas? —Y los dos se abrazaron.

—Pero ¿cómo puede ser? Ha pasado mucho tiempo, somos mayores...

—No digas eso —dijo María—. Es el mayor regalo que nos han podido dar.

—Es verdad, María. ¿Estás segura?

—¡Sí! No he podido resistirme y le he dicho que estamos dispuestos a recibirle en nuestro hogar y a cuidarle como si fuera hijo de nuestras entrañas.

Y ambos contagiados de alegría removían cielo y tierra dentro de su casa. María buscaba y rebuscaba por los baúles y roperos, algo de ropita para el bebé. Marchó tan pronto como pudo en busca de vestimenta hasta Xàtiva. Allí no la conocían y nadie preguntaría nada inconveniente.

Jacinto encontró en el piso alto una camita de niño que afanosamente limpió y adecuó para la llegada del bebé. La casa en pocos días parecía otra. Quedó pintada la fachada y las dos habitaciones. Aunque era verano, Jacinto pidió prestado un carro y un mulo para afanarse a llenar el corral con leña suficiente para pasar el invierno. Parecía que el matrimonio hubiese rejuvenecido.

Volvió pronto María a hablar con don Pedro sobre el tema y, por discreción, este solo le dijo que tuviesen preparado todo para la llegada del

niño. No podía darle señas ni pistas sobre la edad ni su procedencia.

—Cuando lo tengas procederemos al bautizo.

Fueron las últimas palabras. María marchó un poco asustada por las palabras del párroco, pero esperanzada de que todo aquello iba a ser verdad. No podía fallarle. Tenía a don Pedro como un hombre de bien y, además, era conocido que en Canals e incluso en La Torreta se habían dado otros casos de niños aparecidos en una cesta en la puerta de domicilios.

Pocas fechas después, una madrugada alguien llamó a deshora a la puerta de madera de la casa, a las afueras del pueblo. Al abrir vieron un cesto en el suelo y, en su interior, sobre un lecho de lana de oveja y envuelto en una sábana y una mantita, lloraba un recién nacido. Apresuradamente, María lo cogió y lo puso a cubierto en el interior de la casa.

Jacinto cerró la enorme puerta de dos hojas, una de ellas con portón, y quedó apoyado de espaldas junto a esta con los ojos cerrados, y con emoción y agradecimiento murmuró:

—¡Por fin!

Y suspiró a su esposa que había sacado de inmediato al niño y lo mecía entre sus brazos acariciándole para que cesara el llanto.

—Pobrecito mío, no llores.

El fuego ardía en la chimenea que adornaba el centro del comedor, como en la mayoría de las casas valencianas. Esta tenía la amplia entrada con empedrado para los carros. A continuación había una modesta cocina, desvencijada, que permanecía separada del comedor por otra amplia puerta interior de pino con cristal superior, para que así pudiesen los escasos rayos de sol clarificar las lóbregas estancias.

—¡Es una niña! —dijo María a su marido, todavía más emocionada—. ¡Es preciosa!

Y la abrazó contemplando con gozo la alegría que también mostraba su marido.

El matrimonio al fin veía realizada su ilusión. Era como si Dios les hubiese recompensado con creces aquel cambio de vida que sufrieron al morir su tío Ribesalbes. Al día siguiente, la mayoría de vecinos conocían la noticia de que alguien había dejado una niña en el umbral de la puerta de los Colomer Valls.

Aquella niña creció con el amor y sobreprotección de sus padres, mayores, que se desvivían por ella. Nadie conocía ni preguntaba por sus orígenes. La mayoría de gente lo aceptaba como un regalo del cielo. Jamás

ningún vecino dirigió palabra alguna a la familia sobre el tema, si bien es cierto que los más “metomentodo” no podían evitar comentarios, tales como que si sería hija de alguna monja y algún presbítero; o si alguna criada de casa bien habría sido despojada de su hija para evitar escándalos, etc.

Corría el año 1900 y todo era felicidad en el hogar de los Colomer Valls. La niña crecía hermosa y mostraba su agradecido pelo rubio ondulado que su madre se encargaba de peinar a diario. Pronto hizo amiguitas que la visitaban para jugar, junto a sus madres, centinelas de las mismas. La niña había sido bautizada como Nieves y en una doble inscripción aparecían los nombres de Dolores Nieves y se barajaban los apellidos Abad Expósito y los de Colomer Valls.

Sin duda el nombre de Dolores así como los primeros apellidos, le fueron asignados durante los escasos días de vida de la niña, antes de su adopción, y creyéndose obligados en su precepto los encargados de su custodia. El resto de documentos que contenían el nombre del lugar del alumbramiento, así como el de su madre biológica fueron ocultos a los padres adoptivos y firmados y sellados para ser devueltos a su lugar de origen. Así lo mandaban los cánones y así se cumplieron. El bueno de don Pedro ojeó aquellos legajos que a nada le sonaban y, por más que se fijó en los datos, prefirió pasarlos por alto por no interesar a nadie. Pero antes de devolverlos, la curiosidad superó a la obligación y, como ser humano que era, pensó que aquel trámite solo podría interesar en aquel momento a la posible madre biológica. Pero... quien sabe —se dijo. Quizás ni ella misma quiera saber nada. Pero queriendo estar en paz con su conciencia tomó la pluma y el tintero y escribió en el final del escrito: “*In tutum meas*”

Solo los clérigos sabrían el significado que aparecía al pie de la página, “En buenas manos”. Y don Pedro procedió a devolver la inscripción original, mientras una copia quedaba en la parroquia de Canals a disposición de la feligresía.

—Así tendrán la certeza del feliz destino.



María ahora vivía para su hija, además de su marido y este continuaba trabajando en el puesto del mercado municipal.

El matrimonio poco a poco fue adquiriendo las partes de terreno de

vecinos lindantes de su heredada tierra, a los que apenas conocía. Creyó oportuno agrandar la finca en vez de malvenderla o abandonarla. Compró también un animal adecuado para labrar y desplazarse hasta las huertas. Con su mula y un carro iba y volvía casi a diario durante parte del verano, haciendo un gran esfuerzo tras su jornada de trabajo. El matrimonio empezaba a mirar al futuro y comentaban que dejarían a su hija una parte considerable de almendros y olivos en la partida “La Foya”, además de una casa en condiciones. Esto les servía para vivir con tranquilidad e ilusión, como en sus años mozos habían soñado.

La joven Nieves acudía asiduamente a la escuela, muy precaria entonces, a la que raramente llegaban la mitad de los educandos. María y Jacinto evitaban, en lo posible, que faltara a su educación. La mayoría de chicos, o se escapaban, o eran requeridos por sus padres para acompañarles y ayudar en distintas tareas. Las chicas eran ocupadas muchas veces por las madres que, saturadas y de hijos y de trabajo doméstico, debían atender a los hijos menores, valiéndose de sus muchachas mayores para ello. La natalidad era abundante y desgraciadamente también la mortalidad. No era raro encontrar casas de matrimonios con siete u ocho hijos vivos. Las epidemias hacían estragos en la población y la lepra, la peste, el cólera, el tifus y la tuberculosis eran solo algunas de las enfermedades difíciles de combatir. Pasados los años se dedujo que la mayoría de personas que lograban sobrevivir a aquellas epidemias y miserias, podrían llegar a viejos sin conocer apenas médico, y solo el destino era capaz de arrancarles de este mundo, en el que tantas contradicciones habían encontrado.

María tenía en la capital de la Ribera Alta, Alzira, una prima segunda con la que mantenía cierta relación. Era la pariente más allegada con quien tenían contacto frecuente. Angels, que así se llamaba, vivía en una casa de campo en la partida de la Casella junto a su marido Bernat y sus hijos Alberto y Bernardo, como caseros, trabajando en la finca de naranjos a la que se sentían ligados estrechamente.

Cuando el tiempo era propicio se visitaban mutuamente y, varias veces al año, se carteaban manteniéndose al corriente de sus vidas.

Por la rama de Jacinto, y sobre todo los co-herederos, fueron dejando de lado a los Colomer una vez repartida la herencia y, máxime, después de que Jacinto adquiriese el total de la finca de la Foya.

Nieves era una niña adelantada en los estudios. La maestra estaba satisfecha de su alumna y contactaba con sus padres para ponerlos al día en

sus avances. Con seis años leía muy bien y pronto aprendió números, cosa nada habitual entonces. Sus padres escuchaban a la maestra entre emocionados y orgullosos. En su interior pensaban que sus padres habrían sido personas de bien y con ello, aún la querían más.

En ningún momento preguntaba la niña a sus padres sobre su origen, a pesar de que varias niñas mayores la insultaban diciéndole que era acogida.

Era pleno verano y ante el agobiante calor, las niñas, que jugaban en casa de Nieves, iban ligeras de ropa. La niña que estaba a su lado, alargó la mano inocentemente hacia el pecho de Nieves y tocó la pequeña marca que allí tenía. La pequeña sabía desde siempre que tenía esa mancha en su cuerpo, justo entre los pechos y para ella era algo normal, pero, su amiguita sentía curiosidad.

—Tienes una peca en el pecho.

—No es una peca, es una mancha de nacimiento —contestó Nieves con seguridad.

Así se lo había explicado su madre. Pero, no obstante, conforme fue creciendo y a medida que sus pechitos iban tomando forma femenina, observaba aquello que parecía una cicatriz con detenimiento. Al llegar la pubertad, aquella cicatriz redonda fue aumentando de tamaño y lo comentó con su madre, la cual ya le había advertido del cambio que se producía en su cuerpo y del peligro que podía correr al jugar con los niños. Aquel y otros temas eran considerados tabú. Los primeros años del siglo XX eran propensos a las modas femeninas con ropajes extremadamente largos y abultados, de manera que aquella huella en su pecho quedó bien protegida con todos los adornos que las jovencitas se colocaban.

Cuando llegó a los quince años mostraba afición a otros temas además de lo que enseñaban en las escuelas que era coser y bordar, labores que creían acertadas, adecuadas y de gran valor para la vida y las tareas de la mujer. Ella disfrutaba cuando escuchaba a la maestra adentrarse en algún tema social, cultural y natural. Amaba con dulzura a los animales. Disfrutaba de la naturaleza y había descubierto en novelas de mujercitas un contagio para seguir leyendo y aprender algo nuevo cada día.

Nieves había sido educada por su madre en las tareas domésticas. Tenía un sentimiento anormal hacia el caballo que su padre tenía en el establo. Jacinto se extrañaba de que una niña mimara tanto, hablara y acariciara al animal que le servía de herramienta, haciéndole mucho más caso que a él.

A la perrita que tenían la trataba como si fuese racional; disfrutaba

paseándola y dándole mimos como a una persona. Pero lo que sus padres no habían notado era el afán que Nieves tenía por aprender y por preguntar hechos a las personas mayores. Desde que supo escribir, empezó a redactar un diario que guardaba como un tesoro. Acudía con alguna compañera a las clases de repaso para que la maestra le indujese comentarios de adultos y le enseñase libros y biografías de personajes célebres. Quería estar enterada de cuanto pasaba a su alrededor. Era de las pocas niñas que mostraba estas cualidades y la maestra se enorgullecía.

Llegada la contienda mundial, le gustaba estar enterada de lo que había motivado aquella hecatombe que amenazaba con llegar a nuestras fronteras. De este modo, escuchó nombrar a un escritor famoso ya entonces, valenciano que a menudo escribía folletines que acompañaban al periódico “Pueblo” y que él mismo había fundado.

Se interesó por ojear los escasos periódicos que llegaban a Canals y, casualmente, empezó a coleccionar aquellos fascículos de Blasco Ibáñez que empezaron por algunos cuentos valencianos y continuaron con otros como “Los Fanáticos”, “Viva la Republica” y “Araña Negra”.

Tenía que dedicar horas a la lectura de aquellos folletines que tanto la atrapaban. Para ello restaba horas de sueño por la noche, quedando hasta tarde leyendo. Le interesaban mucho aquellas narraciones del autor de “La Barraca” y “Cañas y Barro”, que le habían sorprendido ahora con aquellos nuevos escritos, aunque más antiguos. Notó que aquellas tres novelas no eran conocidas por casi nadie y se extrañó. Pero cuando verdaderamente tuvo uso de razón dedujo que en las primeras, el autor se correspondía con un revolucionario, anárquico republicano y, quizás por ello, a la mayoría de adeptos seguidores no les interesó.

Nieves, no es que compartiese sus escritos, pero gustaba ver expresada aquella política sin miramientos ni tapujos, algo nada habitual y eso es lo que la atrajo a devorar aquellos fascículos que parecían interminables y que ella llevaba casi al día. Los guardaba en su habitación, sin complejo alguno, con intención de encuadernarlos, a sabiendas que sus amigas coleccionaban otro tipo de lecturas más románticas.

En el final de la contienda empezó el diario Pueblo a entregar otro coleccionable: “Historia de la Guerra Europea”, en la que Blasco Ibáñez ofrecía su peculiar visión sobre aquellos hechos.

Todo parecía ir viento en popa cuando Jacinto llegó una fría tarde a casa tiritando de frío y con el semblante descompuesto.

—Me encuentro mal María —dijo al entrar.

Y así debió ser ya que Nieves fue la encargada de acompañar al establo a “Romera”, la mula de su padre, y desaparecerla.

A partir de este día Jacinto permaneció varios días en cama. El médico avanzó que había enfermado de tuberculosis y el tratamiento no era nada esperanzador.

—Traten de mantener la habitación caliente y eviten que haga esfuerzos.

—¿Cómo lo ve doctor? —preguntó María al cabo de varios días.

—Jacinto es un hombre fuerte, puede que lo supere, pero no me atrevo a asegurarlo. Su estado es preocupante.

Las dos mujeres quedaron sollozando a la cabecera de Jacinto cuando el doctor marchó.

Pero el enfermo daba señales de recuperación, seguidas de crisis que lo retenían en cama. En esta situación, Nieves se interesó por la economía familiar. Acudieron madre e hija a la finca de “la Foya” para estar al corriente de su estado, ya que hacía años que no la visitaban. Durante el largo paseo hasta allí, Nieves comunicó a su madre el deseo de empezar a trabajar.

—Papa está enfermo, me siento capacitada para aportar el jornal a casa. Soy joven y es lo correcto.

María, después de mirarla fijamente a los ojos la abrazó, mientras seguían el camino de vuelta a casa. Varios días después, enterada de que se precisaban aprendices en una fábrica de pieles y curtidos, cerca de la estación de ferrocarril, se presentó en aquella pequeña nave, aún en construcción y pidió trabajo. Fue convenida su entrada para el día siguiente.

Allí empezó Nieves a trabajar asalariada. Ella era de las pocas personas que pensaba que las mujeres que quedaban en casa tenían el trabajo asegurado, aunque no reconocido ni remunerado. Allí tomó contacto con la realidad de la gente del pueblo, con los trabajadores en general, que no distaba tanto de aquellos personajes que aparecían en la novela “Los Fanáticos”, en donde se reproducían escándalos y adulterios conocidos por ambos conyugues, con tal de ser resarcidos en dinero y situaciones mejoradas.

Nieves era una jovencita pelirroja de mirada algo retraída, nada fácil de convencer cuando tenía ideas formadas sobre cualquier cuestión. Era de mediana estatura, de conversación fácil y con el don de saber escuchar a la gente de su alrededor. Poco a poco fue adquiriendo conocimiento de la cultura y los entresijos de la gente del lugar. En la fábrica se acabó de forjar

su carácter de mujer adulta, entre historias contadas a viva voz, mitad broma y mitad en serio, de mujeres de diferentes edades, con un nivel cultural muy diferente al suyo. Allí entendió los beneficios que comportaban la educación y la cultura general, tan escasa en aquella humilde gente. Pero también conoció secretos y testimonios que en libro alguno estaban. Aprendió la realidad de la vida. Sabía ahora lo que costaba llevar unas monedas a casa a cambio de sufrir calor en verano, frío en invierno y resignación a diario.

No era partidaria de la altanería de su encargada que, casi siempre, andaba a voces mandando a los empleados; pero veía que todos callaban y otorgaban obedeciendo, aunque, en cuanto podían y a escondidas, comenzaban a desacreditarla, a ponerle motes y a vilipendiarla para desahogar la rebeldía que no se atrevían a mostrar en su presencia. Nieves, pasadas varias jornadas se atrevió a preguntar:

—Entiendo que no compartáis la manera de ordenar de la encargada, pero os recomiendo que recapacitéis un poco y penséis si sería conveniente, en el momento adecuado, tener una conversación con ella. Tal vez con vuestra furia y la suya en calma, se pueda llegar a algún acuerdo que pueda beneficiar tanto a nosotras, trabajadoras, como a ella. Pensad que ella también debe obedecer órdenes y hacer cumplir otras. ¿Qué os parece? Si logramos un tanto así —dijo mostrando la mitad de su dedo índice—, seguro que nos vale más que las recriminaciones que hacemos cuando ella no nos ve, y que a nada conduce sino a acrecentar el odio. Me he dado cuenta de que trabajar es necesario, pero trabajar a disgusto no conduce a ningún sitio.

Las compañeras que la escuchaban no se atrevían a contestar. Solo murmuraban extrañadas de que una joven con poca experiencia hubiese sido la que estaba intentando que llevasen una vida laboral más soportable. La joven no era partidaria de mostrarse líder en forma alguna, pero era incapaz de ser como la mayoría, hipócritas, y pasarse media vida criticando a una gente, y la otra media elevándola para guardar su puesto de trabajo.

Poco a poco Nieves hizo ver que cuando se cometía una injusticia, lo lógico era comunicarse, cambiar impresiones y tratar de solucionarla, en lugar de rumiar y conformarse almacenando odio.

La joven lo comentó con su madre y esta trataba de convencerla para que no se entrometiese demasiado en las costumbres de la gente; ella era nueva y la experiencia podía hacer maestría, a lo que la joven, contestó que no era partidaria de la violencia para compartir ideales. Finalmente, doña María otorgó convencida de que su hija estaba en lo cierto, aunque le

preocupaba que alguna compañera le guardara rencor.

—No tenga miedo madre. Las personas poseemos el don de la razón y de ella nos hemos de valer para seguir día a día luchando. Nada hay mejor que sentirse a gusto consigo mismo. La conciencia tranquila es algo que supera al dinero. Esa felicidad no se paga con ninguna moneda.

Don Jacinto sufría algunas recaídas en su delicado estado de salud. Apenas podía levantarse de la cama. El médico de Canals no podía ofrecer más remedios que esperanza y desearles que afrontasen la situación con valentía y resignación. Tras más de un año enfermo su cuerpo no pudo más y marchó al otro mundo una fría noche del mes de diciembre de 1916.

Ahora se encontraban solas las dos mujeres, con el cobijo de las vecinas y el consuelo que les ofrecían los familiares venidos desde Alzira: Angels y Bernat con sus hijos, los cuales quedaron unos días con ellas.

Pasado un tiempo Bernat y su hijo mayor marcharon a la finca rústica de la Casella. Las dos primas y sus hijos supieron apoyarse mutuamente en aquellos días tan penosos para los Colomer. Bernardo y Nieves, primos segundos, fortalecieron su relación familiar que debido a los quehaceres de ambos en los últimos años, quedaron un tanto distanciadas. Eran sus únicos parientes. Bernardo era varios años menor que su prima y su hermano Alberto tenía casi veinticinco años.

Bernat y Alberto eran los hombres de confianza de la finca de la Casella. Allí se encontraban en pleno proceso de modernización. Una parte de la finca era llana y con terreno fértil, arenisco-rojizo, que estaba dedicado a cultivos bajos pero que, debido al auge en la agricultura de la zona poco antes de la contienda mundial, fue poco a poco reconvertida a cítricos, con una producción que empezaba a ser considerable.

La otra mitad de finca, estaba en transformación. Necesitaba aporte de tierra vegetal y nuevas conducciones de agua para su riego, así como una nueva perforación para obtener agua de calidad para aquella zona, más elevada que el resto, con mejor clima y en la que se iba plantar naranja “washington”, tan de moda en la época.

La familia de Bernat y Angels vivían cómodamente; nunca les faltaba trabajo, ni a ellos ni a sus hijos. De tarde en tarde recibía la visita del dueño de la finca y había que acondicionar aquella mansión y hacer el servicio mientras la ocupasen los señoritos. No solían pasar allí más de una semana, a excepción del verano en que permanecían más de dos meses.

Bernat estaba satisfecho de aquel trabajo en el que tenía bajo su mando a

más de diez trabajadores de Alzira y de Corbera que, a diario, acudían a la finca. Él y su familia poseían una casa con todo lo necesario, donde criaban animales y cultivaban hortalizas, como verdaderos dueños.

Bernat propuso a María y a Nieves que fuesen a vivir con ellos, pero ante la indecisión de su madre, Nieves dijo que prefería quedar en Canals, en su casa. Allí tenía ella su trabajo y su madre era casi una anciana, a la que no le convenía la soledad de una casa de campo. Y así lo hicieron.



En la vecina Xàtiva, se encontraba el cuartel militar “Marqués de Orduña” en donde pernoctaban casi trescientas personas. Debido a la movilización de casi toda Europa en la guerra, que ya duraba varios años, el cuartel de Xàtiva estaba ocupado en su totalidad y llegó la época en que apenas se daban permisos a los soldados. Xàtiva estaba bien comunicada por ferrocarril, puesto que poseía, desde siempre, dos líneas: la principal que unía Valencia con La Mancha y Madrid, y una secundaria que la unía con la Vall de Albaida hasta Alcoy. Esta vía de comunicación era muy concurrida en general, pero más por los soldados, que tenían beneficios en la compra de sus billetes. Era la línea oficial del Ejército.

Destinado a Xàtiva llegó Rodrigo, joven oriundo de Castilla que, tras haber sido liberado del servicio al cumplir veinte años, había vuelto a ser reclutado, superando la edad militar debido a la movilización europea.

Habían reclutado soldados de 18 a 25 años para fortalecer al Ejército de Tierra ante una posible inmersión en aquella guerra. España era considerada *aliadófila*, es decir, que compartía criterios con los aliados pero no participaba activamente en ella.

En aquellos años se alargó considerablemente la permanencia en filas y no era raro que algunos militares entablasen relaciones con jóvenes de la ciudad.

Nieves solía frecuentar desde niña el mercado de los martes en la capital de La Costera; primeramente acompañando a su madre y, después, como la mayoría de jóvenes de su edad, siendo asidua cada año a visitar su “*Fira d’Agost*”, a la que acudía mucha gente de los alrededores, incondicionales y conocedores del agobiante calor de aquellas fechas. Rodrigo conoció a Nieves en uno de estos viajes y entablaron una relación que lo hizo viajar

muchas veces en tren hasta la cercana Alcudia de Crespíns, que compartía estación con Canals.

Al poco tiempo la joven comunicó a su madre que había conocido a un joven, de habla castellana, que era militar en Xàtiva. Doña María no se alteró con la noticia, pues veía en su hija una hermosa joven a la que suponía que no le faltarían pretendientes.

—Me alegro mucho, hija —le dijo—. Espero que tu elección sea formal, y si te soy sincera, hace tiempo que esperaba alguna noticia —le dijo sonriendo con satisfacción.

Nieves quería mucho a su madre y, a pesar de su carácter reservado, no evitaba las manifestaciones de amor hacia ella. Ahora que su padre las había dejado para siempre, se necesitaban mutuamente más que nunca.

Todos los fines de semana aguardaba pacientemente a su amado Rodrigo, y su corazón latía con mayor fuerza cuando lo veía aparecer por la esquina de la Plaza de la Fuente, donde ella solía esperarle con alguna amiga.

Nieves era ya toda una mujer y se notaba en su aspecto un aire nuevo, una alegría que antes tenía dormida. Empezó a pasar por alto los chismorreos y habladurías que sus compañeras de la fábrica seguían contando. Se sentía satisfecha al haber conseguido que sus compañeras dialogaran con la encargada algunos aspectos referentes al trabajo y al cobro; incluso habían sido capaces de pedir educadamente entrevistarse con el jefe que, por cierto, las recibía con agrado.

A veces, la joven parecía ausente. Pensaba en su amado y muchas eran las dudas que la abordaban, ahora que la relación iba a formalizarse. Durante los días libres y muchas noches, seguía con su hábito de lectura y descubría nuevos autores que atrajeron su atención. También se interesaba, como la mayoría de jovencitas, por las novelas del corazón, bautizadas así recientemente, pero cuando se enteraba de la aparición de alguna novela de Blasco, lograba reunir las dos pesetas y corría al kiosco para comprarla. La siguiente que adquirió, esta vez en un solo tomo, fue una novela costumbrista valenciana, “Entre Naranjos”. Allí descubrió el amor entre dos jóvenes de diferente alcurnia y vio cierta similitud con el suyo. Sobre todo, lo que ella creía que se asemejaba era que el amante de la novela no conocía el pasado de su querida y esto le hacía pensar en que realmente este podía ser su caso y, a partir de entonces, se planteó averiguar de Rodrigo todo su pasado, ya que, aunque le conocía casi un año, nada había comentado de sus progenitores. Solo les importaba el presente; estaban ciegamente enamorados.

Aquella novela, probablemente porque su estado emocional era distinto, le hizo pensar en muchos de sus acontecimientos. Así conoció plenamente las inundaciones que el Xúquer producía, de vez en cuando, en gran parte de la comarca de La Ribera. Nieves también recordaba que, la familia que tenían en Alzira, les habían contado algunas de las crecidas del río, pero que no alcanzaron la finca de la Casella, a la que consideraban como suya.

Conoció el modo de vivir de los poderosos de las ciudades, disfrutando a su capricho de los placeres que se les antojaba, seguros de que su familia sabría disimularlo entre ellos y esconderlo a la sociedad, con tal de no manchar en absoluto su honor. A Nieves le pareció extraordinaria aquella manera de proceder de la alta sociedad, que hacía oídos sordos ante los ojos de la familia; se asombraba de como los pobres trabajadores asumían los ultrajes que los poderosos les proferían a cambio de migajas, a la vez que se rodeaban de clérigos para sentirse perdonados de todos sus pecados. Aquellas historias las vivió Nieves muy de cerca, dada la proximidad de Alzira, lugar donde se desarrollaban aquellas corruptelas.

Allí vio ratificada la unión existente entre la nobleza y la religión católica. Ella acudía a la parroquia habitualmente, pero no se había fijado en la íntima relación que guardaban, en celebraciones, las autoridades con los presbíteros que ofrecían las liturgias. Ahora entendía a la perfección aquel nexo que los unía, además de los favoritismos que se dispensaban mutuamente.

Hacía poco Canals había celebrado sus fiestas patronales en honor a San Antonio Abad, el diecisiete de enero. Nieves ya estaba acostumbrada a ver aquella enorme hoguera que los especialistas se encargaban de montar pieza a pieza, como si de una verdadero puzzle se tratase, pero Rodrigo se asombró al ver, días antes, la plaza de la iglesia llena de troncos de todas las medidas, superando algunos los diez metros de altura. El día de la Inmaculada, el 8 de diciembre se había llevado a cabo la “socà”, que consistía en acarrear desde el monte próximo los troncos de pinos que, previamente, habían cortado con hachas y sierras, dejándolos limpios de ramajes para que su acople en la monumental hoguera quedase con el mínimo hueco posible entre ellos. Era una verdadera fiesta ver aquellos caballos arrastrando, cada uno según su pujanza, los troncos desde lo alto del monte conocido como el puerto de Ollería.

Después, los afortunados mediante sorteo, procedían a ir colocando aquellos enormes troncos, ayudados por la muchedumbre que permanecía

expectante. Siempre había demasiados voluntarios para el montaje de aquella monumental hoguera, por lo que se requería previo sorteo de candidatos, todos con sobrada experiencia. Días después, se procedía a acarrear la “*pinocha*”, que era la parte verde de los pinos. Esta se utilizaba para cubrir la parte exterior de la gran hoguera, empleando una gran habilidad para colocar el ramaje de tal manera que parecía que estaba peinada, hoja por hoja, siendo aquella artesanía digna de admiración para vecinos y extraños.

—Cuando quede acabada la hoguera —dijo Nieves a Rodrigo— existe la tradición de pedir un deseo mientras se le da la vuelta, bajo la bendición de San Antonio que, desde la altura, nos contempla.

Efectivamente, allí, en el centro de la portada, entre las dos torres que se levantan a ambos costados de la iglesia, había una imagen tallada en piedra del santo, que parecía esperar año tras año aquella celebración. Rodrigo se maravillaba al ver que, la monumental hoguera que ardería por la noche, estaba situada tan cerca de la fachada del templo. Con anterioridad, los vecinos habían retirado todos los objetos que podían sufrir desperfectos cuando las llamas devorasen aquella obra de arte. Retiraban cortinajes, persianas y otros enseres próximos a la plaza, y tenían preparados sendos recipientes de agua para ir esparciendo sobre las llamas y también sobre las puertas de las viviendas, todas ellas de madera de pino fácilmente inflamables.

Llegó el día dieciséis. Las ocho de la tarde era la hora prevista para el encendido de la “*foguera*”. Los artesanos estaban llenos de júbilo viendo que había ardido por los cuatro lados en donde se les había acercado la antorcha.

En pocos minutos el resplandor hacía que los espectadores hubiesen de retroceder varios metros, alejándose de aquel fuego. Algunos viejos aseguraban que las llamas curaban la bronquitis, el asma y los dolores en los huesos, sobre todo, el mal de espalda, para lo que había que permanecer de espaldas a la hoguera, y de paso, ocultaban el rostro ante aquella incandescencia.

La banda de música alegraba las calles de Canals durante aquellas celebraciones, que se prolongaban durante varias jornadas. El día siguiente a la quema de la hoguera se iniciaba una cabalgata llamada “*els parells*”, en la que se repartía juguetes y caramelos para todos los vecinos.

Estos días Rodrigo volvía al cuartel con retraso, consentido por su superior de la compañía por ser fiesta en el pueblo de su prometida.

El joven fue bien recibido por doña María, que puso en él grandes

esperanzas, convencida de que él protegería a su niña cuando ella ya no estuviese. Pero, a pesar de ser anciana, se conservaba bien y evitaba hacer comentarios sobre su salud. Era una mujer reservada y guardaba para sí los pensamientos que creía que podían entristecer a su querida hija.

Nieves estaba enterada de que sus padres eran adoptivos y no daba más importancia al asunto. Solamente una vez contó doña María a su hija que la decisión de imponerle su nombre al bautizarla fue debido al enorme frío reinante y a la copiosa nevada excepcional que habían precedido a su bautismo. La joven se conformó con aquella revelación y tenía asumida su naturaleza. Para ella, sus verdaderos padres eran Jacinto y María.

El joven castellano-parlante contó a Nieves y a su madre que, poco antes de partir de su tierra e incorporarse a filas, su madre se encontraba muy mal de salud, y las noticias que recibía en sus cartas no daban demasiadas esperanzas. Esto hacía que el joven se mostrara triste y apático al pensar que su padre quedaría solo. Relataba que su familia era conocida como acaudalada por poseer, ambos progenitores, algunos títulos nobiliarios, pero que su fortuna había ido menguando al tener que socorrer, no pocas veces, en las revueltas de la causa real a finales del siglo pasado y, además, últimamente la filoxera había arruinado casi la totalidad de las viñas de su padre. Tanto fue así que se habían visto obligados a abandonar e, incluso, vender unas tierras para ir reconvirtiendo otras; esto representaba inversiones importantes y el despido de personas que, durante años, habían estado al frente de aquellas fincas. Ahora, su padre debía ser consecuente y poner en producción las tierras que verdaderamente fuesen adecuadas. Hasta entonces no había dedicado tiempo suficiente para saber cuáles eran rentables realmente.

—Mi padre afronta ahora una difícil situación. Debe sentarse y hacer números. Calcular cuales son las fincas que pueden seguir interesando y para el resto solo tiene dos caminos: darlas en aparcería a sus encargados o vender. Tengo confianza en que haya tomado nota de ello tras las largas conversaciones que tuvimos antes de mi partida. La época ha cambiado, las contribuciones nos persiguen y, la época de favoritismos, es agua pasada. Se acabó el ser un señorito que se limitaba a visitar, por puro placer, sus fincas, mientras los sumisos trabajadores cumplían, humillados, su tarea de sol a sol sin atreverse nunca a reclamar nada. Le he hecho comprender a mi padre que el modernismo se acerca a pasos de gigante y no podemos vivir anclados en el pasado, añorando lo que podría ser y nunca será. El siglo XX ha traído

consigo derechos a los trabajadores a consecuencia de su lucha. Por fin los gobiernos han atendido a los sindicatos y han cedido algo en su favor. La masa obrera del norte ha sido la pionera, y después la siguió Cataluña. Finalmente, hasta Extremadura se ha movilizadado contra los caciques que jamás creían ver el ocaso de sus derechos.

—Pero tú has estudiado —dijo María.

—Sí. Estudié hasta los dieciocho años. Pero tomé conciencia de los problemas que atravesaba mi familia y creí conveniente que haría mejor papel ayudando y asesorando a mi padre, que no en la lejana capital llevando una vida de señorito, al igual que lo habían hecho en su juventud mi padre y mi abuelo. Ellos vivieron esos años alejándose más y más de sus problemas reales, que iban aumentando sin cesar y solo esperaban a la gracia de Dios para que los solucionase. ¡No señor! Había que tomar medidas y en ello estamos. Ahora, además, a causa de esta maldita guerra, por primera vez en muchos años, el gobierno ha resuelto movilizar incluso a los que estábamos exentos de servir a la patria.

—Esto no habrá gustado a tu familia, ¿verdad? —dijo su futura suegra.

—No demasiado. Pero a mí me satisface ser uno más de los españoles. Solo me duele el haber dejado a mi madre enferma —y unas lágrimas asomaron a sus ojos.

Nieves se acercó a Rodrigo y trató de consolarle.

—Conozco bien lo que sientes. Nosotras estamos muy solas desde que mi padre nos abandonó. Sé positivo y piensa que me has encontrado a mí. La vida a veces no nos trata como merecemos y por eso debemos ser fuertes y afrontar el día a día. No es más rico quien más tiene sino quien menos necesita y, si lo pensamos con detenimiento, para vivir sobraría con cubrir las necesidades básicas, en cambio, la sociedad nos arrastra hacia el capitalismo, haciéndonos creer que precisamos adquirir constantemente cosas que son secundarias y no necesarias. Yo he ido poco a la escuela —dijo modestamente—, pero además de aprender a leer, escribir y hacer cuentas, he descubierto que merece la pena pararnos a pensar en si lo que hacemos cotidianamente es lo adecuado, o si, por el contrario, nos contagiamos de una sed de posesión, olvidando a menudo valores fundamentales como el amor, el respeto, la comprensión o la ayuda al prójimo, para acoger otros no tan buenos como lo son el odio, la vanidad, la codicia, la envidia, etc.; maldades que ya reconocemos como cotidianas por la facilidad en que entran a formar parte de nosotros y que, como una enfermedad, nos cuesta mucho reconocer

y mucho más, conseguir expulsarla.

—Pero, ¿por qué dices eso? —preguntó Rodrigo un poco extrañado de aquella reflexión.

—Conozco, como te digo, mucha de la historia reciente de nuestro país y me preocupo por estar al día de lo que nos rodea, y se contemplan claramente demasiadas injusticias. Desde hace siglos el hombre empezó a construir armas para su subsistencia: necesitaba comer y por necesidad cazaba animales. Pero luego, la evolución hizo que aquellas armas progresasen al igual que la razón humana, llegando a crearse armas solo para defenderse y matar. O sea que, el hombre da por sentado que necesita sentirse seguro ante el peligro, e incluso matar si el prójimo le intimida demasiado. ¿No será que ya entonces la conciencia de aquel primitivo hombre actuaba a sabiendas de que algo estaba haciendo mal? ¿Por qué no utilizó la razón para dialogar con quien creía su enemigo y dejar que el sentido común hiciera el resto, en vez de prepararse para aniquilar a quien se le opusiera en su camino? ¿Por qué la humanidad no dio ese primer paso antes de utilizar la violencia?

—Te entiendo, Nieves, pero ¿no te parece un poco tarde para poner en marcha esta reflexión?

—Evidentemente que sí. Es tarde —dijo mirando al suelo—. En el momento en el que un sector de humanos hicieron prevalecer su poder y su valentía, empezó a gestarse la separación de clases, la creación de ricos y pobres, señores y esclavos. No hemos utilizado bien el don que nos separa y diferencia de los demás animales. Observemos una especie que, aun careciendo de escalas de poder, cumplen mejor que nosotros ciertos valores. Por ejemplo, las abejas. Existe una reina en cada población o colmena; el resto, a excepción del zángano, se dedican al trabajo. Las obreras, en verano, se ocupan en hacer procrear las flores de la naturaleza y, a su vez, extraer la parte sobrante de ellas para transportarlas a su casa y producir miel, cera o jalea real. ¡Si señor! Todo un ejemplo a seguir.

—¡Nieves! —Dijo su madre—. Quizás has llevado esta conversación demasiado lejos. Creo que lo importante en vosotros es el futuro. ¿Verdad Rodrigo? —Y dijo esto con un leve guiño de ojo hacia el joven.

—Es cierto, Nieves, pero también lo es que no podemos evitar reconocer el pasado que es el que ha condicionado nuestro presente.



Cuando la pareja de enamorados salía de paseo por la ciudad, solían hacerlo por la calle de *LLavadors*, curiosa vía que transcurría pegada al “*Riu de Sants*”, que los antepasados aprovecharon para dirigir el paso de sus aguas claras, nacidas pocos kilómetros arriba, a través del pueblo donde se habían construido los típicos lavaderos, donde acudían a diario la mayoría de mujeres a lavar sus ropas e, incluso, sus utensilios domésticos. A excepción de los pozos que tenían alguna casa, el resto no disponía de otra agua que no fuera aquella, y era aprovechada incluso, para dar de beber a los animales.

Otro lugar pintoresco que solían visitar era al “Oratorio de Borja”; era una antigua torre de vigilancia musulmana, que tomó su nombre al ser elevado Alfonso Borja a Papa, con el nombre Calixto III. Estos parajes eran propicios para conversar y mostrarse mutuamente su amor.

A finales de 1918 llegó al cuartel de Xàtiva la noticia esperada: “Alemania había aceptado las condiciones del armisticio”. La guerra había terminado.

Nieves aguardaba con cierto temor lo que haría Rodrigo una vez reinase la calma y finalizara su etapa de soldado.

—¿Tendrás ganas de ver a tus padres?

—Muchas —contestó él—. Hace más de un año que me marché y solo las cartas me sirven de consuelo.

En cuanto pudo, el joven soldado fue de permiso a su tierra, después de tanto tiempo. El ferrocarril estaba, en algunos tramos de la Meseta, en fase de construcción y el regreso fue más retrasado de lo esperado. Necesitaba abrazar a su madre, a la que presentía muy enferma.

Cuando se apeó del ferrocarril en Madrigal de las Cumbres notó que su corazón latía de manera diferente. Parecía como si hiciera años que no veía su tierra aunque todo estaba igual. El único que había cambiado era él. Vestido de miliar y con paso apresurado fue directamente hacia su casa, que podía distinguir desde lejos. De camino recibió el saludo de algunos vecinos, en cuyas miradas a Rodrigo le pareció ver algo que no presagiaba nada bueno.

Llamó a la puerta y se presentó ante él Sagrario, la hija política del antiguo procurador de su padre y su abuelo. Ambos se abrazaron y, seguidamente, Rodrigo preguntó por sus padres. Aquella, con voz queda hizo señal de que le acompañase. Pasaron a la habitación donde yacía su madre en

estado grave.

—¡Hijo mío! —Se abrazaron y estuvieron así hasta que Rodrigo entendió que tenía que dejarla reposar—. Siempre he estado rezando por ti, hijo, ¡abrázame!

—No te preocupes, madre, ya estoy a tu lado.

Sagrario permanecía en silencio contemplando la escena. Esta inventó un leve golpe de tos para atraer la atención del recién llegado. Este le dirigió su mirada y vio a aquella mujer enlutada y con el gesto de su cara le preguntó por quién llevaba luto.

—Rodrigo —habló al fin—, mi esposo falleció hace casi tres meses.

—Lo siento Sagrario. ¿Y mi padre?

—No se preocupe usted. Ha salido al campo con el nuevo encargado y no tardará en llegar. Son más de las doce.

El joven deseaba hacer partícipe a su madre de la relación que mantenía con la joven de Canals. Sagrario comprendió que su permanencia sobraba y avisó de su retirada. Al fin quedaban solos madre e hijo.

—Te pondrás bien mamá, ya lo verás.

Pero su madre cambió de semblante. Ahora no lloraba de alegría sino de dolor.

—He tenido algunas crisis que impiden que me levante. Pero mis fuerzas deseaban que llegases para verte por última vez.

—No, mamá, no digas eso.

Y la enferma irrumpió con un ataque de tos que hizo que la sirvienta entrase rápidamente en la habitación. Aquella antigua mansión parecía otra tras el paso de su abuelo don Gaspar a Raimundo, su padre. El primero dilapidó parte de joyas y ornamentos para saldar algunos empeños que él solo conocía. Raimundo había sido muy tolerante en los últimos años de vida de su padre y, a partir de aquella época, creyó conveniente poner en marcha un plan eficaz para sanear la hacienda.

Atrás quedaban las fincas de la Rioja y otras nada rentables. Rodrigo estaba preocupado por la evolución de los gastos durante el tiempo en que él había estado ausente.

De pronto se escuchó un crujir de cerrojo seguido de golpes de puerta y pasos al grito de:

—¡Rodrigo!

Era don Raimundo. Padre e hijo se abrazaron y con su mirada evitaban hacer comentarios ante la enferma.

En tan solo un año su padre había envejecido como en cinco. Su pelo oscuro hasta hacía poco, había encanecido y, su barba recortada, dejaba ver todas las huellas del sacrificio que aquel hombre, que no estaba acostumbrado a estrecheces, tuvo que soportar durante algún tiempo. Sin duda, lo que más aceleró aquel cambio fue la enfermedad de su mujer, de la que era consciente de que le quedaba poco tiempo de vida. Salieron padre e hijo al salón y quedaron hablando de la salud de su madre.

—Rodrigo, hijo mío, no puedo engañarte; el agotamiento de mamá es imparable; sus fuerzas no resisten. El médico viene a diario y no puede asegurarme ninguna mejora. La medicina no alcanza a más, pero su cuerpo sigue luchando.

—Si papá, necesitaba verme.

Ambos hombres comentaron durante la comida todo lo más relevante ocurrido durante el último año.

—Finalmente, la finca de “La Carrasquera” la hemos cedido en aparcería. Por lo menos nos proporcionará una renta anual además de continuar con su propiedad. Las de Villanubla y Cabezón ha sido conveniente concertar su venta y sus ingresos los podemos dedicar a la plantación de Peñarroya.

—Total —pensaba Rodrigo— que les quedaba algo menos de la mitad de la hacienda, pero ahora tenían clara la manutención y la esperada rentabilidad en un plazo de cinco años. Por fin lo que poseían estaba saneado.

Llegó el momento de contar su relación con la joven valenciana, confiando que su padre, conocedor de ello, daría su conformidad.

Y así fue. Don Raimundo era un hombre sencillo, de buen corazón, al que no se le conocían hazañas como las de sus antepasados, que nadie quería recordar.

Hacía mucho frío y la enorme chimenea permanecía encendida durante toda la jornada. En el olvido quedaron aquellos tapices y alfombras que habían sido la delicia de sus abuelos. La mayoría de cortinajes que, además de ornamento habían servido de escondite para espiar conversaciones indebidas en aquella casa, ya no estaban en su lugar. Ahora la casa transmitía familiaridad y pequeñas figuras decorativas adornaban los escasos rincones que quedaban libres de sillas.

Rodrigo había guardado su uniforme, comentando que, tras un mes debía volver a Xàtiva, probablemente a por la licencia, puesto que la contienda había finalizado.

Don Raimundo vestía traje de época, sombrero y botines adecuados para caminar por el campo. Su hijo había notado la suciedad de aquellos y omitió preguntar a su padre de donde venía. Se sentaron a la mesa hablando de todo un poco.

—Entonces, hijo, ¿qué piensas hacer?

—Papá, estoy enamorado de Nieves y no pienso traicionarla. Mi plan es casarme con ella.

Entretanto Sagrario entró con una humeante olla caliente que contribuyó a distender la conversación.

II



Con el carácter afectuoso y cordial que siempre le caracterizó, don Raimundo escuchaba a su hijo relatar los pormenores acaecidos durante más del año y medio que había transcurrido desde que marchó de Madrigal, llamado por el ejército.

Sin duda aquella fue una inesperada noticia; ningún antepasado Gamundio había ingresado en el ejército. En cambio, sí habían participado en las diferentes causas de las contiendas habidas en el interior peninsular, la mayoría de ellas, en defensa del absolutismo, apoyando al pretendiente Carlos, durante los largos periodos que siguieron a la muerte del cínico Fernando VII y tras la ejecución de la ley Sálica. Aparte de dejar al país mermado de casi todas las posesiones de ultramar, acarreó no pocas revueltas motivadas por la disputa del trono a su sucesora, Isabel. Aquel engañó al país cediéndolo a los franceses por un tiempo, permitiendo incluso que nombrasen su propio rey galo. Y no conformado en esto, volvió a restaurar la inquisición tras su vuelta al poder. Más recientes estaban las guerras por la continuidad de Cuba y Filipinas, que finalmente no se pudieron conservar. Todos estos avatares repercutieron en los antepasados Gamundio, acumulando más títulos y nuevas posesiones, usurpadas sin duda a otros propietarios nobles, venidos a menos.

Rodrigo y su padre tenían conocimiento de todo esto y eran los primeros de su larga ascendencia aristocrática que no comulgaban con aquellas ideologías. Tan solo se limitaban a comentarlo en familia y a actuar de forma diferente a la de sus antepasados. Hasta ahora, sus progenitores se habían ceñido a imitar aquella rancia e impopular nobleza que les había servido para llegar a adquirir propiedades en varias comarcas, cada vez que eran recompensados por haber apoyado a la monarquía.

Pero en la época que les había tocado vivir a ellos, la sociedad era

diferente y ellos llevaron a la práctica otras políticas, mejor vistas por el pueblo en general, que iba apreciando el cambio generacional que se estaba produciendo tras la muerte del último cacique, don Gaspar. Don Raimundo había tomado contacto con la realidad y con el pueblo y así era visto por quienes lo conocían: leal, justo y comprensivo. Por fin finalizaron aquellos secretos de alcoba que, durante tantas décadas, enturbiaron la casa de los Gamundio. Ahora, sus descendientes, eran considerados como una familia más de la población, aunque conservasen cargos políticos importantes en el distrito.

Pero de nada había servido que la nueva legislación contemplara la inclusión de todos los jóvenes en edad, llegado el momento de movilización para la defensa de la patria.

La sobremesa de aquel día se alargó mucho, pues padre e hijo necesitaban ponerse al día de todo lo que no podían contarse en sus cartas.

—Y ¿qué tal el clima de Levante?

—Muy diferente a este, padre. Allí raros son los días tan fríos como los de Castilla. El verano también se deja notar. Xàtiva es una ciudad con veranos sofocantes.

—Y ¿qué hay de cierto del incendio que se comenta en los anales?

—Cuenta la historia que, por el ansia de poder de Felipe V, y en vista de la resistencia que mostraron los vecinos de Xàtiva ante la invasión del enemigo, el monarca empleó toda su ira contra la ciudad y mandó quemarla. Y así se hizo. Aquellas pobres gentes sufrieron en sus casas lo que nunca imaginaron; se les incendió por sorpresa y a deshora. Allí fallecieron muchas personas y quedaron presos de las llamas muchos de los edificios nobiliarios. La ciudad está amurallada por la parte sur, en la cima de la “*Serra Grossa*”, pero permanece abierta hacia la huerta y por allí penetraron las tropas de Felipe V y, con emboscadas, lograron apoderarse de los principales edificios: Hospital, Juzgados, La Seu, Mercado. La calle principal, “Calle Moncada”, fue la más afectada de la ciudad por ser donde se concentraban la mayoría de las casas acomodadas. Pasados los años el monarca quedó consolidado como el peor enemigo que jamás tuvo Xàtiva y, como tal, se decretó la orden que en todos los edificios oficiales permaneciese la foto de Felipe V, puesto cabeza abajo, en señal de reproche.

—¿Y aún sigue así? —preguntó su padre.

—Por supuesto. Y permanecerá mientras la Casa de Borbón no pida perdón a la ciudad por su infame actuación. Hasta el momento, ninguno de

ellos se ha dignado a tal humillación.

—De manera que si nuestro actual Alfonso XIII decidiera rebajarse y disculpar algo que hizo su antepasado suyo...

—Sí, se colocarían las fotos en su posición normal. Mientras tanto, permanecerán boca abajo, condenado por todos —afirmó Rodrigo.

Siguieron hablando de los Gamundio y, de nuevo, salió el tema de la enfermedad de su madre.

—¿Cómo has visto a mamá? —Preguntó Raimundo.

El joven no pudo evitar las lágrimas que había evitado en presencia de su madre.

—Me gustaría decir que la encuentro mejor, pero ya sabes que es muy doloroso. Cuando me vio noté su enorme alegría, pero después me confesó que esperaba con ansias mi llegada para poder morir en paz.

—Hemos de ser fuertes y afrontar el futuro, hijo mío. Tu madre y yo hemos sido felices, pero Dios ha dispuesto que aquella felicidad se truncara y solo nos queda esperar. A mamá no le falta nada, salvo salud.

—Sé que nada se puede hacer papá, y solo deseo no verla sufrir.

—Es cuanto deseamos los que la amamos.

Pocos días después fallecía doña Elena, esposa de Raimundo y madre de Rodrigo. Su entierro fue muy concurrido, no solo por la pérdida de la gentil señora, sino por el apoyo a su esposo e hijo, en recompensa al gran cambio realizado por ambos y que tanto habían apreciado los más viejos del lugar, conocedores de su stirpe.

Ante la plaza porticada de Madrigal de las Cumbres se reunieron la mayoría de los vecinos y un número considerable de familiares de la difunta, venidos desde lejanas tierras.

El apenado viudo quedó conmovido al ver aquella congregación de gente que jamás había visto reunida en acto alguno. Saber que su esposa había sido tan querida consolaba su inmensa tristeza. El obispo encargado de officiar el sepelio agradeció durante su homilía la figura de la difunta y aprovechó el momento para consolar a los familiares, sin olvidar citar unas palabras para enaltecer la persona y obra de don Raimundo. Este se sentía ahora arropado y se convenció de ello al escuchar las palabras del presbítero que había hecho hincapié en la diferencia entre él y lo pasado.

Al fin quedaba aquella majestuosa casa sin la mujer que la había regentado durante veinticinco años. Moría joven aún y con mucha vida por delante, pero había que afrontar la situación. Comenzaba una nueva etapa en

sus vidas.

Rodrigo volvía nuevamente a Xàtiva en espera de obtener la licenciatura y con muchas ganas de ver a Nieves. Esta calmaba todas sus tristezas. Con ella se sentía otro, con más ganas e ímpetu para seguir adelante.

Solo y aturdido, Raimundo quedaba en aquella casa y parecía que las paredes se le viniesen encima cada vez que se hacía cargo de la realidad.

Sagrario, anciana y también viuda, cuidaba de él como siempre, pero este solo hacía que pensar y pensar. Había alejado por un tiempo sus visitas a las fincas. A pesar de que un moderno automóvil estaba aparcado en el lugar que habían ocupado antaño sus caballerías, apenas le apetecía subirse a aquel artilugio que le recordaba al último viaje con su esposa hasta tierras de Aragón.

Raimundo, cuando se serenaba en la quietud de la noche que era de insomnio, recordaba de un golpe su vida. Recordaba a la familia de su esposa, su casamiento y el hijo que le había dado. A continuación, recordaba perfectamente cómo conoció a su joven esposa. Había sido poco después de haber despachado a Justina, la muchacha que vivió con ellos unos años. Al recordarla su corazón dio un vuelco.

Sabía que aquella rara situación que se vivió en el hogar se debió a algo ocurrido con estancia y posterior marcha de aquella joven con quien tanto compartió. Al pensar ahora en ella, notaba que su conciencia recobraba cierto alivio. Sabía perfectamente que su padre había manipulado aquella situación, forzando a que Justina marchara y acto seguido toda su dedicación fue encontrarle una esposa.

—¿Por qué hizo esto mi padre? —pensaba—. La marcha de Justina, ¿por qué se produjo realmente sin ni siquiera despedirse de mí, con lo más que buenos amigos que éramos?

Él nunca se atrevió a preguntarle a su padre nada de esto, pero todos en la casa murmuraban a escondidas si la joven había sido violada. ¿Sería su padre? No, no podía ser. Y ¿por qué se rumoreaba que habría sido el hijo del procurador?

—Yo no lo creí capaz de ello, pero, a pesar de todo, fue enviado por unos años a la casa de “Rasquera”, volviendo algunos años después.

Meditando sobre esto, y una vez libre de compromiso, Raimundo supuso una respuesta a aquellas preguntas que ahora se hacía.

Comenzó a tomar forma la idea de la culpabilidad de su familia para con la joven, habiendo sido tabú desde entonces mencionar nada del asunto. Casi

todo este tiempo había vivido aún su padre, sin duda, el autor de aquellos hechos. Pero don Gaspar murió tranquilo creyendo que se llevaba su secreto de este mundo. Ahora no estaba ni su padre ni su esposa, la que le había sido presentada a instancias de este para que olvidara pronto a aquella joven desheredada.

Recordó ahora las visitas que Anunciada, la madre de Justina, había hecho a su casa y que la paciente Herminia sabía acallar. Solo ella y su padre sabían el motivo de su insistencia. Sabía que, a su vez, Anunciada también había servido anteriormente en la casa y que, probablemente, Justina fue enviada en compensación del despido de aquella. Pero de aquello no podía dar fe. No la había conocido más que al nombrarla Justina, la que tantos y tan gratos momentos le había hecho vivir. Estos pensamientos le reconfortaban.

Veía en cierto modo normal la manera de proceder de su padre, por respeto y dignidad, pero él no era así.

—¡Yo no pienso de esa manera! —se decía.

Justina llegó a casa cuando ambos eran casi adolescentes. El trató de considerarla como una hermana, pero no podía evitar la atracción que sentía hacia ella. La joven era agradable y conversadora. Por ella sabía Raimundo el pasado de su familia, de las dos hermanas mayores y de su hermano pequeño, Hugo, el preferido de su madre. Sentía compasión por aquella joven que no dudaba en contar con entereza el pasado oscuro de su familia, evitando entremezclar a los Gamundio.

Admiraba en ella cualidades como la sinceridad, la bondad y la honradez. Pero aquel continuo roce con la joven, casi siempre a escondidas de sus padres, culminó con la llama de amor que surgió entre ellos. Secretamente ambos habían conocido el incipiente sentimiento que nacía entre ambos. No dispusieron del tiempo necesario para que su relación progresase, debido a la vigilancia constante de su observador padre que tan alerta estaba sobre la jovencita que Anunciada y él acordaron como sirvienta.

Su amor quedaba estancado, avanzando y retrocediendo, según las circunstancias y el momento.

Ahora, pensando con calma, veía con claridad todo aquel pasado y los obstáculos que encontraba para disfrutar de la compañía de la joven. Justina actuaba adecuadamente en su cargo, no dando la más mínima pista sobre sus sentimientos hacia Raimundo. Presagiaba aquel amor como imposible. Y así fue.

—¿El señor desea comer? —Dijo de repente el ama de llaves.

—Por favor, Sagrario, que estoy yo solo. No más protocolos —decía enfadado.

El ama de llaves entendía el mal humor del señor y hacía como de costumbre, evitando preguntar sobre la rutina de la casa.

Pasó una temporada en la que se sentía desamparado y solo. Un buen día empezó a acariciar la idea de buscar a Justina, a la que creía casada y con hijos. Conforme iba consolidando la decisión de aquella búsqueda apreciaba que su pena desaparecía y veía en su interior una incipiente ilusión por encontrarla, a sabiendas de que podría hallarla en una situación que probablemente incomodaría a Justina y a su posible familia. Comenzó a reprocharse el no haber decidido esto antes pero, inmediatamente, se convencía que en vida de sus padres y esposa no podría haberlo hecho, en cambio, ahora ninguno de los tres estaba presente. Además, albergaba la esperanza de que Rodrigo volviera a Madrigal, solo o acompañado.

Decidido a conseguir su propósito, advirtió a Sagrario que estaría fuera de casa unos días. Era lo que creía necesario para investigar el paradero de Justina. Aquella deuda con ella le inquietaba.

No pretendía imponerle su amor, ni si quiera mencionar su nombre si ella no llegara a reconocerle. Solo quería saber de ella; cuáles habían sido sus pasos, y esperar que el presente fuese mejor que el pasado. No sabía a quién acudir y pensó que el sucesor del fundador de aquella escuela, a la que ella tanto acudía, le podría aportar alguna pista a seguir.

Habló con él sin obtener resultados. Aquel se limitó a decirle que buscaría con paciencia en los archivos y, una vez localizado algún indicio, ver hacia dónde dirigirse.

—Se llama Justina Santos Quiñones —dijo con cierto enfado al ver la poca desenvoltura del capellán, a diferencia del que conoció años atrás.

Pasaba el tiempo y no recibía noticias. Recordaba el nombre del pueblo de su padre y el de su madre. Hacia allí marchó en ferrocarril y, valiéndose de su posición de procurador del distrito, contactó con la autoridad competente, donde solo pudo extraer los nombres de sus padres y su hermano, Hugo, únicos inscritos en el censo de la época y localizados en las diferentes parroquias, pues el Registro Civil estaba en fase de preparación y solo era efectivo en algunas provincias. ¡Hasta ahí llegaba su suerte!

Finalmente, una tarde llamó a la puerta don Castro, clérigo encargado de la escuela y de la parroquia de Madrigal.

Sagrario condujo al eclesiástico hasta el despacho de Raimundo. Este

permanecía entretenido leyendo y repasando cuentas.

—Con permiso, don Raimundo. El señor párroco ha venido.

—¡Qué pase, dígame que pase! —dijo esperanzado.

—Buenas tardes nos dé Dios —dijo aquel.

—Hola don Castro. ¿Tenemos noticias?

Este con sumo cuidado y como si de un alto secreto se tratara, se acercó a la mesa que los separaba y una vez saludados, ambos ocuparon lugares opuestos ante la mesa. Se acercó hacia él como queriendo ocultar aquella conversación y empezó a decirle cuanto sabía de aquella Justina que con tanta ansia esperaba el noble.

—Traigo buenas noticias, don Raimundo —dijo el clérigo a la vez que esperaba para ver el impacto que ofrecía la noticia a aquel. Sin duda esperaba que las noticias repercutiesen en las arcas de la parroquia y en la suya propia, como en otras ocasiones—. Mis compañeros de la diócesis de Segorbe (Castellón) saben de la existencia de una mujer de características idénticas a las de Justina.

—¿Y? —preguntó impaciente.

El sacerdote le creyó en su sitio.

—Don Raimundo, usted sabe de lo peligroso de esta confidencial noticia, pero conociendo su buena fe y su benefactora obra...

—No se preocupe, siga —dijo eludiendo al tema económico que refería aquel.

—En la localidad de Jérica fue domiciliada una transeúnte llamada Vicenta Martínez. Fue hospedada allí —omitió nombres para no mezclar a personas ajenas— y hay constancia de matrimonio con un vecino de la cercana población de Alcalá de la Selva.

—Y de eso, ¿hace mucho tiempo?

—Más de veinte años, según mis averiguaciones. Supongo que con estos datos usted podrá iniciar el proceso —dijo dando tiempo a Raimundo a que premiase su trabajo.

—Muchas gracias —dijo este dejando un billete de cien en la mano del interlocutor.

Una vez escondido el dinero en el interior de la negra sotana que vestía, alegó:

—Puede preguntar por aquellos pueblos por un tal don Damián; es el encargado de la parroquia y parece ser que tiene mucha relación con Vicenta.

—Le estoy muy agradecido —y ambos se despidieron.

Ahora tenía por fin a dónde dirigirse. Sin esperar más, esa misma noche anunció a Sagrario que por la mañana saldría de viaje. Pensaba ir con su automóvil. La señora esperaba que contase algo más, pues nada sabía y notaba algo diferente en su mirada. Se extrañó de aquella salida temprana en automóvil.

—Marcho a tierras del Maestrazgo. Allí espero encontrar a una persona de confianza que quizás me ayude a superar la tristeza que nos contagia.

Aquella señora no esperaba lo más mínimo la búsqueda de Justina por parte de su señor; ese tema quedó sellado hacía muchos años. Apenas había oído ella alguna habladuría de joven, pero ni remotamente hubiera imaginado aquella aventura.

Sentía Raimundo cierta contradicción en sus ideas, a pesar de estar decidido. ¿Estaría actuando adecuadamente? ¿Era justo, al cabo de tantos años de alejamiento, querer resarcir un daño que él no había provocado? Y, ¿por qué no lo había hecho antes?

A pesar de las preguntas, le impulsaba a seguir el recuerdo de aquella chispa que nació hace muchos años entre ellos. Pero, ¿no había sido egoísta haber permanecido callado por acomodación tantos años y ahora, cuando estaba solo, rebuscaba lo poco que podía quedarle en la vida que le había hecho feliz? Esa era la única verdad, era egoísta. Se daba cuenta de lo importante que era todo lo que no era material. Él había vivido acomodado, rodeado de una buena hacienda y con suficiente dinero; había tenido una mujer que lo había querido y le había dado un hijo. Pero ahora había perdido a su mujer y su hijo estaba a punto de emanciparse, de hacer su vida y formar su propio hogar. Ahora es cuando él reconocía el miedo a la soledad que se le avecinaba.

También se justificaba pensando que no tenía por qué ser tan mala idea el buscar a una persona a la que su familia debía al menos una disculpa y que para él habría podido ser algo más. Estaba convencido de que su padre trunció aquel destino y lo encauzó hacia su voluntad. ¡Aquél había sido el egoísta! Él solo se había dejado manipular dejando de lado sus sentimientos. Esa había sido la injusticia. Pero don Gaspar ya no vivía, y todavía era tiempo de ejercer su voluntad, una voluntad que no pensaba que traería nada malo asociado. Era sentimiento puro, sin tapujos ni segundas intenciones. Al fin y al cabo era libre y nadie lo frenaría ahora en la madurez de su vida. Estos pensamientos lo abordaban la noche anterior a su partida y quedó dormido sin saber si continuaba pensando o estaba soñando.

Llegó hasta Jérica sorteando una carretera saturada de curvas y con un pésimo adoquinado que alternaba con tramos de piedra y barro, por la reciente construcción de la Red principal de Carreteras, que el gobierno llevaba a cabo. Nunca había llegado hasta aquellos apartados parajes, tan fríos como los de Aragón y los de su Castilla, a pesar de su proximidad al litoral valenciano.

Se presentó en el ayuntamiento e, inmediatamente, fue presentado al secretario, hombre mayor que le escuchaba amigablemente al saber que se trataba de una persona destacada en el ámbito político. Aquel hombrecillo le invitó cordialmente a un cigarrillo, haciéndole sentir como en su casa.

El pueblo albergaba varias aldeas, pero, aun así, la mayoría de la gente se conocía. Preguntó Raimundo si conocía al boticario de hacía... —y quedó un momento pensativo— más de veinte años. El vejete se rascó un poco la cabeza intentando hacer memoria.

—Sin duda debe de tratarse de don Remigio y de doña Pilar, su esposa.

Aquel recobró aliento al ver que se allanaba el camino para la búsqueda de Justina.

—Don Remigio todavía es el boticario a pesar de su edad.

Alegó Raimundo el motivo de su búsqueda, pero aquel hombrecillo no recordaba nada de lo que le comentaba. Ambos se despidieron y no tardó nuestro hombre en llegar al domicilio de Remigio.

Una anciana entreabrió la puerta entreabrió la puerta en señal de desconfianza.

—No tema, buena señora. ¿Es aquí la vivienda de don Remigio y doña Pilar?

—Sí señor. Servidora —dijo la vieja abriendo la puerta y mostrando confianza.

Entraron al recibidor y la señora llamó al marido. Apareció entonces un señor muy mayor, vestido con traje y apoyado en un bastón.

—Soy Raimundo Gamundio y busco a una mujer llamada Vicenta Martínez, que creo que vivió aquí una temporada, hace años.

—¡Vicenta! —dijo la señora en señal de alegría.

—Así es —dijo el boticario mostrándole asiento al recién llegado.

Los dos ancianos contaron cuanto sabían de Vicenta, y entonces Raimundo fue enterándose del destino que tuvo Justina. En vista de la confianza y los detalles que contaron aquel matrimonio sobre la joven, Raimundo se animó a contarles el principio de la suerte de la muchacha.

—Estuvo años sirviendo en mi casa. Era una más de la familia. Pero un buen día decidió marchar —contó reblandeciendo un poco el asunto—. Supongo que hablamos de la misma persona, aunque su nombre entonces era Justina Quiñones Santos.

—¡Vaya! —dijeron casi a la vez los dos ancianos. Pero no sabían continuar.

—Nosotros le ofrecimos nuestra casa y aquí hubiese estado todo el tiempo que hubiera estimado, pero Vicenta tenía las ideas muy claras. Hizo su vida y se casó con un joven de un vecino pueblo, Alcalá de la Selva.

Y decía esto la señora con lágrimas en los ojos.

—Tiene una hija, Libertad. Pero no ha sido afortunada en la vida ¡Pobre muchacha! Su marido murió.

—¡Le mataron! —dijo ahora Remigio.— Era guarda forestal y un compañero de trabajo parece ser que le tenía entre cejas y un buen día le disparó.

—¡No me diga!

—Sí. Hubo sus más y sus menos y aquel fue condenado. Nos visitan de vez en cuando y sentimos compasión por ella y por la muchacha. Pero son mujeres valientes. No cejan en su empeño de luchar. Ahora quieren marchar a Francia, para olvidar todo esto por un tiempo, supongo. Vicenta es una mujer muy guapa todavía y los celos de aquel descabellado concluyeron por perder la cabeza y asesinando al pobre Manuel.

—¡Lo siento! —Dijo Raimundo— No quería apenarles.

—No se preocupe.

Y siguiendo sus indicaciones nuestro hombre fue a hablar con don Damián que le puso en contacto con Justina. Ahora pensaba que merecía la pena haber recorrido el camino del día anterior. Tenía la certeza de que Justina vivía, y una leve nota lo entristecía a la vez que lo intrigaba; su marido había muerto. Y con esta incógnita siguió adelante en busca de la muchacha que tan claramente tenía dibujada en su mente.

III



Ya conocemos la entrevista que los dos antiguos amigos mantuvieron en el aula de aquel colegio.

Justina tenía demasiadas heridas en su corazón para dejarse convencer al cabo de tantos años. No obstante, agradecía en su interior que un descendiente de aquella estirpe se hubiese dignado a buscarla y a tratar de ofrecerle las disculpas, ocultas durante años. Pero se reservaba de aparecer demasiado agradecida ante aquel amigo de juventud. Ambos habían hecho su vida y el hielo los separaba.

Raimundo contó a Justina que tenía un hijo.

—Quedan lejos todos los privilegios que tú conociste durante aquellos años. Ahora somos una familia más, como otra cualquiera. Mi hijo marchó como otro cualquiera al servicio de la patria. Por cierto, aún se encuentra en esta zona de Levante, en Xàtiva, pero pensamos que pronto será licenciado.

Justina dijo a Raimundo que podía quedarse por unos días en el pueblo si lo deseaba. De esta manera se entrevistaron en dos ocasiones contando cada uno su vida al otro.

—Yo tuve una hija a la que llamamos Libertad. Es una muchacha alegre y jovial.

—Como su madre —dijo él con una leve sonrisa.

Se enteró de su viudedad y de su trabajo cotidiano, que se le hacía más duro a raíz de la muerte de Manuel. Pero Justina guardaba para sí el penoso trance que pasó después de abandonar su casa, cuando la siguió don Gaspar como si de una cualquiera se tratara. Cuando pensaba aquellos duros momentos no podía menos que sentir tristeza y repugnancia.

Nada le contó del nacimiento de aquella niña que finalmente dio a las monjas y de la que nada sabía.

—Y ahora ¿qué piensas hacer? —dijo Raimundo enterado de que tenía

intención de marchar a Francia.

—Me cuesta asimilar los motivos por los que asesinaron a mi marido. Yo me considero una mujer fuerte, pero he llegado a pensar que dos mujeres solas somos carne de cañón para individuos sin escrúpulos como el autor de la muerte de Manuel. Hemos acordado marchar por un tiempo con Luis, un primo de mi marido que vive en Cacerville, Francia.

—Te comprendo.

Quedaron un momento en silencio. Después habló Justina.

—Y tú, tendrás que retomar las riendas de la casa. Tienes obligaciones. Las fincas necesitarán la mano experta de su dueño —le dijo intentando marcar las diferencias.

—He pensado mucho sobre esto. Mi situación no es nada agradable. La hacienda se ha reducido a la mitad. Pero me encuentro muy solo en aquella casa. Mi hijo ha entablado relaciones con una joven de Xàtiva, de la que está enamorado, y... yo no pienso actuar como lo hicieron conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—De sobra sabes a lo que me refiero. Mi padre, que Dios tenga en la gloria, se interpuso en nuestro camino.

—Pero...

—Mis padres querían lo mejor para mí y era impensable para ellos que yo amase a una mujer elegida por mí. Hasta en ello impusieron su decisión.

Tu y yo crecimos juntos pero...

—¿Qué? —dijo ella.

—Yo estaba a gusto contigo. Sabes que teníamos pareceres similares; charlábamos; éramos jóvenes; Intimábamos.

—Es verdad, congeniábamos muy bien —dijo ella con una leve sonrisa en la comisura de sus labios.

El notaba que sus palabras hacían en ella el mismo efecto que en él.

—Fue una lástima, sí —dijo ella por fin.

—Justina, yo sentí mucho tu partida. Pero mi padre dejó claro que no hablásemos más de ti y así se hizo. No pude huir.

En ese momento Raimundo agachó la cabeza hacia el suelo escondiendo el pesar que le agobiaba y le obligaba a callar. Justina se apercibió y levantándose se acercó hacia él y puso su mano sobre el cuello de su antiguo amor.

—Todo lo perdimos, Raimundo. Y no podemos remediarlo.

—No podemos remediar lo pasado, pero si el futuro —y dijo esto

buscando sus ojos negros idénticos a los que recordaba tantos años.

Se incorporó Raimundo y se puso frente a Justina y con respeto dirigió su mano hacia el pelo de ella que ligeramente caía hacia sus sonrosadas mejillas.

—¡Raimundo, no!

—No temas. Sabes cómo soy.

Pero Justina había retrocedido un paso y se había vuelto de espaldas a Raimundo. Este volvió a ponerse frente a ella y le cogió la mano con las dos suyas en señal de súplica. Ella permanecía inmóvil, como esperando.

—Todavía podemos ser felices.

—Pero Raimundo...

—¿Qué? ¿He dicho algo ofensivo?

Permaneció de nuevo un momento pensativa mientras él continuaba acariciando su mano con anhelo.

—Sé lo que has padecido y, no tengo nada mejor para ofrecerte que mi persona.

Ella le miraba a la cara enrojecida de amor y deseo. Pero era demasiado precavida y no ofrecía resistencia aunque tampoco daba el paso. Él, rebosante de deseo no podía contener por más tiempo su impulso y la tomó en sus brazos fundiéndose sus bocas desesperadas de amor y placer.

Raimundo la estrechaba entre sus brazos pensando que lo que estaba sucediendo era lo que estuvo a punto de suceder cuando su padre se metió entre sus vidas. Pero repugnaba aquel pensamiento y se centró en el presente.

Ella lo separó de su cuerpo por instinto, más que por voluntad.

— Pero, ¿qué haces?

—Te quiero Justina. Te quise desde el primer momento. He pensado en esto muchas veces en estos años —dijo suspirando.

—¡Oh, Raimundo! No sé si debemos.

—¿No crees que ya hemos esperado bastante? —replicó cogiéndola por la cintura. Estaban en el despacho del director y ella pensó que era domingo y que nadie más entraría allí. Al fondo de la estancia había una pequeña habitación ocupada por varias camas para alguna urgencia o por si algún pequeño se encontraba indispuesto. También había servido de reposo a los instructores, si alguna vez se habían reunido hasta altas horas, o había venido algún compañero desde otra localidad. Justina tomó la iniciativa.

—¡Ven! —Le dijo a Raimundo.

Y cogidos de la cintura caminaron entre pupitres y sillas dándose besos

hasta aquella habitación. Al entrar, Justina cerró rápidamente la pesada puerta maciza que los separaba del aula.

Como si de dos jóvenes se tratara, él tomó con todas sus fuerzas a Justina acercándosela cuanto pudo a su cuerpo y levantándola del suelo hasta quedar a la misma altura sus labios, que se buscaban libertinamente.

—¡Espera! —dijo Justina empezando a quitarse la ropa.

En un momento se deshizo de su vestido y, ante la mirada atónita de su amado que la contemplaba semidesnuda, comenzó ella a despojarle a él. Con suavidad le quitó la chaqueta sin dejar de besarle y acariciarle.

—¡Te quiero Justina!

—¡Oh, cariño! ¡Cuánto he deseado este momento!

Cuando ambos quisieron darse cuenta, los dos cuerpos eran solo uno. Él, enloquecido notaba sus tersos senos, oprimidos por el deseo, perdiéndose en su mirada como si nada más existiera; y ella, gozaba al sentir suyo el miembro viril de su amado. No tenían prisa. Disfrutaban al máximo cada momento. Como dos adolescentes, cedían al amor entre quejidos de deseo. Se sentían solos y nadie les molestaría ahora.

De pronto vio que Justina lloraba.

—¿Qué te pasa? —le dijo.

—No sé si debía...

—Pero amor mío, nada malo pasa. Nuestra vida ahora ha cambiado. Me siento el ser más feliz de la tierra.

Ella seguía sollozando.

—Cada uno tenemos...

—Sí, cada uno hizo su vida, pero ahora no encuentro mayor placer que estar contigo. Pero... —Raimundo hizo un gesto de querer levantarse.

—¡No! ¡Ven!

Y entonces fue ella la que acercó el cuerpo del varón hacia ella y empezó ella a desahogar sus sentimientos. Él se dejaba llevar. Nunca había sentido tal placer como ahora que ella llevaba la iniciativa. Lo acariciaba con pasión desmedida; besó cada parte de su cuerpo con ardiente deseo y Raimundo creyó estar soñando, pero era realidad. Besó su pecho y se relajó mientras ella recibía un sinfín de caricias que la hicieron enloquecer. Era tanta la voluptuosidad contenida durante tantos años que en ese momento se dieron cuenta realmente de la vida que les habían robado.

—¡Cariño, cuánto hemos tenido que esperar! —dijo murmurándole ella al oído.

Y acto seguido incitó al varón a que invirtiesen su posición. Ambos quedaron sumidos en un éxtasis que tardarían tiempo en olvidar.

Quedaron por fin satisfechos, en aquella cama individual que incluso les había parecido enorme. Justina volvió a llorar:

—¿Por qué lloras, amor?

—No lo sé. Mis sentimientos fluyen de esta manera. No debimos hacerlo, pero lo deseaba con toda mi alma.

Cuando tomaron conciencia de la realidad estaba oscureciendo. Poco a poco se vistieron y dejaron aquel lecho como si nada hubiese ocurrido y, como dos personas adultas, salieron del lugar dirigiéndose cada uno a su destino.

Cuando ella llegaba a casa vio a su hija Libertad, a la que tanto amaba, y un pensamiento la abordó, pero prefirió dejarlo para otro momento. La joven estaba preparando la mesa y estaba algo preocupada por la ligera tardanza de su madre.

—Ya empezaba a inquietarme —dijo la joven.

—Nada importante; tenía acumuladas algunas tareas y, sin darme cuenta, se me ha hecho tarde.

Durante la noche, pensaba Justina si sería conveniente contar algo a su hija sobre aquel forastero que había venido a visitarla. Decidió que ella había educado a su hija con los principios de la verdad, confianza y honestidad y, siendo justa, debía explicarle, al menos, el origen de aquel señor del que apenas habían hablado. Pero tenía mucha ocupación en organizar aquel viaje a Francia del que hacía días que no hablaban.



Justina se encontraba ahora en una situación en la que la duda y la controversia se apoderaban de su razón. Su concepción de los principios morales aflucía por encima de lo que su corazón dictaba. Tenía que aclarar primero sus verdaderos sentimientos. No es que se reprochara aquel momento en el que su cuerpo y su razón se pusieron de acuerdo y dieron rienda suelta a lo que sentían, pero necesita pensar con detenimiento. También vinieron a su mente aquellos consejos que su padre le daba siendo una niña y temía no haber cumplido con aquel dogma que compartía con su progenitor.

No tendría que temer que la gente murmurase que había cedido al amor

que sentía por el hijo del déspota que causó su deshonor. O quizás sí. Pero nadie allí sabía nada y, aunque así fuera, Raimundo nada debía. No tenía por qué ser una herencia de aquel cacique cuyo afán solo había sido continuar con su linaje, llevando dos vidas paralelas: una conocida ante todos, y otra la íntima, que solo él conocía a ciencia cierta. No, eso no debía ser otra herencia. Raimundo no tenía por qué ser el espejo de su padre. Además, existía una diferencia abismal entre ambos. Solo les unía el apellido. Con seguridad, Raimundo había heredado mayor número de genes de la parte maternal. ¡Menos mal! —Pensó Justina. Ella había conocido a aquella señora que tanto indultaba a su marido y le pareció una gran mujer, demasiado fiel a aquel marido que le había sido acordado y que tantos disgustos habría dado, sin duda, durante su matrimonio. En estos pensamientos, casi vividos, se durmió Justina aquella noche.

Cuando despertó creyó que había seguido soñando con aquel encuentro que tanto placer le había proporcionado. Al momento escuchó un leve toque de puerta de su habitación. Se revolvió en su cama y vio que era Libertad que se acercaba a ella en una mañana que le parecía diferente.

—Mamá ¿estás despierta?

—¡Oh! Perdón. ¿Qué hora es? Será tardísimo.

—Me ha extrañado que no hayas madrugado —dijo la joven sorprendida, acostumbrada a que su madre se levantara siempre la primera.

—He estado soñando.

—Mejor mamá, "*Los sueños, sueños son*". ¿Recuerdas?

—Sí—dijo su madre sonriendo.

Justina pensó que había llegado el momento oportuno para tener aquella conversación que tenían pendiente. Pero no sabía cómo empezar.

—¿Sabes? Libertad, he soñado cuando era adolescente, cuando estuve sirviendo en aquella casa de Madrigal que alguna vez te conté.

La joven escuchaba atenta a lo que su madre le empezaba a contar. Era sabedora de que jamás repetía hechos, sino más bien los reproducía nuevamente.

—Sabes que hace días vino a visitarme un señor a la escuela.

—Sí.

—Era don Raimundo Gamundio —a la joven le sonaba aquel nombre—. Como sabes estuve varios años al servicio de aquella noble casa, acordado por mi madre y por el padre de don Raimundo. Era otra época. Tu abuela Anunciada, cuyos padres habían sido procuradores de la finca que la familia

poseía en la Rioja, fue requerida por su señor para ayudar en las tareas de la casa y sus padres creyeron que era una buena idea porque allí estaría segura. Eran tiempos revueltos. Ella marchó del lado de sus progenitores muy a su pesar, viviendo su juventud en el palacete de los señores, en tierras de Castilla. La sangre azul, algunas veces se degenera y provoca alteraciones.

—¿Qué quieres decir mamá? —Las últimas palabras desconcertaron a la joven y Justina volvió al hilo del relato.

—Tu abuela era una jovencita hermosa y los señores nobles, poseedores de todos los derechos, abusaban a su antojo de cualquier moza de sus dominios. Tu abuela fue presa de los deseos carnales de aquel señor, que no dudó en abusar de su cuerpo a sabiendas que nadie se lo podía arrebatar.

—Sí, pero afortunadamente la vida ha evolucionado.

—Desde luego que sí, Libertad.

—Anunciada, tu abuela, quedó embarazada y eligió el camino de huir de aquella maldita casa. Rehízo su vida con Ignacio, mi padre: tu abuelo, hombre maltratado por la vida que tenía ya dos hijas de su anterior matrimonio; Hugo, hijo natural de Anunciada y de don Gaspar; y luego yo, fruto del amor y del matrimonio de ambos.

Libertad suspiró un aliento amargo que le costaba tragar.

—Pasó el tiempo y aquel cínico la buscó con el pretexto de conocer el fruto de aquella pecaminosa relación con Anunciada, y quiso resarcir aquella deuda reuniéndose con ella cuando había enviudado de Ignacio, mi padre.

—¡Canalla! —dijo Libertad.

—Pero eso no es todo. Con buenas palabras ofreció a Anunciada el puesto que ocupó años antes ella, para mí, cuando lo lógico hubiera sido proteger a su hijo bastardo. Yo apenas lo recuerdo, pero mi madre se había hecho una mujer fuerte, tenaz y sufrida. En ella las heridas habían cicatrizado pero las recordaba a la perfección cuando su memoria las acercaba. Pocos recursos económicos tenía a su alcance cuando aquel señorito la buscó y ella optó por ver lo que le ofrecía. Conocedora del carácter de aquel, temió por mí, su hija. De esta manera pensó en comprometerle mediante un contrato privado firmado en presencia del párroco del lugar. Creyó seguridad al firmar aquel documento en presencia de la autoridad eclesiástica, a la que tanto prestigio se le debía. Allí acordaron que su hija, yo, estaría al servicio doméstico de la casa, pero ante la posible situación de la pérdida de mi honor durante aquella estancia, sería don Gaspar el responsable, obligándose en aquel acto a resarcir a Anunciada una cantidad considerable de dinero.

—Mucho debió temerle...pero, todo ello indica que existía la posibilidad de que así fuese y por eso le obligó a firmar.

—Sí, hija mía. Anunciada presagiaba que tarde o temprano aquel cínico fuese capaz de todo. Y sucedió.

—Pero, ¿y tú?

—Yo al día siguiente fui una más en aquella casa. Era tratada como una reina. Disfrutaba de privilegios que antes no tenía. La esposa de don Gaspar, me acompañaba a todos los sitios y alterné con gente importante que me ayudaron mucho en mi ilusión: aprender. Allí formé parte activa de la escuela de personas adultas y además de aprender, enseñaba a los desvalidos y a los desheredados, que acudían por la tarde después de trabajar. Había en la casa el hijo único del matrimonio, Raimundo, de edad similar a la mía.

—¡El mismo señor que vino a verte! —dijo Libertad con sorpresa esperando algún fatal desenlace. Pero la joven no evidenciaba precisamente odio en las palabras de su madre al ir relatando aquellos hechos.

Justina continuó:

—Raimundo, pese a ser hijo de aquel señor feudal, difería mucho de su padre, y congeniábamos muy bien. Llegamos a ser muy buenos amigos, confidentes de nuestro ideal y conversábamos muchísimas veces sobre temas de actualidad. Éramos muy jóvenes y yo tenía miedo a rebasar la línea de la confianza. Sabía que don Gaspar nos espiaba y era conocedor del aprecio que su hijo me tenía.

—¿Entonces fuisteis más que amigos?

—Realmente sí, pero nunca dimos el paso. Él por respeto y yo por temor —al decir esto, Justina permaneció un momento en silencio. Su rostro empezó a enrojecer, no se atrevía a continuar aunque sabía que su hija esperaba algo más de aquella historia—. El señor salía continuamente de viaje —continuó—, bien por sus cacerías o por visitas a sus haciendas. Entonces Raimundo se mostraba abierto conmigo. Él era desconocedor del hijo que mi madre había tenido de su padre. Yo compartía con Raimundo algunas inquietudes que con nadie más tenía. Nos sentíamos a gusto hablando solos. Él me contaba sin tapujos lo que pensaba de aquella aristocracia en que se veía sumergido, pero yo nunca me atrevía a desahogar mis sentimientos. Raimundo me respetaba y ambos conocimos la llama del amor, del amor de juventud. Pero aquella sensación duró poco. Una madrugada se presentó su padre inesperadamente en casa y... —empezaron a asomar lágrimas en sus mejillas.

—¿Qué te pasa mamá? No llores —dijo Libertad abrazando a lo que más quería en este mundo.

—Entró a mi habitación donde yo me bañaba aprovechando la soledad de la noche. Me hizo suya y yo no me atrevía a gritar para no ser descubierta y quizás declarada como culpable. Quedé embarazada y pronto marché de allí.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia la ventana que permanecía aun en penumbra. Mirando hacia el exterior le era más fácil exponer lo que ahora seguía. Quedó por fin Libertad enterada de que había permanecido por el Alto Maestrazgo, deambulando sin rumbo y siendo perseguida y amenazada por aquel señor. Supo que su madre había dado a luz a una niña que seguidamente fue apartada de ella, y de la cual nada sabía.

La piel de la joven se estremeció al escuchar de la boca de su madre el único detalle que podía servirle para identificarla: aquella marca en el pecho que le había hecho con su pequeña medalla caliente, poco después de nacer. Aquella herida también habría cicatrizado.

Comenzó una nueva vida con Manuel, su padre, del cual nació ella, y a la que pusieron el nombre de Libertad, como señal y anhelo del deseo que llevaba inmerso en su interior. Creía en la libertad de las personas como el don más preciado.

Cuando Justina se volvió, su hija se cubría el rostro queriendo ocultar su amargura, su impotencia y su rabia hacia aquella secta de caciques. Justina dejó que su hija se desahogara. Sabía muy bien el efecto que aquellas palabras tendrían en ella. Y pensaba lo que había sucedido el día anterior y sentía a la vez vergüenza y ansias por contarlo.

—Libertad, la vida no nos ha tratado como merecemos, pero no podemos estar reprochándonos siempre hechos pasados. Hemos de mirar el futuro. Tiempo habrá en que avance la justicia lo suficiente para que tengamos todos los humanos los mismos privilegios, los mismos deberes y las mismas obligaciones.

La joven estaba enterada de la manera de pensar de su madre, pero ahora eran demasiadas cosas las que se habían acumulado tras las revelaciones que le acababa de hacer. Por la manera de permanecer, en postura estática, poco habitual en ella, presentía que su madre no había acabado todavía.

— Pero mamá, tengo una hermana en algún lugar del país, o del mundo...

—Probablemente, Libertad. Entiende mi mutismo sobre todo esto

durante estos años. Es una espina que llevo clavada y que no debía omitirte por más tiempo.

—Entonces, ¿papá...?

—No, no supo todo. Ni él ni nadie del lugar; solo mis protectores, don Remigio y doña Pilar compartieron mi secreto, que se llevó con mucha discreción. Esa fue la razón por la que consentí separarme de ella, pues no tengo duda de que donde viva será muy elogiada, como no lo hubiese sido aquí conmigo. Siempre hubiésemos sido señaladas con el dedo por la gente, que nada quiere saber de motivos ni justificaciones y que parece que disfruta y se alegre de la mala fortuna de los demás. Hija mía, como sabes no he cometido pecado alguno, y ese ser con toda seguridad habrá alegrado el hogar de personas necesitadas. La sociedad, no es culpable de lo que me ocurrió, pero en cierta manera tolera que los déspotas sigan ejerciendo de verdugos y sometiendo sobre todo, a las mujeres a sus antojos, privándolas de derechos para que continuemos siendo inferiores a los varones, y que sigamos dependiendo de ellos. No tenemos derecho al voto, ni a actuar libremente en actos importantes o decisivos; es imprescindible la autorización del marido o del padre. Y eso en los mejores casos. Además están las injusticias que se siguen permitiendo en este país, tanto a hombres como a mujeres, de la clase trabajadora.

—Es verdad —contestó Libertad—, Queda mucho camino por recorrer.

Se habían despistado un poco de la conversación sobre la vida de Justina, y ambas pensaban que aún quedaba algo importante que contar. Libertad ahora entendía mejor algunas cosas, situaciones que no habían encajado en su carácter y en un momento las repasaba viendo en aquel oscuro pasado, su causa.

—Mamá has sido una mujer valiente. Estoy contenta de tener una madre como tú, que desde siempre me ha enseñado a ir con la cabeza bien alta y mirando a las personas a los ojos, leyendo en ellos lo que sus dueños no son capaces de mostrar.

—¡Pobre papá, tan bondadoso y trabajador!

—Fuimos muy felices los tres, pero el destino quiso arrebatárnoslo.

¿Y la visita de don Raimundo? —mencionó Libertad allanando el paso a su madre.

—Como te he dicho, éramos buenos amigos, pero alguien se encargó de separarnos para siempre. Ambos hicimos nuestra vida, como ya ves.

—¿Él es casado? ¿Tiene hijos? —Preguntó a su madre

—Es viudo —y al pronunciar esta palabra cesó un momento para ojear el efecto que hacían sus palabras—. Es viudo y tiene un hijo —continuó—.

La joven esperaba impaciente que su madre contase el verdadero motivo de aquella repentina visita.

—Aquella aristocrática casa ha menguado mucho. La nueva política ha obligado a los ricos a reorganizar sus haciendas, bajo la pena de verse arruinados. Se acabó gran parte de aquellos privilegios que disfrutaron durante generaciones.

—¿Ha venido ese señor a contarte su situación económica? —dijo Libertad a su madre con una sonrisa irónica.

Esta entendió que ya había preparado bastante el terreno para exponer el final, pero todavía sentía cierto pudor, aunque estaba frente a su hija.

—No, iré directa al grano. Raimundo tras la muerte de su mujer se ha visto solo. Su hijo permanece en quintas, próximo a licenciarse y la pena lo corroe por dentro. Me ha contado que sentía una deuda con aquella joven que hace más de veinte años marchó de su casa y jamás volvió a ver. Yo temía enfrentarme con él. Tuve miedo cuando me anunció el párroco la visita de Raimundo. Al final accedí y poco a poco he ido descubriendo que realmente necesitaba verme.

—¿Y todo este tiempo?

—Cada uno tenía a su familia, su hogar...

—Pero ese cambio de actitud, suena a vanidoso al cabo de tantos años.

—Realmente estuve a punto de marchar cuando empezó a relatar hechos pasados, los que yo tenía sepultados. Pero vi en él una persona sincera, diferente a aquella estirpe que le rodeó. Volví a recordar la amistad que mantuvimos.

—¿Y tú, mamá? ¿Qué le dijiste?

—Me ha convencido su sinceridad. Solo me recuerda la gran amistad que teníamos; llegamos a sentir la primera atracción de nuestras vidas —Justina volvió a sonrojarse—. Llegamos a querernos, como se quieren dos jóvenes inocentes a los que les basta con algunas caricias. Y ese amor ha resurgido al cabo de los años. Raimundo todavía siente algo por mí. Pero ha pasado mucho tiempo. Tú eres lo más importante de mi vida, Libertad. Discretamente ha venido a saber de mí y no ha podido remediar decirme lo que siente todavía. Es difícil de explicar.

—¿Ha marchado?

—Todavía no.

—Quiero conocer a ese hombre.

Las dos mujeres tenían demasiada complicidad para que aquel asunto no acabase queriendo conocerse. Poco después acudía Justina acompañada de su hija al lugar de costumbre. Raimundo quedó encantado de conocer a la hija de Justina. Allí hablaron de la inmediata marcha de aquel. Su hijo habría escrito y, con seguridad, tendrían noticias sobre el destino que se acercaba.

IV



La década de los años treinta del siglo XX fue para España una de las más agitadas de su historia contemporánea. De una ilusión transformadora de la sociedad se pasó a una guerra civil de dramáticas y persistentes consecuencias.

Esta década empezó por el debilitamiento de la monarquía encarnada en el rey Alfonso XIII, que autorizó la dictadura militar dirigida por el general Miguel Primo de Rivera, para finalizar con otra mucho más larga y desastrosa, tras periodos intercalados de diferentes ideologías que desembocaron en un enfrentamiento entre españoles.

A finales de 1930 se produjo de forma imprevista una sublevación en Jaca (Huesca), encabezada por dos capitanes, Galán y García, a los que se sumaron muchos militares, pero la poca organización condujo al fracaso la intentona golpista.

Posiblemente esto benefició enormemente a la causa republicana, pues impidió que el nuevo régimen fuera alcanzado por las armas. Los sublevados Galán y García fueron ejecutados y considerados mártires.

El Gobierno de turno, ante la presión del pueblo propuso celebrar elecciones generales, pero muchos altibajos entre el Jefe del Estado y del Gobierno, alargaron el plebiscito y finalmente se convocaron elecciones municipales el 12 de abril de 1931, obteniendo dudosos resultados en ciudades y en el ámbito rural.

Tal fue la confusión y tan rápido sucedían los acontecimientos que forzaron a Alfonso XIII a abandonar dos días después el país, camino del exilio el 14 de abril de 1931, sin haber abdicado de sus derechos dinásticos. El mismo día fue proclamada la República y el comité revolucionario salió de la cárcel y pasó a los despachos gubernamentales convertido en Gobierno Provisional, con don Niceto Alcalá-Zamora al frente.

En este periodo salía a debate el tema religioso; una mayoría apoyaba la separación de los poderes Iglesia y Estado, pero los radicales, exigían la expulsión del país de las órdenes religiosas y las restricciones al culto (expulsión de los Jesuitas y reducción del número de eclesiásticos). La República tenía gran interés en abordar la Reforma Agraria, pero tropezaba con la resistencias de los más apasionados caciques, siendo por tanto dificultosa a la hora de elaborar leyes que contentasen a todos. Se expropiaron sin indemnización tierras de los antiguos grandes de España, y se indemnizaron otras posesiones de catorce provincias de la España latifundista: Andalucía, Extremadura, La Mancha y Salamanca.

Sin duda estas medidas ofrecían euforia a algunos sectores de la población y malestar a otros, pues no se medía con la misma vara a todos los propietarios. Desde Francia seguía con atención estos acontecimientos Luis Gadea Campos, quien jamás olvidó sus raíces. Por fin veía parte de sus deseos cumplidos. Al fin algún gobierno cogía las riendas en temas tan olvidados como eran la Reforma Agraria. Pero no estaba convencido con las reacciones que los mismos convecinos tomaban. Ahora era el momento de acercar opiniones entre distintos sectores, pero él, desde la distancia, notaba como la situación empeoraba, y en su lugar crecía la euforia entre los más radicales y conservadores, ocupándose en demasía de temas religiosos, dedicándose a quemar iglesias y conventos. Él advertía que no encontraban el punto intermedio en los acuerdos, y lejos de ahí, se deleitaban en aquellas atrocidades buscando a responsables que no dudaban en asesinar.

—¡Eso no lo esperaba! —dijo enfadado Luis—. Esta gentuza está haciendo buena la labor de Alfonso XIII.

Dirigía estas palabras a Libertad que, desde que llegó a Cacerville con su madre hacía años, congeniaba con el que luego sería su suegro.

—Estoy preocupada —decía la joven. Conociendo a mi madre no podrá evitar verse inmersa en situaciones desagradables.

Justina y Libertad fueron a visitar a Luis y su familia y permanecieron allí una larga temporada, tras la cual, Justina volvió a España y Libertad entablaba relaciones con el joven Vicente, hijo mayor de Elisa y Luis.

Aquella familia de españoles nunca perdieron sus orígenes y visitaban casi anualmente España, yendo y volviendo hacia la Vall d'Albaida en Montaverner, donde Elisa tenía parientes, y hasta Jérica y Alcalá de la Selva, patria de Luis y Libertad.

Vicente y Libertad se habían desposado en España pero veían mejor

futuro en el país vecino. Allí jugaron importante papel acogiendo refugiados de Valencia y Teruel al estallar la contienda, concedores del malestar reinante en el ejército español, al que no convencían en absoluto las ideas revolucionarias de la joven República Española.

Hacía años que Raimundo y Justina convivían por fin juntos y habían reconducido de nuevo sus vidas al cabo de los años. Ambos estaban orgullosos de ver como sus hijos hacían sus propias vidas como ellos querían.



A consecuencia de las medidas tomadas en el reciente Reforma Agraria, Raimundo Gamundio quedó desposeído de varias fincas de su propiedad. Fue perseguido por las fuerzas del Comité Revolucionario y encarcelado. Con su captura, el odio reinante dio rienda suelta, recordando a sus antepasados, aunque, realmente, solo se le recriminaba haber sido cabeza de lista del distrito en dos ocasiones. Pero la sed de venganza era brutal y con este y otros sucesos saciaban las masas obreras el rencor hacia la aristocracia imperante en el país durante tantos años.

Ajenos y con miedo permanecían su hijo Rodrigo, Nieves, y también Justina, la que de nuevo veía truncada su felicidad. Parecía que el destino se cebaba con ella: cada vez que veía tener su vida estabilizada se presentaban nuevos acontecimientos.

En los constantes ataques a iglesias y conventos, los guardias de asalto se apoderaron del claustro de San Valentín, en Báguena (Teruel), convento de la orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara. Ocuparon el lugar sin demasiada resistencia por parte de las religiosas, presas del pánico. El objetivo era quemarlo y destruirlo, pero el edificio era tan bello y albergaba tantos y valiosos tesoros que desistieron de esa idea. Profanaron el santo lugar y dedicaron parte del edificio para recluir a las personas que despojaban de sus viviendas, sirviéndose de las mismas monjas como carceleros.

Allí estaba Raimundo, sufriendo tantos ultrajes a merced de las borracheras de los guardianes que se sentía aliviado cuando eran las religiosas las que los vigilaban. Presenciaron como incendiaron imágenes talladas, ropajes decimonónicos y toda clase de objetos de culto.

Raimundo, lejos de aparentar ira con sus enemigos, trataba de mostrarse afín a la voluntad de aquellos. Durante su cautiverio solamente logró escribir

una carta que no fue tomada como sospechosa y, por tanto, pudo salir del convento y llegar a manos de Justina, quedando ésta enterada del destino de su amado.

No pudo evitar el llanto ante esta nueva noticia, pero no dudó en emprender la marcha al día siguiente en su busca. Como en sus viejos tiempos anduvo el camino hacia el lugar indicado por Raimundo. Tenía el inconveniente de tener que llegar a él en medio de tanto disturbio. Necesitaba una autorización, una orden, un pretexto para acercarse a su celda y, siendo como era una mujer decidida, pensó que algo se le ocurriría. Ella nada tenía ni en contra ni a favor de aquella revuelta, pero sentía miedo. Tenía más de cincuenta años y mucha carga a sus espaldas. Anduvo de nuevo a escondidas, huyendo cuanto pudo y evitando las carreteras principales hasta que llegó cerca de su destino.

Próxima a la carretera que conducía a Báguena vio una desvencijada camioneta que se acercaba hacia ella en su misma dirección. No dudó en dar el alto al vehículo y probar fortuna ante su desesperación.

—Buenos días buen hombre —dijo al conductor.

—Así nos los de Dios —contestó aquel.

—¿Va usted hacia Báguena?

—Sí, puede subir atrás —dijo el hombre.

Al lado del conductor viajaban dos religiosas de avanzada edad. Con toda probabilidad volverían al convento después de buscar provisiones —pensó Justina.

Ella se subió a la parte trasera y se acomodó como pudo entre las cajas de fruta del vehículo. Una de las religiosas creyó haber reconocido a la mujer que les había parado, pero la memoria le traicionaba —pensó.

Al llegar a su destino, tras conducir por un polvoriento camino repleto de baches que lo hacían interminable, paró la camioneta y se apearon el conductor y las monjas. El hombre fue a ofrecer ayuda a la mujer.

—Dispense, no le había dicho que veníamos al convento de San Valentín —dijo.

Justina ante el aparente carácter benévolo que ofrecía aquel hombre, pensó en hacerle su cómplice.

—Muchas gracias —le contestó ella a la vez que le alargaba la mano derecha que contenía un billete de cien pesetas.

El hombre, que no esperaba nada parecido, quedó impávido ante la presencia de las monjas, aunque estas no se habían apercebido. Con la

derecha se guardó el billete a la vez que con la otra echó mano a la gorra que llevaba, haciendo intención de saludo y agradecimiento.

—Me llamo Vicenta y vengo a visitar a mi marido que según mis noticias permanece aquí.

—No tengo autorización de dejar pasar a ninguna visita, quizás estas señoras... —y llamó a una de ellas.

—¡Sor Ángeles!

Una de ellas se volvió, la más anciana. Justina, al acercarse la religiosa creyó reconocerla pero no acabó de saber quién era. Pero esta vez la monja sí que recordó a Justina.

Esta expuso el deseo de ver a Raimundo y le indicó que la siguiese en silencio. Y, aprovechando el descuido de los guardias, acompañó a Justina a la celda de Raimundo, que parecía conocer a la perfección.

Al salir de la celda su cara mostraba angustia al ver en aquel estado a su amado. Sabedora de la mala fortuna y de las consecuencias de la llegada de la República en la hacienda de su esposo y ahora ver el estado en que se encontraba, no pudo reprimir por más tiempo el llanto que había contenido en su presencia.

Con gran desánimo salía de aquella dependencia acompañada de un monje que la conducía hasta la salida. Al atravesar una oscura estancia en la que solo se escuchaba el sonido solitario del manajo de llaves que colgaba del cinto de aquel, oyó que una puerta se cerraba a su paso. Se volvió y vio a la religiosa que la había acompañado. Esta indicó al monje que las dejase a solas.

—¿No me reconoces? —dijo al fin.

Justina quedó pensativa. No, no le reconocía.

—Me suena su nombre, Sor Ángeles —dijo Justina— pero no logro recordar...

—No se preocupe. Yo le puedo hacer memoria.

Ambas mujeres se sentaron y siguieron hablando de los recientes altercados que conmovían a medio país.

—Mi marido está sufriendo. No es justa esta situación. ¿Y ustedes...?

—Estamos recluidas a merced del Comité Revolucionario. Cualquiera día harán con nosotros lo que quieran.

Y asomaron las lágrimas a las mejillas de las dos mujeres. A Justina le extrañaba algo aquella repentina confianza que la anciana señora mostraba con ella.

—Pero ustedes aquí no hacían ningún mal a nadie.

—Eso pienso yo, pero el Señor ha dispuesto que el final de mi vida pase por todo esto.

Al final se decidió a hablar Justina.

—Yo he sido una mujer que he luchado por mi ideal, por la justicia, porque llegase la igualdad entre los seres humanos, y que como tales seamos tratados. Pero la nueva horda ha ido demasiado lejos. Esperaban con impaciencia poder expresarse y llevar a cabo sus sueños, pero se han excedido sin contemplaciones. Llego a pensar que los españoles hemos sido humillados demasiado tiempo y ello ha provocado una turba que no puede desembocar en nada bueno. Hemos esperado mucho y no sería de extrañar que algún fanático nos imponga de nuevo su voluntad. La gente se mata y eso es lo último a lo que podemos llegar. Nunca imaginé un cambio así.

—Conozco algo sus ideales —dijo Sor Ángeles con una leve sonrisa en la comisura de sus labios.

Justina quedó sorprendida.

—¡Realmente me conoce! —le dijo un poco retraída, imaginando lo peor.

—Si, al final he logrado que mi memoria me ayudase a reconocerla. Yo era joven y usted más. Yo estaba en el claustro de la ermita de Santa Lucía, cerca de Jérica.

Al escuchar esas palabras, Justina no pudo evitar su rubor, aún al cabo de tantos años.

—Don Enrique Ibáñez, que E.P.D., le recomendó a nuestra compañía.

Justina recordaba a aquella devota por el momento en que le entregaba a su hija recién nacida. A pesar de haber permanecido varios meses en aquella ermita con ella y con varias monjas, solo su imagen sosteniendo a su recién nacida acudía a su mente.

Solo ella y el finado Enrique Ibáñez sabían el destino de aquella criatura. Pero habían pasado más de treinta y cinco años. Por ella supo al fin que la recién nacida fue acogida por un modesto matrimonio en un pueblo de la Costera en la provincia de Valencia.



Desde la lejana Castilla fue enterada Vicenta de que Raimundo había sido

fusilado una fría mañana de invierno. La pena, el dolor y el paso de cuantas artimañas supo para procurar rescatar a Raimundo, de nada le sirvieron. El pueblo necesitaba vengarse y así actuaba.

Continuaba en contacto con su hija Libertad y con la familia de Francia. Pasado un tiempo España quedaba inmersa en una cruel guerra civil que, lejos de ser un corto golpe de estado en contra de la República, parecía que duraría más de lo previsto.

Rodrigo y Nieves pasaban temporadas en las pocas propiedades que él había heredado de su padre. A Nieves no le gustaba el clima extremo de aquellas latitudes y regresaban tan pronto como podían a Levante. Allí tenían también la casa y la finca de la Foya.

El matrimonio conocía a Vicenta, por los años que había convivido con Raimundo pero fallecido aquel, el vínculo que les unía se fue alejando.

Cuando las tropas nacionales avanzaban hacia la capital de España desde el Norte, Justina hubo de abandonar su casa y pensó en emigrar a Francia. Allí tenía a su hija y a sus nietos, pero tal fue la resistencia que fue encontrando en el camino, que resolvió ir en busca de Rodrigo y Nieves. Ellos continuaban en una zona que permanecía todavía alejada del frente. Pero en la carretera de Segorbe cayó en manos de tropas fascistas que la retuvieron durante varios días. Junto con otros prisioneros fue conducida hasta el lugar de San Matéu, permaneciendo recluidos durante un tiempo.

Se le ocurrió hacer valer de nuevo su maña, y se las ingenió para chantajear a un soldado que le ayudó a enviar una carta que iba dirigida a sus ahijados, Rodrigo y Nieves, a quienes aclaraba donde estaba, presagiando lo peor.

Estos fueron en su busca y, entre un gran ajetreo de tropas, pudieron averiguar que Vicenta estaba en el Hospital de San Matéu. Se encontraba enferma de tisis, enfermedad que sin duda contrajo en su secuestro.

Nieves permanecía a su lado y cuando la enferma recobraba algo de lucidez, contaba a su cuidadora cosas de su pasado. Veía cerca su fin y pensó en contarle lo que tanto tiempo guardó en secreto y que tan solo conocía su hija Libertad.

Contó a Nieves como fue su juventud; le habló de su madre Anunciada, de su padre Ignacio, de sus hermanastras y de su hermano Hugo. La joven prestaba atención.

Contó lo de su primer embarazo que casi nadie sabía. La enferma sentía necesidad de sacar a la luz presagiando su próximo final.

—Y la recién nacida, ¿no supo de ella nunca más? —preguntó Nieves con curiosidad.

—No. Esa es la pena que me ha acompañado siempre. Por casualidad coincidí hace años con la monja que estuvo a mi lado durante el embarazo y el parto —hizo un enorme esfuerzo para incorporarse y hablar lo más cerca que pudiera de Nieves y que nadie más pudiera escuchar su secreto—. Solo puedo decir que aquella criatura lleva una cicatriz en el pecho, que con gran pesar le hice, por si algún día la encontraba y pudiera reconocerla —Nieves quedó sorprendida.

—¿Hizo una cicatriz en el pecho a la pequeña?

—Sí —dijo Justina mientras se recostaba, cansada por aquel esfuerzo.

—¿Sería usted capaz de reconocerla? ¿Cómo lo hizo?

Y sacando una medallita que llevaba colgada al cuello, se la mostró a Nieves.

—La calenté con la llama de un candil y acercándola, quedó su huella en el pecho de mi hija. ¡Pobrecita! ¿Qué habrá sido de ella?

Nieves empezó a sollozar. No podía creer lo que estaba oyendo. Llegó a pensar si sería un sueño, o quizás la demencia de aquella mujer.

—¡Madre! —Justina abrió los ojos que, ajenos a su voluntad, se cerraban—. ¡Madre! ¡Eres mi madre! —Y se desabrochó los botones de su vestido mostrando sus pechos a la enferma.

—¡Mira! ¿Es esta la señal?

Justina, aturdida, miraba fijamente a la joven. Efectivamente podía ser su hija. Era su hija, pensó para sí.

Las dos mujeres se abrazaron por primera vez y su memoria repasó en unos minutos el resumen de su vida. Ninguna de las dos daba crédito a lo que estaba sucediendo.

Justina aun vivió unos días más, los suficientes para aclarar a Nieves su verdadero origen, el de sus abuelos y el de su verdadero padre, que por desgracia y destino era el mismo que fue el abuelo de Rodrigo.

Rodrigo y Nieves, pasado un tiempo conocieron a la hermana de esta y a sus hijos, que continuaban viviendo en Francia. De esta manera Libertad conoció con pelos y señales el final de su querida madre. Prefirió la vida de exiliada a volver al país que ella presagiaba con seguridad, que retrocedería al pasado en vista del rumbo que tomó aquella guerra fratricida entre españoles, que desembocaba en una dictadura. Sufrió en silencio una gran decepción al ver apartados los sueños y esperanzas que ella y su madre tanto ansiaban y

esperaban ver realizadas.

Rodrigo y Nieves no tuvieron descendencia y vivieron al margen de las ideologías. Pero ellos, aun así, no pudieron evitar vivir en sus carnes las consecuencias de la contienda. El día nueve de febrero de 1939 oyeron desde el cercano municipio de Manuel, un estrepitoso trueno: era el repentino eco de proyectiles que descargaba la aviación de la parte sublevada sobre el ferrocarril que transportaba soldados y municiones.

Tres días después el matrimonio se encontraba en la ciudad de Xátiva. Era domingo y de nuevo la aviación de la zona nacional se ensañaba con furia contra la ciudad, sufriendo numerosos desperfectos la línea férrea y contándose por centenares los muertos resultantes del bombardeo y por miles los heridos de todo tipo. Rodrigo sentía verdadero pánico al contemplar restos de personas esparcidos por doquier, incluso miembros humanos colgando de los enormes árboles que adornaban, aún sin hojas, la alameda de la ciudad. Las autoridades, en zona republicana, se afanaron a dar sepelio a los fallecidos el mismo día por la tarde. Sin duda se extrañaron de la rapidez con que la autoridad, en zona republicana quiso borrar aquel rastro producido por el enemigo y del que solamente se documentó algún vecino como fue el caso de Carlos Sarthou, empleado del juzgado que guardó secretamente aquellos datos durante décadas.

Disgustados por la tragedia regresaron al vecino Canals.

Al poco tiempo se daba por finalizada la guerra y grande fue la represión que germinó tras la contienda. El matrimonio optó por permanecer ajeno a ideales políticos. Era la mejor postura que podían adoptar ante el nuevo sistema que imperaba en el país, conocedores de que el fanatismo rancio de sus familias quedaba erradicado.

Pasados algunos años, tenía el matrimonio la costumbre de visitar la villa de Madrigal de las Cumbres, y solían acercarse al campo santo a recordar a sus padres, ya que tanto Raimundo y Elena, así como Justina, yacían para siempre allí.

Grande fue la sorpresa al adivinar desde lejos la silueta de una mujer enlutada que permanecía sentada junto a la tumba de sus familiares. Continuaron paseando hasta acercarse, y la anciana, al notar su presencia, se levantó de inmediato con evidente esfuerzo.

—Ustedes perdonen.

—No se preocupe, buena mujer, no molesta en absoluto.

Rodrigo y Nieves permanecieron un momento, mientras que aquella

anciana se dirigía hacia otro lugar. Muy cerca se encontraba enterrada Justina, y hacia allí se dirigió el matrimonio. En ese mismo instante vieron que se acercaba de nuevo la misma anciana de antes.

—Disculpen —dijo la mujer con cierta inquietud—. Quizás puedan ustedes aclararme la duda sobre la inscripción de esta mujer.

—Por supuesto—dijo Nieves.

—A pesar de mirar la escultura de la losa, observo una imagen que no logro descifrar.

En la cabecera de aquella tumba aparecía la silueta de una mujer joven, cubierta con un ligero vestido que sostenía una espada apoyada en el suelo en su mano derecha, mientras que en la izquierda levantaba una balanza cuyos platos estaban equilibrados.

Aquella efigie tenía los ojos vendados. La ingenua anciana mostraba cierto interés en descubrir aquellos símbolos, así como la persona cuyo nombre figuraba al pie del sepulcro: Vicenta Martínez Gómez.

Nieves aclaró a la anciana el significado de aquellas esculturas que permanecían intactas transcurridos los años.

—La estatua que observamos es la “Dama de la Justicia”—dijo Nieves. Como ve, lleva una balanza que es representativa de la igualdad, de la verdad. La espada está en posición sumisa pero alerta.

—Pero, ¿lleva los ojos vendados? —Dijo la desconocida.

—Sí, es verdad. Ello demuestra la imparcialidad de la justicia que no debe mirar hacia parte alguna para ser eficiente.

En cuanto al nombre, sería una larga historia. Ahí debiera figurar Justina Quiñones Santos, ya que es su verdadero y originario nombre —la anciana, al oír aquel nombre se mostró sobresaltada—. La mayor parte de su vida fue conocida como Vicenta y así aparece. Los continuos altercados que rodearon su muerte impidieron grabar su verdadero nombre.

—Sin duda se trata de Justina, la joven que sirvió durante años en la casa de los Gamundio...

—¿La conoció usted? —preguntó Nieves intrigada.

—Por supuesto que no, pero oí muchas veces contar algunas historias al padre de mi marido, que al igual que yo, también vivimos bajo el mismo techo. Mi esposo fue desterrado por una temporada, lejos de aquella casa a consecuencia de murmuraciones de los señores. Entonces fue cuando nos conocimos —y la anciana no pudo evitar emocionarse.

Rodrigo permanecía atento a la conversación. Intentaba adivinar el

nombre de aquella mujer pero era demasiado el tiempo transcurrido y no lo lograba.

—Permanecí en aquella casa hasta que llegó la adversidad. Primero murió Elena. Luego arrebataron a su último dueño que, pasados los años, viudo, y al marchar su único hijo, vivió con esta señora muy dichosamente – dijo señalando su tumba. Luego partió también esta; entonces, sola, decidí que era el momento de marchar.

—Y ¿ahora? —preguntó Rodrigo.

—Vivo desde entonces en la Casa Hospicio de la ciudad. Allí recibo la ayuda que antes pude prestar.

De pronto irrumpió Rodrigo

—¡Sagrario! —y acto seguido fue a abrazar a su antigua ama de llaves de la que nada supo durante años.

Cuando la buena mujer se repuso de la emoción, se le acercó de nuevo Nieves que, cogiéndole afectuosamente de sus manos temblorosas le dijo:

—Yo soy la hija de Justina; su hija desconocida.

La anciana lloraba ante tanta emoción. Solía acudir periódicamente a visitar a sus antiguos señores, pero ahora había descifrado al fin el significado de aquella efigie que solía visitar.

A partir de entonces el matrimonio tuvo un nuevo lugar que visitar, además del desvencijado palacete de la plaza mayor.

Nunca perdieron sus raíces y jamás fueron molestados por las autoridades. A su muerte, sus bienes fueron donados a los distintos municipios para fines sociales.

Gavarda, 21-1-2017

Fin de “El último Cacique”

PERSONAJES DE LA OBRA



Gaspar Gamundio Ramírez de Haro: Padre de Raimundo, cacique principal.

Segismundo: Procurador de las fincas.

Serafín Gamundio: Padre de Gaspar, hijo de Venceslao y Fortunata.

Herminia: Ama de llaves de Gaspar.

Anunciada Santos Iniesta: Madre de Justina, de Blasconuño de la Sierra.

Hugo: Hijo de Anunciada y hermano de Justina.

Justina Quiñones Santos: Protagonista, hija de Anunciada y de Ignacio.

Gumersinda Álvarez de Tajuña: Esposa de Gaspar.

Jesús Expósito: Párroco de Blasconuño de la Sierra.

Ignacio Quiñones Esteve: Hijo de Julián y Elvira. Padre de Anunciada.

Elvira: Madre de Ignacio.

Julián: Padre de Ignacio y de Josefina. Primer marido de Elvira.

Fernando VII: Rey.

Isabel II: Hija de Fernando VII y heredera al trono.

María Cristina: Esposa de Fernando VII y madre de Isabel II.

Tomás Zumalacárregui: Jefe Carlista.

Cabrera y Carnicer: Oficiales del rey.

Miguel Gómez: Carlista.

Espoz y Mina: Liberales.

González Moreno: Jefe, sucesor de Zumalacárregui.

Fernández de Córdoba: Oficial liberal.

Espartero: Leal al rey.

Don Carlos: Pretendiente a la Corona. Hermano de Fernando VII.

Francisco de Asís: Marido y primo de Isabel II.

Benito Tristán y Bartolomé Porredón: Combatientes carlistas.

Gutiérrez de la Concha y Pavía: Combatientes realistas.

Cabrera, Tristany: Oficiales carlistas.
Sebastián: Segundo marido de Elvira (madre de Ignacio), de Peñalcázar.
Josefina: Hija de Julián y Elvira.
Agnés Brull: Primera esposa de Ignacio.
José y Carmen: Taberneros de Avellaneda. Protectores de Agnés.
Justino Ríos: Ganadero y tratante de Sotillos de Carracena.
Amadeo de Saboya: Rey de España.
Alfonso XII: Rey Borbón de España.
Carmelita y Berta: Hijas de Agnés e Ignacio.
Eloína: Esposa de Justino Ríos.
Blas Santos: Padre de Anunciada.
Venceslao Gamundio: Aristócrata antecesor de la Casa.
Narciso y Jesús Santos: Hijos de Blas y hermanos de Anunciada.
Segismunda: Madre de Anunciada, Narciso y Jesús.
Fortunata: Esposa de Gamundio.
Raimundo: Hijo de don Gaspar.
Elena: Madre de Rodrigo y esposa de Raimundo.
Sor Teresa: Religiosa que impartía clases a Justina.
José Fernández: Hijo del procurador Segismundo.
Patricia: Hermana de Raimundo. Hija de Gaspar y Gumersinda.
Juan Navarro: Párroco de Madrigal de las Cumbres.
Manuel Arteaga: Marido de Vicenta (Justina), de Alcalá de la Selva.
Vicenta Martínez Gómez: Justina. Rebautizada en Jérica.
Felipe Costa Guanter: Mosén de Alcalá de la Selva.
Enrique Ibáñez: Párroco de Mora de Rubielos.
Ramón: Carretero que salvó la vida a Justina.
Remigio: Boticario de Jérica y protector de Justina.
Pilar: Esposa de Remigio.
Sor Ángeles: Religiosa que ayudo a nacer al bebé de Vicenta.
Libertad Arteaga Quiñones: Hija de Vicenta y Manuel.
Luis Gadea Campos: Primo lejano de Manuel.
Lucrecia: Hermana de Luis.
Elisa Montagud: Esposa de Luis Gadea.
Ángel y Rafaela: Hermanos de Elisa.
Rodrigo Gamundio Álvarez de Tajuña: Hijo de Raimundo.
Don Damián: Clérigo y maestro.
Vicente Blasco Ibáñez: Escritor y novelista republicano.

Jacinto Colomer: Padre de Nieves Colomer Valls.
María Valls: Madre de Nieves.
Ribesalbes: Tío abuelo de María Valls.
Rafael Revert: Sobrino lejano de Ribesalbes.
Sonia Miravent: Esposa de Rafael.
Don Pedro: Párroco de Canals.
Nieves: Hija adoptiva de Jacinto y María.
Bernat y Àngels: Parientes de María en Alzira.
Alberto y Bernardo: Hijos de Bernat y Àngels.
Sagrario: Hija política de Segismundo y esposa de Juan Fernández.
Felipe V: Rey Borbón que permanece boca abajo en Xàtiva.
Don Castro: Encargado de la escuela en Madrigal.
Miguel Primo de Rivera: Jefe del Gobierno de Alfonso XIII.
Galán y García: Mártires republicanos.
Niceto Alcalá Zamora: 1º Presidente de la 2ª República.
Vicente: Hijo de Elisa y Luis. Marido de Libertad.

SOBRE EL AUTOR



Francisco Alfonso Bellver Pavia nació en Gavarda (Valencia) el 8 de febrero de 1960 en el seno de una familia cuyo principal sustento es la agricultura.

Estudia Bachiller Superior y COU al tiempo que trabaja ayudando a su familia en el campo.

Autodidacta y gran aficionado a la literatura y la historia, dedica su tiempo libre a su gran pasión: escribir.

En 2016 publicó su primer libro, TIERRA ADENTRO; una recopilación de hechos novelados de sus antepasados.

En enero de 2017 publicó MI VIDA, una continuación de la anterior relatando fehaciente sus vivencias.

Este libro, EL ÚLTIMO CACIQUE, es el tercero que saca al mercado.